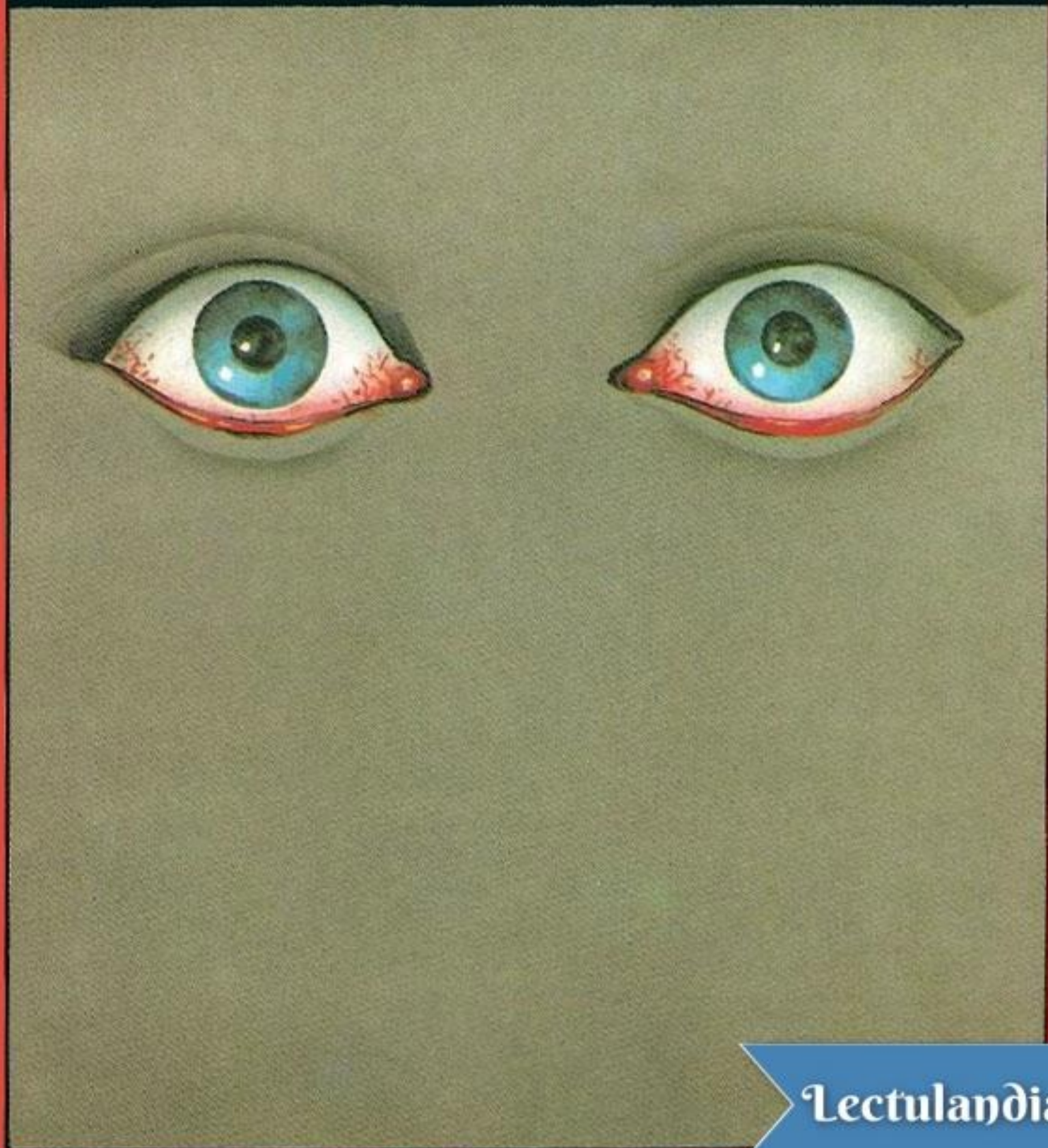


RAMSEY CAMPBELL

EL PARASITO



Lectulandia

Rose, una niña de diez años, está reunida con un grupo de amigos, todos mayores que ella. Para divertirse han entrado en una casa abandonada y, sentados alrededor de una mesa, tratan de invocar a los espíritus. Ocurre algo anormal. Todos huyen. La puerta se cierra tras ellos y Rose se queda sola en la habitación, sin poder salir. Veinte años después, Rose está felizmente casada con Hill Tierney. Ambos escriben sobre temas cinematográficos e imparten clases en una universidad. Rose no recuerda aquel suceso de su niñez pero siempre la acompaña un vago sentimiento de angustia hasta que, estando de viaje en Nueva York, es atacada por un desconocido. A partir de entonces el pasado comienza a actualizarse y el terrible secreto a hacerse presente.

Lectulandia

Ramsey Campbell

El parásito

ePub r1.0

GONZALEZ 13.03.15

Título original: *The Parasite*
Ramsey Campbell, 1980
Traducción: César Terrón

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A todos mis amigos de Chapel Hill
y en particular a
Manly y Frances,
Dave y Jo y
Karl y Barbara*

NOTA DE AGRADECIMIENTO

De entre las muchas personas que colaboraron de algún modo en este libro, deseo dar especiales gracias:

A Chris Clarke, por una de las ideas que dio vida al relato; y a Matt, por otros diversos estímulos.

A Gary y Uschi (Múnich), Tony y Marge (Manchester), Jack Sullivan, T.E.D. Klein, Kathy Murray, Kirby McCauley, Jay Gregory (Nueva York) por su ayuda y hospitalidad en algunos de los escenarios de la obra.

A John y Ann Thompson y a Tony Beck, por detalles del ambiente universitario (no de las personalidades, que son invención mía).

A Peter Valentine Timlett, por su experimentado consejo acerca de experiencias extracorporales (aunque no debe hacérsele responsable de mi imaginación; Peter deseará, lo sé, que se aclare que los experimentos con estas técnicas por parte de aficionados pueden resultar peligrosos).

A tres de mis críticos de cine favoritos, cuyas explicaciones sobre cinematografía me han servido de ayuda: Philip Strick, David Thomson, Robin Wood.

A Carol Smith, Thom Tessier, Tim Shackleton, George Walsh y, otra vez, a Kirby por diversas sugerencias que mejoraron el libro.

A mi esposa Jenny por muchas cosas, entre ellas sus consejos y críticas mientras yo escribía la obra, y sus lecturas de Tarot.

Finalmente, será mejor aclarar que la tienda que es el escenario de la última parte de este libro no existe, del mismo modo que «Peter Grace» no vivió en el lugar descrito.

INTRODUCCIÓN

—¿No me has oído? —gritó su madre—. ¡He dicho que Wendy está aquí!

Y de repente era demasiado tarde: la noche la había sorprendido, y ella no deseaba salir.

No existía nada dentro de la habitación que pudiera ayudarle. Metida en su funda, la raqueta de tenis estaba apoyada en una pared. Varios *posters* habían inmovilizado aves salvajes en vuelo. Elvis Presley reía despectivamente encima de la cama, con el pelo reluciente como aceite. Lomos de enciclopedias le brindaban fragmentos de palabras, ninguna de las cuales inspiraba una excusa.

Sacó el abrigo del armario, donde lo había ocultado después de extenderlo, en la esperanza de que eso alejara a Wendy. Al abotonarse la prenda notó calor e hinchazón en sus dedos, la picazón de los nervios.

—Cuídala, Wendy —oyó decir a su madre desde la parte superior de las escaleras—. Que no se excite demasiado.

Estaba sonando *La Flauta Mágica*. Su padre permanecía en la puerta de la sala de estar, temeroso de perderse la ópera.

—¿Cómo dijiste que se titulaba la película? ¿*Rock Around the Clock*? —Él lo sabía perfectamente, pero intentaba dar a entender que no valía la pena saberlo—. Me sorprende que te interesen esas cosas. Bueno, debes aprenderlo tú misma.

¿Es que él no se daba cuenta de que era una mentira? Que la chica pensase que Elvis Presley era sexy no significaba que deseara ver al gordinflón Bill Haley cantando tres notas. Sus húmedas manos se retorcieron, ahogadas por los bolsillos. El resentimiento le hacía sentir más náuseas que el nerviosismo. ¿Cómo se atrevía su madre a sugerir que ella era menos madura que Wendy? ¿Acaso ella no podía demostrar su madurez, admitir la mentira y salvarse? Pero sus padres estaban agitando las manos para despedirse, la puerta se cerraba... y se encontró en la helada noche.

Los ojos de Wendy parecían magullados a la luz de las farolas, a causa del maquillaje. Un aroma ascendía lentamente por debajo de su abrigo rosa. En comparación, la muchacha más joven iba vestida de un modo infantil, cosa que le hacía sentirse irritada y vulnerable. Sus rodillas ya ardían a causa del frío.

Por lo menos no iba a trepar la colina, donde el depósito de agua ya no se asemejaba al laberinto de elevados arcos entre los que tantas veces había jugado al escondite con sus amigos. Ahora era un descollante montón de patas y un cuerpo que se cernía sobre un alargado vislumbre de luz natural, igual que una araña acecha a una mosca atrapada. La noche cambia fácilmente todas las cosas.

Incluso la carretera había cambiado. Los parterres resplandecían bajo las farolas como si estuvieran paralizados antes de una tormenta. Dos enfermeras marchaban como si fueran monjas en dirección al hospital, que en otros tiempos había sido un asilo. ¿Y si las enfermeras les preguntaban a dónde iban? Pero desaparecieron en el

hospital, entre risas, dejándola a solas con sus pisadas y las de Wendy, con el reiterado roce de las rodillas de su amiga y su falda larga, con sus temores...

Una joven pareja pasó rápidamente a su lado, con humeantes alientos y cucuruchos de pescado y patatas fritas. Hileras de automóviles iban adelantándose en la angosta carretera; sus conos de luz iluminaban polvo, humos, una mariposa nocturna... No tardaron en desaparecer, y el asfalto destelló tristemente.

—¿Qué crees que haremos? —dijo la jovencita, intranquila.

—Oh, solamente estar sentados alrededor de una mesa, supongo, igual que en aquella película. —Wendy se alegró de poder hablar—. O quizá Richard coja un lápiz e intente escribir algo. Supongo que escribirá alguna tontería, si es que él entiende algo de eso. Ya sabes cómo es Richard.

Estaban aproximándose al pueblo. Las viviendas y jardines iban siendo cada vez más rústicas, y a veces no se veía más que un grupo de casitas de campo. Las fugaces vistas de brillantes habitaciones —cálidas, inexpugnables y alejadas para ella— hicieron que la niña recordara el hogar. Un último y secreto aliciente le dio cierta confianza: mientras estuviera sobre el pavimento en el lado de la carretera opuesto a la casa, se encontraría a salvo.

A salvo... ¿de qué? Había visto la muerte, había contemplado a su abuela con ese sueño tan profundo que ni los susurros pueden penetrarlo, con los labios irritados y abiertos en un silencioso ronquido. A Richard le gustaba asustar a la gente, pero ella tenía demasiados años para que la asustaran. ¡Caramba, el año pasado ese chico había contado a todo el mundo que la mujer desenterrada en las afueras del pueblo acababa de ser asesinada, cuando la verdad era que llevaba cincuenta años muerta!

Pasaron junto al bajo y amplio edificio no iluminado, el Salón del Reino de los Testigos de Jehová. Junto a éste, detrás de la taberna del Molino, las gallinas cloqueaban somnolientas. Era un sonido reconfortante, aunque nada alentador, ni mucho menos, puesto que significaba que las dos jóvenes habían llegado al grupo de viviendas que incluía la casa.

Se trataba únicamente de una casa en la que había fallecido alguien: hacía meses. Nadie aparte de Richard insistía en que el muerto había pedido ayuda a gritos; nadie aparte de Richard decía que la casa tenía una desagradable fama... Por lo menos, ninguna otra persona había dicho estas cosas a las chicas. ¿O quizá corrían rumores que habían dado a Richard la idea de su más reciente mentira terrorífica?

Más allá de las viviendas, varias personas estaban sentadas en un banco en el exterior de la estación de autobuses. Disraeli se erguía en un pedestal, haciendo caso omiso del semáforo que había a sus pies, y la luz estaba cambiando a verde. Había seguridad: muy, muy distante. Wendy ya había cruzado a la acera opuesta, tomando el corto camino que había junto al mirador iluminado y estaba tocando el timbre.

Unas figuras sentadas relumbraron al pasar junto a la jovencita en ambarinas rodajas de luz. Relucientes salpicaduras se esparcieron en el pavimento, sobre las fulgurantes y romas punteras del calzado de la chica. El autobús acabó de pasar, y

Richard estaba mirándola, ceñudo.

—Bueno, ¿a qué espera? ¿Es que no quiere cruzar?

Ella respiró con tanta ferocidad que el aliento hirió su pecho. No era una niña, tenía diez años. Wendy le superaba en edad, pero ella era más madura que su amiga. Cruzó a grandes zancadas la desierta calle, pasó junto al mirador oscuro desprovisto de cortinas y entró en la casa que tenía luz.

La sala de estar parecía atestada de gente, de personas sentadas en abultados y algo descoloridos muebles. En realidad sólo había cinco personas, pero todas miraban a la jovencita como si no tuviera derecho a encontrarse allí. Un chico de cuyo mentón brotaban escasos y desiguales pelos se quejó de la imprevista presencia.

—Es demasiado joven para esto, ¿no?

—¡Oh, no planteará problemas! Déjala en paz. —Wendy dio la impresión de estar sorprendida por la censura de sus palabras y, también, de sentir cierta vergüenza. Tal vez, en su interior, estaba de acuerdo con su amigo.

Richard se hallaba en la ventana, en medio de varias sillas, atisbando por una rendija de las cortinas.

—¿Estamos todos? —dijo un muchacho que tenía el cabello de Elvis y un bigote razonablemente crecido.

—No, falta Ken. Ha de venir desde cerca de los Camaradas del Club de la Gran Guerra.

Al mirar al chico del bigote, el rostro de Wendy se iluminó.

—No sabía que ibas a venir.

—¿Quién, yo? No me lo habría perdido por nada del mundo. —Dio una palmada en el brazo de su sillón, como si quisiera hacer saltar a un perro—. Además, alguien tenía que preocuparse de ti.

La jovencita pensó que el del bigote era presuntuoso y vanidoso, y muy mal sustituto de Elvis. Después de una simbólica protesta por la forma en que le había hablado, Wendy se sentó al lado del chico. Se había unido al mundo de los adolescentes, donde todos parecían hacer cosas que no deseaban hacer y que, una vez realizadas, no les proporcionaban satisfacción. La jovencita se sentía excluida, apenas tolerada por el grupo. Se sentó en el sofá, junto a dos chicas que no le hicieron caso alguno. Deseó no haber ido.

¿Acaso Richard quería asustarla? ¿Por qué la miraba mientras estaba hablando?

—Hoy he oído otra cosa.

—¿Qué? —quiso saber una chica, muy nerviosa.

—No lo sé. Era algo así como... —¿Hizo una pausa para impresionar, o para buscar las palabras adecuadas?—. Era algo así como si un enfermo intentara apoderarse de cosas, cosas que buscaba en la casa de al lado... Un enfermo que se esforzaba en encontrar algo.

Richard se apoyó en la desportillada repisa de la chimenea y contempló a los que le escuchaban. No había duda de que estaba divirtiéndose, pero... ¿mentía? Habrá

oído a los ratones, se dijo la jovencita. Pero estaba pugnando por reunir el suficiente coraje para decir que había decidido no entrar en la casa.

Sonó el timbre de la puerta. Todos se sobresaltaron, y trataron de disimularlo, o rieron nerviosamente.

—Estúpido —refunfuñó una chica... y no quedó claro a quién se dirigía.

¿Habrían regresado inesperadamente los padres de Richard? ¡Oh, por favor, que sea eso! Pero el muchacho volvió de la puerta para anunciar:

—Bien, es la hora. Ken ha llegado.

Les condujo fuera de la casa. Entre esta y la vivienda vecina había una especie de porche con arcos, más estrecho que la longitud de los brazos de la jovencita. Las luces de los automóviles que circulaban por la carretera lo iluminaban, pero cuando dejaron de pasar quedó muy oscuro. Las pisadas de la niña resonaron de un modo agudo y penetrante, burlándose de su nerviosismo.

Al final del porche se hallaban las puertas de dos patios traseros. Richard empujó una de ellas, que se abrió de un modo vacilante, rozando piedra. Al otro lado, la cocina de la casa abandonada sobresalía en el patio, en dirección a un cobertizo de carbón. No había espacio para muchas otras cosas con excepción de la oscuridad, densa como el barro, y en un rincón del patio, un anónimo arbusto, mustio y sediento.

Mientras avanzaban lentamente por el patio, unos ojos destellaron en el carbón, que se esparció con gran estruendo cuando el despertado durmiente saltó hacia la pared y huyó, maullando.

—Silencio —musitó Richard para acallar las risitas.

El chico estaba maniobrando torpemente en la puerta trasera de la casa. Debía estar imitando lo que había visto en alguna película, era imposible que conociera el método apropiado. Se oyó un chasquido metálico; Richard debía haber roto el cuchillo. La jovencita se tranquilizó y reprimió a duras penas un audible suspiro... antes de ver que la puerta estaba abierta.

La linterna de Richard escudriñó la oscuridad. La luz se extendió sobre las losas del suelo de la cocina, amortiguándose. Piernas de madera con tobillos llenos de bultos se alzaban en las sombras; en lo más profundo de la negrura, algo produjo un gorgoteo.

—Bueno, adelante —dijo Richard, irritado, mientras entraba.

La jovencita se esforzó en no quedarse detrás de Wendy, que estaba agarrada al chico del bigote. Mientras la linterna oscilaba de un lado a otro para comprobar que todos habían entrado, una inquieta gota destelló en la boca de un grifo. De ahí habría surgido el gorgoteo.

—Cerrad la puerta —ordenó Richard.

Más allá de la cocina había una habitación de mayor tamaño. La mancha de luz se arrastró por el suelo, permitiendo ver el dibujo de la alfombra, aunque sólo parcialmente. ¿Por qué Richard no levantaba el haz de luz? Nadie que estuviera en la carretera podía distinguir esta parte tan interior de la casa. Varias sillas cubiertas con

trapos acechaban en la sombría sala, con su mole agazapada bajo los recubrimientos. El ambiente olía al polvo que flotaba en el aire.

Al aventurarse en el recibidor, una delgada silueta surgió ante ellos. Un afilado garfio de pánico rasgó el corazón de la niña. Todos se detuvieron, con la boca abierta o maldiciendo, excepto Richard. Al cabo de un instante empezaron a mofarse y a darse empujones unos a otros, puesto que se trataba simplemente de la cruz que separaba los cristales de la puerta, perfilados por los faros de los coches. Pero la jovencita se había sentido prisionera de su pánico. Un momento antes, cuando los demás la rodeaban, apiñándose de una forma instintiva, los había creído capaces de aplastarla. Ellos y su indiferencia la achicaban. Su miedo era mayor que ella misma.

—Seguid en silencio —murmuró Richard, y comenzó a subir las escaleras de puntillas.

La linterna de Richard permitía ver dos escalones al mismo tiempo. Las sombras se aferraban a la barandilla, que se movía y crujía bajo la mano de la niña. El nerviosismo y el polvoriento aire que respiraba encogían su corazón; bajo sus pies, la invisible alfombra parecía un espeso montón de polvo. Estaba atrapada en medio de la inquieta procesión. Lo único que podía hacer era subir las escaleras, dada la presión de los que iban detrás.

Todas las puertas del rellano estaban entreabiertas. Cuando la oscilante luz recorrió las habitaciones, la oscuridad les dio un aspecto increíblemente grande, y sin embargo, parecían más pequeñas de lo que debían ser. La alfombra amortiguaba los crujidos del rellano. ¿Por qué los crujidos que replicaban —sin duda debían ser ecos— sonaban con más claridad en las habitaciones? Este detalle no parecía preocupar a Richard, que se introdujo furtivamente en el dormitorio delantero.

El muchacho apagó la linterna. La luz de una farola iluminaba la habitación, si bien únicamente a través de dos angostas ventanas. Un dibujo indeterminado trepaba por el empapelado de las paredes. Mientras los demás la empujaban para que entrara, la jovencita distinguió una gran mesa que no parecía pertenecer a la habitación, rodeada por un oscuro lecho, un tocador y un par de sillones; desiguales cuadrados de papel yacían en el borde de la mesa, conteniendo todas las letras del alfabeto...

—¡No cerréis esa puerta! —musitó Richard con tono apremiante.

Sacó un cajón del tocador y lo usó para mantener abierta la puerta.

—No toquéis nada —explicó, divertido por la disimulada consternación, o recelo, de los demás—. Vamos, antes de que vuelvan mis padres.

La niña avanzó, porque no había otra cosa que hacer.

—Adelante —dijo el chico que tenía algunos pelos en la barbilla, y dio un empujón a la jovencita.

¿Acaso aquel chico estaba preocupado por causa de su propio nerviosismo? Antes de que la niña pudiera saberlo, se encontró sentada a la mesa, apretada entre el que le había empujado y, en dirección a la puerta, Wendy.

—Bien —dijo Richard con acento de triunfo—. Sigamos.

El muchacho cogió un objeto que había junto al tocador, algo parecido a un patín de madera hecho con medios caseros, con ruedas que podían cambiar de dirección. Su gesto esperaba una reacción, y la obtuvo: risas contenidas, suaves codazos, risitas...

—Va a escribir con los pies —dijo alguien, riendo disimuladamente. La jovencita se unió al casi histérico regocijo, aunque pensó que lo fingido de su risa la excluía del grupo.

—¡Silencio! —ordenó ferozmente Richard—. ¿Queréis que alguien nos oiga y llame a la policía?

Poco a poco, fueron sumiéndose en el silencio. Hubo un intermedio de contenido forcejeo mientras todos ponían una mano sobre el patín en el centro de la mesa.

—¿Y ahora qué? —quiso saber el chico que tenía algunos pelos en el mentón.

—Esperaremos —dijo Richard.

Así lo hicieron, más o menos en silencio.

—Se me va a dormir el brazo —musitó una chica.

—Igual que a mí —se quejó su amiga.

Durante unos segundos después, las palabras permanecieron en el aire, revoloteando como si el ambiente estuviera estancado. La habitación pareció oscurecerse más, como si se aproximara una tormenta... Los ojos de la jovencita debían estar fatigados, simplemente eso. Las luces de los automóviles recorrían el techo y se arrastraban por el dibujo del empapelado de la pared, que oscilaba furtivamente. La luz no llegaba a la entornada puerta, ni a la negrura que había más allá. La niña imaginó cuánta extensión de la oscura casa tendría que recorrer para huir.

El aburrimiento y la intranquilidad iban en aumento.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar sentados? —protestó el muchacho de incipiente perilla. Unas manos desocupadas estaban explorando.

—¡Oh, *arranca!* —gritó con furia una chica.

—No creo que esto funcione —dijo el del bigote—. La plancheta es demasiado pesada. Hace falta algo más ligero.

De repente, junto con un curioso sonido que al parecer provenía de las profundidades de la casa, el patín de madera empezó a rastrear en dirección al borde de la mesa, avanzando y retrocediendo igual que una rata atrapada.

—Claro que si tú vas a *hacer* que se mueva...

—No estoy haciendo nada —contestó Richard, ofendido.

—Bueno, alguien debe hacerlo. —Contempló a los demás uno a uno. La jovencita notó que el bigote del chico relucía. ¿Debido al sudor? El muchacho no vio nada en los ojos de sus compañeros que le complaciera—. Bueno, yo no soy, desde luego —aclaró, como si negara su responsabilidad en ocasión de un mal olor.

El patín osciló y quedó inmóvil. Richard tenía una mirada iracunda... ¿A causa de la interrupción, o porque había dejado de ser el líder?

—¿Vamos a seguir sentados discutiendo? —preguntó.

—Se supone que debemos hacer preguntas. ¿Cómo se llamaba el tipo que murió aquí?

—Allen. Señor Allen.

—Perfecto. —El del bigote se echó hacia adelante igual que un ejecutivo en una reunión; quizás estaba imitando una escena de cierta película—. Vamos a ver si es él. —Lentamente y en voz alta, como si se dirigiera a un niño mentalmente atrasado, preguntó al patín—: ¿Es usted, señor Allen?

Obtuvo una instantánea respuesta: tensas risitas. Se permitió una ligera sonrisa; la broma era francamente infantil para él. Sólo Richard se mantenía solemne, furiosamente solemne. La jovencita se contuvo en sus ansias de reír con más fuerza que los demás. ¿Por qué temía atraer la atención hacia ella? ¿Porque la habitación estaba muy oscura?

La niña volvió a oír el tenue sonido, que tal vez, a pesar de todo, no venía de lo más hondo de la casa: un leve desasosiego. ¿Un ratón? No, debía ser el sonido del patín, que parecía tan distante por culpa del opresivo ambiente... Porque el patín se movía. Giró decididamente y se dirigió en línea recta hacia un cuadrado de papel, donde se detuvo.

Un comfortable absurdo, al parecer. Una letra no podía indicarles nada. Entonces la jovencita vio que otros dos cuadrados interrumpían el alfabeto en lados opuestos de la mesa: SÍ y NO. No, había dicho el patín.

No, no era el señor Allen el que estaba acercándose a través de la casa, el que estaba haciendo chirriar las puertas en el recibidor de la planta baja y, en ese momento, en el rellano. Debía ser una simple corriente de aire. Pero no era el señor Allen el que había entrado en la habitación, cuyo leve desasosiego ya era claramente audible, aunque no así su posición. La cabeza de Richard se volvió, inquisitiva.

—Eso es lo que yo escuché —dijo con cierto disgusto.

El sonido era más definido. Sí, era como si alguien muy viejo o muy enfermo estuviera buscando algo a tientas en la oscuridad... pero en cuanto la jovencita estaba a punto de localizarlo en una parte de la sala, reaparecía en otro lugar. Los dedos que la niña tenía sobre el patín estaban paralizados, pegados por el sudor, aunque temblaban. Ni su mano ni el resto de su cuerpo podían ayudarla en su pánico.

Quizá todos aguardaban a que otro fuera el primero en escapar. Antes de que alguien pudiera moverse, el patín giró. Aunque los brazos de los jóvenes estaban tensos debido al cansancio y a los nervios, el patín se movió con más rapidez, con más eficacia. ESTOY, deletreó con celeridad.

El chico del bigote se inclinó más, aguardando el resto del mensaje. Su mano libre enjugó el brillante mostacho. Los demás contemplaron de mala gana la escena, el patín arrastrando sus manos por la mesa. Concluida la frase, todos permanecieron en tensión, sin atreverse a hacer comentarios sobre el mensaje por si acaso ello le suministraba fuerza. Sólo el chico del bigote lo recitó silenciosamente, con la frente

fruncida: ESTOY EN TODAS PARTES AQUÍ DENTRO.

—Creo que será mejor que nos vayamos —tartamudeó el otro muchacho. Su última palabra brotó en falsete, pero nadie rió.

Y nadie se movió, tampoco, porque los amorfos sonidos recorrían la habitación, escudriñadores, rodeando al grupo. Las luces de los coches introducían luminosos rectángulos en la habitación; los rectángulos se transformaban en relucientes paralelogramos y desaparecían. La jovencita mantuvo los ojos lejos de la luz, porque podía hacer visible el objeto de aquella búsqueda.

El patín se lanzó hacia el centro de nuevo, y correteó por la mesa. Su rapidez parecía casi jubilosa. Una de las chicas no cesaba de sollozar sin lágrimas; como si estuviera ahogándose. El patín seleccionó diestramente su mensaje y a continuación descansó bajo el montón de dedos. HACED LO QUE OS HAN DICHO, había deletreado.

Una ola de enojo, violenta como la electricidad, cruzó el grupo igual que un relámpago.

—Cochino —dijo Ken, a quien la jovencita no había escuchado todavía. Su voz había sido baja, casi inaudible, inadecuada para la protesta; y había exhalado cerveza, el olor de su bravata. Su silla crujió cuando se dispuso a levantarse.

—¡No lo soltéis! —gritó la chica que sollozaba, después de encontrar espacio para las palabras entre sollozo y sollozo.

Quizá creía que aquella presencia no podría hacer cosas peores si estaba ocupada en deletrear mensajes. Y en realidad, el sonido no localizado de alguien que buscaba a tientas había cesado... aunque la jovencita pensaba que sólo estaría descansando. Ella creía oír desplazamientos debilísimos, como los movimientos que revelan la serenidad de un gato cuando se prepara para saltar sobre su presa. La niña no se atrevía a mirar.

En cualquier caso, ella debía mirar el patín, ya que estaba recorriendo la mesa presurosamente. Las yemas de los dedos se aferraban al objeto como si fuera su única protección en la oscuridad. Antes de que el mensaje concluyera, la jovencita sufrió un acceso de temblores. Todos se quedaron con la mirada fija en la mesa, no deseando encontrar los ojos de cualquier otro. La niña tuvo la sensación de que su mano estaba intentando hacer vibrar su cuerpo hasta despedazarlo. El mensaje fue expandiéndose en su mente, igual que una imagen secundaria en una oscuridad repentina y absoluta.

TODOS FUERA EXCEPTO UNO.

—¡No, jodido, eso es demasiado! —protestó Ken—. ¡Eso es jodidamente estúpido! —Había hablado en el límite de su voz... ¿Para impresionar a los demás? ¿Para impresionarse él mismo? ¿O para impresionar a alguien distinto? Su voz aflautada resultaba chocante en la oscuridad. Pero Richard, al que iba dirigida la mirada de furia de Ken, prefirió estar a la defensiva.

—Yo no he hecho que dijera eso —replicó Richard—. Habría dicho quién debía ser ese «uno», ¿no?

Al instante, como si hubiera estado esperando su pie, el patín salió disparado. Se precipitó hacia la cama, lanzando letras al suelo, y tiró de los brazos de los jóvenes con tanta fuerza que Wendy cayó sobre la jovencita. Wendy se puso a temblar igual que si tuviera fiebre... porque el patín le apuntaba directamente.

—¡No! —gritó Wendy—. ¡Yo no! ¡Yo no! —Apenas era capaz de formar palabras. Logró ponerse en pie con torpes movimientos y huyó hacia el rellano.

La niña pugnó por separarse del chico de los pelillos en el mentón, y éste se apartó de ella con gestos de impaciencia.

Al incorporarse y volver al lugar en que Wendy le había propinado el codazo, la jovencita se dio cuenta de que el patín estaba apuntándole.

La huida de Wendy había liberado a los demás. Todos se apartaron de la mesa como si de algo horrible se tratara. Ninguno miró a la niña; de hecho, la habían olvidado, ya que en su precipitación empujaron la mesa hacia ella, golpeándola y echándola violentamente sobre la cama.

El lecho no estaba vacío. Al caer, la jovencita vislumbró un rostro vuelto hacia arriba en la almohada. Una convulsión se apoderó de todo su cuerpo. Archeó el cuerpo, enderezó su espinazo... hizo todo lo que pudo para no tocar lo que yacía en la cama. ¿Sería la cara pura imaginación suya, sombras en una desigual almohada? Tal vez, porque al torcer el cuello para mirar alocadamente, vio que el rostro estaba incompleto. Pero cuando intentó apoyar la mano en la cama para levantarse, sus dedos tocaron una pierna, delgada pero flácida, a través de las sábanas.

Oyó que alguien tropezaba con el cajón de la puerta y que lo apartaba de una patada. La puerta se cerró de golpe.

—Hey, Richard —dijo la amortiguada voz del muchacho casi imberbe—, ¿te das cuenta de que dejamos ahí dentro a esa niña? ¿Es que era ella la que debía quedarse?

Hubo varias risas de alivio. Quizás habían comprendido que tenían que dejarla encerrada.

La jovencita apartó la mesa de un puntapié y corrió a ciegas hacia la puerta. Su jadeo de terror había herido su pecho y la había dejado sin aliento para gritar. Escuchó a Wendy a una distancia que le pareció enorme.

—¿No la habréis dejado allí, verdad? ¡Imbéciles, sólo es una niña! ¡Se supone que yo debo cuidar de ella!

—Muy bien. Tranquilízate. —Era la voz del muchacho del mostacho—. La puerta no está cerrada con llave, ¿no? Y de todas formas, ella es más valiente que la mitad de vosotros, chicos. No he oído que *lloriqueara*.

La manecilla de la puerta resonó. Hubo un ruido sordo, y silencio.

Cuando el chico del bigote volvió a hablar, su voz había sido suavizada por la cólera.

—¿Qué clase de juegos tienes entre manos, Richard? La manecilla se ha salido y la puerta no se mueve.

La oscuridad se cerró en torno a la niña, igual que el abrazo de la fiebre. La puerta

se estremeció a causa de los hombros que la golpeaban, pero resistió. El murmullo de coléricas voces fue alejándose.

—No hay que preocuparse. —¿Era Richard?—. Tranquilidad, ya encontraré algo.

Las voces fueron debilitándose escaleras abajo, dejando a la niña a solas con el silencio.

Pero el silencio no era total. Detrás de ella, algo cayó blandamente al suelo. Fue incapaz de volverse o lanzar un grito, mas no necesitaba dar la vuelta para saber de donde procedía aquel sonido: las sábanas habían caído. ¿Acaso algo más había abandonado la cama?

Logró mover la mano. Metió un dedo en el agujero donde debía encontrarse la manecilla de la puerta. Tiró de la puerta, aunque su mano temblaba con tanta violencia que amenazaba con salir por el otro lado del agujero, pero todo fue inútil. La puerta se negaba a moverse. Estaba atrapada allí dentro, sin poder soltar la puerta, inmovilizada por la oscuridad que se asemejaba a una ciénaga.

Ni siquiera fue capaz de gritar al notar que algo la rozaba. Debían ser manos, puesto que tenían dedos, aunque unos dedos con la blandura del polvo... no, mucho más blandos que el polvo.

PRIMERA PARTE

EL PERSEGUIDOR

I

—Discernir la personalidad de un director en sus películas es bastante parecido a resolver un rompecabezas —dijo Rose—, con la excepción de que a veces las piezas están borrosas.

Trevor levantó los ojos hacia ella, sonriendo de un modo ambiguo. Al sentarse y cruzar las piernas, su puntiaguda nariz resaltó como la de Polichinela, con las cortinas de largo cabello negro a los lados.

—¿Por qué no puede ser su método lo que está borroso? —preguntó.

Rose sonrió, contenta por aquella mordaz pregunta que animaba el último día del trimestre.

—Bueno, porque ese método me ha dado buenos resultados a lo largo de los años, supongo. Espero no haberte producido la impresión de que mantengo como premisa que las películas de un director van a expresar su personalidad. Al contrario, se trata de investigar para saber si es así. Pero recuerdo que vi una serie de películas de Hitchcock y, de pronto, comprendí que pese a la existencia de distintos guionistas y estudios, por no decir nada de los actores con papeles contrarios a sus deseos, los filmes tenían una personalidad absolutamente consistente, una forma de considerar las cosas que sólo podía ser de Hitchcock. En cuanto me di cuenta de eso, sus películas me parecieron muchísimo más interesantes.

—Y si no descubre personalidad, dice que el director es flojo. Eso es como despreciar a todos los realizadores que no encajan en su teoría. ¿Y si son mayoría? Es posible que cuando crea haber encontrado una personalidad se trate simplemente de una serie de coincidencias.

—No lo creo, Trevor. —Deseó que otros de sus alumnos participaran, pero los demás estaban contemplándola igual que a una película bastante insulsa—. De hecho tienes razón, los directores despersonalizados son mayoría. Pero ¿no hace eso que la consistencia de gente como Hitchcock sea aún más notable? En mi opinión, lo que hace al cine tan fascinante es que la expresión de la personalidad propia suele ser ni más ni menos que una lucha. Eso, y los métodos con que un buen director resuelve los problemas de un material inconsistente. Como recordaréis, nuestra sensación de que Paul Newman se ha ido a la cama con Mary Poppins actúa realmente en favor de la película de Hitchcock.

La observación hizo reír a los alumnos, que se pusieron a hablar sobre papeles dados de forma inapropiada.

—Una vez vi a Terence Stamp haciendo un papel de mejicano con acento de barrio londinense —dijo alguien.

—El peor caso era el de John Wayne cuando decía, «*Truly this was the son of Gawd*».

El interés decayó en seguida. Los estudiantes debían ansiar tanto el fin de trimestre como ella llegar a Nueva York. Sólo Trevor quiso continuar la discusión.

—Sigo pensando que no se puede llamar autor de un filme a su director. No es lo mismo que escribir un libro, donde el autor tiene un control completo.

—¡Cielos, ojalá fuera así! —replicó ella—. No lo es en mi caso, me temo. Aunque no creo que lo sea para ningún escritor, ¿sabes? Cualquier escritor está influido por cosas que ha leído o experimentado pero que no recuerda conscientemente, sin contar con el hecho de cómo ha aprendido a narrar un argumento o cualquier otra forma que use para expresarse. Un escritor está parcialmente a merced de su subconsciente, igual que cualquier otra persona.

Trevor parecía creer que ella le había engañado, que había hecho algún juego de manos mental. Rose no sabía si los demás estaban, por lo menos, escuchando.

—Creo que vamos a dejarlo aquí —dijo—. Que tengáis un buen día de Pascua, pues no creo que os vea antes.

Dispuso su cartera, salió del aula y recorrió el estrecho pasillo. La iluminación, más o menos oculta, llameaba en las paredes. Después de los dibujos de Henry Moore, el retrato del matrimonio Andrews de Gainsborough le miró desdeñosamente. Temblorosas imágenes secundarias de luz explotaron ante ella, y tuvo que cerrar los ojos. Confiaba en que ello no se debiera a una jaqueca. No había duda de que se sentía a la espera de que sucediera algo... Nueva York, probablemente. Mientras se dirigía al Centro de Estudios de la Comunicación, bajo la cubierta del nublado cielo, un asustadizo nervio intentó dar un tirón a sus labios.

Atravesó un grupo de arbolillos atados a palos, con las delgadas puntas de las ramas salpicadas de verde, y su felicidad aumentó al instante, puesto que allí estaba Bill: muy erguido y sonriendo en silencio en el exterior del Centro, una capilla reformada y erizada de antenas con aspecto de rastrillos. Bajo un cabello que encanecía, la cara de Bill, con sus tupidas y oscuras cejas y sus vigorosas facciones, parecía la de un joven y no, ni mucho menos, la de un hombre que tenía seis años más que Rose. La primera vez que se habían citado, cuando ambos estudiaban en la universidad de Sussex, Bill tenía esa misma apariencia, fuerte, paciente y cumplidor. Un hormigueo de electricidad sexual hizo estremecer el cuerpo de Rose, con la viveza acostumbrada.

Bill la abrazó rápida y afectuosamente, en cuanto estuvo a su lado.

—¿Has tenido buen día? —dijo ella.

—Aparte del hecho de que una plaga de zombies ha contagiado a mi clase, supongo que he tenido un día muy bueno.

—Preciosa letargia de fin de trimestre...

—Quince variedades distintas de incomprensión y bocas abiertas, querrás decir. Como estar ante uno de esos espectáculos de segunda clase en que debes echar monedas en los agujeros. ¡Gracias a Dios que hay gente como Hilary, estudiantes maduros!

—Sí, sé cómo te sientes... —Caminaban hacia el centro de la ciudad, junto al Hospital Infantil cuyas ventanas eran un zoo de osos de trapo, junto a las doradas

caretas de las puertas del Philharmonic Hotel. Al otro lado del Mersey, el verde resplandor del crepúsculo se zambullía en el profundo lago celeste. Por encima Pier Head, las esferas de los relojes eran nebulosos soles.

—De todas formas —dijo Rose—, no puedo culpar del todo a los estudiantes, no, ya que ellos saben que sus títulos, cuando salgan de aquí, no les asegurarán un empleo. Algunos van a estar calificados en exceso para los trabajos que hay disponibles. ¿Podemos esperar que se droguen con conocimientos por mera vocación?

—¿Por qué no? Es una droga indudablemente preferible a la mierda que se consume. Lo siento, hoy no estoy receptivo a razonamientos especiales. Si yo me hubiera quedado sentado y abatido cuando acabé los estudios, no estaría donde estoy ahora. No me gusta haber llegado ahí sólo para malgastar mis energías.

Rose tenía la impresión de que él estaba irritable debido a otra cosa.

—Los dos nos sentiremos mejor camino a Nueva York —aseguró ella, apretando el brazo de Bill.

Y de repente le sobrevino el ansia de estar allí, entre las escaleras de Jacob de brillantes ventanas, los parques observados por rascacielos, los olores callejeros de rosquillas saladas, pinchos morunos y marihuana, los establecimientos y restaurantes siempre abiertos, la energía nerviosa, el constante máximum de Nueva York. De todo eso se había enterado gracias a su agente norteamericano, Jack Adams, y a las cartas de éste. Más para ella, Gene Kelly seguía bailando en Broadway, King Kong se balanceaba en lo alto del Empire State Building, Brando apenas podía hablar en los muelles con los dientes rotos... No había duda de que Nueva York no se parecería en nada a las películas. Rose estaba convencida de que la ciudad contendría infinidad de sorpresas.

En el centro comercial de la población, en Lewis's, Rose siguió sintiéndose excitada. Siempre le habían gustado las grandes tiendas, donde la profusión de artículos nuevos y limpios le recordaba los cumpleaños de su infancia. Flotaban en el ambiente aromas emanados de cosméticos en mostradores color pastel, y niños de corta edad corrían en coches de plástico con gruesas ruedas relucientes como pinturas hechas con los dedos. Rose compró blusas adornadas con encajes, y un vestido que resplandecía igual que las alas de una mariposa cuando se sostenía frente a la luz. Quería estar guapa para Bill y para Nueva York.

Bill se marchó al departamento de librería mientras ella pagaba. El dependiente regresó por fin, tras haber desaparecido discretamente para comprobar la tarjeta de crédito de Rose. Esta se precipitó hacia la escalera descendente, y el primer escalón golpeó su tobillo. Durante un instante temió caer de cabeza. Una chispa de jaqueca causó escozor en su vista: un grupo de niños la observaba, con los ojos sumamente pintados. En realidad no tenía motivo para estar nerviosa, ahora que estaba con Bill y disponía de un empleo.

Pero ¿dónde estaba Bill? Ciegos rostros color de malva estiraban hacia ella

cuellos largos como brazos; en sus cabezas anidaban pelucas. Allí estaba su marido, en el extremo opuesto de la sección de librería. Rose se abrió paso entre los atestados pasillos, cruzando una estantería de cinco estantes llena de MISTERIOS DEL UNIVERSO. *¿Fue la Tierra colonizada por hombres del espacio? ¿Era Dios un astronauta?* Había un libro titulado *Violación astral: el placer sin el dolor*, pensó Rose, y no pudo menos que reír, pese a que un hombre calvo la miraba.

Se puso nerviosa en el acto. Volvió a buscar a Bill. Sólo se hallaba a tres pasillos de distancia, muy ceñudo ante los rótulos de cartón que había sobre las estanterías. Seguramente estaba intentando encontrar los libros del matrimonio, pero nunca había existido una sección para libros relacionados con las artes. Rose se estaba acercando a su esposo cuando su estómago se contrajo y sus dedos empezaron a temblar.

Antes de volverse ya sabía cuál era el problema. El hombre calvo seguía mirándola fijamente. Su cabeza, que parecía estar colgada en lo alto de una estantería, relucía igual que plástico iluminado por tubos fluorescentes. Sus ojos eran muy brillantes, insulsos, tan inexpresivos como trozos de vidrio. Rose imaginó la cabeza de un maniquí despojada de su peluca. Cuando una gruesa y rosada lengua salió entre aquellos labios, tuvo la impresión de que una cabeza de plástico había cobrado vida.

¿Sería un detective de los almacenes? ¿Acaso sospechaba que ella era una ladrona? Pero estaba viéndole con una claridad anormal, incluso distinguía el vello, las patas de araña que sobresalían de las ventanas de la nariz. La frente del individuo estaba llena de gotitas, como un huevo hirviendo. No, aquel hombre no era un detective.

Incapaz de pensar por culpa de su consternación y su enojo, Rose siguió abriéndose paso entre el gentío para reunirse con Bill. Las cajas registradoras ronroneaban y cantaban.

—¿Lista para salir? —dijo Bill.

Rose miró hacia atrás, pero no había rastro alguno del hombre calvo. No valía la pena hablar de él, no cuando ella debía averiguar qué era lo que preocupaba a Bill.

En el tren, camino del hogar, Bill sacó de su maletín la fuente de su malhumor: una crítica de *Las mismas escenas de las películas antiguas*, de W. y R. Tierney, aparecida en *Times Literary Supplement*. Bill leyó algunas frases.

—... es difícil saber la seriedad con que los autores abordan el tema... se esfuerzan en demostrar su tesis de los clichés, reglas formales que proporcionan al artista un contexto para la experimentación y expresión personal... el libro carece de las disciplinas de la semiología y el estructuralismo... desagradables tentativas humorísticas... sensación de académicos que visitan los barrios bajos...

—No importa —dijo Rose—, sólo es la opinión de una mujer. Pero sabía que una crítica hostil confundía y deprimía a Bill durante varios días.

—*Filmes y filmaciones* enteramente a nuestro gusto. —Bill inclinó ligeramente sus gafas para mirar la revista—. «El nuevo libro de los Tierney es especialmente bueno cuando demuestra el desarrollo de escenas supuestamente manidas... brillante

y específico análisis de reglas en el *thriller* urbano... combina perspicacia y humor con sentido común...».

»Estoy preguntándome qué parte nos corresponde a cada uno —dijo Bill refiriéndose al comentario anterior, conteniendo la risa, mientras subían las escaleras que llevaba la elevada construcción campestre de la estación de St. Michael. El tren fue empujándose, la cola de una cometa de iluminadas ventanas.

Se dirigieron hacia el Mersey, siguiendo un camino apenas visible que brillaba como una pared blanqueada entre márgenes cubiertos de hiedra. El apagado resplandor de la luna se reflejaba en celosías de árboles.

—A veces me pregunto si no me habré alejado de mis alumnos —dijo Rose.

Se agacharon para pasar bajo una tubería tan ancha como el tórax de Bill. Un automóvil estaba oculto entre las zarzas.

—¿No estarás culpándote aún por el asunto John Wayne? —preguntó Bill.

—Culpándome no es la palabra exacta. —Rose había analizado *Río Bravo* con sus alumnos; era el *western* más ameno que conocía y uno de los que permitían un análisis más provechoso. Pero sus alumnos sólo consideraron la política de John Wayne: su presencia aniquilaba el resto de la película para ellos, destruía el carácter del filme—. Pero hay que considerar los sentimientos de los chicos.

—Considéralos, sí, pero no seas complaciente con los estudiantes. Estás esforzándote en abrir sus mentes, no en aferrarte a sus prejuicios.

—Lo sé. —A veces se sentía frustrada... Creía poseer recursos no explotados, aunque no tenía idea de su naturaleza—. Pero hubo tiempos en que los estudiantes solían ofrecerme puntos de vista hasta entonces desconocidos para mí.

—Bien, todavía sucede eso en nuestras colaboraciones, ¿no es cierto? No estés tan triste. «Podrías ser una maravillosa bailarina en lugar de permitir que la gente se sofoque».

—*La historia de Vernon e Irene Castle*. «Es inútil llamar ahí, todos han muerto» —respondió Rose, sonriente.

—*El diabólico doctor Z*. «Si tiene suerte, su novio disfrutará de una vida espléndida y satisfactoria como parapléjico».

—*Más allá del valle de las muñecas*. «Soldado que caíste por tu patria, tu acción no caerá en oídos sordos».

—¡Oh!, esa fue la película de Roger Vadim... ¿Cómo se titulaba? *Helle*. — Estaban recordando citas de su libro sobre papeles y guiones cinematográficos inolvidablemente malos, ¡*Cuidado con las patrullas sodomitas!* La proyección televisiva de Sodoma y Gomorra había dado a Bill el título y la idea del libro, que había obtenido espectaculares ventas: muchos alumnos del matrimonio lo habían comprado. Este hecho había sido el más satisfactorio para Rose.

—De todas formas —dijo Bill, recordando la conversación—, nuestros libros no se han alejado del público.

Mientras el camino les conducía a terreno más elevado, junto a un prado en el que

pastaban vacas descoloridas cerca de enormes piedras enhiestas, las nubes se arremolinaban sobre el Mar de Irlanda. Las gaviotas volaban a baja altura semejando escamas desprendidas de la solitaria luna llena y el río era un torrente lácteo en el que se deslizaba un luminoso barco de línea. En la zona donde el río se ensanchaba hacia el mar, bajo el nítido y vivo disco de la luna, la oscuridad era vasta y misteriosa como el espacio exterior.

Fullwood Park fulguraba a través de una brecha del seto que circundaba la senda. Las villas de estilo italiano se erigían en jardines semejantes a parquecillos, bordeadas por árboles. Una villa, iluminada para una fiesta, brillaba como un barco. Junto a Rose, bajo un puente ferroviario cerrado a los peatones, el viento procedente del Mersey ululaba igual que un búho enorme e incorpóreo.

Espaciadas farolas alumbraban la carretera privada de Fullwood Park, gotas cónicas de lechosa luz, congeladas cuando estaban a punto de caer. Todo tenía un aspecto artificioso: el soporte rojo del buzón de correos, los bolardos unidos por cadenas que separaban un jardín de uso exclusivo para los residentes, la masa de tréboles que cubría el pavimento, con todas las hojas descoloridas, separadas y bien visibles, embalsamadas por la gélida luz.

Entre las villas, la vivienda de los Tierney y su hermana siamesa daban la impresión de estar un poco fuera de lugar. Las luces de la casa hermana estaban encendidas, pero conservaba la apariencia extraña que Rose advirtiera en ella desde que la anciana señora Winter falleció, dos meses antes, como resultado de una caída cerca del camino del río en una noche de helada. No cabía duda de que Rose conocería a los nuevos propietarios cuando regresara de Nueva York.

Rose acababa de rebasar el seto, y se dirigía hacia el camino de entrada a la casa, desprovisto de puerta, cuando tuvo un sobresalto y contempló Fullwood Park con ojos penetrantes. Zonas de luz y sombra conducían a la carretera principal, bajo los árboles. Alguien se había introducido en una zona oscura en ese mismo momento.

Instantes después Rose se encontraba dentro de su casa, cálida como una cama e igualmente placentera. Bill se dirigió a la cocina mientras ella dejaba el correo en la sala de estar. Accionó el interruptor de luz y la habitación victoriana se iluminó suavemente. En los sillones tapizados, amantes bordados sonreían a través de las bordadas hojas. En el aparador —de suntuosa madera negra, lustrosa como un gato del mismo color— los chinitos que tío Wilfred y tía Vi le habían dejado extendían las manos uno hacia el otro, unas diminutas y perfectas manos de porcelana. Rose se sentó en el sofá y abrió el correo.

—Aquí hay una carta de Gerhard —dijo—. Ha investigado nuestro redescubrimiento alemán.

—Magnífico. El libro está tomando forma. —*Redescubrimientos cinematográficos* iba a consistir en una serie de entrevistas con innovadores que no habían recibido atención—. Y no podíamos tener un motivo mejor para ir a Múnich.

—¡Oh, cariño, hay unas pruebas que corregir!

—Tal vez puedas empezar a hacerlo mientras yo preparo la cena. Acabaré todo el trabajo antes de que emprendamos el viaje.

Bill parecía más contento; la rutina siempre le calmaba. ¿Por qué ella no estaba tranquila? Se levantó bruscamente y apagó la luz. Las luces de los apliques fueron oscureciéndose igual que velas faltas de oxígeno. Rose se acercó a las cortinas de terciopelo, que pesaban como colchas, y miró por la ventana. Por encima de las farolas relumbraban las ramas de los árboles cual inmovilizadas explosiones de madera. La carretera estaba solitaria, y Rose retrocedió repentinamente mientras movía la cabeza de un lado a otro, en un gesto de ironía. El hombre del que había tenido un vislumbre hacia cinco minutos llevaba un casco protector, no había duda. Por eso su cuero cabelludo tenía un aspecto liso y reluciente.

II

Cuando el autobús del aeropuerto llegó al puente de Manhattan, Rose estaba tratando de despertarse. Tenía la sensación de seguir en vuelo sobre el Atlántico. Pero allí estaba la silueta de Nueva York, perfilada en un cielo azul oscuro que había absorbido los últimos restos de luz. Incesantes e irregulares hileras de iluminadas ventanas, brillantes perforaciones en tarjetas de computadora, se elevaban hacia grisáceos jirones nubosos. Rose percibió inmediatamente el hervor urbano; pensó, que la ciudad no debía dormir nunca. No obstante, aun cuando los primeros rascacielos se elevaban ante ella, creyó que todavía no había llegado.

Se esforzó en concentrarse en Jack Adams, su agente norteamericano, y también de Bill, que estaba sentado frente a ellos. Era un hombre alto y de piel morena con un hoyuelo en la barbilla, y unos brazos que no dejaban de moverse, de sostenerse uno a otro alternativamente.

—A David Tracy se lo había tragado la tierra —estaba diciendo el agente—. Por eso tuvimos problemas para dar con él. Un director retirado de setenta y ocho años. Vale la pena, ¿no? Se supone que hoy mismo podremos concertar una entrevista.

—Me alegra estar escribiendo este libro —dijo Rose para despertarse del todo—, enriqueciendo la literatura cinematográfica.

—Por supuesto. En tanto que también les sirve para ganar bastante dinero. —Adams cruzó los brazos, y volvió a separarlos—. Una cosa: cuando vayan a Múnich, para las entrevistas quizá puedan ponerme en contacto con su agente alemán. Necesito relaciones estrechas con alguna persona de ese país.

Al llegar a Grand Central Station, Adams recogió el equipaje en el maletero del autobús.

—Escuchen, ¿por qué no tomamos un taxi? He invitado a varias personas para que les den la bienvenida a Nueva York.

El asfalto emanaba vapor. Productos de pastelería humeaban en un mostrador. Un hombre y un perro de lanas pasaron junto a Rose, ambos luciendo un esmalte carmesí en las uñas. Las sirenas ululaban entre los angulosos valles de cemento, y las motos iban haciendo regates en los cruces, sin prestar ninguna atención a los semáforos.

Jack abandonó la esperanza de encontrar un taxi y llevó apresuradamente al metro a los Tierney. Durante el trayecto el agente les enseñó un mapa de metros que parecía un complicadísimo enredo de lanas de colores diversos, pero el sentido de dirección de Rose siguió siendo tan pobre como hasta entonces; se sentía como una carga arrastrada por su cuerpo sonámbulo.

Jack vivía en West 89th Street, en el décimo piso. Pese a que la habitación principal era un laberinto de estanterías, tenía un aspecto limpio y ordenado. Las filas de libros estaban interrumpidas por figurillas mejicanas, una tarántula bajo una cúpula de vidrio y un reloj con una esfera y unas manecillas que no dejaban de cambiar de color. Grabados de Brueghel humanizaban las secciones de pared

blanqueada.

Rose no tuvo tiempo para curiosear, puesto que los invitados ya estaban llegando: el editor de una revista de ciencia-ficción, expertos cinematográficos, y una mujer acompañada por otro editor.

—Te presento a Diana, la mujer que deseabas conocer —dijo a Jack el segundo editor.

—¡Oh, claro, perfecto! —Visiblemente confundido, Jack añadió—: Aquí están dos de mis autores. —Y lo dijo como si los Tierney fueran un adorno—. Beban lo que quieran —anunció a todos los presentes.

Rose «conoció» a Jack Daniels. Tomó un whisky y no tardó en sentirse lo bastante contenta para ir de grupo en grupo y degustar las variadas conversaciones, mientras la asistencia iba en aumento.

—... lo último que se supo de él es que se emborrachaba tanto en Frankfurt que olvidó los libros que estaba vendiendo...

—... y Asimov le advirtió, «no digas eso, es lo mismo que mi mujer repite sin descanso...».

Bill estaba en un rincón, representando su papel de autor.

—Una crítica deshonesto no tiene sentido —estaba declarando—. Es absurdo falsear la propia opinión en favor de otras personas.

Rose charló sobre películas y contempló a Diana, la joven menuda y delgada de grandes ojos oscuros que había sido presentada a Jack. Diana erraba de un lado a otro, tal vez desorientada por el desaire del agente literario. Cuando Rose se dirigió al bar para servirse otro whisky, Diana se acercó de un modo vacilante, y la escritora se compadeció de ella.

—¿Conoces a muchos de los presentes? —dijo Rose.

—No, no a muchos. Supongo que es evidente.

—Bueno, yo estoy en el mismo caso, así que podríamos conocernos las dos.

—Me encantaría siempre que no pienses que soy demasiado egoísta. Lo digo porque todos deben querer conocerte.

—No hay problema. No vas a ahuyentarlos.

—¡Hey, qué extraño! Sabía que ibas a decir eso. Te diré una cosa: tengo la sensación de que ya te conozco. ¿Te ha pasado lo mismo alguna vez?

Sus ojos se habían abierto aún más, su mirada era más intensa, y de repente Rose creyó tener la misma sensación: una afinidad con Diana que no podía definir claramente. Detrás de ella, un escritor decía:

—Una noche le provoqué quince orgasmos en el suelo del estudio.

Las dos mujeres se miraron, y prorrumpieron en risas. Estaban francamente en armonía.

—Ese hombre es su propia mala publicidad —opinó Rose—. El problema es que conozco gente que cree que todos los autores son así.

—En todas las profesiones hay bocazas. No como tu marido, que estoy segura de

que es una persona amable. Escucha, si Jack está demasiado ocupado para enseñarte Nueva York, me ofrezco para hacerlo, si quieres.

—Eso sería estupendo —dijo Rose, y habría contestado igual aun cuando Diana no hubiera sufrido antes un desaire.

Antes de que Diana pudiera continuar —parecía ansiosa por hablar— se presentó su acompañante.

—Has traído las cartas, ¿verdad? El tipo de Doubleday se irá dentro de poco, pero le dije que le harías una lectura.

—Nos veremos después —se disculpó Diana, y se encaminó hacia la mesa que había en un rincón, donde sacó una baraja de cartas de Tarot.

Jack se acercó a Rose al instante; quizás había estado aguardando a que Diana se alejara. El alcohol había calmado sus brazos.

—Es realmente magnífico haberles conocido —dijo—. Es decir, yo conocía a Bill a través de sus cartas, pero usted era algo así como una figura misteriosa. Y quiero decirle que no me ha desilusionado.

—Sí, sí, querida —decía el escritor bocazas, reprendiendo a su amiga porque pretendía interrumpir su saga erótica—, pero estamos hablando de *mí*.

—¡Jesús, qué tipo! —Jack estaba a punto de sonrojarse—. Le ha traído su editor.

—No se preocupe, Jack. No pensaba que fuera amigo suyo.

—Pensaba simplemente que, bueno, que tal vez usted se sentía, eh... desconcertada. ¿Sabe una cosa? Es como si me recordara a cierta persona.

—Espero que será alguien de mi agrado.

—Por supuesto, creo que lo sería. Es decir, lo habría sido. Me enteré de que se había ido. Bueno, las chicas de Nueva York son magníficas, vivarachas, interesantes, ¿comprende? Pero progresan con excesivo brío.

¿Pretendía decir excesivo ímpetu, excesivo espíritu competitivo, excesiva ansia sexual? Tal vez las tres cosas.

—¿No habrá...? —dijo Rose, y se interrumpió, igual que en un centenar de instantes cinematográficos.

—¿Cómo? Ah, quiere decir si ha muerto. No, supongo que sigue viviendo en su ciudad. Fuimos muy amigos durante cierto tiempo... en realidad nos habíamos prometido. Pero sus padres rompieron las relaciones... Ya sabe, que si yo no tenía futuro y tonterías por el estilo. Y... ¡Dios! —exclamó Jack, estremecido por un recuerdo—. Sí, dijeron que mi lenguaje era muy descarado para ella. Lo había olvidado. Tendrían que escuchar a las chicas que hay aquí. Yo no empleo esas palabras, excepto por obligación y cuando tengo que librarme de alguien a puñetazos. La cuestión es que a ella no le importaba, eran sus padres los preocupados. Nos entendíamos, Kathy y yo. —Un trago de whisky le hizo toser, pero pareció acoger bien la aspereza—. De todas formas necesitaba alejarme de allí. Debí alejarme para lograr hacer lo que realmente deseaba. Y lo he conseguido, ¿sabe?

Rose intuyó que Jack deseaba una mujer tanto como ella había ansiado un hijo

hasta que se acostumbró a su esterilidad. Le dio una palmadita en el brazo.

—Ya encontrará a alguien.

—Sí, es posible. Diana parece muy interesante. ¡Caramba! Mire, ha atrapado a Bill.

Así era. Diana estaba llevándole hacia la mesa de las cartas. Bill tenía aspecto divertido, demasiado cortés o demasiado borracho para resistirse. Rose se acercó a la pareja: aquello prometía ser interesante.

—Ojos azules, cabello cano, piel blanca —decía Diana—. Es el Rey de Bastos. —Entregó a Bill el resto de la baraja—. Mézclelas como guste y después corte tres veces hacia su izquierda.

Bill eligió un montón y Diana empezó a levantar cartas.

—Esta le cubre, ésta le atraviesa, ésta le corona, ésta se halla debajo de usted... ¡Qué extraño! ¿Es aficionado al ocultismo?

—No, en absoluto.

—¿Quizás alguien muy allegado?

—No, no puedo creerlo.

—¿Está seguro? Todas las cartas tienen varios significados, pero esta interpretación parece correcta. Y cuando parece correcta casi siempre lo es.

—Estoy convencido de que es imposible.

Diana apartó un mechón de su rojizo cabello que tapaba una oreja ligeramente puntiaguda, y continuó sacando cartas.

—Bien, no sé. Me gustaría mucho explicarle lo que estas cartas me parecen.

—No se reprima.

Quizá Diana no comprendía que el tono de Bill era conscientemente paciente.

—El ambiente en que se encuentra está en conflicto... el Ocho de Bastos está al revés —empezó a leer Diana—. La Luna actúa contra usted: fuerzas ocultas. Su objetivo es amor, amistad, unión: el Dos de Copas. Pero su motivación, o la motivación del asunto, es la impostura, la falsedad: el Dos de Espadas.

La audiencia iba congregándose, como alrededor de una partida de póker. ¿Tendría Steve McQueen un as de reserva?

—Esto es *muy* interesante. La influencia que acaba de finalizar es el Hierofante invertido. La influencia en que está entrando es El Ahorcado al revés... ambas cartas se refieren a algo cuyos efectos son de largo alcance.

A Bill, no había duda, le parecía menos interesante que a la adivina. Diana señaló la fila de cartas: Cinco de Copas, Caballo de Bastos, Tres de Copas, Nueve de Espadas.

—Hay un matrimonio, pero con frustración y amargura. Un período de tiempo fuera del hogar en extraños paraderos. Sus esperanzas en este asunto son victoria, satisfacción. Pero lo que acaecerá es muerte... de algo —añadió, perdiendo el tono objetivo de su voz—. No se refiere forzosamente a una persona. Debe recordar que las cartas sólo muestran posibilidades, no certidumbres. Pero ¿puede relacionar lo que

le he explicado con algún hecho de su vida?

—No. —Después de una pausa, Bill decidió proseguir—. Ya que lo pregunta, creo que esto es el colmo del absurdo.

—Supongo que es posible leer las cartas de otra manera —repuso Diana, disgustada—. Podrían significar que usted y su esposa van a tener cierto desacuerdo... un libro, quizá. La Luna podría ser algo, una forma de ver las cosas, por ejemplo, que hay que descubrir. Tal vez necesite destruir una barrera para comprender. Quizás eso suceda aquí, en Nueva York.

—Estoy seguro de que puede darse a las cartas cualquier significado que se desee.

Visiblemente ofendida, Diana se puso a recoger las cartas. La audiencia se alejó, desilusionada o desconcertada.

—Perdón —murmuró Bill—. Soy el culpable. En primer lugar no debía haberme prestado a la lectura. No creo en este tipo de cosas, aunque tampoco pensaba que usted creyera en esto... en una fiesta. Escuche, ¿le apetece algo de beber?

Bill se alejó rápidamente para hacer la diligencia, aliviado.

—¡Oh, es terrible! —se lamentó Diana—. No pretendía trastornarle. Debe pensar que soy totalmente incapaz de relacionarme con personas.

—¡Por el amor de Dios, Diana, no te preocupes! —Rose tenía ansias protectoras; casi veía en Diana a la hermana menor que jamás había tenido—. Él no debía haber sido tan brusco contigo. —Ella misma se había sorprendido ante la brusca reacción de Bill.

—¿No estás de acuerdo con él?

—No, no del todo.

—Entonces podría leerte las cartas para comprobar si están relacionadas con las tuyas.

Rose estaba intrigada e intranquila al mismo tiempo.

—De acuerdo —dijo.

Su carta era la Sota de Espadas. En cuanto Rose preparó el monte, Diana empezó a levantar cartas: Tres de Espadas invertido, Cinco de Espadas invertido, Reina de Espadas, la Luna, la Torre, Reina de Pentáculos invertida... De repente mezcló los naipes en el mazo.

—Oye, debo estar muy cansada. Leeré tus cartas en otra ocasión, ¿de acuerdo?

Bill regresó con aspecto travieso.

—Permítame que les enseñe un juego inglés en que el ganador es la persona que recuerda las peores frases de una película...

Bill salvó la situación y reanimó la tertulia, que continuó hasta que los Tierney mostraron signos de fatiga. Todos convinieron en que el matrimonio había ganado el juego con su rutina favorita de *La historia más grande jamás contada* (—¿Cómo te llamas? —Santiago. ¿Y tú? —Jesucristo. —Es un buen nombre.) Al salir, varias personas les hicieron invitaciones para tomar una copa.

—Lamento que no tuviéramos más oportunidades de hablar —dijo torpemente

Jack a Diana—. Quizá los cuatro podamos cenar una noche. Te llamaré.

Ya en el cuarto de baño, Rose se desmaquilló con rapidez, precavida ante la acechante presencia de una cucaracha. Bill y ella eran tan populares que parecía perverso albergar dudas, y sin embargo era su éxito lo que, en cierto sentido, le preocupaba. Al leer las pruebas de su último libro se dio cuenta de que el texto era poco audaz, carecía de nuevos planteamientos, estaba escrito con la atención puesta en la popularidad. ¿Sería que Bill y ella adolecían de éxito?

Oyó a Bill hablando por teléfono. Cuando regresó al dormitorio encontró a su marido juvenilmente excitado.

—Acabo de hablar con David Tracy y parece estar muy entusiasmado por la entrevista. Dice que tiene material suficiente sobre los primeros años de Hollywood para llenar un libro, pero que nadie se lo había pedido hasta ahora. Espero tener el mismo ánimo cuando llegue a su edad.

Su excitación era contagiosa. Se abrazaron por puro deleite, y Rose olvidó al instante su pasajera depresión. No tardaron en hacer el amor, cosa que siempre hacía más cálidas, más acogedoras las habitaciones extrañas. Ambos se hallaban en un estado hipersensible a causa del viaje y las horas de desvelo, y sus caricias resultaron eléctricas. Después él la abrazó y permaneció junto a ella.

A pesar de todo, Rose no pudo dormir. La habitación la asfixiaba. Abrió la ventana y caminó lentamente hasta la balaustrada del balcón. Las farolas fijaban discos de luz en el pavimento, que fulguraba como si estuviera cubierto de escarcha. La calle estaba desierta aparte del vislumbre de una figura que desapareció en Amsterdam Avenue.

Rose se apresuró a volver a la cama, temblando. En su sueño recorrió la calle de un lado a otro. Todas las puertas estaban cerradas. Tenía miedo de doblar alguna esquina, ya que había olvidado por cuál de ellas había desaparecido la figura del hombre calvo.

III

Nueva York era un conjunto de puertas en la pared de Grand Central Station, puertas que no daban paso a habitaciones, sino, como en una sorpresa de la infancia, a andenes. Vista desde el Empire State, la ciudad era un entramado de valles, una plataforma de lanzamiento de anchura kilométrica. Era un hombre que gritaba el alarido del rebelde al final de un concierto de Pierre Boulez, un camarero japonés llevando un plato como un malabarista, masoquistas que merodeaban por las calles nocturnas con llaves en los cinturones, una cafetería francesa en el sótano de Carnegie Hall, la torturada explosión del *Guernica* de Picasso que llenaba una sala entera. Era la Calle 42, que resonaba igual que una canción y tenía el aspecto de infinidad de cines infantiles alineados para presentar sus ofertas: hombres murmurando una letanía de drogas a la venta, una bonita joven negra que preguntó a Bill, «¿De juerga, cielo?». Nueva York era un millón de impresiones distintas, y una de ellas fue David Tracy, el hombre más insufrible con que se había topado Rose.

Tracy se alojaba en una habitación de un piso de Brooklyn. Aunque en el resto del piso no había nadie —el amigo del cineasta estaba trabajando, al parecer— Tracy insistió en permanecer en aquella habitación, entre montones de revistas rotas y libros destrozados y el hedor de sus cigarros puros.

Al principio Rose creyó que Tracy estaba mostrándose respetuoso.

—No puedo decir mucho más al respecto —dijo él bruscamente, mirando a Rose, en medio de una sórdida anécdota relativa a una antigua estrella.

Era obvio que se daba cuenta de que su explicación no era lo bastante clara, ya que hizo caso omiso a las preguntas de Rose y recortó sus respuestas a Bill.

—Bien, estoy fatigándome. Podría volver a hablar con usted el jueves, Bill. Usted tendría que pasar la noche aquí. Sólo hay sitio para usted.

Antes de que Bill pudiera demostrar que estaba tan furioso como ella, Rose respondió:

—Eso sería estupendo, ¿verdad, Bill?

Su libro era más importante que sus sentimientos. Haber respondido en lugar de Bill era una especie de triunfo sobre Tracy.

No obstante, cuanto más pensaba en el incidente, más aumentaba su enfado. No era extraño que se sintiera irritable y nerviosa. Se alegró de poder pasar la noche con Diana. Además, ella le haría una lectura de Tarot aprovechando que Bill no estorbaba.

Haciendo juegos malabares con los paquetes de comida, Rose abrió la puerta del edificio con la llave que Diana le había dado. Superando a las persecutorias sirenas de los coches de policía, los caballos relinchaban en las cercanías, en los establos Claremont. Rose sostuvo la puerta abierta con un pie y entró de espaldas y con paso vacilante en la planta baja. La puerta se cerró de golpe, y Rose cayó sentada en un condescendiente regazo.

Se asustó antes de comprender lo ocurrido. Muebles por todas partes, como si se hubieran apoderado del edificio: una mesita sin ornamento alguno estaba en el vestíbulo, con la apariencia de haber sido despojada de su teléfono; un armario ropero se hallaba junto al ascensor, equiparado a una puerta. La mujer que habitaba el piso inferior del de Diana se trasladaba. Nada que no fueran cojines reposaba en el sillón donde Rose había caído.

Después de aguardar el ascensor durante un rato, Rose inició la penosa subida. Las escasas ventanas parecían rebanadas de humo por las que asomaban oscuras paredes. El empapelado, con un color semejante al de papel periódico viejo, embebía buena parte de la mortecina iluminación, que tenía la densidad de la grasa.

El segundo piso era casi idéntico al primero: un largo y desnudo corredor con pétreo suelo en el que las pisadas de Rose produjeron un ruido sordo y bronco, como si se tratara de una calle desierta. Un sofá con vocación de banco público. Una absurda silla mantenía abiertas las puertas del ascensor.

Al acercarse al último tramo de escaleras, Rose echó un vistazo al piso desocupado. Alfombras enrolladas se apilaban en el zócalo. Huellas de muebles subsistían en las paredes, con colores más pálidos por no haber estado expuestas a la luz.

Rose se volvió hacia las escaleras, y escuchó movimientos justo al otro lado de la puerta. Podía haber mirado hacia atrás, pero no tuvo tiempo, el puño golpeó antes su nuca.

O tal vez fue un bastón, lleno de protuberancias. Los paquetes de comida cayeron al suelo antes que Rose. Sus rodillas se arañaron con la piedra del pavimento. ¿Lograría volverse antes del próximo golpe? Pero el corredor se convirtió en algo así como una imagen televisiva en el momento de apagar el aparato, un distante punto luminoso que contenía su cuerpo, y Rose fue arrebatada hacia la voraz oscuridad.

IV

Rose despertó con el dolor de cabeza de quien ha perdido el sentido por un acto de violencia. Estaba acostada, forcejeando para calmar el ritmo del dolor. Los movimientos de Bill parecían distantes; quizá estaba corrigiendo las galeradas en el despacho. Pero ¿por qué notaba tan estrecha la cama? ¿Por qué la luz estaba teñida de rojo?

Se aterrorizó al abrir los ojos, pues el techo estaba demasiado cerca de ella y le resultaba totalmente extraño. Reflejaba un apagado resplandor carmesí sólo roto por la circular sombra blanquecina que se cernía por encima de la pantalla de la lámpara. Rose se obligó a volver la cabeza, porque alguien se aproximaba.

El hombre avanzaba de puntillas hacia ella sobre las tablas del piso, al parecer cubiertas con polvorientas alfombras. Su rostro era más que negro: su negrura se derramaba de sus mejillas, sumía los labios. La escasa luz contribuía a oscurecer su cara. Rose sólo vio los ojos, húmedas piezas de mármol, gelatina amarillenta.

No gritó, pero sus manos se cerraron bajo la manta que la tapaba. Rose notó las arrugas de la ropa en sus manos, y abrió la boca como si le hubieran desgarrado los labios. Detrás del hombre, una mujer salió de una habitación interior. Era Diana.

Su aparición no fue tranquilizadora. Con su rostro menudo y demacrado, con sus piernas embutidas en calcetines, con aquel cabello que ni era corto ni largo... Diana tenía un aspecto anónimo, vulgar. Perfilada por el resplandor de un fluorescente, la cara de Diana no era clara ni mucho menos. Pero la mujer avanzó con gran ansiedad.

—Te pondrás bien, Rose. Este es John, que vive al lado. Es enfermero.

Una amistosa sonrisa rutiló entre la barba de John. Rose intentó incorporarse para corresponderle, hasta que el dolor le aferró la frente y la nuca.

—Tranquilícese. Permítame que examine esto. —Hablaba como cualquiera de los médicos que Rose había tenido en la infancia—. Aquí es donde la golpearon, ¿verdad? ¿Y aquí? ¿Nota algo? —Las manos de John eran suaves y firmes como las de tío Wilfred—. *Muy bien*. Tendrá dolor de cabeza durante un rato, pero no se ha producido contusión. Ahora debo ir al Bellevue, pero volveré a primera hora de la mañana por si necesita algo.

Necesitaba a Bill. Su presencia le aseguraría que todo era estable, que el mundo cotidiano no estaba lleno de cubiles, de gente al acecho, a la espera de que ella les diera la espalda... Más si le telefoneaba, Bill iría corriendo. Y eso no sólo echaría a perder el libro, sino que aumentaría el desprecio del insufrible Tracy. La principal razón para no telefonar.

Rose cogió su bolso. No le habían robado nada; su pasaporte seguía allí. Su nombre, su arrugada fotografía... esos detalles fueron profundamente tranquilizadores. De todos modos, ¿por qué había temido no poder demostrar quién era?

—La policía quiere que vayas a la comisaría y hagas una declaración, cuando te

encuentres mejor —dijo Diana.

Aparte de su dolor de cabeza, Rose ya se sentía mejor. El ataque había sido menos espantoso que inevitable, uno de los riesgos que se corren en Nueva York. Ella tenía la impresión de que el incidente le había sucedido a otra persona, que no le había afectado a ella en absoluto.

—¿Te apetecería un plato de sopa? —preguntó Diana.

Ella y Rose habían planeado preparar una complicada cena, pero la perspectiva de estar de cuerpo presente era casi apetecible para la escritora en aquel momento. Examinó la alargada y estrecha habitación. Una partitura de Scriabin reposaba en el teclado de un viejo piano. Encima del lecho de Rose, varias estanterías cargadas de libros ladeados pendían precariamente de la pared. Otro lecho era una confusión de bultos; a su lado, un jersey yacía en el suelo. El apartamento parecía más utilizado y, desde luego, más descuidado, que el de Jack. Rose no había visto nunca al agente quitando el polvo a los muebles, pero estaba segura de que lo hacía en el caso de que no tuviese una criada fantasma.

—¿Qué opinas de Jack? —preguntó Diana entre ruidos de algo que estaba revolviendo.

—Después de conocerle, me gusta.

—Lo mismo pienso yo. Bueno, es que pone tantos obstáculos para evitar que llegues a él... Igual que en la fiesta. Creyó que debía decirme los nombres de todos sus clientes. Le asusta abandonar su papel por si acaso no te gusta tal como es en realidad. Pero estoy segura de que tiene buenas cualidades.

Rose estaba mirando los estropeados lomos de los libros que había sobre su cabeza: *Catch-22*, Brautigan, Hesse, *Violación astral*, Kafka, *La experiencia psicodélica*, *El Tarot divulgado*, *El Tarot explicado*, *Manual de Tarot*...

—Me gusta Bill —estaba diciendo Diana—. Se parece a uno de los Beatles, ¿no? Mira, no fui a la fiesta para conocer a Jack. Deseaba conocer a los Tierney.

—¿Por qué, porque habías leído algún libro nuestro?

—No, nunca.

Rose había cogido *Violación astral*. SI ALGUIEN PUDIERA ATRAVESAR LAS PAREDES DE SU HOGAR Y SECUESTRARLE, proponían las llamativas letras rojas de la satinada tapa negra, ¿NO SENTIRÍA PAVOR? QUIZÁ ALGUIEN PUEDA HACERLO.

—¿Lo has leído? Es un libro pavoroso. Imagínate a ese tipo, Peter Grace, metiéndose en tu cuerpo. Me alegra que los nazis no descubrieran su secreto, ¿a ti no? —Diana dispuso una mesita al lado de Rose—. ¡Ah, no lo has leído! Pero te interesan las ciencias ocultas, ¿no?

—No, de verdad que no. —Rose volvió a poner el libro en su hueco, estropeando aún más sus tapas, y se sintió avergonzada; al fin y al cabo, había importunado a Diana para que le hiciera la lectura de Tarot—. Perdona, Diana. Ya te das cuenta de que estoy más bien irritable. Antes tenía miedo a ese tipo de cosas, pero lo he

superado. En realidad estoy interesada.

—Claro, sabía que lo estabas. Es como lo que te decía: pensé que debía conocerte. Tú también tienes vislumbres psíquicos, ¿me equivoco?

—¿A qué te refieres?

—Algo así como premoniciones.

—No. —Al observar la desilusión de Diana, Rose se impacientó con ella misma. Pero el misionero fervor de Diana había empeorado su aturdidora jaqueca.

—Yo sí. —Diana la miró con un aire similar al de una niña insolente—. Por eso bajé las escaleras para buscarte. Perdóname, no querrás hablar de eso.

—Sí, no importa. No deseo camuflarlo en mi mente.

—Bien, no hay mucho que decir. Bárbara, ya sabes, la que se ha mudado, subió para utilizar mi teléfono porque el suyo se había estropeado. Pues bien, estábamos tomando café cuando tuve ese presentimiento. Bajamos corriendo las escaleras a tiempo para ahuyentar al tipo... oímos cómo se alejaba. Debía estar intentando arrastrarte hasta el piso de Bárbara. Espera, déjame coger la sopa.

Al incorporarse, Rose notó que la habitación se inclinaba. Logró afianzarse con grandes esfuerzos.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Diana.

Durante un instante Rose volvió a tener diez años, y se desesperó al ver que cuidaban de ella. Luego tía Vi se sentó en la cama y levantó la cuchara, pero Rose ya no precisaba de esos cuidados. Aquello había pasado, apenas era ya un recuerdo, más bien una sensación.

—¡Por el amor de Dios, no! —protestó.

La cara de Diana se agachó rápidamente entre el refugio de su cabello, hacia su plato de sopa.

—Gracias, de todas formas —dijo Rose.

Era sopa de vegetales, espesa y con trozos enteros. Rose la tragó precavidamente previendo que el dolor volviera. Si sufría una contusión, ¿no debería evitar los alimentos sólidos? Pero la primera cucharada la reanimó como si fuera licor, estabilizó su cabeza.

Diana estaba liando un grueso cigarrillo y bebiendo sopa en una jarra de barro. A su espalda, una ventana excesivamente pequeña para la habitación daba a una escalera de incendios.

—¿Tomas drogas? —preguntó Diana.

—Sólo alcohol. Pero continúa si te apetece.

Diana desvió la mirada, como sintiéndose reprendida.

—Me han ofrecido droga algunas veces —comentó Rose—, pero siempre temo que me cause jaqueca.

—Es posible. —Diana levantó los ojos bruscamente—. ¿Tienes jaquecas?

—Menos desde que me acostumbré. Ninguna desde hace un año. —¿Por qué la pregunta había reflejado tanta ansiedad? Diana exhaló una nube de humo dulzón; la

luz rojiza se amortiguó como una llama que se apaga.

—¿Qué tipo de cosas sueles ver cuando cierras los ojos por la jaqueca?

—Bueno, una especie de diamante minúsculo que estalla en fragmentos y se esparce por todo mi campo visual. La primera vez fue terrible, porque yo no sabía lo que ocurría... como una explosión en la realidad. Todavía veo una chispa de vez en cuando.

—Conozco a gente que le pasa igual. —La voz de Diana era más pausada, ponderada—. Y algunas personas ven complicados dibujos orientales. Lo recuerdo porque se parece a un viaje con LSD.

—Yo no podría saberlo, Diana. —El olor a hachís estaba provocando que la cabeza le diera vueltas. ¿Estaba afectándole la droga? Rose escuchó un golpe que la alivió repentinamente, una confusa voz amortiguada por lo que de repente le pareció una infinidad de paredes interpuestas. Estaba intranquila, pero cuando intentó levantarse sus piernas eran agua, agua que se vertía por el borde del lecho.

—Yo solía tomar ácido —dijo Diana—. Mi Tarot dice que no puedo llegar lejos en un empleo, que tengo que desarrollarme interiormente. Eso casi nos hace volver a lo que te explicaba sobre tus percepciones.

—Ciertamente.

—Sí, creo que sí. Mira, ciertas cosas pueden intensificar tus percepciones. Las drogas lo hacen, por supuesto, y voy a decirte lo que alguien me aseguró una vez: participar en una sesión espiritista puede darte talentos especiales en algunas ocasiones.

Rose se sentía vagamente amenazada, quizá por el acechante hachís.

—Pero las migrañas intensifican tus percepciones de una forma natural —continuó Diana.

—No a mí, me temo.

—Quizá tú misma lo impides. John dice que en la mayoría de casos se experimenta la intensificación justo antes de una migraña. Imagino que existe una relación entre la fluctuación de la jaqueca y el efecto estroboscópico de un viaje. ¿Sabes que la ergotamina, la única cura efectiva para la jaqueca, se deriva del LSD?

Rose estaba cada vez más soñolienta.

—Perdóname, Diana, creo que intentaré dormir.

—Claro, apagaré la luz grande. —Así lo hizo, y luego, como si la oscuridad le ayudara a convencer a Rose, añadió—: Pero si alguna vez tienes esos vislumbres, no debes reprimirlos. Creo que nunca se ha de soportar más de lo que se debe soportar.

Rose se tapó con las mantas. ¿Por qué Diana no la dejaba en paz? Apagadas voces resonaron en el pasillo; un vago óvalo flotaba al otro lado de las barras de la escalera de incendios: la cabeza de Diana vista por detrás. Rose cerró resueltamente los ojos. Confiaba en que aquella sensación de flotar y la pesadez de su cráneo fueran los principios del sueño.

Su calor corporal la adormeció. Bajo sus párpados había un sosegador brillo.

Flotaba. Tenues sonidos de Nueva York despertaron recuerdos: calles, caras... Muy cerca, los pasos de Diana le aseguraron de nuevo que no estaba sola, aunque las pisadas retrocedían en su sueño.

No eran los pasos de Diana. Salían rápidamente del piso vacío. El oscuro corredor era un túnel, y más allá de su distante boca la escalera desaparecía como el furgón de cola de un tren. Rose corrió hacia la salida, aterrorizada por el contacto en su nuca. Una oscuridad densa como el barro paralizó sus piernas. Tuvo la sensación de que el golpe doblaba su columna vertebral. Cayó.

De pronto comprendió que aún tenía una posibilidad. Si se liberaba del cuerpo, escaparía. Aquel hombre sólo atraparía su caparazón. Nada más darse cuenta de ello salió de su cuerpo, abandonó el corredor. Apenas tuvo tiempo de ver fugazmente al individuo, una tenebrosa figura desesperada y frustrada por el ardid. Rose ascendió jubilosamente, contenta de haber derrotado al atacante. Estaba a salvo, y más libre que nunca.

Y ya no estaba soñando... porque podía verse, tendida en la cama, dormida.

Habría gritado si hubiera tenido una posibilidad, pero había abandonado su boca en el lecho. Allí, debajo de ella, a unos metros de distancia, yacía su cuerpo, y era el de otra persona. Su cuerpo tenía el tamaño de una muñeca; la oscuridad había convertido en cera su rostro. Una cara extraña, Rose creía no haberla visto hasta entonces. Pero incluso ese rasgo era menos terrorífico que la visión de su puño izquierdo, que apretaba los nudillos contra su mejilla del mismo lado de un modo desagradable... ya que ella no sentía nada.

A menos que recobrara su cuerpo al instante, moriría. La oscuridad la rodeaba, devorando su sensación de personalidad. Era incapaz de moverse en ninguna dirección. Al parecer, todo lo que podría usar para combatir la negrura yacía desplomado en la cama. Sólo sus pensamientos luchaban, aplastados por la oscuridad y por su pánico, en un último e intenso instante de consciencia que se agotaba con rapidez.

Entonces su redoblado terror pareció explotar, y se encontró en la cama. Pero estaba paralizada, despojada de todo sentido que le indicara cómo mover su cuerpo. El olor a hachís revoloteaba sobre ella. Cerca, en la penumbra, sus ojos fijos sólo distinguían una figura de abultada cabeza. ¿Estaba la cabeza observándola, aguardando para ver qué hacía ella?

En seguida notó que se unía a su cuerpo. El abrazo fue torpe, excesivamente ruidoso. La oscura figura se inclinó sobre ella. Hubo un destello luminoso. La sombra de la cabeza de Diana brotó momentáneamente en la pared, mientras encendía un segundo cigarrillo. Los auriculares la ligaban a un tocadiscos estereofónico.

—¿Estás bien, Rose? —gritó.

—Sí. —Estaba contenta por haber despertado y hallarse en su cuerpo que le permitiría hacer algo más que estar echada en una cama. Aunque, ¡oh, deseaba que Bill estuviera allí!

—Pareces... eh... ¿Algún problema?

—Ninguno. —Mas rehusar compartirlo no iba a ser una ayuda para sus nervios—. He tenido una pesadilla —explicó a regañadientes—. Era como un sueño que tuve una vez, no mucho después de mi primer período. Caí enferma, con fiebre, y tuve que estar en cama una semana. —Sus palabras iban afirmándose—. Soñé que alguien me seguía... no sé quién, alguien espantoso. Así que salí de mi cuerpo para que nadie pudiera encontrarme. Recuerdo que floté escaleras abajo y escuché hablar a mis padres. La parte más extraña fue que, al parecer, dejé atrás todas las sensaciones de fiebre.

Diana se inclinó hacia adelante igual que una periodista.

—¿Preguntaste alguna vez a tus padres si habían dicho lo que tú les oíste decir?

—No, naturalmente que no. Sólo era la fiebre. Además, tal vez les escuché por casualidad desde mi habitación. —El recuerdo era confuso y resultaba opresivo. Rose se arrepintió de haberlo mencionado—. He tenido todo tipo de incidentes, Diana. Es absurdo exagerarlos. Fíjate, cuando estudiaba para mis exámenes finales solía apartarme del bordillo por miedo a los autobuses... en realidad los veía, aunque jamás pasaban autobuses por nuestra calle.

La punta del cigarrillo enrojeció la cara de Diana, que tenía un aire de insatisfacción.

—¿Sabes qué me parece tu sueño?

—Sí, por supuesto. —La frase se cernía sobre Rose, en un estante—. Proyección astral.

—Exacto, sólo que nosotros solemos denominarlo experiencia extracorporal.

—Sí, bueno, prefiero no hablar de eso ahora, Diana. Intentaré volver a dormirme.

No obstante, la conversación le había servido para comprender por qué había sufrido una pesadilla: los esfuerzos de Diana para convencerla de que poseía facultades psíquicas, quizá, conjuntamente con el efecto producido por el humo del hachís.

Pero no pudo dormir. Se esforzó en relajarse un poco, y esperó a que Bill llegara. Necesitaba más confianza de la que Diana podía ofrecer. Nunca hasta entonces había tenido una pesadilla que permaneciera tan vívida en su memoria, negándose a difuminarse o confundirse... como si no fuera un sueño, sino un recuerdo.

SEGUNDA PARTE

INICIACIÓN

V

Rose se detuvo a medio camino, en Fulwood Park, para contemplar el haya. Era más bien un grupo de árboles que brotaban del inmenso tronco. Había permanecido dormida durante todo el invierno, una paralizada explosión de madera, color plata sobre el fondo del desapacible cielo. El invierno había contenido la explosión. En el momento presente las puntas eran flamas verdes; innumerables filamentos de madera echaban hojas, abiertas por la primavera.

La primavera había tapizado el camino, que era una paleta de verdes, hierbas y helechos. En los jardines, los tojos resplandecían de amarillo, iluminando sus púas. Frente al buzón de correos, la blonda hierba del campo recuperaba su verdor; flores silvestres exponían los tintes amarillos de sus tallos. Incluso del buzón parecían haber brotado raíces de hierba. En el jardín de los residentes, al otro lado de la valla, los pájaros levantaban el vuelo igual que hojas resucitadas. Todo hacía que Rose estuviera ansiosa por encontrarse en su casa y escribir.

Antes de llegar al buzón, la señorita Prince apareció en un camino particular. Marcadas ondulaciones del cabello, fríamente blanco, coronaban su cabeza como una peluca. Estaba arrancando florecillas de su jardín con un bastón. Su pierna derecha renqueaba, y al parecer contraía el mismo lado de su cara en una perpetua mueca de dolor.

—Buenos días —dijo gélidamente, como si Rose fuera una oveja extraviada.

La señorita Prince había sido el primer visitante de los Tierney en Fulwood Park... para solicitar votos electorales.

—¿Sabes —había dicho entonces con un tono que retó a Rose a fortalecer su paciencia— que esta zona es conservadora?

—Bueno —había replicado Rose, más divertida que ofendida, aunque ansiosa de librarse de la visita—, nosotros estamos más bien en medio.

—Pero eso es peor que nada.

Desde entonces la señorita Prince apenas había hablado con Rose, ni siquiera cuando ésta tuvo que dejarle las llaves antes de partir hacia Nueva York.

—Buenos días —contestó ahora Rose, mirando a la mujer como si fuera la nueva jardinera, y siguió caminando.

Pero... ¡qué estupidez, qué tontería! Rose se esforzó en quitar importancia al incidente, para poder pensar en su libro. De repente el camino le pareció un cementerio estucado. Las villas eran esmeradas cajas talladas en hueso, tan delicadamente esculpidas, tan sumamente frágiles que no se podían tocar, ni aun acercarse a ellas. Rose raramente había visto personas saliendo de las casas. Grupos de vigilantes automóviles reposaban en los caminos de acceso.

A pesar de todo, Rose estaba en su hogar. El rocío, o la lluvia, chispeaban en el césped de la retorcida senda de entrada, formando minúsculos arcos iris. Debido a que Rose aún tenía que conocer a los nuevos vecinos, su hogar parecía incompleto,

un gemelo cuyo hermano estaba enfermo. No sabía nada de los recién llegados, excepto que tenían un Fiat carmesí, que relucía en el camino como si fuera un anuncio.

Rose guardó la carne en el refrigerador, y después buscó el libro de notas. Un ejemplar anticipado de *Pesadillas compartidas* holgazaneaba en un sillón del cuarto de estar; idilios victorianos, con la delicadeza de lo oriental, estaban bordados en los muebles. En el comedor, botellas de vino yacían ociosamente en un estante.

¡Oh, era imposible que Bill se hubiera llevado el cuaderno de notas a la universidad sin darse cuenta! Rose subió trabajosamente las escaleras, sintiendo un creciente y opresivo calor. Cuando la señora Winter habitaba la casa de al lado, los Tierney se habían acostumbrado a ir desnudos; los árboles impedían la visión desde el camino.

El borroso rostro de Rose se deslizó por las negras baldosas del cuarto de baño. Encontró el cuaderno en el suelo del dormitorio, junto al lado de la cama que ocupaba Bill. ¡Maldición! Su marido había escrito uno de los pasajes que ella preveía redactar, puesto que estaba tachado en el cuaderno: «Cuando dirige películas, Clint Eastwood parece estar paralizado junto al espejo de su lente...».

Tomó asiento en el despacho y se concentró en un párrafo. Sus palabras eran rígidas y pesadas, obstáculos que obstruían sus ideas. Naturalmente se trataba sólo de un borrador, que debía ayudarles a escribir rápidamente *Los significados del estrellato* en cuanto acabara el curso, de forma tal que pudieran proseguir con *Redescubrimientos cinematográficos*.

¿Qué iba a hacer si no, por amor de Dios? ¿Seguir la pauta de Diana, desarrollar sus supuestas facultades psíquicas? Sí, tendría que flotar bajo el techo mientras su cuerpo se tomaba la vida con calma en la cama; eso serviría para que le apodaran «Rose, la mariposa astral». Ojalá ese recuerdo —pesadilla, alucinación o lo que fuera— se apresurara a desaparecer.

Tampoco los diccionarios de Tarot de Diana habían resultado alentadores. El Tres de Espadas invertido era enajenamiento mental; el Cinco de Espadas al revés estaba relacionado con sepultura; la Reina de Espadas significaba esterilidad, la Luna era oscuridad, terror, lo oculto. Había otros significados, pero éstos dominaban su atención: la Torre significaba catástrofe, la Reina de Pentáculos al revés era maldad, recelo, miedo.

Aquellas cartas no significaban nada. Yo estaba cansada, le había asegurado Diana. Mas ¿cómo afectaba eso al modo en que Rose había barajado las cartas?

Sus ideas iban frotándose una contra otra sin producir chispas. Rose no vio motivo alguno para forzarse a trabajar. Mecnografió una posdata en la carta de Bill a Jack: «Le veremos en Múnich... ¡y haremos que se emborrache!». Escribir cartas solía dar a Rose una apariencia banal.

La carta aérea se deslizó, silenciosa como Valentino, en el buzón. Por encima del blanco fuego del río, nubes similares a montañas ablandadas por nieve flotaban en el

cielo. Al regresar, Rose encontró a dos personas en el camino de acceso a su casa.

—¿Puedo servirles en algo? —gritó.

La menuda mujer del raído abrigo fue la primera en volverse. Tenía un rostro envejecido por la resignación. Un esparadrapo unía las dos partes de sus rotas gafas. Cabellos color de polvo brotaban bajo el pañuelo que llevaba en la cabeza.

—No es preciso —contestó la mujer, asiendo la mano de su esposo. Los hombros de éste se alzaban sobre ella, unos hombros costosamente forrados por un flamante abrigo. El hombre se volvió.

Debía ser el hijo, no el marido. Quizá tendría veinte años, aunque su tersa piel recordaba la de un niño. Sus mejillas brillaban como si estuvieran pintadas y sus inexpresivos ojos parecían abrumados por los gruesos mofletes. La saliva brillaba en su mentón.

—Perdón —dijo Rose, excusándose más que nada por su instintivo sobresalto, y se retiró hacia su casa.

No podía evitarlo: deseaba que aquella mujer no fuera su vecina. Quizá sólo estaba de visita, como otros extraños que Rose había visto últimamente en Fulwood Park: un hombre corpulento que iba tambaleándose de un lado a otro del camino, un joven con cabellos dos veces más largos que su cabeza, una niña muy delgada que miraba su cerrada mano como si contuviera un tesoro... ¿Cuántos residentes se dedicaban a espiar al abrigo de sus cortinas? Bien, Rose no pensaba hacer lo mismo. Subió las escaleras, sintiéndose vagamente angustiada. Tal vez estaba a punto de manifestarse una idea.

Antes de llegar al rellano, sonó el timbre de la puerta.

Se asustó, y tuvo remordimientos. El aspecto del hijo de la mujer no sólo era inofensivo sino también desvalido. Además, si Rose distinguía bien, una cara femenina aparecía en la parte inferior del vidrio de la puerta, una cara oscurecida por el cristal esmerilado y rodeada por un aura de fragmentos de carne, la mujer parecía estar sola. Al abrir la puerta, Rose se encontró de frente con una persona totalmente distinta.

¿Sería una gitana? Llevaba un gran bolso de mano de tartán, del tipo que sirve para guardar artículos para la venta, o panfletos. Pero vestía un conjunto en jersey de color de malva y parecía la encargada de un puesto parroquial de venta de artículos donados con fines caritativos, no una vendedora puerta a puerta. Su tímida sonrisa estaba a punto de desaparecer. La delgada capa de maquillaje no ocultaba que era una mujer entrada en años.

—Lamentaría molestarla —dijo, y tuvo que aclararse la garganta—. Soy Gladys Hay. La casa de al lado es nuestra.

VI

Gladys tenía miedo de entrar, al parecer. Se detuvo nada más cruzar el vestíbulo y sus regordetas manos ahondaron como ratones entre la masa de papeles de su bolso.

—No debía haberme dejado entrar en su casa sólo porque le he dicho quién soy —expuso en tono de reproche, y sacó un arrugado y manchado sobre con un sello de Sudáfrica. Colin y Gladys Hay, decía el sobre, y la dirección donde había vivido la vieja señora Winter.

—Espero no molestarla. Oí que estaba escribiendo a máquina hace un momento.

—No se preocupe por eso, ya he terminado.

—¿Es mecanógrafa?

—No —replicó Rose con cierto resentimiento—. Soy escritora.

—¿Escritora? ¿Escritora de libros? —Su menudo y cuadrado rostro parecía atrapado en la sorpresa, con las mejillas ardiendo como si hubieran sido abofeteadas.

—Sí, Bill y yo hemos escrito varios libros. Aquí hay uno. —Rose pretendía tranquilizar a Gladys, pero su gesto fue excesivamente ampuloso, afectado.

Gladys se aventuró a una tímida mirada al libro.

—*Pesadillas compartidas*. Ooooh —añadió con un extravagante encogimiento de hombros—. Y usted escribe con su marido. Deben estar muy unidos. Nosotros, mi hijo Colin y yo, también lo estamos. Cuidamos uno del otro.

Se sentó y abrió el libro.

—¿Le apetecería una taza de café? —dijo Rose.

—Oh, sí, por favor. —Miró ansiosamente a Rose—. Siempre que no sea una molestia para usted.

Rose se alegró mucho de poder huir a la cocina; Gladys resultaba más bien agobiante. La nueva vecina no tardó en seguirla, acompañada por el apagado crujido de su bolso. Gladys tomó asiento, resbalando ligeramente, en la banqueta de pino de fabricación casera que solía ocupar Bill. Su cara enrojeció con el resbalón y condescendió en sonreír breve y cohibidamente.

—¿Es ese su invernadero? —preguntó bruscamente como si estuviera ansiosa por desviar la atención de Rose.

—Pertenece a las dos casas. La señora que vivía al lado antes que ustedes solía cultivar hortalizas. Bill y yo acostumbábamos a pagar la mitad. No somos expertos en jardinería, por desgracia.

—Veré si puedo hacer algo... es decir, si a ustedes no les importa. Me gustaría compartir las cosas. Estoy acostumbrada a personas sociables. —Después de una pausa, añadió—: Ustedes se marcharon al extranjero antes de que tuviéramos oportunidad de conocerles. —Lo cierto es que había estado a punto de decir algo distinto.

—Sí, es verdad. —Rose sirvió el café—. Me sentí rara durante los días siguientes a nuestro regreso, como si estuviera soñando. A la vuelta, el carácter inglés que impregnaba aquí todas las cosas me parecía extraño. Ustedes no proceden de

Inglaterra, ¿verdad?

—No. —Gladys estaba explorando en su bolso; papeles que crujían, objetos que tintineaban al chocar...—. Llevo encima todas mis cosas... temo que me las roben. Es una manía, dice Colin. —Sacó un tubo de cápsulas verdes y marrones—. Disculpe, debo tomar esto para los nervios.

¿Estaba eludiendo la pregunta de Rose? Su acento armonizaba con el sello del sobre.

—Ustedes son de Sudáfrica —dijo Rose.

—Sí, así es. —Daba la impresión de estar dispuesta a defenderse, aunque Rose no estaba dispuesta a atacar: sus libros se vendían en Sudáfrica, su banco invertía allí. La vida era una serie de compromisos—. Ojalá estuviéramos allí aún.

Gladys no pretendía mostrarse tan desafiante, por lo que se apresuró a añadir:

—No piense que no estoy agradecida a Inglaterra. Llegamos aquí pasando por los Estados Unidos y Canadá, pero yo no podía quedarme en esos países. Si queda alguna seguridad en el mundo, está aquí. La gente empieza a comprenderlo ahora. Pero no puedo evitarlo, mi sensación es que me han echado de mi hogar, el hogar que mis padres hicieron para mí.

Los tranquilizantes parecían haber dejado propensa a las confidencias a aquella mujer.

—No siempre he tenido tantos nervios, ¿sabe? No hasta que murieron mis padres. Estaba tan unida a ellos que no pude creer que habían muerto. Me es imposible imaginar que el mundo pierda personas de estas características. Pero he aprendido a ser paciente. Es el modo correcto de comportarse, ¿no le parece?

—Estoy segura de que usted siempre se comporta correctamente, Gladys —contestó Rose, ante la sinceridad de la exposición.

—Sabía que diría eso. —La sonrisa de Gladys perdió fuerza—. Pero en aquel tiempo sentí que mi vida no tenía sentido, como no fuera por Colin. No sé que haré si le pierdo. Él me hizo comprender que no debía desperdiciar mi vida. Juntos empezamos una vida nueva, y entonces los negros se echaron encima de nosotros, de nuestra cultura. Las cosas que actualmente hacen a sus víctimas en África... no hay motivo que las justifique. —Su rostro se había puesto rojo de ira—. Jamás habría creído que pudiera decir esto, pero me alegra que nos fuéramos cuando todavía podíamos hacerlo.

Rose pensó que era mejor cambiar de conversación.

—¿Cuál es la profesión de Colin?

—Es psiquiatra. Trabaja en casa, de momento. Dispondrá de un despacho en Rodney Street... alguien nos dijo que ahí deben estar los médicos. —Y con cierta renuencia añadió—: Tal vez ha visto a algunos de sus pacientes...

—¿Por qué? Colin no atiende a deficientes mentales, ¿me equivoco?

—Oh, se refiere a la señora Kimber y su hijo. Colin no está tratando al hijo, sino a la madre.

—Tengo una amiga psiquiatra. Trabaja en una especie de comuna psiquiátrica en el sur. Sus ideas se basan en Laing, R. D. Laing. —Gladys estaba desconcertada pero no parecía impresionada, y Rose prosiguió—. Se opone a los métodos ortodoxos: nada de drogas, nada de electroshock, ningún tratamiento forzado.

—No podría confiar en esas cosas, comunas y similares. Forman parte de la tendencia general hacia el caos. —Al parecer estaba haciendo acopio de valor para cambiar de tema. ¿Le acobardaban todos los extraños, o sólo los escritores?—. En realidad, la razón de mi visita —continuó abruptamente— es que deseo invitarles a nuestra fiesta la semana que viene. El próximo viernes.

—Creo que estaremos libres —dijo Rose, con cierta precaución—. Se lo diré a Bill cuando vuelva a casa.

—¡Oh, me complace tanto! ¿A qué otras personas deberíamos invitar?

—En realidad no lo sé, Gladys. Apenas conocemos el nombre de la gente que vive por aquí.

—En ese caso tendremos que ser amigos. —Quizá los tranquilizantes estaban disipándose; Gladys se había puesto más nerviosa de repente—. No debo entretenerla más.

No obstante, retraso su salida del cuarto de estar para un último murmullo de espanto frente a *Pesadillas compartidas*.

—Tengo la impresión de que ése formaba parte de una pareja —dijo a punto de salir.

Un chino de porcelana estaba en cuclillas sobre el aparador. Su mano derecha, delicada como la pata de una ardilla, debía estar presentando a su compañero, copia exacta de él mismo. Pero estaba solo.

—Debía haber otro. ¿Dónde está? —El desaliento hizo que el tono de Rose fuera acusador.

—¿No está en el suelo? —Gladys retrocedió en una pantomima de pánico—. Perdone —se lamentó—. No pretendía trastornarla.

—No sea tonta, Gladys. Usted no tiene la culpa.

Pese a todo, Rose creía que aquella mujer destrozaba los nervios. En cuanto pudo, sin herir los sentimientos de su vecina, despidió a Gladys.

La señorita Prince debió romper la figurilla mientras se preocupaba supuestamente de la casa. La vieja bruja debió pensar que carecía de valor y que no tenía motivo para mencionar el accidente. Pero las figurillas habían pertenecido a tío Wilfred y tía Vi, y evocaban recuerdos de las estancias de Rose en el piso de Southport, sobre todo de su última visita: el sosegador murmullo de las olas, la sensación de seguridad total, de estar lejos de todo lo que le había puesto tan enferma. Entonces tenía diez años, temía que le dejaran sola aunque sólo fuera un instante. Se había bañado de un modo obsesivo como si de esa forma pudiera eliminar la fiebre o lo que le había afectado. Sus tíos le ayudaron a recuperarse, le hicieron creer que nada debía temer. Volvió a su casa muy contenta y con la intención de visitar a sus

parientes el año siguiente, pero fallecieron. Primero su tío y luego tía Vi, sólo unos meses después, agobiada por la pena.

Y ahora había perdido la mitad de lo poco que conservaba de ellos. Durante unos instantes, mientras contemplaba el espacio que debía ocupar el chinito, Rose sintió mareo. Había una oscura mancha en el aire, un boquete en el que estaba cayendo. Suponiendo que fuera una amenaza de migraña, nunca antes le había afectado así. Rose cerró los ojos un rato, después se dirigió a la cocina. Sin saber por qué, creía que acostarse no sería una buena idea.

VII

Todos deseaban conocer a Rose, en especial Colin. La cabeza del psiquiatra de rostro bronceado, coronada por cabellos rizados, aclarados por el sol, se apoyaba firmemente en un fuerte cuello. Su camisa era blanca como el mármol. Sus ojos sorprendentemente azules... Sí, parecía la foto de un agente de viajes, en un anuncio, se mofó Rose en silencio, muy impaciente. Sin embargo, Colin se mostró muy complacido por conocer a los Tierney y por presentarles a todos los asistentes.

La casa de los Hay tenía el aspecto de un enorme aparato radiofónico, una batalla de ondas que se interferían: informes del mercado de valores, discusiones sobre investigación mental, las deficiencias del país, cómo racionalizar el sistema político, algunas canciones y cómicos aficionados que se reían mientras explicaban chistes, una peculiaridad que Bill no soportaba. Las mesas estaban atestadas de botellas, montones de bocadillos de embutidos similares a orugas durmientes, platos de huevos rellenos que Rose había suministrado para evitar que Gladys se viera dominada por el pánico...

Gladys aferraba un vaso de refresco y había arrinconado a Bill. Hilary, la alumna preferida de Bill, había sido atrapada por Frank Sherratt, propietario del grupo de salas cinematográficas Visión, que lucía su acento de Lancashire como insignia del hombre que ha triunfado por esfuerzo personal.

—¿Puede explicarme por qué tengo que ir nada menos que a Londres para ver tantas y tantas películas? —era la pregunta que Hilary había cometido el error de formular.

El novio de Hilary, Des, estaba discutiendo con Colin, y Rose temía que la escena se volviera desagradable.

A Des se le había visto manifiestamente fuera de lugar desde que llegó. El muchacho había deambulado por el lugar con los pulgares metidos en los bolsillos de sus tejanos, inspeccionando la fiesta como un camorrista de taberna cuando selecciona a su víctima.

—Le explicaré qué es el *apartheid* —estaba gruñendo—. Una bota que patea la cara de un negro, eso es el *apartheid*.

Si no pasaba de un Orwell de segunda mano, tal vez Rose no tendría que preocuparse. Además, estaban presentándole invitados: un director de banco, con un puro sobresaliendo de su boca que semejaba un oxidado desagüe decorativo; un tedioso rector de colegio; un magistrado encadenado en sus collares y esposado por brazaletes, y un editor periodístico cuyo rostro era demasiado joven para sus penetrantes y desapasionados ojos.

—Es interesante que haya usado esa imagen. —Colin se tocó la ceja, un saludo ligeramente irónico. Todos sus movimientos eran elegantemente sucintos—. He pensado con frecuencia que Sudáfrica se ha convertido en el chivo expiatorio del mundo, una conveniente distracción de los defectos personales... del mismo modo

que los judíos fueron los chivos expiatorios del nacionalsocialismo. En particular, los sindicatos ingleses usan Sudáfrica para ganar fuerza so pretexto de adoptar una posición moral.

—Pertenezco a un sindicato —afirmó ominosamente Des—. Estoy en la planta de la Ford.

—¡Oh, sí, los planes de ustedes son muy conocidos! Usted y sus camaradas se preocupan por el sistema de gobierno inglés tan poco como por el de Sudáfrica.

—¿Qué cochino sistema? ¿El que roba a los trabajadores que ganan dinero para poder subvencionar a los gobiernos fascistas? —Des estaba blandiendo una botella de whisky que casi había vaciado él solo—. Le diré qué es lo que quiero ver, señor. Los negros acabarán con la represión en el país de usted cualquier día... Quiero ver a los obreros tomando el poder aquí. Entonces tal vez empecemos a trabajar en aras de un mundo gobernado por el pueblo.

—Y usted bailará sobre las ruinas. ¿Pero se divertirá en la matanza? Sí, sospecho que es posible. —La repentina cólera de Colin desapareció con rapidez—. ¿Tiene una idea mínima de los objetivos del *apartheid*? Hay que dar tiempo a la evolución para que dé resultados... hay que dirigirla, si es preciso. Ciertas personas son aptas para saltos evolutivos, pero no los negros. Muchos de ellos se niegan incluso a que se les eduque según las normas blancas.

—Es el mismo cochino sistema que hay aquí. Alimentan a la clase obrera y se aseguran de que no se haga demasiado ambiciosa. Construyen cloacas para que las habite el trabajador, dividen familias y comunidades, congelan los salarios, dicen que no vale la pena educar a los trabajadores...

Gladys se había aproximado y estaba escuchando nerviosamente. Rose se sentía responsable, pese a que Bill y ella no sabían que la invitación a Hilary iba a incluir a Des. La escritora se apartó de un grupo de jóvenes que vestían costosos atuendos informales y que deseaban narrarle sus experiencias en la India, África y el Tíbet.

—Colin —dijo mirando fijamente a Des—, ¿podría hablar con usted a solas?

Des contempló a Rose con el ceño fruncido y se alejó haciendo eses, con la botella en los labios.

—Sí, por supuesto —contestó Colin mientras ella le hacía pasar entre el grupo de jóvenes exploradores en dirección a las bebidas—. ¿De qué se trata?

—Bueno, sólo quería hacer callar a Des. Le pido disculpas.

—En realidad no me disgusta. —Su sonrisa fue franca pero breve—. Estaba divirtiéndome con él. Y ahora que usted me ha apartado por la fuerza, deberá encontrar un tema como compensación.

—Usted hablaba de saltos evolutivos. —Fue lo único que se le ocurrió, aparte de Sudáfrica—. Aunque no sea lo mismo, una amiga mía tiene ciertas ideas sobre percepciones intensificadas. No sé qué piensa usted de ello.

—Aunque no sean lo mismo, es imposible una cosa sin la otra.

Parecía estar tan interesado que Rose le explicó las ideas de Diana: LSD, jaqueca,

incluso sesiones espiritistas como disparadores de nuevas percepciones.

—Debo pensar que usted desaprueba el LSD —dijo Rose.

—Como herramienta tiene sus aplicaciones. Pero lo que usted dice acerca de las sesiones espiritistas es extremadamente interesante. Me gustaría conocer a su amiga.

—Tendría que desplazarse a Nueva York.

—¡Ah, bien! —Su sonrisa se hizo más amplia—. No importa.

De repente, como si se tratara de un tema musical puesto de moda por una orquesta, todos los presentes se pusieron a hablar de sesiones espiritistas. Los jóvenes exploradores habían acertado a escuchar a Rose y estaban haciendo correr la voz igual que una infección... aunque bien pensado, ¿por qué ella pensaba en el tema en esos términos? El rumor había llegado a Hilary, que estaba musitando algo a Des.

—¿Una sesión espiritista? —dijo en voz alta la estudiante, ansiosa de una diversión—. Eso sería divertido.

—Sí que lo sería, ¿no le parece?, —opinó Bill, sonriendo a Rose. Todo el mundo parecía entusiasmado, excepto Gladys.

—¿Por qué quieren hacer eso? —preguntó nerviosamente la anfitriona.

Des avanzó dando tumbos hacia ella. Él era el motivo de que Rose estuviera nerviosa; ¿qué otro motivo podía haber?

—Después de todo no es tan cochinamente racional, ¿eh? —dijo Des con exagerado cuidado.

—No me importa en absoluto que me ataque —contestó Colin—. Pero puesto que ha insultado a mi madre, debo pedirle que se vaya.

—¿Debe? ¿Quién le obliga?

Finalmente Des tropezó con el coche, pues sus piernas vagaban independientemente de él. Rose le ayudó a sostenerse y observó que Hilary se alejaba.

La escritora quedó en la entrada de la casa, tragando el aire nocturno. La grava golpeaba sordamente sus pies bajo la suela de sus zapatos. En la bahía, más allá de New Brighton, resonaban las sirenas de niebla. El ambiente tenía un gusto acre; las escasas farolas parecían haberse debilitado. Rose esperaba que la gente renunciara a la sesión espiritista.

Colin había dado la impresión de estar ansioso por evitar otra escena. Había sonreído tranquilizadamente a su madre, prometiéndole que él no permitiría un nuevo desbocamiento de la situación. ¿Acaso él no había accedido a su intranquilidad? Pero alguien había apagado la luz de la puerta principal. Cuando Rose entró de mala gana en la casa, sólo un resplandor se filtraba de la sala de estar.

La mesa de la habitación estaba vacía. Una lámpara estiraba su articulado cuello en la oscuridad; su cono metálico producía un difuso disco luminoso. En el borde del disco, pares de desiguales manos quedaban unidas, cortadas a la altura de las muñecas por la oscuridad. Estaban inmóviles como carne sobre una tabla. Tenían un aspecto excesivamente preciso, demasiado rosado, con vello hirsuto y destellante y

unas uñas que semejaban conchas incrustadas.

Por encima de las manos había rostros en suspenso, teñidos y magullados por las sombras. La cara de Bill reflejaba diversión aunque también cierta cohibición, un adulto en una merienda infantil. La visión de su marido ayudó a Rose a seguir acercándose, pese a que notaba que sus entrañas eran líquidas, ardían.

—Gracias por la fiesta —dijo a los Hay.

—¿No vas a quedarte? —Bill arrugó la frente; las sombras inundaron sus ojos—. ¿Qué ocurre?

—Sólo que estoy cansada y me duele la cabeza. —Un nervio intentó torcer su sonrisa—. Quédate si quieres. Perdona, pero voy a irme a la cama —dijo al flotante rostro de Colin.

—No faltaría más. —Pero Colin estaba sorprendido, casi molesto. ¿Tal vez sospechaba que había más problemas que los admitidos por ella? Todos miraban a Rose. Era lógico que lo hicieran, iba a marcharse.

—¿Estás segura de que no te importa que me quede? —preguntó Bill.

—No, ya te lo he dicho. —La habitación en que tantas veces había estado sentada con la vieja señora Winter era invisible, estaba agrandada de un modo siniestro por la oscuridad, que en cierto sentido parecía mayor que la noche—. Buenas noches a todos —tartamudeó, y se apresuró a salir.

Se alegró de poder encender las luces de su propia sala de estar. El chinito estaba acuclillado en el aparador, alargando vanamente la mano hacia su gemelo. «Lamentaría que usted hubiera preferido que las cosas se llenaran de polvo», le había dicho altivamente la señorita Prince. Pero no había admitido la rotura, y Rose estaba convencida de que había sido obra de aquella mujer.

El rostro de Rose vagó de negrura en negrura, de baldosa en baldosa al entrar en el cuarto de baño. Su cara tenía una apariencia abotargada, como de embrión. Se apresuró al máximo en el lavabo y después se tumbó en la cama para intentar dar un sentido a sus sentimientos.

Quizá conocía la fuente de sus temores: que la sesión espiritista, por más festiva que fuera, cogiera en la trampa a la vieja señora Winter. ¿De manera que ella, Rose, creía que su antigua vecina vivía aún en alguna parte, de alguna forma? No estaba segura, lo que significaba que era mejor no jugar. Podía aceptar la eventual inexistencia de su propia persona porque el concepto era incomprensible... pero se negaba a creer que Bill dejara de existir un día, debido a que podía imaginarlo. Creerlo sería prácticamente igual a desear que su esposo estuviera muerto.

Sus temores resultaban confortantes en cierto sentido. Al fin y al cabo, no había razón para suponer que la señora Winter seguía confinada en su casa. Rose confiaba en que la sesión espiritista iba a ser un fracaso total. Sintiéndose razonablemente calmada, apagó la lámpara de la mesita de noche.

La sesión espiritista aguardaba a Rose. Las manos descendieron y se unieron en torno al borde de la mesa circular, una reunión de ciegas criaturas rosadas que tenían

cinco patas. Algunas yemas apretaban la mesa, ya que medias lunas de color blanco invadían el tono malva bajo las uñas. La brillante mesa era un escenario a oscuras ante el público. Rose estaba flotando sobre ese escenario, mirando hacia abajo.

¡Oh, Dios mío...! ¡Otra vez eso, no, por favor! Sus manos se aferraron a las mantas. Hasta que le dolieron las yemas de los dedos y un acre y finísimo rayo de pánico le abrasó desde la garganta al estómago. Las sensaciones contribuyeron a que se mantuviera en su cuerpo, le aseguraron que no se había elevado desvalidamente en la negrura.

No estaba a merced de la oscuridad, sólo de su imaginación. Por eso veía la mesa con tanta claridad. Pero al parecer podía percibir la fuerza de la sesión, una fuerza que tentaba la oscuridad ciega y descuidadamente en busca de algo con que jugar, por muy peligroso que fuera. Durante un instante esa fuerza dio la impresión de que iba a arrastrar a Rose fuera de su cuerpo.

Luego la sensación pareció abandonarla, aunque notó debilidad e irritabilidad, en su cráneo. Rose reprimió un suspiro de alivio por miedo a salir ella misma con el aliento por entre sus labios. En cualquier caso el suspiro habría sido prematuro, puesto que no estaba sola en la oscuridad. La búsqueda había captado algo.

Quizá sólo fuera una de esas descarriadas ideas de pesadilla que surgen en las profundidades de la noche y el insomnio y son tan difíciles de controlar. Había un rostro en una almohada de una habitación en penumbra. Rose tropezaba en la oscuridad, caía en la cama, en los brazos de aquello. La fría y flácida cara abría sus ojos sin vida, sonreía.

¿Había tenido ese sueño cuando era niña? ¿Se trataba únicamente de un sueño que había aguardado en la oscuridad? Si soltaba las mantas podría encender la luz... pero lo único que hizo fue seguir tumbada, implorar que el rostro en las tinieblas se fuera antes de que ella lo viera con claridad.

Finalmente la cara pareció desaparecer en la negrura. Rose ya podía sacar la mano hacia la lámpara, y lo haría dentro de un instante, sólo al cabo de otro instante. Antes de poder moverse, oyó algo que rascaba la cerradura de la puerta principal.

Era Bill, naturalmente. Su avance era vacilante, andaba a tientas porque estaba borracho. Rose escuchó que su marido subía la escalera a gatas. Ya estaba en la habitación, se acercaba de puntillas en la oscuridad para no despertarle. Pero Rose no estuvo segura de nada hasta oír un susurro.

—¿Estás dormida?

—No. Métete en la cama.

En cuanto se acostó, Rose se apretó a él.

—¿Qué sucedió en la sesión? —preguntó por fin.

—Nada. ¿Por qué? ¿Qué diablos esperabas?

Al parecer Bill se había sorprendido por la angustia con que había sido formulada la pregunta. Rose se aferró a la cintura de su marido, esforzándose en encontrar términos aceptables para lo que deseaba decir. Pero Bill estaba roncando.

¿Acaso ella había tenido lo que Diana denominaba vislumbre psíquico? No quería más vislumbres como ése. El calor de Bill era una hoguera que hacía retroceder la oscuridad. Rose aspiró la calidez, el olor de Bill, para calmarse, para que el whisky le hiciera flotar hasta dormirse. Sin embargo, sus pensamientos no reposaron. Si lo que había percibido era real de algún modo, ¿cómo iba a ser más seguro estar menos consciente?

VIII

Al salir del cuarto de baño, donde la tapa de la taza verde jade decía *Après Moi Le Déluge*, Rose pasó junto a la habitación de sus padres. Su yo infantil irradiaba en la cómoda. Había tenido que sentarse en el local de la galería de Southport mientras los relucientes focos producían escozor en sus ojos y picazón en sus axilas. Se había quedado muy quieta, ya que la fotografía era para tío Wilfred y tía Vi. En aquel marco tenía un aspecto irreal, estaba resplandeciente con su mejor vestido, como un fantasma de la niñez que ya entonces estaba dejando atrás.

Sus tíos habían muerto con semanas de lapso entre uno y otro, justo cuando Rose llegaba a la pubertad. Todo había cambiado: su cuerpo dejó de parecerle suyo, y Southport se convirtió en una tumba. Se acabaron los paseos nocturnos por Lord Street, donde la música se elevaba desde el estrado para la orquesta, bajo árboles que habían echado botones luminosos; se acabaron los vertiginosos descensos en la montaña rusa mientras su tía mordisqueaba nerviosamente una manzana con caramelo. Rose había sido incapaz de hablar con otra persona durante varios días.

Lo había olvidado hasta hoy. El recuerdo era casi desagradablemente vívido, esa sensación de estar atrapada en su extraño cuerpo. Se apresuró a bajar al jardín delantero, donde la aguardaban Bill y sus padres.

Los cuatro pasearon cogidos del brazo hasta la carretera de Wigan. Pasó un camión cargado de vidrio, transportando un reflejo del enlazado cuarteto mientras descendía la colina, igual que una toma de un filme musical. Dos mujeres cabalgaban con sus ponies a lo largo del lado opuesto.

El pavimento de la carretera de Wigan hizo que el grupo paseara en parejas. Compradores de todas las edades volvían del mercado con sus bicicletas.

—¡Oh, ya sé lo que tenía que decirte! —comentó el padre de Rose a Bill—. Estuvimos discutiendo si os gustaría nuestro viejo tándem.

—Bueno, yo, eh... ¿Qué piensas tú, Rose?

Rose recordó las brisas que revolvían su cabello, arbustos en hilera que convergían en un flujo verde, campos deslizándose ociosamente, sus pies pedaleando al unísono con los de su padre...

—Podríamos probarlo mientras estamos aquí.

—Sólo necesita una pequeña reparación —dijo su padre—. El... ah... ¿cómo se llama eso, el...? ¡Oh, buen Dios! ¿Qué diablos es esa cosa que se controla con la palanca, Margaret?

—El cambio de velocidades.

—Sí, claro. No me venía a la cabeza.

—No entiendo mucho de mecánica —contestó Bill, igual que un hombre biónico que admite una falla.

—Te enseñaré lo que has de hacer.

La boca de cemento de la chimenea del hospital estaba quemada como un

cigarrillo. Las casas tiraban de sus jardines, se apretaban más a la carretera. Algunas viviendas se habían transformado en tiendas; detrás de las puertas que había al otro lado de los mostradores, Rose vislumbró sofás que se calentaban delante de hogares. Las gallinas cloqueaban en los jardines traseros.

—Ahora voy a contarte todas las novedades —estaba diciendo la madre de Rose—. La Pat de al lado se dedicó finalmente a la hípica y ganó una muñeca dislocada y un tobillo roto. La vieja señora Lewis murió y no dejó más que deudas. Tendrías que haber visto a los familiares después del funeral, daba la impresión de que habían asesinado a la pobre mujer. ¡Ah! Leí un cuento en el círculo de escritores y les gustó a todos menos al poeta gordo. ¿Te he contado la vergüenza que pasamos todos cuando leyó sus poemas? Se ponía a llorar en cuanto leía dos versos. ¿Estás bien, Rose?

—Perfectamente. —Sólo la brusquedad de la pregunta le había sorprendido.

—No tienes buen aspecto. No tiene buen aspecto, ¿verdad, George?

El aludido se inclinó hacia Rose como si examinara una colección de sellos para su tienda.

—Tal vez un poco delgada, a la moda. Nosotros te haremos engordar, Rose.

—Estoy perfectamente bien.

La noche de la sesión espiritista había pasado, por fortuna. Por la mañana Rose había sido incapaz de volver a captar sensación alguna de la presencia que había vislumbrado; esa presencia había regresado a la oscuridad en que había despertado (las profundidades de la mente de Rose, naturalmente). Bien, no debía haberse preocupado. Si la sesión espiritista había atraído alguna cosa, esa cosa había marchado a casa de los Hay.

La llegada a Ormskirk había hecho que se sintiera todavía mejor. Cierta parte de su persona siempre consideraría esa población como su hogar. Allí estaba la estación de autobuses, con su banco repleto de niños aburridos. Allí estaba Disraeli, verde como una col, haciendo caso omiso de los semáforos. Allí estaba la tienda de Abblett, detrás de la cual Rose jamás podría encontrar vestigios del teatro en que Shakespeare había aparecido. Y allí estaba el mercado.

El mercado se desparramaba en las calzadas, convertía las aceras en estrechos y atestados pasillos, ocultaba las tiendas, apagaba el ruido de las calles. Hasta la torre del reloj en el cruce, y doblando la esquina hacia la izquierda, las aceras eran una confusión de puestos de venta. Las verduras se alineaban cerca de las baratijas, un perro examinaba la colgante punta de un tejido, unos sostenes yacían en el suelo. Diversos vestidos, sin la protección de un armario, se estremecían en sus colgaduras de alambre. Rose se vio fugaz y oscuramente atrapada en un espejo entre infinidad de solitarias chaquetas. En los pasillos, los compradores se movían como en un sueño a cámara lenta.

El olor a carne significaba recuerdos revividos. Los libros de bolsillo del quiosco parecían haber estado allí desde la infancia de Rose, Mientras ojeaba unas portadas

del período de la guerra —vestimentas de los años cuarenta, rostros dulces, idealistas — alguien le tocó el brazo.

—¡Qué coincidencia! El otro día estaba preguntando por ti a tu madre. ¿Tú eres Bill? ¡Qué agradable poder conocerte al fin!

A Rose le costó unos instantes reconocer a Wendy. Se había hecho una mujer cordial, deseosa de hablar con todo el mundo, puesto que era enfermera. Wendy los acompañó a tomar algo en el bar del Snig's Foot Hotel, que a Rose siempre le había recordado un monstruo de Lewis Carroll. La escritora no tardó en sentirse achispada, después de beber una engañosa cerveza y escuchar a Wendy, que discutía con Bill.

—Lo único que me disgusta de mi trabajo es la gente que muere. Me gusta llegar a casa sintiendo que he trabajado duramente. Este país está dando demasiadas facilidades a la gente que vive a costa de los demás. —En cuanto hacía una observación, Wendy daba la vuelta a un posavasos, como si ensayara un truco de naipes—. No puedo aguantar a los huelguistas. Pero mientras ofrezcamos seguridad social a cualquier negro que viene aquí y no encuentra trabajo, no nos libraremos de las huelgas.

—¿Estás contenta de que te paguen mucho menos que a mí por un trabajo que debe ser por lo menos tan agotador como el mío?

—Ya he oído ese tipo de cosas, las dice gente que me disgusta. —El posavasos chasqueó como si fuera un as de reserva, exhibiendo un lema publicitario. Con más dulzura, Wendy añadió—: Mira, Bill, yo elegí quedarme aquí y cuidar de mi madre. Nadie me forzó a hacerme enfermera. Entonces, ¿qué derecho tengo a quejarme? Pero algún día me casaré, Rose. Hay un joven médico que a veces me invita a comer.

Quizá Rose puso cara de duda, porque Wendy se apresuró a decir:

—No es una vida tan mala. Todavía asisto a fiestas cuando puedo. Eso me recuerda que alguien me preguntó por ti.

—¿Quién era?

—No creo conocerle. Yo estaba charlando de las cosas que solíamos hacer cuando éramos niñas. Él te conocía, o había oído hablar de ti.

—¿Estuviste revelando las imprudencias de mi niñez?

¿Por qué la jarra del padre de Rose se había detenido a medio camino de su boca? Y su madre había cerrado fuertemente los ojos con su característico nerviosismo.

—Bueno, solamente cosas en general —dijo Wendy—. Cosas de la infancia.

—Pero ¿qué dijiste de mí?

—Oh, sólo que tú... que tú siempre querías ser escritora y luego creciste y lo conseguiste. ¿Es esta hora? Debo irme. —Y aunque no iba de uniforme, Wendy explicó—: No debo tomarme tanto tiempo para ir a beber algo.

Los padres de Rose se tranquilizaron visiblemente. Habían empezado a tener antipatía a Wendy en la misma época en que Rose entró en la escuela de segunda enseñanza, cuando tenía once años. ¿Habían pensado que aquella chica no era lo bastante inteligente para ella, o que era demasiado alocada? Era muy presuntuoso por

parte de sus padres que continuaran mostrándose protectores.

En cuanto Rose vació otra jarra de cerveza y después de que Bill ganara algo en la máquina tragaperras que había bajo la escalera —cosa que le costó golpearse la cabeza en el techo— emprendieron el regreso a casa por entre los despojados puestos del mercado. Rose estaba complacida con todo: la iglesia parroquial con su torre y su campanario separados; la doble imagen de manecillas y sombras en la torre del reloj en el cruce, como si el reloj soñara que era el cuadrante de un artefacto solar; y las reducidas parcelas similares a jardines frente a las casitas campestres que había por encima del ferrocarril.

—¿Te gusta hacer entrevistas? —estaba preguntando su padre a Bill.

—No, no especialmente. —Bill se encogió de hombros a manera de excusa cuando Rose le miró, sorprendida—. Dejé de gustarme cuando tuve que entrevistar a un director en Nueva York. Rose estaba comprometida en otra parte aquella noche —mintió Bill, acordándose de que no debía intranquilizar a la madre de Rose explicando la verdad—. Obtuve lo que deseaba, pero fue como extraer muelas. Además, aquel tipo era como una patada en el trasero, Rose puede confirmarlo.

Más allá de la estación de autobuses, el primer grupo de edificios de la carretera de Wigan había cambiado. Dos ventanales sobresalientes albergaban tiendas de comestibles que Rose recordaba, la de Morris y la de Smith. Pero después, separada de las anteriores por casas vacías que parecían dientes necesitados de empastes, había una carnicería nueva.

—Caramba —dijo la madre de Rose—. Carne picada. Sabía que me faltaba algo.

—Yo la compraré, mamá.

Rose salió corriendo antes de que su madre pudiera poner reparos, hacia la puerta de la carnicería.

Pero allí no había ninguna tienda. Sólo había oscuridad, mucho más enorme que la habitación que había vislumbrado. Mientras la negrura atraía a Rose, el hedor la asfixió: sangre, crudeza, corrupción y algo peor... algo viejo y muerto y sin embargo vivo en cierto sentido, que avanzaba a su encuentro. Casi pudo ver los ojos de aquello, si es que quedaba algo de ellos.

Se echó hacia atrás, hacia la luz del día. La tienda reapareció como si se hubiera encendido una luz, pero el hedor permaneció. Rose se agarró a un bajo muro de ladrillos en la entrada de un arqueado pasaje entre las casas. ¿Estaría solo enferma, o iba a sufrir un colapso total?

—¡Por el amor de Dios, Rose! ¿Qué ocurre? —Su madre, que estaba hablando, se dio cuenta por fin. Observó la cara de Rose y luego arrugó la nariz—. Sí, hay un poco de mal olor, ¿verdad? Aguarda aquí.

Ante el horror de Rose, su madre entró en la carnicería.

Bill y su padre llegaron para atenderla.

—Siéntate un rato en el muro. ¿Quieres poner la cabeza entre las rodillas?

Pero Rose debía mirar atentamente a la tienda, debía vigilar a su madre, inclinada

despreocupadamente sobre el mostrador, debía contemplar la fachada que relucía con tanta inocencia, debía prestar atención a la ventana con cortinas que había encima de la entrada. Estaba sentada en el exterior de una casa en un miserable lugar, rodeada por su familia, a plena luz del día. Pero nada en el mundo podría hacerle cruzar de nuevo aquel umbral, ni siquiera la idea de arrastrar a su madre hacia la seguridad. Lo único que podía hacer era seguir sentada, acurrucada dentro de su ser, deseando que su madre se apresurara... ¡Apresúrate, por favor!

La madre de Rose salió por fin, y la escritora forzó a todos a que se alejaran rápidamente.

Quizás había bebido demasiado. Eso explicaría la irritable pesadez que saturaba su cráneo y que le hacía desear liberarse de la opresión de su nuca. Tal vez había sufrido un momentáneo mareo en el momento de entrar en la tienda; pero eso no podía ser toda la verdad. Había tenido un vislumbre de malevolencia que ninguna otra persona podía percibir. Incluso al llegar a la colina y trepar ociosamente en dirección al hogar, todos cogidos de la mano, Rose se sintió vulnerable. Si el vislumbre había sido real (y si no lo había sido, ¿qué podía pensar de sí misma?), cosas similares podían sucederle en cualquier lugar y momento.

IX

Estaban pedaleando tranquilamente cuesta abajo. La brisa manaba sobre los hombros de Bill y se vertía sobre la cara de Rose. Bill llevaba el manillar con naturalidad, orgulloso de haber aprendido a guardar el equilibrio con tanta rapidez. Mientras movía las piernas al unísono con las de su marido, Rose disfrutaba la sugestión de un mutuo entendimiento. Su avance transformaba las casas en una flota de naves que navegaban ociosamente a su lado. Rose había olvidado la intensidad con que gozaba del ciclismo.

Casi habían llegado al desvío lateral, poco antes de que la colina descendiera hacia la carretera de Wigan. Los padres de Rose habían entrado en su casa después de admirar el pedaleo de Bill. Ya no había espectadores, sólo los alargados y fértiles jardines y los árboles llenos de verdor bajo la luz del sol.

—Vayamos un poco más lejos esta vez —dijo Bill. Ajustó sus lentes como si fueran gafas protectoras y siguió pedaleando después del desvío.

Rose notó que la pendiente de la colina aumentaba bruscamente. Ello la obligó a pedalear con más celeridad, para no perder el ritmo. La carretera parecía estar llena de camiones, una colosal carrera automovilística frustrada por la obligación de ir en fila india; Rose imaginó las casas temblando. De repente lo supo...

—No, Bill, da la vuelta —dijo con tono apremiante—. Los frenos no funcionarán.

—Claro que funcionarán. —Ahora que ocupaba el asiento delantero, Bill casi parecía darse aires de superioridad—. Hasta el momento han funcionado perfectamente.

Rose lo sabía igual que Bill; su padre había reparado el tándem a conciencia. Pero eso no importaba: ella *sabía* que los frenos iban a fallar. La bicicleta estaba precipitándose cuesta abajo. Ya iba con excesiva velocidad. Rose escuchó el ronco ruido de los camiones, cada vez más cerca.

—¡Prueba los frenos! —suplicó—. ¡Sólo para mi tranquilidad, pruébalos!

Bill, muy impaciente, tocó las palancas del manillar. Sus puños se cerraron sobre ellas, las apretaron con fuerza... y el tándem aceleró. Rose ya veía los camiones, envueltos en humo, enormes y sucios bloques de metal que avanzaban lentamente, igual que cabezales de una prensa. Bill estaba luchando con las palancas.

—¡Dios mío! —gritó Bill—. ¿Pero cómo paro esto, cómo paramos?

—¡Gira, gira en la carretera! ¡Caeremos pero no importa! ¡Apoya los pies en el suelo...!

Los talones de Rose chirriaron en el camino, pero al parecer carecían de potencia para el frenado. Delante, en la carretera, a sólo unos metros, se oyó el silbante jadeo de unos frenos neumáticos. Nadie se había percatado del problema; un conductor, simplemente eso, había reducido velocidad para no chocar con el camión que iba delante, antes de volver a acelerar.

Bill estaba haciendo girar el manillar, muy deprisa; perdía el control. Sus pies

buscaron alocadamente el suelo y los desbocados pedales restallaron en sus tobillos.

—¡Oh, *Cristo!* —gruñó de dolor.

La bicicleta iba a caer, pero ¿a qué distancia de la carretera? La rueda delantera golpeó la cuneta y el asiento produjo un pinchazo en la ingle de Rose. La máquina subió al pavimento y se lanzó hacia un camino particular, lanzando a Bill contra un pilar. El tándem se detuvo allí, con los pedales aquietándose.

Rose estaba aferrada al armazón. Sus magulladuras empezaron a vibrar. Durante un rato quedó paralizada por la conmoción y el alivio, y por la amenaza de nuevos dolores. Bill, jadeante, se hallaba apoyado en el pilar y miraba al cielo.

—Si sabías que los condenados frenos estaban mal, ¿por qué demonios no lo dijiste antes? —preguntó Bill finalmente.

—Porque antes no lo sabía. Lo he sabido hace un instante.

En cuanto advirtió que Rose estaba temblando, Bill se acercó y la abrazó.

—Lo siento —dijo—. No debo echarle la culpa, Dios lo sabe. Es una suerte que pensaras en los frenos en ese instante.

Bill siguió abrazándola, aunque también él temblaba, y Rose no pudo evitar preguntarse si su esposo comprendía o no que estaba abrazando a una mujer distinta, a una mujer tan cambiada que ni ella misma podía reconocerse.

De eso ya no había duda. Algo estaba desarrollándose en su interior, estaba creciendo como una semilla. ¿Qué era aquella semilla y donde la había captado? ¿Cuándo sufrió el ataque en Nueva York, en la sesión espiritista de la fiesta de los Hay? Lo único que sabía era que percibía cosas que jamás había percibido, cosas que ninguna otra persona parecía percibir...

Como el peligro de los frenos. De no haber tenido aquella premonición, ella y Bill estarían bajo un camión. No debía pensar que esos vislumbres eran algo separado de ella; formaban parte de su persona, eran una nueva dimensión de sí misma, y quizá lograra aprender a usarlos. Por muy desagradables que hubieran sido sus visiones en la tienda de Ormskirk y después de la sesión espiritista de los Hay, esas visiones no le habían afectado. Eran percepciones, simplemente eso. Si eran un efecto secundario ocasional pero inevitable de su creciente instinto del peligro, ¿por qué no iba a soportarlas? Rose pensó que *debía* desarrollar ese instinto, y no obstante creía que la habían forzado a esa opción. En su interior estaba simplemente agradecida por encontrarse a salvo con Bill, dos semanas después del accidente, acostada en su hogar.

Rose volvió la cabeza en la almohada, fresca bajo su mejilla. Entre los dígitos del reloj, dos puntos luminosos indicaban el paso de los segundos con su vibración. Al otro lado de la ventana, los pájaros piaban agudamente.

En Ormskirk no sucedió nada más. Rose había evitado la carnicería de la carretera de Wigan, y no había sufrido más premoniciones. Tal vez su vida estaba sosegándose. Pero hoy había despertado con una punzada de anticipación, tan amortiguada que no sabía si era prometedora o amenazadora.

Se sentía intranquila. Se apartó silenciosamente de Bill, que seguía durmiendo, y miró por la ventana. El Mersey descomponía la luz en partículas que nunca volvían a recombinarse; sobre el agua, las gaviotas relucían como fragmentos de conchas. Ese era el río que los comerciantes de Fulwood Park contemplaban desde sus villas en la década de 1830, a la espera de ver a sus barcos que regresaban del Oriente. El Fulwood había sido un buque velero. El brillo estroboscópico del agua alejó a Rose de su percepción de la casa.

El chasquido del buzón le hizo volver a la realidad. Sobre el felpudo, el sobre mostraba las franjas rojas y azules de una carta aérea, cosa que resultaba alentadora. Calle 81, Nueva York. Era de Diana. Durante un instante la esperanza de Rose fue urgente, penetrante; luego volvió a difuminarse. Corrió hacia la cocina, conectó la cafetera y rasgó el sobre.

Querida Rose:

¡Qué alegría tener noticias tuyas! Fue un placer conocerte y no perdía la esperanza de que me escribieras. Todo indica que vamos a volver a vernos muy pronto, pero de eso hablaré más adelante.

En primer lugar debo responder la pregunta que me haces en nombre de tu amiga relativa a si estar muy cerca de una sesión espiritista puede o no puede acrecentar las facultades psíquicas de una persona. Dudo que pueda añadir mucho a lo que te dije en Nueva York. Pero he leído que una persona que asistió a una sesión descubrió que era médium. El gran problema debe ser adaptarse a las nuevas percepciones. Si tu amiga está pasando por esta experiencia, tal vez debería solicitar consejo a un ocultista profesional.

Me pregunto si tú misma no estarás interesada por el ocultismo. ¿Has leído algo sobre experiencias extracorporales después de lo que pasó en mi piso? Algunos de los libros que creo están publicados en Inglaterra son Técnicas de proyección astral de Crookall, otro titulado La proyección del cuerpo astral de Muldoon y esa obra extraña aunque fascinante titulada Violación astral, un libro que, ahora que recuerdo un capítulo en particular, tal vez deberías leer antes de que nos encontremos en Múnich.

Esta es la parte principal de mis noticias, que quizá ya habías supuesto. Voy a ir a Múnich en compañía de Jack. Somos buenos amigos y nos comprendemos mutuamente mucho mejor.

En cuanto a mí, estoy muy interesada por los experimentos Christos, un tipo de proyección astral que, se dice, te permite ir al pasado. Precisa un grupo de personas. He estado discutiéndolo con mi ocultista, que vive cerca de mi lugar de trabajo en la ciudad. Podrás conocerle la próxima vez que visites Nueva York, si es que lo deseas.

¡Qué ganas tengo de verte en Múnich! Con cariño, también para Bill,

Una carta bastante impropia de Diana; tanto el lenguaje como la caligrafía eran rígidos como una composición escolar. Tal vez Diana pensaba que debía dirigirse así a una escritora. Cuando estuvo el café, Rose ocultó el sobre en el bolsillo de su bata.

Oyó que Bill había despertado estornudando, como de costumbre. No había necesidad de que él leyera la carta. Rose no estaba segura de que pudiera ayudarle. Diana aparentaba ser inteligente y estar bien informada, ¿pero hasta qué punto se podía confiar en ella? Era lo bastante fiable como para haber acudido en ayuda de Rose en el piso desocupado.

El estado de expectación acosó a Rose durante todo el día. Tomó asiento invisiblemente junto a ella en el autobús, y tuvo la impresión de que aferraba su nuca suave pero opresivamente. El significado de esa sensación permanecía reprimido, y resultaba intensamente frustrante. El ambiente que rodeaba a Rose chispeaba con amenazas de jaqueca.

Al menos las clases del día fueron bien. Los estudiantes estaban ávidos de discutir, preparados para desarrollar sus argumentos. Después, oscuras y reptantes manchas siguieron a Rose en el camino hacia el hogar bajo el grisáceo cielo, reflejadas como barro en el río. Las villas estaban sumidas en las sombras. A Rose le parecieron tan confusas como su expectación.

Bill había cocinado *mousaka*. El olor a carne y queso flotaba en la casa.

—Hay una carta de Jack —dijo Bill—. Al parecer él y Diana están haciendo grandes progresos.

Sintiéndose algo culpable, Rose leyó la carta. Una reimpresión de un libro; una oferta de *Film Comment* por los derechos de sus entrevistas para la revista; les veré en Múnich. Rose deseó estar más entusiasmada, menos oprimida.

—Mi alumna Hilary ha dejado a Desmond el Rojo —comentó Bill—. Él había empezado a maltratarla.

—Es lo mejor que Hilary podía haber hecho.

—Sí, ella es demasiado inteligente para Des. Su problema es que se muestra demasiado simpática con la gente.

Rose sirvió el Beaujolais mientras Bill hacía lo propio con la cena.

—Me alegro por Jack —dijo Rose.

—Sí, se lo merecía. En realidad, también me alegro por Diana. Quizás él pueda curarla de sus tendencias sobrenaturales.

—Es posible —replicó Rose, sin mirar a su marido.

Después de cenar, Bill puso el nuevo disco de la octava de Mahler. El viento estaba aumentando de fuerza fuera de la vivienda. Acometía los campos y se remontaba sobre la casa, tiraba de los árboles hasta arrancar hojas y parecía que las ramas iban a emprender el vuelo, mientras los coros cantaban, *Ven, Espíritu del*

Creador, llena nuestras almas... A Rose le gustaba esta sinfonía por su romanticismo, pero aquella noche le parecía el vocinglero lenguaje misionero de un converso. Varios tragos de whisky le permitieron gozar al menos de las melodías.

Necesitaba whisky para embotar su sentido de expectación, para poder dormir. Una especie de languidez daba a su anticipación un aire falso, meramente irritante, una condescendencia para consigo misma. Cuando Rose se metió en la cama, la sensación era lo bastante difusa como para no hacerle caso.

Rose yacía de costado, con un brazo en torno a la cintura de Bill, y oía el murmullo de los árboles. Al empezar a flotar pensó que las aguas del río se acercaban lentamente a la casa, lo suficientemente cerca para ser oídas. Entre sus pensamientos había negrura; cada vez se hundía más. El viento era más suave, ¿o sería la respiración de Bill? Los graves y rítmicos sonidos la arrullaron, y la introdujeron en una casa.

Rose empezó a forcejear. Aunque sólo veía el sombrío umbral, prefería morir a seguir avanzando. Escuchó unos susurros. Ellos, fueran quien fueran, no conseguirían que entrara. Pero el aprehensor de Rose era la oscuridad, enorme e impalpable. Sus forcejeos fueron absurdos, ineficaces. La casa se cerró a su alrededor como una boca.

Y quizás era una boca... porque no había duda de que estaba viva. Las paredes no eran de ladrillo, sino de abundante carne corrupta. Había cobrado vida nada más entrar Rose. Ella había despertado a la cosa que dormía allí, la presencia que se había filtrado en la estructura del edificio. Notó que el suelo era blando, que se hundía bajo sus pies. Como si los cimientos fueran de gelatina la casa estaba hundiéndose en el pantano de la negrura.

Había un temor peor. ¿Podría su pánico en aumento liberarla de su cuerpo? No importaba que estuviera soñando; de hecho, ese detalle tal vez hacía más vulnerable a Rose. Se clavó las uñas en las palmas hasta notar que la piel se abría. Despertó, y yacía junto a Bill, rodeada de cuchicheos.

Quizá los cuchicheos estaban más lejos, tal vez la envolvían menos. ¿Estaban en la habitación, detrás de las cortinas, o simplemente al otro lado de la ventana? Rose ya se hallaba completamente despierta. El crujido del follaje, nada más que eso. No debía dejarse dominar por el pánico, no mientras el tacto de su cuerpo fuera tan tenue.

Se relajó e intentó oír claramente los sonidos. Tenían que guiarla para volver a la realidad. ¿Se trataba de hojas, o del agua que lamía la orilla? Quizás ambas cosas, porque parecían distantes, y sin embargo cercanas. El ritmo de los sonidos se quebraba, resultaba insidiosamente fascinador. Era un ruido desagradable, un coro de apagadas voces, cuyas palabras temía oír Rose. Su corazón estaba estremeciendo todo su cuerpo.

Había voces. Estaban buscando a Rose en la noche. Sonidos sibilantes, siseos muy claros entre el vago murmullo, igual que reptiles en plena cacería. Estaba segura de que esas voces decían, *Rose, Rose...*

Quizá las voces estaban en su cabeza, porque el ritmo se había insinuado en su

cuerpo. Las extremidades de Rose vibraban al unísono con ese ritmo. No sentía su pulso, sólo su cuerpo entero a merced de la vibración. No tenía control alguno sobre su cuerpo, ningún punto de apoyo en él. Seguramente sus temblores despertarían a Bill... ¡Oh, por favor, que Bill despertara antes de que los temblores la separaran de su cuerpo!

Debía despertarle. Pugnó por estirar el brazo, por agarrar a Bill, pero su cuerpo se negó a moverse. Los susurros ensordecieron su mente; los intermitentes temblores frustraron sus tentativas de pensar. Sólo le quedaba instinto. Rose efectuó un violento esfuerzo, como un silencioso grito para pedir ayuda, y logró mover el brazo hasta la mano de Bill.

Rose sintió que su mano atravesaba las mantas.

X

La conmoción fue enorme. El corazón de Rose debía estar latiendo irrefrenablemente, su cuerpo debía estar ardiendo de pánico y sus labios debían estar reseco como el polvo; mas ella no podía sentirlo. De hecho, no notaba su cuerpo. En ese caso, debía estar soñando.

Sin embargo, ¿cómo era posible que un sueño fuera tan vívido? Percibía la textura de las mantas —cálidas, fibrosas, ligeramente ásperas— de un modo que jamás había experimentado. Las sensaciones resultaban demasiado pavorosas para ser meramente alarmantes. Durante un momento, y puesto que sólo podía tratarse de un sueño, Rose dejó que el terror la abrumara. En ese momento fue arrastrada fuera de su cuerpo, hacia la negrura.

Bill yacía bajo ella, con los labios fluctuando en un ronquido. Su marido estaba muy lejos, era inalcanzable, igual que la cosa que había a su lado: el cuerpo de Rose. Distinguió un rostro, una máscara de carne laxa y tenuemente luminosa, y un cuerpo, el suyo, que respiraba en una parodia de la vida. Aquel cuerpo era una falsificación, un maniquí colocado en la cama para no intranquilizar a Bill. Rose notó su auténtico cuerpo, flotando en el aire, suavemente palpable como una brisa.

Los pensamientos dejaron consternada a Rose en el acto. Aquello no era verdad, su auténtico cuerpo estaba junto a Bill, lo único que debía hacer era luchar para regresar... Su pánico era reconfortante en cierto sentido, porque forzosamente debía despertarla. Pero estaba dominada por una especie de vértigo en que no era consciente de nada como no fuera de su impotencia, la flotante e incorpórea víctima en que se había convertido. Rose tuvo la fugaz visión de su cuerpo empequeñeciendo, dando violentas vueltas y alejándose como si la sombría habitación se hubiera transformado en una vorágine, y se precipitó hacia la pared. La pared la detendría, no había duda... ¡oh, por favor!

Notó los ladrillos: ásperos, porosos, fríos como metal y no obstante conteniendo un calor interno. No hubo dolor, pero eso difícilmente podía tranquilizarla. Nada era tranquilizador, puesto que Rose había salido al exterior, estaba en plena noche.

Ella no era nada. Por eso no existía barrera capaz de frenarla. Incluso tenía la impresión de haber perdido el pánico; puesto que no podía despertarse, el horror se había convertido en una especie de severa y agónica incredulidad, una incredulidad monótona e ineludible. Las sensaciones abrumaron a Rose: la inmensa y opresiva frialdad de la noche, una luz sin fuente que le demostraba que carecía de forma, que no era en absoluto visible... ¿Cómo iba a ver si no tenía ojos?

Estaba sola. Los murmullos habían cesado sin que supiera cuándo. No había luna y el cielo estaba tapado por las nubes. Y sin embargo todo lo percibía, con fulgores internos, hasta el horizonte. Los árboles eran tremendamente extraños, llameaban con muchos colores. El uniforme cielo resplandecía como cobre bruñido, el río ardía como hielo.

La conmoción había paralizado a Rose en el aire. Luego, atraída por una fuerza contra la que desconocía por completo cómo luchar, se precipitó ineludiblemente hacia el río. Esto es un sueño, pensó Rose, un sueño, un sueño... La monotonía de la repetición contribuyó a amortiguar sus sensaciones, un poco. Pero todo era más sólido que ella, e incesantemente perceptible: el polvoriento camino que era como una capa de niebla bajo el encadenado jardín de Fulwood Park, un destrozado televisor cuya pantalla mostraba un cuadro de flores silvestres, una pareja que paseaban asidos de la mano en el prado por encima de la alameda del río... Todo era real excepto ella.

El prado fluyó bajo Rose, hasta la última hoja de hierba era un distinto filamento de apagada luz. Se abalanzó irrefrenablemente hacia la pareja que pasaba, pasó tan cerca que vio el tenue brillo de las cejas. De pronto, la mujer levantó los ojos. Sus relucientes labios se separaron; admiración o temor iluminaron sus ojos. ¿Había visto a Rose? Y si era así, ¿qué había visto exactamente? Antes de que la escritora pudiera pensar en aquella mujer como un aliado potencial, que con su conciencia podría actuar a manera de ancla, Rose se zambulló en el río.

¡Oh, Dios, iba a ahogarse! Sabía nadar, pero no tenía miembros para impulsarse hacia la superficie. El agua estaba oscura como el fango, y tenía un tacto igualmente espeso; el líquido llenó su ser, le asfixió. Pero si bien se sentía ahogada, al parecer no tenía necesidad de respirar. Lo único que podía hacer era soportar la presión de las profundidades, la polución que la cegaba, las corrientes que parecían tirar de su tenue sustancia, que amenazaban con desgarrarla. Creyó estar en trance de disolverse, de mezclarse con las empantanadas aguas que brillaban igual que ponzoñosa niebla. El deforme mantillo buscó a tientas a Rose, desplegando húmedos zarcillos obstaculizados por la suciedad. Los filamentos invadieron su sustancia, y Rose no podía hacer nada.

Finalmente su flotación pareció hacerse menos azarosa. Iba a alguna parte, aunque no tenía la menor idea sobre quién o qué le había marcado un objetivo, ni sobre cuál era ese objetivo. El río fluía a través de Rose, arrastrando sus informes cargas. *¡Por favor, quiero liberarme de mis tormentos! ¡Por favor, que esto se acabe!*

Al salir del río, Rose se encontró bajo tierra.

Pese a la oscuridad total, Rose sabía dónde se hallaba. Quizá sólo eran recuerdos de olor y sabor lo que estaba experimentando, pero esos recuerdos la sofocaban. Era peor que ser enterrada en vida, puesto que mientras era arrastrada hacia adelante sentía cosas que se retorcían en la tierra, que serpenteaban dentro de su ser. Rose creyó estar formada por carne en putrefacción.

Cualquier cosa habría sido un alivio, incluso la sensación de estar ascendiendo sin freno a través de piedra, que parecía fría y colosal, que amenazaba atraparla. Se trataba de los cimientos de una casa, puesto que Rose emergió en el interior de una pared... igual que una rata, si se exceptuaba que ella no podía escarbar.

Estaba desesperada por liberarse de la pared, al menos por ser capaz de ver, y lo

consiguió en un momento. Había un suelo que parecía arbóreo, aunque menos vital. Tras elevarse, Rose se encontró flotando en una ensombrecida habitación.

Experimentó todo el alivio que podía sentir. Como mínimo se encontraba en el hogar de alguien. Quizás allí podría descansar y calmarse, antes de ponerse a pensar cómo volver a su casa, a su cuerpo, con Bill. Al vislumbrar las figuras en la oscuridad no la sobrecogió un pánico instantáneo.

Había más de una decena de sombras. Estaban sentadas en círculo, en sillas. Llevaban máscaras atadas a sus rostros, como si fueran cirujanos preparados para una operación. En el centro del círculo, sobre la alfombra, yacía un pequeño objeto que la oscuridad hacía indistinguible.

Rose tuvo miedo al comprender lo que aquellas figuras planeaban hacer. Sus máscaras eran negras, y ella no veía ningún rasgo de sus caras aparte de los ojos, que relucían con el color blanco de los gusanos y tenían destellantes magulladuras en lugar de pupilas. Aquel objeto inmóvil en el medio... ¿tenía unas delicadas manitas? ¿Era un bebé? Rose no iba a tardar en saberlo, porque los rostros se inclinaron hacia el círculo... y Rose fue atraída hacia allí, hacia el punto central.

Cuando las sombras levantaron la cabeza, cuando alzaron sus blancuzcos y fulgurantes ojos, Rose sintió una ola de pánico peor que cualquier otra que hubiera experimentado hasta entonces. Aquellos seres sabían que ella se hallaba allí. Estaban alargando sus brazos para atraerla. El círculo de sus manos se fue cerrando como la boca de una planta carnívora; los gruesos zarcillos que eran los dedos mostraron su ansia por atrapar a Rose. Notó que caía irremediablemente hacia el centro, y el pensamiento que la salvó de un pánico superior formaba parte de la pesadilla: ellos no podían cogerla, porque no tenía nada por donde pudieran agarrarla.

Pero la atraparon.

En cuanto estuvo dentro del círculo, los dedos se agolparon a su alrededor. Más que dedos le parecieron una tela de araña, unos dedos con el mismo grosor que una mosca debía percibir en los hilos de una telaraña. Los dedos se aferraron pegajosamente a Rose, y ésta, finalmente, fue consciente de su substancia, notó su extremada fragilidad. En el último momento supo de un modo instintivo cómo debía luchar, luchar desesperadamente como una mosca en las garras de una araña, pero las manos se pegaban a ella o dentro de ella, y experimentó el pavoroso temor de que cualquier esfuerzo desgarrara su substancia. Las enmascaradas caras se cernían amenazadoramente sobre ella. Los ojos parecían hinchados por el triunfo.

A continuación Rose creyó oír una voz, fría como la de un reptil, un silbido que decía, *No. Aún no. Él dice que no.*

El círculo de manos se apartó al instante. ¡Oh, Dios, iban a despedazarla! Pero era obvio que las sombras habían renunciado a la fuerza utilizada para tener a Rose, porque ella se precipitó rápidamente hacia atrás siguiendo el mismo camino de llegada, atravesando los fríos cimientos de la casa, el pululante subsuelo, el descolorido río... En alguna parte, una mano sacudía el hombro de Rose. La

sensación resultaba menos convincente que el recuerdo de un sueño, pero ella estaba convencida de que si alguien intentaba despertar su vacío cuerpo, moriría. Notó que sus párpados, muy lejanos, oscilaban y se abrían.

Rose inundó sus abiertos ojos. La sensación fue prácticamente insoportable. Notó sus globos oculares, líquidas esferas cubiertas por una delgada piel, a punto de estallar con la acometida del regreso. La conmoción hendió el pecho de Rose como una sierra. Sobre ella, en una imagen desenfocada, flotaba un objeto con ojos. Chilló.

Incluso el contacto de la mano en su frente, aquella mano que intentaba calmarla y despertarla, fue muy poco tranquilizador, porque Rose casi había olvidado las sensaciones de su propia carne.

—No pasa nada, cariño —musitaba Bill—. No pasa nada. Has tenido una pesadilla. No podía despertarte.

Finalmente la cara de su esposo quedó enfocada. La lámpara de la mesita de noche iluminaba la aureola de desgreñados cabellos de Bill. Rose consiguió no acobardarse, aunque la sensación de carne contra carne era extraña, demasiado intensa.

—No era una pesadilla —balbuceó Rose—. Yo no estaba aquí. No sabía dónde estaba.

—No pasa nada. Estabas aquí. Llevo un minuto intentando despertarte.

¡Un minuto! ¿Cuánto tiempo había estado Bill roncando, insensible a su angustia?

—Estaba fuera de mi cuerpo —dijo Rose pese al crispamiento de sus labios—. No podía volver. Notaba todo lo que tocaba.

—No hay razón para que no fuera así —afirmó Bill con voz tranquilizadora.

—No me entiendes. —Su cuerpo ya estaba más estable, mucho más que su mente. Aquella fiebre estaba desapareciendo—. Notaba todas las cosas con más intensidad que cuando estoy en mi cuerpo.

—Yo nunca he soñado eso.

Era lógico que Bill pretendiera mostrarse apaciguante, pero lo único que Rose entendía es que no estaba impresionado.

—¡No estaba soñando! —gritó, casi histérica, porque aún sentía el pegajoso contacto de los dedos en su interior—. Yo estaba en otro lugar, en otro lugar real, ¿no lo comprendes? Era una sesión espiritista, no podía ser otra cosa. Ellos me llamaron y me fue imposible quedarme quieta. ¡No *ha sido* un sueño! ¿No ves lo que me están haciendo? —Estaba agarrada a Bill puesto que ya empezaba a parecerle una persona conocida, pero Rose no estaba segura, ni mucho menos, de que su marido pudiera ser un ancla para ella—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué me está sucediendo?

—No te pasará nada. Yo estoy aquí.

Bill le acarició el pelo, con caricias lentas, casi hipnóticas, mas Rose no podía arriesgarse a que la arrullaran. No imaginaba más cosas que decir a su marido, y eso aumentó su tensión.

—¿No crees que quizá debieras hablar de esto a Colin? —murmuró Bill al cabo

de un rato.

Quizás esa fuera la única verdad: todo había sido una alucinación, un efecto posterior del ataque que sufrió en Nueva York. Rose se aferró a esta explicación con más desesperación que en su abrazo a Bill. Las alucinaciones podían curarse.

—Sí —contestó, y creyó que su tono era de esperanza.

—¿Podrás dormir ahora?

Rose se puso rígida, consciente de que sólo había sido capaz de comunicar una ínfima parte de su terror.

—Muy bien —dijo Bill al ver su reacción—. Seguiré despierto hasta que estés dispuesta a dormir otra vez.

De acuerdo con su estado actual, ese momento tal vez no iba a llegar nunca. Bill se incorporó, rodeando a Rose con los brazos, y se esforzó en permanecer despierto, pero antes de una hora ya estaba roncando. Sin duda estaba ocupado en placenteros sueños. Rose se agitó nerviosamente, en busca de una posición en que se sintiera encerrada en su cuerpo. No había ninguna. La lámpara de la mesita brillaba, pero era mucho menos tranquilizadora que la lamparilla de la niñez de Rose. Las paredes y el techo tenían un aspecto frágil, inútil como protección. Finalmente el amanecer tiñó las cortinas. La tenue luz hizo que Rose pensara en un entrometido, en alguien que se había introducido furtivamente en su habitación.

XI

—No estoy muy seguro de poder ayudarle —dijo Colin.

Rose permanecía sentada en el comedor. Marcos con diplomas decoraban una pared. La mesa había sido desterrada a la sala de estar; un escritorio ocupaba su lugar. El sofá desalojado por la mesa se encontraba colocado en diagonal frente al escritorio. El resto de la habitación estaba igual que cuando vivía la señora Winter, aunque no se percibía su presencia, ni otra presencia aparte de la de los Hay.

Rose estaba en el sofá. Al otro lado de la cerrada puerta de la cocina, Gladys murmuraba mientras preparaba la cena, increpando malhumoradamente a ciertos ingredientes de la misma. Más allá de la ventana, el césped tenía un aspecto húmedamente nuevo. Desordenadas hojas apretaban sus venas contra las ventanas del invernadero. Los árboles, intrincadas masas de abanicos verdes, se balanceaban sobre la pared. Durante un instante, hasta que logró controlarse, Rose experimentó la rigidez de la madera, la vida interna de aquellos árboles.

Se sentía desilusionada, casi traicionada, y peor que eso. Había confiado en que Colin le diera una explicación completa que le ayudara a creer que había soñado, a pesar de que sus sensaciones fueran extraordinariamente vívidas. Rose había intentado convencerse de eso, pero aunque llegara a creer dicha explicación no lograría dormir, porque temía que la pesadilla se repitiera.

Su insomnio, al menos, era algo que Bill comprendía; un motivo para pedir consejo a Colin. No obstante, cuando el psiquiatra le abrió la puerta Rose se sintió tímida, avergonzada de sí misma. Después de todo, era indudable que él no pensaba trabajar en sábado. Rose se había comportado como Gladys.

—¿Está muy ocupado?

—No, en absoluto. Simplemente ocupándome de la correspondencia. —Llevaba un rollo de cinta adhesiva en un dedo—. La verdad es que me alegra verla. Nos preguntábamos si la fiesta la habría alejado de nosotros.

—No, naturalmente que no. ¿Qué les hizo pensar eso?

—Bien, tal vez me mostré indebidamente rudo con su amigo. Era un caso digno de tratamiento más que de críticas, ¿no le parece? Pero pensé que él estaba abusando de nuestra hospitalidad.

—¡Oh, cielos, él no era amigo nuestro! No sabíamos a quién habíamos invitado. Es posible que usted haya hecho algo útil indirectamente. Hilary... ¿Recuerda a Hilary? Ella hizo de tripas corazón y acabó dejándole.

Colin frunció ligeramente el ceño.

—Las relaciones ya no son tan estables como antes... igual que todas las cosas, me temo. De todas formas es absurdo soportar a una persona que no nos es simpática.

—No entiendo de esas cosas. No habría que admitir la derrota con tanta facilidad.

—Tiene toda la razón. Sólo me refiero a casos extremos.

Colin la había hecho pasar a su despacho. Empezó a ordenar rápidamente su

escritorio, amontonando los sobres y metiendo pequeños recipientes de plástico en un cajón.

—Perdone que la haya hecho pasar aquí —dijo el psiquiatra—. Seguiremos dentro de un instante, con más comodidad.

¿No era aquel el momento de decirle por qué estaba allí? Antes de que Rose se obligara a hablar, Colin se refirió a la fiesta.

—Debo decirle que usted fue la estrella de nuestra fiesta. Todos nuestros amigos quedaron muy impresionados por su presencia.

Su sonrisa, y la amplitud de su sonrisa, cogieron desprevenida a Rose.

—Gracias —dijo, ruborizada.

—Espero que este detalle dé valor retrospectivo a la fiesta. Tal vez exageré en mi análisis, pero pensé que aquel juego la había trastornado.

—¿Qué juego?

—El de levantar la mesa, o lo que fuera.

Rose se obligó a aprovechar la oportunidad.

—Esa es una de las cosas que deseaba comentar con usted.

—Le prometo que la próxima vez que les invitemos no habrá nada parecido.

—No, no me refiero a eso. —La sonrisa de Colin aguardaba a que ella siguiera explicándose. Finalmente añadió—: Me resulta muy difícil hablar.

—¿No quiere intentarlo? —Ante la sorpresa de Rose, Colin se acercó y tomó asiento junto a ella en el sofá—. Me sentaré en otro sitio, si lo prefiere.

—No, es mejor que se siente aquí. No deseo sentirme como una paciente. —¿Estaría dando la impresión de que esperaba un tratamiento gratuito? Pero ella no precisaba tratamiento, sólo consejo—. No puedo dormir. Tengo muchas pesadillas. Aunque —se esforzó en aclarar— son más reales que simples pesadillas... más bien son alucinaciones.

Tal vez el psiquiatra lograra vislumbrar el oculto temor que había en los ojos de Rose, pero... ¿sería capaz también de devolverle la confianza?

—¿Le molesta en particular la idea de tener alucinaciones? —sugirió Colin.

—Sí. Me aterroriza.

—¿Por qué?

Rose estaba segura de que él lo sabía.

—Porque tal vez signifique que estoy perdiendo la razón.

—Cosa que le asusta. Sí, comprendo que le asuste, es muy comprensible. Bien, permítame tranquilizarla un poco. Según mi experiencia, el temor a la locura es una indicación bastante fiable de que el individuo no está enloqueciendo. Se trata de una neurosis, que es algo muy distinto. Nadie se cree más cuerdo que un loco. En cuanto a las alucinaciones, hay infinidad de causas posibles, y la locura no es normalmente, de ningún modo, una de ellas. ¿Le apetece una taza de té?

La voz de Colin era tan sedante que la formulación de la pregunta sobresaltó a Rose.

—Pues... sí —tartamudeó.

El médico se acercó a la puerta de la cocina.

—Gladys, nos gustaría tomar té. Si tienes la amabilidad de hacerlo... Rose está aquí.

—¡Oh, creía que era una...!

—Rose me ha pedido consejo. —Después de volver al sofá con Rose, añadió—: Bien, intente explicarme con el máximo de detalles qué es lo que le preocupa. Tómese tiempo.

—Creo que empezó en Nueva York.

Le explicó el ataque en el edificio de Diana, el sueño subsiguiente y su secuela en el piso de su amiga.

—Tal vez fue un simple efecto secundario de la agresión —comentó Rose.

A continuación pasó a relatar su pánico en la noche de la sesión espiritista. Le produjo pavor tener que referirse a su percepción de una presencia despertada y a su visión en Ormskirk.

Estaba describiendo su percepción de la fuerza de la sesión espiritista cuando Gladys abrió la puerta de golpe y entró cargada con una bandeja repleta de temblorosas piezas de porcelana.

—Deja que te ayude —dijo Colin, y cogió la bandeja.

Gladys insistió en servir el té... y se turbó nada más reparar en que Rose se había callado.

—Lo siento. No tardaré ni un segundo —se excusó, mientras el chorro de té fluctuaba peligrosamente hacia el borde de una taza—. Solamente haré esto. ¿Le importa que me sirva una taza? Perdón.

—Tiende a dejar que las cosas la abrumen —confió Colin a Rose en cuanto estuvieron a solas—. Pero ha sido una ayuda para mí. Cuando me tienta la desesperación, ella me devuelve mi sentido de finalidad. Tal vez la sorprendería la firmeza que demuestra en algunos aspectos. Aprecio su consideración para con mi madre. —Colin le dio una palmadita en la mano, como pretendiendo que ambos despertaran de la meditación—. No obstante, estábamos hablando de usted, ¿no es cierto? Lo que me cuenta de la sesión espiritista es muy importante, creo.

Rose prefirió no ahondar en ese tema, sin saber a ciencia cierta el motivo. Incluso la descripción de su última experiencia le pareció un alivio. Le explicó el máximo de detalles, incluyendo la sombría habitación y la voz que había dicho, *No*, aunque no se decidió a describir el contacto de los dedos en su interior.

—¿Eso es todo? —Colin parecía estar absorto, casi infantilmente ávido de más explicaciones—. Supongo que no hubo ningún hecho anterior.

—Tal vez sí. —Rose describió la fiebre de su adolescencia, la premonición de que la perseguían, su visión de volar separada de su cuerpo.

—Bien. Muy interesante. —Las yemas de los dedos del psiquiatra se unieron y encerraron su boca en una jaula; sus índices golpearon suavemente las comisuras de

los labios, como para liberarlos. Sus dedos se extendieron—. Me pregunto si no habrán existido otros hechos mucho antes. Estas cosas suelen empezar en la infancia.

Rose lanzó un grito. Un ardiente líquido estaba extendiéndose sobre sus senos. El dolor le hizo pensar que era sangre hasta que comprendió que su mano había derramado la taza de té. El pensamiento que se había agitado en su mente, fuera cual fuera, había desaparecido, arrastrado por el dolor.

—Gladys, ¿tienes una toalla? —Colin trajo enseguida una toalla para que Rose se secara—. Perdona, he elegido un mal momento para mi pregunta.

¿Pensaba el médico que esa pregunta la había desconcertado? Tal vez tuviera razón. A Rose le escocía mucho la piel, parecía haber oscurecido en su mente y estaba a punto de perder la calma.

—¿Qué cosas empiezan en la infancia? —dijo, y expuso la respuesta que deseaba oír—: ¿Sueños desagradables?

—Sueños desagradables... Es posible. —Colin arrugó la frente, acercando cejas y ojos—. No estoy seguro de poder ayudarle.

La oscuridad estaba muy próxima.

—¿No puede ayudarme a dormir? —suplicó.

—¡Por supuesto, es muy fácil! Un tranquilizante resolverá ese problema. Pero no me gustan los tranquilizantes... son drogas negativas, en mi opinión. Sirven para tratar el síntoma, no la causa.

—¿Pero cuál es la causa?

—No estoy seguro. Espero que eso no le moleste. Francamente, en mi profesión todos los que afirman estar seguros son charlatanes. Suponga una cosa, suponga que sus experiencias ni son sueños ni son alucinaciones.

—No le comprendo.

—Suponga que en realidad son percepciones extrañas.

¿Por qué aquel hombre no desempeñaba el papel que ella esperaba de él?

—Es indudable que usted no cree en eso —dijo Rose con voz acusadora.

—La psiquiatría está en su infancia. No sólo no puede curar todo sino que además hay ocasiones en que se impacienta por hacerlo. Tenemos escasas nociones acerca de las posibilidades reales de la mente. —Estaba disertando—. Considérelo de este modo —añadió con más naturalidad—. Si alguien le dijera que puede protegerse en el plano astral, creo que se mostraría escéptica. Pero ya que usted, después de todo lo que me ha contado, insiste en que es imposible, me inclino a creer que puede hacerlo.

Rose fue incapaz de otra cosa que no fuera mirar fijamente al psiquiatra.

—Comprenda, estamos formulando hipótesis —dijo Colin, con un tono no muy tranquilizador—. Pero estoy sorprendido por el número de afinidades que hay entre sus descripciones y otros relatos similares. Supongo que no habrá leído libros al respecto... No, ya sabía que no. Del mismo modo, las descripciones de experiencias con LSD suelen concordar en formas muy sugestivas. Buena parte de la mente está inexplorada, ¿comprende? Sabemos muy poco de esos estados visionarios.

Rose había empezado a sentirse como un conejillo de Indias.

—¿Pero qué se supone que debo hacer?

—¿Quiere decir si la experiencia es real? Yo sugeriría que intente llevarla a cabo. No hay duda de que al principio estará nerviosa, pero... suponga que aprende a controlar lo que le sucede. Puede ser más fácil de lo que usted cree. Verá, lo que pienso es esto: que si usted tiene esas facultades, resultará más nocivo reprimirlas que desarrollarlas.

—¿Pero y si yo no las deseo? —dijo Rose desesperadamente.

—Quizá no las posee. Perdone, debería tener más consideración con sus sentimientos. Es posible que después de tomar los tranquilizantes no vuelva a tener experiencias extraordinarias. Dígame una sola cosa más: la voz que según usted la liberó de su pesadilla... ¿no pudo pronunciar las palabras: «Ella dice que no»?

—Es posible. ¿Por qué?

—Pudo ser la voz de su propia mente, afirmando que usted no se encontraba suficientemente preparada. He entendido que no está segura de qué tipo de voz era.

Colin la miró como si su observación tuviera que calmarla por completo.

—Bien —dijo el psiquiatra al cabo de unos instantes—, le daré las cápsulas. Por fuerza han de ayudarle a pasar lo peor.

Colin se tomó tiempo para encontrar los somníferos en su escritorio. Cuando el psiquiatra puso la caja en su mano, Rose creyó ver una débil sonrisa de desilusión.

—Por favor, avísame inmediatamente si ocurre algo más. O si precisa tranquilizarse —añadió Colin, con una ligerísima nota de burla que resultaba exasperante y maliciosa—. Naturalmente, si decide que hay algo de cierto en mi hipótesis, recuerde que le ayudaré en todo lo que me sea posible.

Una vez en casa, Rose abrió la caja de Librium. Las cápsulas verdes y marrones le hicieron pensar en huevos de insecto. Bill las contempló y la animó con una sonrisa, quizá demasiado amplia.

—¿Te ha servido de ayuda Colin? —preguntó.

No podía empezar a contarle lo sucedido, no hasta que recuperara cierto control sobre el torbellino de sus sentimientos.

—Sí, creo que sí —fue lo único que pudo decir.

Pocos minutos después de ingerir dos cápsulas, Rose se habría sentido más contenta en caso de haber sido más precisa. El alivio comenzó a brotar de su plexo solar; parecía un ungüento que la bañaba, suave, frío, exhaustivo. Ya no temía dormir. Al cabo de unos segundos estaba adormecida. Sin embargo experimentaba una punzada de culpabilidad: ¿no sería un alivio demasiado fácil, una solución de cobardes? ¿Cuánto tiempo iba a tardar en parecerse a Gladys, en disculparse nerviosamente por tomar drogas?

XII

—¡Oh, Dios mío! —gritó Bill con simulado disgusto. Durante un instante Rose pensó que la exclamación iba dirigida al libro que ella estaba leyendo—. Escucha esto, ¿quieres? Han impreso «Geiss» en lugar de «Geist».

—¿Y eso significa...?

—Bien, lo cierto es que no significa lo que nosotros escribimos. En lugar de que Vincent Price sea poseído por el espíritu de su antepasado, es poseído por la cabra de éste.

Era julio. Al día siguiente emprendían vuelo a Múnich. Bill ocupaba un sillón cambiado de sitio, y estaba lamentándose por la traducción alemana de *Pesadillas compartidas*. El mobiliario había sufrido cambios de emplazamiento en la sala en previsión del verano, para evitar los rayos del sol. La alfombra, en toda su extensión estaba llena de sombra. Rose se hallaba sentada en el sofá, sobre los bordados de plateadas enredaderas. El mueble se encontraba cerca del hogar abierto. Un día, tal vez, sustituirían ese hogar, al que Rose profesaba gran cariño, y las estufas de gas del resto de habitaciones, por calefacción central... si es que permanecían en la casa el tiempo suficiente, y suponiendo que pudieran soportar el trastorno de las obras. Rose estaba leyendo un libro titulado *Fuera del cuerpo*.

Los tranquilizantes le habían permitido al menos hacer eso. Y habían conseguido más cosas: Rose se sentía menos vulnerable por las noches, antes de dormir, y la droga la había acompañado en las frustraciones de los exámenes, de la corrección de ejercicios, de la justificación de las bajas calificaciones ante los tutores de las escuelas de aprendizaje. Un mínimo de diez alumnos de una misma escuela había presentado textos prácticamente idénticos, planteando un problema de estructuralismo: «Descifren el original a partir de sus imitaciones».

Rose había dejado de tomar Librium. La droga le había permitido pensar con calma en el consejo de Colin, y en el de Diana. Había empezado a creer que aferrarse a lo racional podía ser irracional. ¿No era absurdo descartar todo lo que le había pasado con la explicación de un golpe en la nuca?

Había acudido a la biblioteca obedeciendo a un impulso. Pensó que sería divertido hojear *Violación astral*, para comprobar si la obra era tan graciosa como su título. Pero alguien había robado el ejemplar, y lo mismo había sucedido en la mayoría de bibliotecas de Liverpool. ¡Oh, no, ella no deseaba encargarlo!, se había apresurado a decir. Todos los libros sobre proyección astral estaban prestados —se trataba de un tema popular—, pero un empleado acababa de leer *Fuera del cuerpo* y entregó el libro a Rose.

La lectura constituyó una serie de sobresaltos, como si hubiera encontrado publicado un texto que ella planeaba escribir. Todos los relatos tenían algo en común con sus experiencias. Los viajeros (así los llamaba el libro) siempre creían estar despiertos; sus sentidos no se embotaban nunca, como en los sueños. La continuidad

de la experiencia era inevitablemente lineal, sin las dislocaciones de los sueños. Algunas personas creían que sus cuerpos vibraban de un modo invisible, otras pensaban que las vibraciones correspondían a la forma astral. Fuera de sus cuerpos se sentían ingravidos, o ligeros como la niebla. Ciertos individuos creían que habían muerto o que estaban enloqueciendo... pero la mayoría consideraba tranquilizador el recuerdo subsiguiente, puesto que demostraba que se podía vivir fuera del cuerpo, que era posible una vida después de la muerte. Aunque en numerosos casos se trataba de una sola e irreplicable experiencia, algunos viajeros aprendían a controlar sus viajes. El problema fundamental era acostumbrarse a la facilidad del acto, opinaban los últimos. «Pensar en moverse es haberse movido», informaba un viajero.

—¿Has dejado las llaves en casa de los vecinos? —preguntó Bill.

—No, todavía no. Lo haré dentro de poco.

¿Qué partes del texto eran absurdos, o falsedades? Algunos relatos tenían el mismo tono sermoneador que Rose había leído en descripciones de viajes con LSD, con los que tenían algo en común: la intensificada vividez de los colores, por ejemplo. Aunque el mero número de informes astrales era impresionante, muy posiblemente se trataba de sueños que casi todo el mundo experimenta alguna vez: sueños de estar volando, cayendo o corriendo sin poder reaccionar. Había demasiados relatos increíbles o intencionadamente excéntricos. Rose no deseaba estar relacionada con maniáticos.

Hojeó un capítulo de teorías y cosmologías. La vida después de la muerte quedaba determinada por las expectativas personales en el momento del óbito, opinaba alguien. Había numerosos cielos exclusivos, todos poblados por fieles de una religión distinta, que creían que sólo ellos podían salvarse. Eso habría hecho reír a Bill, pero Rose decidió no compartir el libro. Otra visión —difícilmente podía ser otra cosa— sostenía que existían planos de evolución astral después de la muerte. El más cercano a los vivos estaba atestado de personas recientemente fallecidas, cercadas por fragmentos de sus vidas anteriores, obsesionadas por su pérdida sexualidad y por obtener algún tipo de liberación sexual, hasta que olvidaban sus mundanas preocupaciones y seguían adelante... si es que alguna vez lo lograban. No podía ser otra cosa más que una teoría, pero a Rose le pareció opresiva. Siguió pasando páginas, referencias a un grupo inglés de principios de siglo fundado por alguien llamado Peter Grace, que había intentado avanzar en exceso la investigación astral. El resultado había sido infanticidio, locura y (afirmaba vagamente el libro) cosas peores, pero al menos eran hechos plácidamente lejanos, aunque ciertos nazis, Himmler en particular, al parecer habían intentado redescubrir los secretos del grupo.

—¿Te gustaría dar un paseo por la alameda? —dijo Bill—. Es una pena desperdiciar un día como este.

—Sí, me gustaría, dentro de unos minutos.

¿Estaba Bill intentando distraer su atención del libro? Su esposo no le ayudaba a decidirse. Rose creía que le sería muy fácil despreciar el libro como si fuera basura,

evitar el examen de sus experiencias personales. Por lo menos estaba en buena compañía, suponiendo que decidiera unirse a aquella gente. Se aseguraba que San Antonio de Padua había aparecido simultáneamente en dos lugares el Jueves Santo de 1226. En 1774, Alfonso de Liguori se presentó ante testigos en el lecho de muerte del Papa Clemente XIV, aunque de Liguori estaba encarcelado en una celda de Arezzo, donde había dormido cinco días después de un ayuno. Goethe encontró en el camino a un amigo vestido con bata y zapatillas, mientras el amigo soñaba que encontraba a Goethe. En su niñez, Thor Heyerdahl sintió el pánico de no poder volver a su cuerpo bajo los efectos de un anestésico. Encontrándose enfermo en París, Strindberg imaginó que estaba en su hogar, con tanta claridad que creyó estar allí, de pie junto al piano... y allí lo vio su madre política, que le escribió para preguntar si estaba enfermo. Al final de una visita a su amigo Theodore Dreiser, John Cowper Powys prometió impulsivamente volver a presentarse más tarde; dos horas más tarde apareció un reluciente Powys en la casa cerrada con llave, aunque se hallaba a cincuenta kilómetros de distancia. Hacia el final de su vida, Hitler fue visto entrando en breves trances de los que era imposible liberarle; y en tales ocasiones sus ayudantes, que a menudo estaban a varios kilómetros, tenían la convicción de que él se encontraba cerca y les observaba. En el momento de su muerte, D. H. Lawrence dijo a Aldous Huxley que era capaz de verse fuera de su cuerpo. Uno de sus gritos desde el lecho de muerte fue: «¡Sujetadme, sujetadme, no sé dónde estoy, no sé dónde están mis manos...!».

—¿No quieres salir? —preguntó Bill.

Su impaciencia iba manifiestamente dirigida al libro. Lo cierto es que Rose se alegró de abandonar la lucha de Lawrence para aferrarse a la sensación de su cuerpo. Pensó que seguramente el escritor se había mostrado tan apasionado por su propio bien, ante el terror y ante cualquier otra cosa. De todos modos, a Rose le complació ver el sol durante un rato.

El buzón de correos era un tubo de neón color carmesí. El cielo estaba sediento de nubes. Las villas se cocían igual que pasteles. Todo irradiaba calor. Aromas de tojos y rosas flotaban como si fueran en busca de sombra. Los intensificados colores —el agobiante azul del cielo, la efusión de verde— parecían converger en el foco insoportablemente blanco del sol.

Los vecinos que vivían enfrente de los Tierney estaban paseando por el jardín de los residentes, ambos con zapatos deportivos. El bigote del hombre era una fina línea negra en la azulada penumbra del afeitado. Frágiles rizos azulados adornaban la cabeza de la mujer, como si fuera de *biscuit*.

—Buenas tardes —dijo fríamente la mujer, parándose—. ¿Organizaron ustedes la fiesta de hace unas semanas?

—No, fueron nuestros vecinos de al lado.

—¡Ah, sí! En casa del psiquiatra. Hubo tanto ruido que pensamos que uno de sus pacientes había perdido el control. ¿Es que pretende seguir visitando aquí a sus

enfermos?

—Creo que ha encontrado un local en Rodney Street. —Rose había avistado brevemente visitantes nocturnos, pero no había visto sus caras. Amigos de los Hay, seguramente.

—Espero que no se equivoque. —Hablaban como si Rose fuera responsable de ciertos errores—. Bien, no les entretendremos más —añadió la mujer, y prosiguió su camino.

En el límite del jardín, un abatido fragmento del muro de cemento daba acceso a la alameda de Otterspool. Los Tierney treparon a la carretera que conducía al montón de desechos. El polvo pululó sobre el asfalto después de pasar un camión, igual que una solidificada calina provocada por el calor. Junto a la carretera, el armazón de un televisor sintonizaba una selección de hierbas y flores silvestres.

Rose se detuvo, con la mirada fija.

—No lo había visto antes. Al menos...

—Está ahí desde hace algún tiempo.

Se agacharon para pasar por un boquete de la alambrada y siguieron la senda del prado. Desde el punto más elevado se distinguía el recorrido del Mersey, que se precipitaba desde los distantes Peninos en dirección al Mar de Irlanda. Los fulgurantes escarceos del agua hicieron que Rose pensara en un código, muy difícil de descifrar por su rapidez.

Había estado a punto de sincerarse con Bill, pero la oportunidad había pasado. Rose había dejado *Fuera del cuerpo* donde su marido pudiera verlo, con la esperanza de que él sacara a relucir el tema. Si tan sólo Bill le ofreciera esa ayuda...

La mirada de Bill interrumpió bruscamente el ensimismamiento de Rose.

—¿Qué ocurre, Ro? —dijo con anhelo—. Estuviste mucho tiempo con Colin aquel día... Debiste contarle algo. ¿No quieres explicármelo?

—Sabes que deseo hacerlo. Pero es tan difícil explicarlo de palabra... —Se sentía nerviosa y torpe. Iba a ser más arduo que hablar con Colin. Unas gaviotas pasaron por encima, una explosión de blanco y unas sombras que alcanzaron a Rose con la fugacidad precisa para no sugerir siquiera frialdad—. Lo intentaré —dijo finalmente—. Pero no me interrumpas hasta que termine. Por favor.

—De acuerdo. —A Bill pareció ofenderle su necesidad de implorar.

Lisas sendas rojas como ladrillos se inclinaban hacia la alameda. Jovencitos con patines se lanzaban hacia el Mersey. Había niños por todas partes, jugando con discos de plástico, lanzando improvisadas bolas para que un terrier las recogiera... Hasta había un esperanzado grupo de muchachos que corrían por el prado con una cometa a ras de suelo. Una jovencita con las piernas llenas de esparadrapos como parches de ropa vieja, hacía la vertical en la barandilla del paseo. Los adultos ocupaban bancos o refugios de ladrillo con portillas, o empujaban cochecitos infantiles junto al río.

—He estado extraña —dijo Rose con gran esfuerzo— desde la noche que pasé con Diana. —¿Hubo un destello de irónico acuerdo en los ojos de Bill?—. La noche

siguiente al ataque. Me sentía a punto de flotar, de salir de mi cuerpo. Pudo ser un simple mareo, un efecto secundario, lo sé. Lo cierto es que soñé que eso sucedía en la realidad. Bien, cuando volvimos a casa creí que iba a sucederme otra vez. Eso fue unas semanas más tarde, durante la sesión de espiritismo.

—¡Ah, esa estupidez! Ojalá no hubiera participado.

—¡Oh, Bill, me has prometido no interrumpir! No lo hagas más difícil. —El río lamía silenciosamente la orilla, mecía con suavidad su carga luminosa y ofrecía una sensación de calma... pero le recordó a Rose su zambullida en las lodosas profundidades, y por eso se mantuvo bien apartada del margen—. Luego —añadió, y tuvo la impresión de que las palabras obstruían su boca y no podía desatascada—, luego hubo una noche en que eso sucedió realmente. La noche que no podías despertarme.

—¿Qué es lo que sucedió realmente?

—Me pareció que abandonaba mi cuerpo... que salía fuera de la casa. No pude pararme.

—Soñaste que abandonabas tu cuerpo —dijo apaciblemente Bill, como si corrigiera a un estudiante de primer año.

—Sabía que dirías eso. No te estoy convenciendo... Yo experimenté lo mismo cuando Diana intentó convencerme de que era real Pero la última vez *fue* real. Ahora estoy segura. Vi ese televisor junto a la carretera. No lo había visto antes.

—Ya te lo he dicho, ha estado allí desde hace meses.

—Sí, pero yo no lo había visto.

—Debiste verlo. —La voz de Bill era firme y razonable, y parecía intolerablemente protectora—. ¿Qué otra explicación puede haber? Francamente, Ro, es imposible que quieras creer ese tipo de cosas. ¿Por eso no podías dormir?

—Sí, temía que volviera a suceder.

—Pero entonces, ¿qué maldita razón hay para leer ese libro? «Algunos viajeros hablan de que sus cuerpos astrales pueden dilatarse como chicle» —citó Bill, y se sorprendió al ver que Rose no reía—. ¿Por qué tentar a otra de esas pesadillas? En serio, Ro, tú has de saber que no son más que pesadillas.

—Repito que yo pensaba así hasta hace muy poco.

Rose se sentía sola, aislada con su problema. Los postes de alumbrado exhibían soportes para salvavidas a lo largo del paseo. Numerosos soportes estaban vacíos, ya que su carga había sido robada o desechada.

—Supongamos que estas cosas sean reales —propuso Rose—. ¿Me ayudarías?

—Claro que te ayudaría. Siempre cuidaré de ti. Pero no son reales, no pueden serlo. Escucha —dijo, invocando racionalismo—, ¿qué opinó Colin?

—No estaba seguro. Pensaba que tal vez fuera real. Creía que yo no debía reprimirme si mi experiencia era real.

—¿Colin dijo eso? ¿Colin? —Durante un instante Rose pensó que el dogmatismo de Bill iba a debilitarse—. ¡Ese tipejo! —Algunas parejas que estaban paseando se

volvieron para mirar a Bill—. ¿Por qué tuvo que decirte esa mierda? ¿De qué te va a servir eso? ¡Maldito guarro! ¡Jesucristo todopoderoso! —De haber estado presente Colin, Bill le habría dado una paliza—. ¿Y de quién fue la idea de que leyeras ese libro? —preguntó con aire amenazador.

—Mía.

El sosiego de Rose calmó a Bill. Estaba avergonzado, ansioso por perder de vista a los paseantes que le habían escuchado. Apretó el paso. Más allá del extremo opuesto de la alameda, las grúas se amontonaban como esqueletos de plantas en los muelles de Garston. El viento había empezado a barrer el río, y revolvía el cabello de Bill. Cuando Rose lo alcanzó y se cogió de su mano, un avión regular procedente del aeropuerto de Speke se alzaba lentamente sobre las grúas.

—No sigas leyendo ese libro, Ro. No puede hacerte ningún bien.

—No estoy segura. Ahora ya no me trastorna leer cosas sobre ese tema. ¿No comprendes que me tranquiliza? Quiero estar convencida de no haber sufrido daño.

Junto al paseo, los tojos resplandecían entre apagados colores verdes; Rose casi notaba las espinas. La acrecentada sensación era más terrible que molesta.

—Hay una cosa que me atrae —dijo Rose—. Pensar que es posible sobrevivir fuera de tu cuerpo.

—¿Te atrae? —repitió tristemente Bill.

—Sí, porque significa que puedes sobrevivir a la muerte del cuerpo. ¿No te gustaría imaginar que seguiríamos estando juntos?

—Claro que me gustaría. —Bill se comportaba como si estuvieran discutiendo un sueño, un hecho placentero pero irreal—. Pero en el supuesto de que exista vida después de la muerte, existirá tanto si tú te complicas con este otro asunto como si no lo haces.

Se apoyaron en la barandilla. Un buque petrolero se deslizaba pesadamente, guiando a su cría de remolcadores. Por encima de la meseta, la cola de la cometa trazaba figuras en el viento. En la orilla opuesta del Mersey, las humaredas brotaban de elevadas chimeneas, plumas de cemento con puntas de fieltro negro. Chimeneas que parecían enormes montañas llenas de tocones fabricaban sus propias nubes. El humo desaparecía en el inmenso y despejado cielo.

—Antes no he sido sincero —dijo bruscamente Bill—. He dicho que te ayudaría, pero no es cierto, porque no sabría cómo hacerlo. No me creo apto.

—¡Oh, Bill, no hay ninguna necesidad de...!

—No, déjame hablar. Ninguna interrupción. —Miró al otro lado del río. El resplandor del cielo parecía no afectar a sus ojos—. No quiero que llegemos a estar como mis padres. Nunca te lo he explicado, pero mi casa solía ser como la sangrienta Irlanda del Norte. Mi padre era católico, mi madre protestante... Mi madre fue a la catequesis católica para poder casarse. Batallas religiosas todas las tardes mientras tomaban el té.

—No importa, Bill, eso ya ha pasado.

—Tienes razón. Y yo tuve que arreglármelas como pude. —Las uñas de Bill dieron tirones a su bigote igual que pinzas—. Mis padres querían que les acompañara a la tienda, ¿sabes? Solían decir que yo podía escribir en medio de los clientes. En realidad jamás trataron de desanimarme para que no estudiara, pero yo estaba convencido de que ellos no creían que lo consiguiera, ya que no había ido a la escuela primaria. Bien —concluyó con tono desafiante—, lo conseguí y estoy donde quería estar.

¿Por qué Rose se sentía tan oscuramente acusada?

—Lo sé —contestó, y tras hacer una pausa añadió—: Igual que yo.

—¿Sí? Así lo creía. No podría haberlo logrado sin ti. —Su sonrisa era incierta, casi implorante—. No puedo evitarlo, me siento amenazado.

—Amenazado... ¿por qué?

—Por lo que me has dicho. Sé que piensas que yo debería mostrarme más dispuesto a aceptar los cambios. Quizás he hecho planes excesivamente rígidos, pero pensaba que eso era lo que deseabas. Aunque esto es más que un mero cambio. De repente tengo la impresión de que no te conozco.

—¿De verdad?

—No, no es cierto. Sólo respecto a ese asunto. Pero, Ro, por favor, no sigas. Por favor, te lo suplico. Tú no deseas tener que volver a recurrir a las drogas.

—No ha sucedido desde aquella noche. A muchas personas les ocurre una sola vez en toda su vida.

—Simplemente, no sigas. Es lo único que tengo que decir. Déjame que devuelva ese libro a la biblioteca.

—No hay necesidad de hacerlo —dijo tajantemente Rose—. En cualquier caso no voy a tener tiempo de leerlo antes de que nos vayamos. No te preocupes, Bill, ahora me encuentro perfectamente. De verdad que sí, ya que te lo he contado.

Era cierto que se sentía aliviada, aunque quizás era únicamente por haberse desembarazado del secreto.

Al regresar a casa, Rose vio la cometa. Su larga cola describía grandes y variables lazos, violentos pero graciosos. La cometa planeaba, se arrojaba hacia el suelo, planeaba como si le atrajera la intensidad y vastedad del cielo. Bill le cogió de la mano. Rose pensó que los dedos de su marido estaban apresando los suyos.

XIII

Baviera sosegó a Rose.

La vida tenía un despacioso ritmo y olor a cerveza. Durante el día, el matrimonio exploró Múnich. Rose nunca había visto tantas iglesias: fríos bosques de pilares, floraciones de estuco. Al atardecer sacaron al gato de Gerhard para que cazara ratones de campo mientras ellos paseaban entre los trigales de Aschheim, asustando a los faisanes que les sobresaltaban. Gerhard se hallaba en Frankfurt, resolviendo los problemas de uno de sus autores.

Jack y Diana habían llegado poco después. Las mujeres no tardaron en encontrar una excusa para hablar a solas. Diana sugirió que la amiga psíquicamente dotada de Rose era la misma Rose, y la escuchó cautivada, aceptando todo... incluso el grupo enmascarado que al parecer había llamado a Rose y le había hecho abandonar su cuerpo. Diana creía que se trataba de algún tipo de rito mágico, gente que había invocado a alguien o algo cercano, no necesariamente a Rose.

—No debes desperdiciar tus facultades —había dicho Diana, con un tono que canonizaba a Rose—. Supongamos que puedes usarlas para ayudar a otras personas. Piensa en cuánto avanzarás mientras desarrollas esas facultades.

Rose no estaba segura, pero de poco importaba. Había olvidado sus problemas. Y ahora anochecía, y Múnich estaba convirtiéndose en un sueño.

Había leones agazapados, medio enterrados en las fachadas de los edificios. Dorados relojes brillaban en el aire, reflejando los últimos rayos solares. Ornamentos de pizarra en los capiteles de las columnas aleteaban en el cielo, porque se trataba de palomas. Impresionantes espadachines del color de la niebla montaban guardia sobre las calles. Querubines con rostros lisos como huevos servían de apoyo a diversos balcones. Su aspecto era tan pacífico como la primera hora de sueño, antes de soñar. Todo era apacible, excepto Bill.

Diana se había invitado a la residencia de Josef Dietrich, el director.

—No, no soy la señora Tierney —le había oído decir Rose—. Soy, eh... soy la secretaria de su agente. ¡Cómo! ¿No sabía que nosotros también estamos aquí? Naturalmente, nos encantaría conocerle.

Rose sabía que a Bill le hubiera gustado resistirse a las súplicas de Diana.

Cuando el tranvía chirrió pausadamente en una curva, Rose extendió los brazos para frotar los hombros de Bill, pero éste le hizo desistir.

—Estoy bien —murmuró.

El tranvía había dejado atrás el Hauptbahnhof, los clubs nocturnos donde los matones imponían precios absurdos. La ruta llevaba después a las calles residenciales. Los balcones eran gigantes maceteros radiantes de flores.

—Tal vez podáis encontrar el modo de contactar con nuevas estrellas —estaba diciendo Jack—. Ir a Hollywood o donde sea y entrevistarlas. Algo que el gran público va a querer leer. ¿Qué opináis?

—Bien, pensaremos algo. —Bill miró a Rose para solicitar su aprobación—. Pero ahora me gustaría tener la mente despejada para Dietrich.

Diana leyó algunas frases del manual de alemán de Rose:

—*Apártese, no me ponga las manos encima, déjeme en paz, no siga o gritaré...* ¡Jesús! ¿Qué vacaciones tienen estos tipos?

Los hombros de Bill se pusieron en tensión, pero Diana no estaba incordiándole; iba a levantarse porque habían llegado a su parada.

El tranvía se alejó hacia Nymphenburg Palace, desplazando su fulgor a lo largo de los rieles. Bill condujo al grupo a una calle lateral, entre dos abedules que parecían centinelas. Las escasas viviendas se erigían en espaciosos jardines. Diversos álamos se balanceaban suave, casi imperceptiblemente, y los arbustos recortados, distribuidos en grupos, parecían caras de gnomos. Unos gigantes, misteriosas y luminosas encarnaciones de la puesta de sol, se cernían en los muros de las casas. Lüftmalerei, Rose sabía que se llamaban así, pinturas en el aire.

Ninguna figura decoraba la casa ante la que Bill se detuvo. Amplios balcones sobresalían de las paredes, blancas como huesos. Las galerías tenían el color carmesí de las flores, tajos de sangre sobre el hueco. Igual que sus vecinas, la casa se hallaba encerrada entre puntiagudas verjas. Matorrales bajos se escondían en el césped.

Una rejilla en el pilar del portalón recibió los apellidos de los recién llegados. Poco después, apareció un hombre uniformado que llevaba un espigado dobermann.

—Entren —dijo con la voz de la reja.

A lo largo de todo el camino de entrada, el perro no dejó de olisquear a Diana, que reculó varias veces. Una sonrisa furtiva pasó por el blando semblante del criado. El césped era abundante y compacto alrededor de los visitantes. Nadie podía arrastrarse para penetrar furtivamente en la vivienda. Los arbustos parecían disolverse en sombras.

Cuando el criado llamó en la puerta de madera de pino, el perro se agazapó detrás de él en las escaleras, en posición de alerta, mostrando unos dientes iguales que los clavos de su collar. Los golpes en la puerta eran complicados, sin duda se atenían a un código. Un zumbido abrió la puerta, dejando al descubierto un vestíbulo suavemente iluminado.

Al pie de una escalera que se curvaba con elegancia, había un hombre que se apoyaba en un bastón. Unas cuantas canas rayaban su pelado cuero cabelludo. Unos ojos penetrantes observaban bajo unas cejas con pelo fuerte como virutas de acero. Durante un instante el hombre se encorvó sobre el bastón, como si pretendiera inmovilizar lo que le rodeaba, convertirse en su centro. Después avanzó, cojeando ligeramente.

—Señor y señora Tierney —dijo—, son exactamente iguales que la fotografía de su libro. Preséntenme a sus colegas. Gracias, Günter.

Dietrich cerró la puerta.

—¡Jesús, no me gusta ese perro! —dijo Diana.

—Lo siento. ¿La ha molestado? Pertenece a mi hijo. Todo esto es propiedad de mi hijo. Trabaja en productos químicos. Le dije que no se metiera en el cine, que el cine destrozaría su corazón. —Sonrió a manera de excusa, como si los presentes hubieran escuchado aquello por error—. Aquí está mi despacho.

La habitación era muy grande y muy blanca. Rose recordó el escenario de una película, porque la decoración de la sala parecía fuera de contexto respecto al edificio, los muebles estaban separados unos de otros. Muebles modernos rodeaban una alfombra persa en el centro de la habitación; estanterías con libros de cine; espadas cruzadas en la pared, sobre un escudo; un escritorio con una máquina de escribir, teléfono, una fotografía enmarcada de Dietrich cuando era joven y una muchacha, ambos vestidos con ropa de los años 30, entre montañas.

Dietrich usó la palanca de su bastón para dejarse caer en un sillón.

—¿Les gusta el coñac a todos? Puedo hacer que traigan cualquier otra cosa sin problema alguno. —Mientras llenaba los vasos que había en una bandeja, añadió—: ¿Debo empezar inmediatamente? Quizá sea mejor que empiece a hablar en lugar de que perdamos el tiempo diciendo... *wie sagt man?*... trivialidades, ¿verdad?

Bill conectó la grabadora.

—En cuanto esté listo.

—Nací en 1897. ¿Les interesan este tipo de detalles?

—¿Qué? ¿Tiene ochenta años? ¡Caramba, es increíble! Yo habría opinado que eran sesenta. —Diana guardó silencio ante la mirada ceñuda de Bill.

—Sí, intento conservarme bien —comentó Dietrich—. Hace falta algo que distraiga la mente, aunque sólo sea el cuerpo.

—Hemos investigado su biografía —dijo Bill—. Creía que le habíamos enviado una copia.

—Sí, ahora lo recuerdo. Bien, en ese caso ya conocen estos detalles. Hablaremos de mi carrera. Fue mi padre quién me introdujo en la cinematografía. Él era un famoso director teatral en Berlín, pero el cine le apasionó, vislumbraba sus posibilidades. Reinhardt lo encolerizaba. Ya habrán oído hablar de Max Reinhardt, que pretendía que las películas fueran meras grabaciones de obras teatrales. Y existía el movimiento Kinoreformbewegung, la gente que consideraba un crimen interpretar a Schiller en un filme. Puritanos y filisteos, dos cabezas del mismo animal. Ahogaban la imaginación, y en la actualidad están triunfando. ¡Ah, lo olvidaba! —dijo con potente desinterés—. ¿Alguno de ustedes habla alemán?

Durante un instante Rose no se dio cuenta de que la pregunta también iba dirigida a ella, por cuanto estaba esperando algo especial en el monólogo de Dietrich, algo oculto o a la espera de ser revelado.

—Bill habla alemán —dijo.

—Excelente. Tal vez sepan que estoy autorizado para disertar sobre cine en la Universidad. Hablé de ustedes al rector, y a él le gustaría que se dirigieran a los estudiantes. Este es el número al que deben llamar.

Sorbió su coñac y le dedicó una sonrisa.

—Bien, deben saber que la primera guerra mundial fue la comadrona de nuestra industria cinematográfica, ya que no podíamos importar películas. De modo que Universum Film Aktiengesellschaft, UFA, ya saben, contrató a mi padre como colaborador, y también a mí. Me rompí una pierna al caer de un caballo en las propiedades de mi padre, y eso me salvó de la guerra. —Su tono había sido vagamente amargo, como si hablara de una oportunidad perdida—. Así que ayudé a mi padre durante algunos años. Trabajé con Asta Nielsen, nuestra mejor actriz cinematográfica. Ella me enseñó las posibilidades del cine, incluso mejor que mi padre. Bien, al cabo de un tiempo era posible saber qué escenas había dirigido yo. Un día, Carl Mayer me llamó y me preguntó si me gustaría dirigir un guión suyo.

—Sería *Oktoberfest* —sugirió Rose.

—¡Oh, sí! ¿Vio esa película? —Su gozo decayó—. No, ya sabía que no. Leí en *Sight and Sound* que se había localizado una copia, pero creo que se habían precipitado. Bien, no fue mi mejor producción. Mayer, ¿saben?, acababa de hacer *Hintertreppe*. Una mujer que se tira de un tejado debido a que un cartero tullido y mentalmente anormal se enamora de ella y mata a su amante con un hacha... Hoy día harían una comedia, ¿verdad? Creó que Mayer se puso nervioso y pensó que necesitaba popularidad, y por eso ideó un tema policíaco. Escribirlo no le produjo satisfacciones, y sin embargo no estuvo satisfecho hasta que lo terminó... Así era Mayer.

»Bien, yo me había formado con las películas de Stuart Webbs. Era un detective con pipa y gorra de visera. Creo que tienen un personaje similar en Inglaterra —comentó irónicamente—. De manera que ayudé a Mayer a completar su guión, y me atribuí el mérito de la dirección. Tenía algunas escenas que me gustaban.

—Kracauer opina que estaba muy por delante de su época.

—Cierto, él opina así, pero el resto de los especialistas hacen caso omiso de la película. La historia del cine, como cualquier otra historia, la reescriben los triunfadores. Pese a todo, permítanme que mencione mis filmes favoritos. Erich Pommer, que produjo *Caligari*, llegó a ser jefe de producción de UFA. Le gustaba la fantasía. Hoy día no sería bien acogido —dijo con voz nostálgica—. Ahora quieren política, quieren ideas lo bastante insignificantes para que lleguen a sus mentes sin abrirlas. Excepto, quizá, Herzog... Al menos él intenta hacer películas que expresen algo más importante que él mismo. Bien, Pommer me animó a dirigir mi mejor película, *Die Wiederkehr*, es decir, *El regreso*.

—Otro título que no hemos podido ver —comentó Rose.

—¿Les gustaría verlo ahora? Pues vamos. —Dietrich les hizo descender unos toscos escalones blanqueados que discurrían bajo la escalera elegante y encendió la luz del sótano—. Aquí está lo que queda de mí.

La sala parecía estar llena de pantallas. Hasta las encaladas paredes tenían ese aspecto. La pantalla verdadera se hallaba en el centro de la habitación, frente a varias

sillas plegables sobre las que se alzaba un proyector. En un rincón, junto a montones de bobinas, sobresalía la pantalla de una moviola, que reflejó una fugaz visión de Rose en su grisácea burbuja.

—Tengo una copia suplementaria de *Die Wiederkehr*. —Dietrich señaló la moviola—. De vez en cuando vuelvo a montarla. Creo que hay una forma mejor de organizar el material, un planteamiento que hay que encontrar.

Cerró la puerta y redujo la iluminación mientras los demás tomaban asiento en las sillas plegables.

—Si hablo no les distraeré demasiado. —Quizá pensaba que la película no iba a ser del agrado de sus visitantes.

Un hombre y una mujer trepaban en los Alpes. Rose conocía sus rostros por otras películas: Gustav Froehlich, Asta Nielsen. Pese a tener veinte años más que Froehlich, la actriz gozaba de un aspecto mágicamente juvenil. Los defectos de la copia ocasionaban nerviosas sacudidas a la pareja.

Habían encontrado un pueblo abandonado. Al aventurarse entre las casas, sus sombras se dilataron tanto como la noche. Fulgurantes figuras emergieron de esas sombras: los aldeanos, que volvían. Descendían de las alturas con el cadáver de uno de ellos. Curiosamente, sonreían.

—Además de la iluminación —murmuró Bill—, también las actuaciones se adelantan a su época.

—Bien, la iluminación fue idea de Mayer. Yo me atribuiré el mérito de la actuación de Froehlich. ¿Le vieron en *Metrópolis*? Aquí, como pueden observar, no actúa igual que si estuviera emitiendo señales. Yo habría ido a Hollywood en lugar de Murnau, pero Alemania estaba mejor sin él y sus amiguitos.

—¿Por qué no fue? —inquirió Diana.

—Porque deseaba hacer películas alemanas. Jamás imité a Hollywood, a diferencia de Pabst. A continuación dirigí un guión de fantasmas, *Die Tazes*, que no puedo enseñarles porque los del cine dejaron que se perdiera después de la guerra. Creo que lo que más deseaban era perder *Die Wiederkehr*. Miren, Hitler mostró cierto interés por la película, ya que trata el tema de la reencarnación.

—¿De verdad? —dijo ansiosamente Diana.

—Hitler debió pensar que yo sabía algo que a él le interesaba conocer, pero mi filme era pura imaginación. Gracias a Dios, le distrajeron otras cosas, y no me llamaron.

La habitación fluctuaba como una migraña. Rose se sentía irritablemente oprimida. Antes de que pudiera cambiar de conversación, el mismo Dietrich lo hizo.

—Bien, *Die Wiederkehr* no fue un gran éxito, así que me pidieron que hiciera operetas. De todos modos, un crítico opinó que yo tenía más talento que Lubitsch. Entonces llegaron los años 30, y dirigí un filme bélico, igual que hacía todo el mundo.

Rose lo había visto: *El abanderado*, un joven soldado de la primera guerra

mundial que después de la aniquilación de los oficiales de su batallón lleva a sus compañeros a una muerte gloriosa en el Tirol austriaco. Parecía obra de un artista vencido por la propaganda.

—Luego llegaron los nazis. ¿Tenía que huir a Hollywood como Sirk y Lang? Pero aún había películas alemanas que hacer. Entonces me pidieron que hiciera un filme sobre los británicos y la guerra con los bóers. Perfectamente, hice caricaturas que todo el mundo iba a saber que lo eran. Hice comedia con caras inexpresivas. ¿Pero qué sucedió? El público pensó que así eran los británicos, porque eso es lo que deseaba creer.

—Concédame un segundo para cambiar la cinta —dijo Bill.

Los escaladores habían pasado la noche en la aldea. Nielsen estaba resuelta a averiguar qué había arriba, en las nieblas. Dado que Froehlich se niega a acompañarla, se va sola tras dejar una nota. Finalmente, Froehlich y un grupo de aldeanos encuentran a la escaladora, víctima del frío... pero sonriente.

—¿Podría proseguir con lo que estaba diciendo de Hitler? —preguntó Diana.

—¿Los secretos que deseaba conocer? Puedo explicarle lo que me contaron. Pensaba que no iba a interesarles.

Al levantar una mano, un gesto inconsciente para interrumpir a Dietrich, Rose se dio cuenta de que estaba temblando. Pero su sensación era que el miembro estaba completamente inmóvil. El pánico la sobrecogió al recordar las vibraciones que habían provocado el abandono de su cuerpo... y entonces comprendió que la luz producía el efecto de fluctuación de su mano.

—Yo estoy interesada —había replicado ya Diana.

—Bien, en ese caso, me pregunto cuáles serán sus conocimientos. Tal vez sepa que los dirigentes nazis se interesaban por esas cosas. Himmler creía que era el rey Enrique I reencarnado. Se dice que había creado una orden mágica formada por él mismo y doce generales de las Schutzstaffel, las SS. Algunos lo denominaban el Jesuita Negro, y Hitler le llamaba su Ignacio de Loyola. ¿Han oído hablar de Ahnenerbe? Himmler lo fundó para investigar los orígenes raciales alemanes. Bien, ahí creó una sección para investigar lo sobrenatural. ¿Por qué? ¿Qué podría pensarse?

»Quizá todo esto fuera obra de Himmler, pero hay otros detalles. ¿Saben quiénes fueron los primeros perseguidos por los nazis? No los judíos, no, sino los ocultistas. Se dice que los nazis querían acabar con los que pudieran oponérseles... como Hitler. Porque se afirma que Hitler tenía misteriosas facultades.

Bill había dispuesto la nueva cinta y estaba contemplándola con aire más o menos paciente.

—Si estoy aburriéndole, debería decirlo —manifestó Dietrich—. Me alegra poder hablar toda la noche, pues ha pasado mucho tiempo desde que tuve la última oportunidad de hacerlo.

¿Estaba a punto de acabar la película? El resplandor seguía aferrando las manos de Rose. Las paredes avanzaban y retrocedían, como en juego en que se tratara de

captar sus movimientos. Tatuajes de luz y sombra se arrastraban en el rostro de Dietrich. Quizá Bill iba a desviarle del tema... pero Bill tenía cara de resignación.

—No hay problema —dijo el escritor—. No tengo prisa.

—Bien, se afirma que Hitler tenía misteriosas facultades. ¿Quién lo afirma? No sólo locos. Hombres importantes se han manifestado al respecto. Albert Speer dice que se sentía psíquicamente... ¿es correcto?... psíquicamente vacío en cuanto dejaba al Führer. Hermann Rauschning, presidente del senado de Danzig... estuvo presente cuando Hitler vio una aparición que le aterrorizó. Rauschning explica que Hitler chilló, «¡Es él, viene a por mí!». ¿Pueden imaginar alguna cosa que aterrorizara a Hitler? Se dice que se trataba de algo que el mismo Hitler había evocado en su provecho, para que le concediera poderes.

»¿Qué poderes? Esa es la cuestión, ¿no les parece? Algunos dicen que Hitler era capaz de ver el futuro. ¿Cómo si no pudo estar seguro de que los aliados no harían nada cuando reforzara su ejército y ocupara la Renania, se anexionara Austria y ocupara Bohemia y Moravia? Sin embargo, somos muchos los que de vez en cuando vemos el futuro, aunque tal vez no tengamos tanta fe en nosotros mismos.

»Hay más. Tengo un amigo que ha investigado estos hechos. Todavía se muestra ansioso. Cosas así no desaparecen sin dejar una señal en el mundo, opina mi amigo. ¿Saben que Hess, en cierta ocasión, vio a Hitler en un lugar que no podía ocupar, en la penumbra de una sala donde Hess había convocado una reunión secreta? Todos le vieron, pero cuando Hess encendió la luz, allí no había nadie. ¿Saben también que Hess encontró a Hitler sumido en un trance del que no despertó hasta que, en palabras de Hess, “volvió a introducirse en sus ojos”? Ver a Hitler sumido en un trance, con los ojos fijos como si hubiera muerto... eso es lo que fundamentalmente asustó a Hess. Tal vez Hess huyó a Inglaterra por este motivo. Él tuvo la misma sensación que Speer, ¿saben?, aunque dijo que Hitler extraía vitalidad de las personas que le rodeaban. Como es de suponer, Hitler afirmó que Hess estaba loco. ¿Quién sabe? Muchos hombres de confianza de Hitler creían que él podía oírles a distancias imposibles para un individuo normal.

»Bien, sabemos que Hitler no era un individuo normal. Quizá se trata de historias que hay que contar junto al fuego. Pero mi amigo dice algo que no es tan intrascendente. Algo que cuesta creer... pero recuerdo el interés de Hitler por mi película. Mi amigo sostiene que Hitler deseaba, más que ninguna otra cosa, toda la fuerza posible para volver a nacer.

—Pero no la obtuvo —intervino ansiosamente Diana—. Quiero decir que no obtuvo la fuerza.

—No lo sé.

Se produjo un silencio sólo roto por el agitado sonido del proyector. En la pantalla, figuras con yesosos bultos en lugar de caras avanzaban con la rigidez de marionetas mutiladas. Las bobinas estaban enlodadas de luz; los montones parecían retorcerse con los variables reflejos. La aprensión apretaba el cráneo de Rose.

—Espero que no, naturalmente —dijo Dietrich—. Dicen que Hitler llegó a la senilidad cerca del fin. Perdió la memoria, no podía concentrarse. Pero mi amigo arguye que la gente no interpretó correctamente estos síntomas, que sólo eran indicativos de que estaba preparando su abandono del cuerpo. Todavía tenía albedrío, ¿comprenden? Sólo dormía tres horas, y después del amanecer. Mi amigo les explicaría que tales hábitos son los de un mago cuyos poderes se fortalecen por la noche.

»Bien, tal vez no consiguiera lo que buscaba, pero hay pruebas de que lo buscaba. ¿Han oído hablar del hombre de los guantes verdes? Era un monje tibetano que vivía en Berlín. Hacía predicciones en los periódicos. Hitler solía recurrir a él... ¿por qué?, se estarán preguntando. Al entrar en Berlín, los rusos encontraron mil cadáveres de tibetanos vestidos como soldados alemanes. Quizá conozcan la leyenda del Dalai Lama del Tíbet: en el momento de morir, sufre una reencarnación. Un detalle que tenía que interesar a Hitler, ¿no creen?

»Mi amigo cuenta que Hitler investigó con más profundidad. Himmler ordenó al Ahnenerbe que averiguaran todo lo posible sobre una orden secreta inglesa formada por un hombre apellidado Grace. Es posible que ustedes lo sepan.

—Ciertamente no —dijo Bill—. ¿Por qué debíamos saberlo?

—Creía que... siendo ingleses... Bueno, no importa. Tal vez no sea muy conocida. E indudablemente es preferible así, si su finalidad era la misma que la de Hitler. Bien, hemos de creer que Hitler fracasó. En Inglaterra no había nada que pudiera serle de ayuda, ¿no es cierto? Quizá previó su destino e intentó algo, por muy desesperado que fuera. Sí, opino que hemos de creer que fracasó. Pero mi amigo piensa que eso es demasiado simple, piensa que estamos ansiosos de creer que nos encontramos a salvo. Miren, incluso el Dalai Lama debe volver a nacer con forma de niño y recibir educación como monje una vez más. Pero Hitler deseaba renacer con su personalidad intacta.

El único sonido fue de nuevo el zumbido de insecto del proyector. Luz reflejada fluctuaba en las desnudas paredes. La vibración era una molestia en el límite de visión de Rose, igual que una jaqueca. Su cabeza estaba en la pantalla de la moviola, empuñada, distorsionada y pálida. Rose apartó la mirada y distinguió a Jack. Los puños del agente literario eran una cuña en su mentón. Jack estaba fascinado.

—¿Nos sería posible conocerle? —dijo Diana—. Me refiero a su amigo.

—¿Con qué fin?

—Averiguar qué otros detalles conoce. Bueno, usted ha dicho que él cree que la gente está ansiosa por olvidar. Quizá podríamos publicar lo que nos cuente... de ese modo la gente se enteraría. Podría ser un buen artículo, ¿no te parece, Jack?

—Por supuesto, es una posibilidad. —Su tono fue el de un profesional cauteloso si bien intrigado.

—Es posible que él no desee hablar con vosotros —intervino Rose—. Tal vez no quiera publicidad.

—No habría que mencionarle.

—Oh, no, mi amigo está dispuesto a hablar. Desea ser conocido. O quizá prefiera que no se le mencione. Bien, tengo el número de teléfono de ustedes. Veré qué opina mi amigo.

Froehlich había envejecido, y estaba al borde de la muerte. Logró ascender penosamente a la aldea alpina, una vez más, aunque sin saber por qué lo hacía. Una mujer joven le aguardaba. Ella había nacido el día en que murió Nielsen. La joven habló de recuerdos que sólo Nielsen había compartido. Froehlich se puso a sollozar, y a lamentar que ella fuera joven y él estuviera agonizando... pero no tenía importancia. La muchacha estaba guiándole montaña arriba, hacia la niebla.

De repente, los dos se detuvieron, retorciéndose débil y repetidamente. Sus semblantes adquirieron la blancura de un hueso, como si sus cráneos estuvieran fundiendo la carne. La luz tiró de las extremidades de Rose, dando la impresión de querer ponerla en pie y llevarla hacia el repentino y cegador resplandor que había consumido a los escaladores.

Dietrich desconectó el proyector; la película se había atascado. Los últimos cuadros se habían calentado hasta quedar retorcidos.

—Bien, ya no tiene importancia. Ahora iremos arriba.

Fluyó luz, fijando las sombras. El sótano era una simple sala de trabajo, con el aspecto de plenitud que Dietrich había intentado darle... antes de descubrir que la tarea de toda su vida era excesivamente pobre. Para Rose, la luz y la transformación significaron una pronta tranquilidad.

Siguió a Dietrich y al resto, hacia el recibidor, que brillaba como un cielo despejado.

—Antes de seguir con su carrera posterior me gustaría comprobar algunas fechas —estaba diciendo Bill, visiblemente aliviado por el final del intermedio—. ¿Cuándo trabajó con Asta Nielsen? Es posible que recuerde algunas anécdotas...

XIV

Al salir a Odeonsplatz, la luz del sol los deslumbró. Bajo el resplandeciente cielo, las escaleras de la estación del metro parecían translúcidas como una concha. Al otro lado de la plaza, la Theatinerkirche brillaba como arena amarilla; sus bulbosas cúpulas tenían el resplandor verde de las hojas de los árboles. Un león de mayor tamaño que un hombre yacía a la sombra de los arcos del Feldherrnhalle. En el otro extremo de la Ludwigstrasse, los leones se alzaban en un arco de triunfo.

Al dirigirse hacia el Hofgarten, Jack se puso al lado de Rose.

—Te has quitado algunos kilos de encima desde que te vi en Nueva York —dijo—. Estás mejor ahora.

—¡Oh, gracias! —Elogiar los efectos de su ansiedad era un cumplido irónico.

En la arcada que amurallaba el Hofgarten, pinturas enormes resplandecían bajo los arcos.

—Será mejor que nos apresuremos —estaba diciendo Bill—, si queremos ser puntuales. Creo que no es el tipo de personas que esperan.

—Sinceramente, confío en que no te aburras —dijo Diana—. Si no fuera por ti no tendríamos intérprete.

—Bueno, puede resultar bastante divertido... Jack se rezagó, para que no le oyeran los otros.

—Escucha —comentó a Rose—, quería pedirte un consejo. —Sus brazos intentaron cruzarse. Sus manos asieron los codos opuestos y recularon, como pájaros buscando un lugar donde posarse—. Tú conoces muy bien a Diana. En cierto sentido sois iguales. Lo que te quería preguntar es... ¿crees que este asunto en que se está metiendo puede perjudicarla?

¡Vaya, pero si Diana parecía capaz de salir airosa de todo aquello! Era ella, Rose, la que tenía problemas.

—¿Has leído *Violación astral*? Parte de lo que Dietrich mencionó está en ese libro.

Tal vez Diana había comentado el último *best-seller*. Cuando Dietrich les llamó por teléfono para confirmar la entrevista con su amigo, Diana había tranquilizado a Rose diciéndole: *No hay problema. Todo está en el pasado. No tiene que preocuparnos... es simplemente fascinador.*

—Creo que Diana sólo desea saber cosas, Jack. No me parece que se lo tome muy en serio. —¿Y tú?, exigía saber la mente de Rose.

—Bueno, eso es lo que me imaginaba. Sólo quería estar seguro. Mira, conozco a personas tan ineptas para enfrentarse al mundo que creerían cualquier cosa con tal de que les diera argumentos para explicar su situación. Pero no hay duda de que Diana es muy inteligente, no puede tomarse en serio este asunto. De todas maneras, podríamos ganar bastante dinero con este relato si el tipo se muestra lo bastante fantástico.

—Vamos, pandilla —llamó Diana—, o llegaremos tarde.

En el paso subterráneo, al otro lado del jardín propiamente dicho, los estridentes ecos del grupo quedaron flotando bajo el techo de blancas baldosas, igual que pájaros ciegos. La embaldosada pared del extremo opuesto aparecía transformada en una luz deslumbrante. Poca cosa más era visible. Los muros del túnel eran una vaga presencia grisácea que servía de marco al resplandor. Los peatones eran siluetas sin rostro, perfiles inestables a causa de la luz. La acechante multitud de siluetas se dividió para dejar pasar a Rose... excepto una de ellas, que obstruía su camino. Era una figura opresivamente enorme, igual que las manos que avanzaban hacia la escritora, enguantadas irregularmente en luz.

Durante un instante no tuvo importancia que Rose estuviera en compañía de amigos. Se hallaba sola, medio cegada, con la masa sin rostro y el murmullo de los ecos.

—Tierney —dijo entonces una voz.

Una voz excesivamente débil para aquella masa, prácticamente un silbido.

—Si, somos nosotros —afirmó Bill.

La silueta se volvió hacia el escritor, sin expresión en su rostro hasta que empezó a hablar en alemán. Rose oyó que mencionaba a Diana y a Jack.

De pronto la figura se lanzó hacia la luz.

—*Gehen wir* —les apremió.

Rose había imaginado que el hombre se reuniría con ellos en el paso subterráneo en lugar de en la Torre China, tal como habían convenido, para observarles sin ser visto. Pero la obscuridad, la masa de rostros despersonalizados, le molestaban.

Cuando el individuo salió a la luz, Rose estuvo a punto de echarse a reír, porque el aspecto del hombre era absurdamente tranquilizador. Parecía un camarero de cervecería, cincuentón, paternal y sonrosado, con una barriga que podía ayudarle a llevar un montón de jarras. Lo único que le faltaba era un delantal.

Entonces Rose se dio cuenta de que los ojos del recién aparecido miraban a todas partes, preparados para avisarle de que debía volver a la madriguera del paso subterráneo. Su rostro era blando como un globo, aunque sus ojos daban la impresión de sentirse apesados, siempre en movimiento para compensar la lentitud del cuerpo. Su nerviosismo hizo que el cuerpo de la misma Rose se sintiera realmente afectado.

El Jardín Inglés la desorientó. Avenidas de grava se extendían entre árboles de gran altura; vestigios de follaje yacían perdidos en la grava, o pugnaban débilmente por brotar. Gente que tomaba el sol estaba desplegada en un extenso prado. Varias mujeres agitaban sonajeros ante cochecitos infantiles. Durante un momento, Rose se encontró en Inglaterra. Después, su sensibilidad la situó: aunque el jardín pretendía imitar un parque inglés, su aspecto era alemán. Pero no sabía por qué razón.

—Bien —dijo Bill con un atisbo de impaciencia—, ¿qué se supone que debo preguntarle?

—Pregúntale algo sobre la investigación secreta de Peter Grace —contestó Diana,

y al ver que Bill sonreía irónicamente, añadió—: Pregúntale si sabe qué averiguó Hitler de esa investigación.

Mientras hablaban, el individuo los contempló con recelo, de soslayo. Parecía hallarse especialmente intimidado por la altura de Jack. En cuanto Bill formuló la pregunta, inició un rápido murmullo. Una débil y congraciadora sonrisa fluctuaba en sus labios, incapaz de llegar a los oyentes. Su voz era indistinta, como si el hombre temiera que alguien le escuchara, aunque el paseante más cercano se encontraba a treinta metros de distancia. En dos ocasiones Bill le pidió que repitiera frases.

Rose pensó que aquel agudo murmullo destrozaba los nervios, tanto más a ella que no comprendía ni una palabra. Estaban aproximándose a un puente junto a una pequeña cascada. A lo lejos, sobre el césped, Rose distinguió las columnas jónicas de un templo monóptero que se alzaba entre una explosión floral. Los relucientes pilares, el vasto y brillante cielo, los líquidos coros de la cascada... todo parecía letárgicamente pacífico. También ellos habrían estado en paz, de no haber sido por el murmullo.

El amigo de Dietrich había enmudecido, y Bill estaba traduciendo, sin poder contener una tenue sonrisa de superioridad.

—Dice que a Himmler se le tenía por médium. Solía alardear de ello, afirmaba que podía emplazar a los muertos para pedir su consejo... con un teléfono directo, debe suponerse. —Dio la espalda al alemán, para permitirse una sonrisa más amplia—. Nuestro amigo asegura que Himmler intentó invocar a Peter Grace, ese famoso inglés, tan famoso que yo no había oído hablar de él hasta ahora. Pero fracasó, porque sólo podía invocar a espíritus de un pasado lejano. ¡Qué absurdo! ¿Queréis algo más?

—Sí, por favor —dijo Diana. Rose sabía que su amiga estaba haciendo un gran esfuerzo para contenerse. Quizá deseaba haber llevado la grabadora, pero el individuo lo había prohibido—. Pregúntale cuáles eran las facultades de Hitler.

Al otro lado del puente había un poste metálico de color verde más alto que Rose. Una bombilla anaranjada sobresalía en la cúspide, igual que un chichón de caricaturista. Detrás de una reja había una palanca que se accionaba para llamar a la policía. POLIZE!, decía un cartel en lo alto, HILFE! Rose se sintió vagamente agradecida por la presencia del poste, ya que el nerviosismo del alemán iba en aumento.

Sus ojos iban de un lado a otro con más rapidez. En torno a él convergían varias avenidas, pero al parecer no era ese el problema. Los ciclistas circulaban por allí; algunos llevaban niños en la parte delantera, como si fueran mascotas. Los cochecitos infantiles avanzaban por las avenidas; diversas parejas paseaban, enlazadas del brazo. No era la aglomeración de gente lo que preocupaba al alemán. Estaba mirando, de un modo cada vez más nervioso, la extensión de hierba y cielo. Aquel hombre hacía que la manifiesta brillantez del parque pareciera traicionera.

Rose lo miró fijamente. ¿Había oído mal? Tal vez no, porque también Diana estaba observándolo, y Bill se había puesto muy serio. Los árboles cercaron al grupo.

La sombra avanzó a tientas sobre la grava.

—¡Oh, todo es muy vago! —dijo finalmente Bill, irritado—. Dice que Hitler veía el futuro... Bien, ya habíamos escuchado eso anteriormente. Hay otro detalle absurdo, ingenioso, debo admitirlo. Este hombre piensa que la política de tierra abrasada que siguió Hitler al final de la guerra no pretendía únicamente destruir Alemania para que los aliados no ganaran nada. Era un supuesto sacrificio, para invocar algo que llevara a Hitler lejos de allí. ¡Cuidado! Hitler pudo ser lo bastante loco para creerlo.

—Ese hombre ha dicho más cosas, ¿no es cierto? —inquirió Diana—. Ha dicho algo así como «astral». ¿Qué era?

—Cierto, creo haberlo escuchado. ¿Qué estás haciendo, Bill? ¿Estás censurando a ese tipo?

No saberlo sería menos soportable que saberlo.

—Vamos, Bill —insistió Rose—. No debes ocultarlo.

—Me resulta increíble que estemos perdiendo un día magnífico con este absurdo. Y en particular que lo hagas tú, Jack.

—Si nos sirve para abrir un mercado, no habremos perdido el día.

—Bien, como queráis. De todas formas, creo que será un material grotesco para cualquier tipo de publicación. Él quiere hacernos creer que Hitler podía proyectar su cuerpo astral, eso significa *Astralleib*, es de suponer, o algo igualmente estúpido. Al parecer, tendríamos que considerar literalmente el hecho de que Hitler estuviera mentalmente ausente al final de la guerra. Por eso no le importó permanecer en el bunker. ¿Sabéis por qué ordenó que le dispararan? Se admiten sugerencias. Porque si lo cogían prisionero, las fuerzas que había invocado podían presentarse a recogerle en una dirección equivocada. Se ve que no estaba en su cuerpo cuando lo mataron. Lo había abandonado para ir en busca de sus amigos.

Bill acabó riendo abiertamente, y resuelto a que los demás le acompañaran, en especial Rose. Esta intentó sonreír de un modo indiferente, para demostrar que el tema no le preocupaba; no había razón para lo contrario. Jack y Diana estaban visiblemente sorprendidos por la conducta de Bill, tal vez avergonzados.

El alemán también lo había notado. Sus dedos, que semejaban veteadas salchichas crudas, aferraron el brazo de Bill. Una sonrisa, que presumiblemente pretendía ser atractiva, logró mantenerse en sus labios, aunque éstos temblaron a causa del esfuerzo y dieron la impresión de estar a punto de crisparse. Después de coger un sobre de su bolsillo, el individuo lo apretó en la mano de Bill.

—¿Qué es esto, el premio de consolación? Creo que lo merezco, os lo aseguro.

Bill introdujo un dedo para rasgar el sobre. El hombre tiró de su brazo y su rostro se contrajo en una elástica máscara de pánico que dejaba paso a la boca. Empezó a parlotear. Estaba lanzando feroces miradas al cielo, visible a través de una brecha entre los árboles. Sus ojos parecían estar a punto de quedar en blanco.

—¿Sabéis qué dice que acaba de darme? —Bill apretujó el sobre en su bolsillo,

como si se tratara del panfleto de un fanático, del que hay que reírse una vez en casa —. Se supone que es una carta de Hitler a Himmler, poco antes de que Heinrich intentase rendirse a los aliados... un detalle que Hitler no previó, al parecer. Nuestro amigo se niega a explicarme el contenido, y no debo leerla mientras él esté aquí. Se han distribuido copias a los simpatizantes nazis a partir de la guerra. Bien, supongo que eso puede ser cierto.

Bill estaba más contento, después de haber disfrutado aquel intermedio dramático. El alemán se había puesto a murmurar de nuevo, con más rapidez conforme se aproximaban al alborotado espacio abierto que rodeaba la Torre China.

—Queda muy poco tiempo —tradujo Bill satíricamente—. Hay muchas personas que desean resucitar los secretos buscados por Hitler. No sólo alemanes, hay un complot en todo el mundo. Quieren obtener lo que él estuvo a punto de lograr. ¿Qué será eso?, me pregunto. ¡Ah, aquí está la respuesta! —exclamó mientras el individuo mascullaba algo—. El desenlace paranoide. Nadie está seguro hasta que se destruya a esas personas. No podremos ocultarnos en ninguna parte.

Habían llegado a la terraza de la cervecería. Junto a la pagoda de cinco pisos, numerosas mesas de madera se encontraban en un lecho de grava, con las redondeadas tablas pintadas de verde. El olor a mantequilla y ajo se desprendía de los mostradores del *self-service* en una cabaña. La mayoría de las mesas estaban ocupadas, algunas por monjas que bebían cerveza, excepto una en la parte más alejada del claro, vacía si se exceptuaba a unos pájaros que disputaban los restos de un pastel.

El alemán avanzó nerviosamente hacia la mesa. De nuevo parecía preocuparle menos la multitud que el espacio abierto. Varios perros erraban entre las mesas, y Rose estuvo a punto de dar un traspie; enormes jarras de grueso cristal lleno de hoyuelos destellaban por todas partes, afectando los límites de su visión. El pegajoso calor y los bruscos destellos afectaban igual que una jaqueca. Rose casi se alegró tanto como el individuo de llegar a la mesa. Diana se puso al lado de Bill.

—Pregúntale si Hitler ha vuelto a nacer —dijo rápidamente.

—Debes estar bromeando.

—No, de verdad, debes hacerle esa pregunta. —La impaciencia de Diana estaba próxima al pánico—. En serio, tienes que preguntarle eso. ¡Por favor, pregúntaselo, Bill, por favor!

—No lo creo. ¿Tú, en serio, quieres que hable con este pobre tonto y le diga...?

—Sí, debes hacerlo. De lo contrario —añadió Diana, con un astuto cambio de tono—, no obtendremos recompensa por nuestro relato.

—¡Oh, perfectamente! Aunque espero una bebida fuerte como compensación.

Al volverse hacia el alemán, Bill parecía en peligro de sufrir un ataque de risa. Finalmente se decidió a hablar. Rose pensó que nadie de los presentes podía estar seguro de lo que su marido estaba preguntando... pero la horrorizada y feroz mirada del alemán y su jadeo al decir *Nein!* no dejaban lugar a dudas.

—Bien, así que Hitler no ha renacido. —Diana se tranquilizó visiblemente—. Ahora debes preguntarle si sabe cuándo sucederá.

—¡Oh, Diana, por favor! Esto es demasiado. Me niego a seguir pareciendo un necio.

Rose había empezado a compadecerse de Bill. Al mismo tiempo, se sentía inquieta, frustrada. ¿Acaso Diana estaba contagiándola?

—Vamos, Bill —dijo suavemente—. Sólo esa pregunta.

—Bien, esto es demasiado. Bill Tierney, escritor y excéntrico en sus ratos libres.

A pesar de todo, Bill se volvió cansadamente hacia el alemán y se dispuso a traducir.

Pero el alemán estaba contemplando el cielo. La piel se contraía en torno a sus enfurecidos ojos. Un atisbo del pánico de aquel hombre encogió el estómago de Rose, hasta que se dio cuenta de que el alemán sólo estaba mirando una nube. La sombra afectó a Rose con un súbito y violento escalofrío, y Diana se estremeció.

Era sólo una nube, por más que se asemejara vagamente a un rostro. El cielo azul brillaba a través de unas brechas, que se cerraban y abrían sin cesar. Rose iba a poder mirar directamente la nube en cuestión de unos instantes, para comprobar que no era más que una nube, para comprobar que el sol se reflejaba, destellaba en dos puntos del nubarrón.

El alemán se apartó de la mesa de un salto y corrió tambaleándose hacia los árboles. Parloteó algo que hizo fruncir el ceño a Bill, en un gesto de incompreensión. El hombre huyó por la arboleda, con el rostro tembloroso como gelatina. Un instante después los árboles más lejanos ocultaron su figura.

—Creo —dijo Bill— que todos nos hemos ganado un trago.

Su voz rompió la tensión, e hizo posible que Rose mirara la nube... pero de repente comprendió que, pese a que estaba temblando, ninguna sombra había oscurecido la mesa. Levantó los ojos con rapidez, con nerviosismo. En todas direcciones, hasta donde alcanzaba su vista, el cielo estaba absolutamente despejado.

XV

Rose se apoyó en la baranda del balcón y contempló Aschheim. La luna era un brillante disco rebanado del vacío cielo. El asfalto era una senda de leche helada que los faros de los camiones no podían fundir. La luz de la luna se posaba en las filas de palcos de cemento como una promesa de nieve. En los trigales, claro de luna y sombra efectuaban pases mágicos en los árboles. Los inextinguibles fuegos de artificio que eran los aviones se alzaban del aeropuerto de Múnich, lenta y silenciosamente.

Al notar que la luna empezaba a flotar entre las nubes, y que ella misma flotaba mientras el amarillento disco estaba inmóvil, Rose entró en la habitación, lejos del cielo. Aunque nada había sucedido desde el día anterior, ella prefirió no ahondar en el vislumbre que había tenido junto a la Torre China, pese a que había deducido su posible naturaleza: una bandada de pájaros.

Después del incidente, Bill había estado muy tenso. Quizá pensó que sus burlas del alemán les había hecho perder información. Por la mañana había confiado la carta a Diana.

—Es toda tuya —le había dicho—. Pero no cuentes conmigo en el futuro.

El mecanografiado de la carta era defectuoso, y la fotocopia parecía hecha por manos inexpertas. Su fecha era 21 de abril de 1945. Rose había visto la firma en libros de historia: la inicial igual que una pincelada de luz, una Z invertida, la mitad de una esvástica; el apellido, con la H apenas reconocible, seguido por un apretado garabato descendente como una larva negra. El grisáceo papel tenía un tacto viscoso. Diana podía haber pedido a Gerhard que le tradujera la carta cuando regresara, pero la presencia de aquel papel le resultaba desagradable y lo había enviado por correo a su piso de Nueva York, para traducirla posteriormente.

Rose cerró la ventana y caminó lentamente sobre un suelo ablandado por alfombras de lana. Varios libros compartían la habitación de los huéspedes; algunos eran de Bill y de ella, un regalo incomprensible.

Bill despertó cuando ella se metió en la cama.

—No apagues la luz —gruñó confusamente, y apartó la sábana con torpes movimientos—. Estoy ardiendo.

No se molestó en ponerse las gafas. Rose escuchó como bajaba las escaleras dando tumbos, con los pies descalzos golpeando los peldaños. Luego tiró de la puerta del cuarto de baño, pero debía estar ocupado. Sus pasos se alejaron escaleras abajo, hacia el lavabo de la otra planta.

Rose permaneció atenta al regreso de su marido. El gato de Gerhard entró en la habitación y se frotó contra su mejilla. Ella estaba demasiado somnolienta para levantar el brazo y acariciar al animal. El calor que Bill había dejado era confortable. El suave cobertor hacía que Rose se sintiera ligera y delicada; una figurilla protegida por un blando embalaje, flotando ingravidamente hacia el sueño. El contacto del

pelaje del gato resultaba arrullador. El silencio de la retirada del animalito atrajo a la escritora al silencio del sueño.

El pavor la sobrecogió sin previo aviso. Fue mucho peor que despertar con un calambre. El pánico retorció violentamente todo su cuerpo, igual que un shock eléctrico. El mensaje era manifiestamente claro: Bill estaba en peligro. Estaba tendido, o iba a estarlo, al pie de las escaleras, rodeado de sangre. Estaba herido, quizá agonizando.

Debía ir a buscar a Bill. ¡Por favor, que aún esté a tiempo! Al menos podría gritar desde lo alto de las escaleras, avisarle. Pero no pudo hacer ninguna de las dos cosas. El calambre del pánico había sido más que físico. Ya no tenía piernas para andar, ni boca.

Durante un instante se debatió para recuperar sus piernas. Su cuerpo le parecía un desconocido intruso, apretado estrechamente a su espalda. Si lograba asirlo ya no sería un cuerpo extraño, sería su cuerpo, que se lanzaría en busca de Bill, para salvarlo...

Aunque... ¿no había una forma más rápida de llegar hasta su marido?

Apenas acababa de tener este pensamiento cuando se encontró en la puerta. Una puerta fría y cristalina, y que no le obstruía el paso. Inmediatamente Rose estuvo al otro lado, como si la puerta hubiera cedido igual que una cáscara, arrojándola vertiginosamente sobre las escaleras.

No estaba preparada para aquello. Vista desde arriba, la caja de la escalera resultaba más amilanadora que la noche abierta. Rose estaba desorientada, aturdida, indefensa. La casa amenazaba con dar vueltas, lanzarla hacia un torbellino de pánico del que jamás escaparía. En esta ocasión Rose no podía fingir que soñaba.

Y en ese caso, no debía permitir que el pánico la dominara, porque Bill se encontraba en peligro. Debía bajar, comprobar qué tipo de peligro era. *Pensar en moverse es haberse movido...* Recordó aquella frase, porque podía emplearla en su provecho. El peligro debía estar en las escaleras. Sólo tenía que imaginar que bajaba.

Al principio resultó horriblemente desagradable, mucho peor que estar borracha, porque no pudo agarrarse a nada para estabilizarse. Las paredes cayeron hacia ella, dispuestas a devorarla. Las escaleras oscilaron, remolinearon como si no estuvieran sujetas a ninguna parte. En cuanto Rose pensaba en lo que estaba haciendo, en lugar de pensar en ir rápidamente a salvar a Bill, sus instintos vacilaban, dejándola varada en el aire.

Entonces vio al gato. Estaba junto al rellano, haciendo rodar una ovalada pastilla de jabón de un lado a otro del escalón, fingiendo que la dejaba huir, volviendo a capturarla en cuanto llegaba al borde. Cuando Bill subiera la escalera dando tumbos, a ciegas, sólo tendría que pisar el jabón...

El gato levantó la cabeza y vio a Rose. El pelaje del animal se erizó. Huyó al instante, emitiendo un sofocado maullido que, en otras circunstancias, habría sido divertido. ¿Qué habría visto exactamente? No tenía tiempo para especular, el jabón

seguía allí. Rose no podía apartarlo o avisar a Bill hasta que recuperara su cuerpo.

Se volvió, y quedó frente al espejo.

El cristal no estaba completamente vacío. Aunque el reflejo del rellano diera esa impresión, una forma se cernía sobre él. Pálida como la niebla, e igualmente difusa. Su perfil parecía inestable, Quizá tenía un rostro, incapaz de quedarse inmóvil. Igual que el perfil, la cara se transformaba sin control. Era una cara indefensa, insegura...

Rose quedó atónita unos instantes, incapaz de pensar. La aparición en el espejo definía lo único que era ella. Lo suficientemente inestable para convertirse en cualquier cosa, para quedar terriblemente deformada. La imagen le atrajo, absorbiendo la sensación que tenía de sí misma.

Junto a la forma, en el espejo, estaba la pared de la escalera, los peldaños, la pastilla de jabón. Rose vio a su marido, echado boca abajo sobre la sangre que se esparcía. ¡Debía apartar la mirada del espejo, debía hacer un esfuerzo para alejarse! No importaba el aspecto aparente... Rose sabía perfectamente cuál era su percepción, quién era ella. Sólo tenía que pensar en su cuerpo. *Pensar en moverse...* Sólo tenía que pensar. ¡Piensa, oh, Dios, piensa! La palabra obstruía su mente, una infinidad de repeticiones que cada vez tenían menos sentido, que no dejaban lugar para pensamientos: piensa, piensa, piensa, piensa...

El pestillo resonó al abrirse la puerta del lavabo, y Rose escuchó los pies descalzos de Bill.

Al instante recuperó la calma, la calma de la desesperación. Se había retrasado en exceso, no había nada que hacer. No quedaba tiempo para asir su cuerpo. Si Bill la veía tal como era en aquel momento, se negaría a creer en ella... De hecho, la mente de su esposo se negaría a verla. Habría llegado a tiempo tan sólo con haber percibido su cuerpo hacía un segundo, las extremidades que aguardaban su regreso, el pecho que respiraba pacientemente, haciéndose cargo de ella mientras estaba fuera...

Regresó a su organismo sin apenas transición. Las escaleras pasaron zumbando a través de ella, la puerta fue un atisbo de frigidéz. Sólo debía emparejarse con su cuerpo, percibir su posición con exactitud, la posición de las extremidades, de los dedos de las manos, de los dedos de los pies... Era fácil, sólo necesitaba dejar que sucediera, recordar cuán fácil era, evitar el pánico, relajarse. ¿Pero cómo iba a poder hacerlo, cuando los pasos de Bill en las escaleras estaban contando los segundos que faltaban para su lesión o algo peor? ¿Cómo podía encajar en el engorroso e inútil guante que era su cuerpo, que se resistía a ella como un saco de carne, que se negaba a moverse, que la expulsaba, que permanecía tercamente separado de ella? Los pasos de Bill se avivaron: cuatro, cinco, seis...

Notó que una pizca de aire se precipitaba en su boca. El aire desgarró su garganta y le obligó a toser. Tuvo la impresión de que el gas llenaba su cabeza hasta dejarla con la consistencia de un globo. Cuando se puso en pie, titubeante, la habitación dio vueltas, vueltas de embriaguez. Afortunadamente pudo agarrarse a la pared para afianzarse, y logró correr hasta el borde de la escalera y gritar:

—¡Cuidado, Bill! ¡En los escalones!

Tal vez sus palabras fueran tardías, o demasiado imprecisas, o confusas por culpa de la tos. Se lanzó hacia abajo, casi perdió el equilibrio. Los bordes de los escalones hirieron sus pies descalzos.

Bill se había detenido, y estaba contemplando las escaleras.

—¿Qué es esto...? ¿Jabón? —Por su tono, pareció acusar a Rose de la incongruencia—. No estaba aquí cuando bajé. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Rose se apoyó en la pared, intentando recuperar el aliento entre la incesante tos. De repente advirtió que la puerta del cuarto de baño estaba abierta. Diana se encontraba allí, con la mirada clavada en ella. La expresión de su cara indicó a Rose que su amiga sabía lo que había sucedido.

Bill miró con sorpresa a las dos mujeres. Aunque estaba medio cegado, ¿habría reparado en que cierto mensaje se había cruzado entre ellas?

—Oh, debe haber sido cosa del gato, naturalmente —dijo mientras recogía la pastilla, con tono de excusa y en un esfuerzo para dar por finalizado el incidente.

Pero al apresurarse escaleras arriba, los hombros de Bill se contrajeron nerviosamente.

Rose le siguió. Evitó mirar a Diana, puesto que percibía el apremio de su amiga: ¡Díselo ahora, aprovecha la oportunidad! Diana tenía parte de razón... pero no conocía a Bill.

Cuando Rose llegó al dormitorio, Bill estaba dormido, o determinado a dar esa sensación. Su rostro parecía encerrado en él mismo. Rose se avergonzó instantáneamente de su enojo: ¿por qué Bill no podía dormir? Él estaba a salvo, eso era lo importante. ¿Por qué ella tenía que insistir en ocasionarle más preocupaciones? Estaba empezando a preguntarse si no sería capaz de ocuparse de aquellas experiencias por sí misma.

En cuanto su respiración se calmó y notó menos aspereza en la garganta, Rose se deslizó bajo el cobertor. No se sentía exhausta o especialmente insomne. Permaneció acostada, explorando cautelosamente sus pensamientos, y le sorprendió comprobar que ya no estaba turbada. Su elasticidad la alentó. Resultaba consoladora la rapidez con que una persona se acostumbra a las cosas, por muy atemorizantes que parecieran al principio.

¿Estaba haciéndose más fuerte? Incluso la fugaz visión del espejo le resultaba menos inquietante. ¿Qué había esperado ver, por Dios, sino algo que era difícil de distinguir? En cualquier caso, había que resistirse a la tentación. Si alguna vez repetía la experiencia, evitaría los espejos.

Aunque sus pensamientos se sucedían con excesiva rapidez para ella, eran tranquilizadores en general, y la condujeron al sueño. Estaba casi dormida cuando algo se posó suavemente en el balcón. En el instante que Rose logró fijar su atención, la cosa estaba elevándose en el cielo, pálida y vaga. ¡Un pájaro, sólo un pájaro! Se aquietó y se encomendó a sus pensamientos, que se ensanchaban cada vez más,

abriendo paso al sueño.

XVI

Una almohada de viento apretó la cara de Rose mientras doblaba la esquina del Viktualienmarkt, ruidoso como un águila que aleteara sobre los puestos del mercado. El viento intentó quitarle la respiración, echarle atrás la cabeza tirando de su cabello. El aire se metió a tientas en sus mangas, asió la parte inferior de sus tejanos. Al girar la cabeza, sus cabellos le fustigaron la cara.

En Odeonsplatz, el pelaje de los pétreos leones seguía inalterado. Las chispas se vertían sobre los techos de los tranvías y se alejaban flotando en el viento. En el Hofgarten, el surtidor de una fuente era una agitada hoja cuyos bordes se deshacían en rocío.

Las paredes del paso subterráneo para peatones parecían de niebla. Frías, agobiadas por la tierra. Rose se volvió al notar un murmullo detrás de ella, muy cerca, pero la encajonada penumbra estaba desierta.

En cuanto llegó a la senda de grava del Jardín Inglés, el viento alejó su momentáneo nerviosismo. No tardó en llegar al puente. Algunas figuras distantes paseaban por la hierba, con las cabezas bajadas, pero el parque estaba casi vacío de gente. Rose se apartó del prado, en dirección a la cascada que había junto al puente.

La cascada era ensordecedora pese a su insignificancia. El agua se arrojaba sobre rocas bajas con barbas de musgo, una lisa pendiente líquida que parecía encrespase antes de estallar en espuma y precipitarse hacia adelante. Los árboles se inclinaban sobre el agua, alborotando. Había algunos bancos junto a una senda de grava, a merced del viento. Rose se aventuró hasta el borde del agua, para que los árboles la protegieran tanto como fuera posible.

Se sentó en una roca que esparcía hierbas en la corriente. Antes de llegar a la cascada, el río se bifurcaba. El brazo más alejado corría hacia las profundidades del parque, mostrando reflejos de hojas y trozos de cielo entre sus destellos. Igual que el río Isar, al que alimentaba, el Eisbach tenía una verduzca y blanquecina palidez, un apagado color que ayudó a Rose a persuadir a sus pensamientos a que no se ocultaran.

No obstante, después de haberse procurado esta oportunidad de meditar, no había excesivos ni arduos problemas que resolver. Quizá el simple hecho de estar sola había dado a sus pensamientos el espacio preciso para ajustarse. Después de todo, ya confiaba en sí misma, ya no trataba desesperadamente de negar lo que le sucedía. Ni estaba volviéndose loca, ni temía en secreto que pudiera ocurrirle tal cosa. Estaba madurando, junto con sus facultades. Salvar a Bill le había dado esa fuerza, o la había aumentado. En aquel momento se sentía menos frustrada que expectante.

¿No seguía existiendo el riesgo de ir demasiado lejos? Rose pensaba que no. Al menos, no era un riesgo inmediato. El peligro real era que al desarrollarse se apartara de Bill. ¡Vaya, él había querido hacerle admitir que no sería capaz de llegar a la Universidad sin perderse!... pero ahora poseía un fino sentido de la dirección. Bill ni

siquiera podía amoldarse a esta facultad, la menor de sus facultades.

Rose escuchó el lejano sonido de campanas repicando en la ciudad, un sonido que atravesaba el tumulto de los árboles y que el viento falseaba, hacía irregular. ¿Estaría examinando su problema de un modo erróneo? No debía permitir que Bill restringiera su desarrollo. Pero eso parecía injusto. Estaba menospreciando a su marido. Por supuesto que a Bill le costaría más tiempo amoldarse a lo que acaecía, pero ella podía ayudarlo si se esforzaba en hacerlo. Era indudable que le conocía lo bastante para lograrlo.

Las sombras alcanzaron a Rose y extendieron su red sobre el río. El sol seguía aferrando su nuca, que el viento hacía temblar. Una ominosa y persistente sensación. Debía recordar que ciertos tipos de clima confundían sus nuevas percepciones. No obstante, su tranquilidad iba en aumento, sólo tenía que imaginar formas de guiar suavemente a Bill hacia la comprensión de sus revelaciones. Con el tiempo lograría encontrar una prueba que su marido sería incapaz de refutar. Una de las sombras que se extendían hacia ella era la de un hombre.

Se volvió apresuradamente, y a punto estuvo de resbalar y caer al río. Una piedra suelta cayó al agua y le salpicó las piernas. El hombre estaba justo detrás de ella, a su lado, en la hierba que había entre las rocas y la grava. El capuchón de su comando se esforzaba débilmente por sobresalir entre sus hombros. Bajo el cabello cuidadosamente arreglado y peinado, la cara del extraño se parecía a una de las muchas que Rose había visto por todo Múnich: lisa, simétrica, difícil de interpretar. ¿Había estado contemplando el río, o a ella?

En ese momento la estaba mirando. A juzgar por aquella sonrisa cada vez más amplia, Rose podría haber sido una amiga de la adolescencia. No pudo menos que sentirse curiosa, pese a su intranquilidad. ¡Si tan sólo sus sentidos no estuvieran tan embotados por los embates y el clamor del viento!

El individuo se aproximó antes de hablar.

—Tiene muy buen aspecto. Me complace.

Su acento era tan inglés que casi parecía una parodia, como si aquel hombre se esforzara en cuadrar en el ambiente. No importaba su acento. ¿Y sus palabras? ¿Le conocía, del mismo modo que él, obviamente, creía conocerla?

Entre una baraúnda de pensamientos dispersos y sofocadas sensaciones, un recuerdo empezó a agitarse. Ella *había* visto a aquel hombre recientemente, de un modo breve, pero su aspecto difería en algún detalle... por eso no podía recordarlo. ¿Habría asistido a la fiesta de los vecinos? No, Rose estaba instintivamente segura de que su acompañante no tenía relación alguna con Colin o Gladys.

—Perdone —dijo Rose, esforzándose en afianzarse en la resbaladiza roca. El hombre estaba arrojado a ella. ¿Por qué no retrocedía un poco?—. Creo que nos hemos visto antes, pero no recuerdo...

El hombre tendía los brazos hacia ella, para ayudarla a no perder el equilibrio. Por eso no había retrocedido. Rose se sintió al borde de un burdo desastre. ¿Y si caía al

río y arrastraba al otro con ella? No había duda de que el extraño estaba peligrosamente inclinado. Pero su mano era fuerte, y la otra mano ya se había cerrado sobre la de Rose. La escritora ascendió hacia la sonrisa del individuo.

Algo ocurría. La sonrisa del extraño se había torcido, igual que la parte superior de su cabeza. Se produjo un insignificante sonido de desgarramiento mientras el viento le arrancaba el cuero cabelludo. Un momento después su cabello estaba agitándose en el río, alejándose como el pellejo de un animalito de color pardo. La bufonada se había materializado... pero Rose no sintió ninguna gana de reír.

—Por favor, no vuelva a huir de mí —dijo el hombre calvo.

XVII

Cuando el hombre soltó su mano, Rose pensó que iba a empujarla, pero no había necesidad. Se hallaba en el borde de la roca, únicamente podía ir hacia atrás. Escuchó el río que intentaba superar el murmullo de los árboles.

La sonrisa del hombre calvo estaba cambiando, con una terrible lentitud: su rostro parecía una máscara recalcitrante. Finalmente la mueca se afirmó. Era un burlón remedo de compasión.

—No deseo hacerle daño. —No hizo ademán de retroceder—. Sólo quiero que me escuche.

—De acuerdo. —La voz de Rose era tan incontrolable como el rostro del extraño, pero se esforzó en adoptar un tono convincente—. Le escucharé. No quiero huir, pero me gustaría sentarme. ¿Nos sentamos en aquel banco?

—¿Promete escucharme? ¿Usted no...? —Su cabeza empezó a girar, tal vez para juzgar la distancia al banco, pero inmediatamente sus ojos volvieron a Rose—. No, no puedo correr ese riesgo. Usted ha huido de mí en muchas ocasiones.

Las manos de Rose temblaban, tanto de contenida rabia como de miedo. Si tan sólo lograba persuadirle para que diera un paso hacia atrás, tendría la posibilidad de propinarle un rodillazo en la ingle o arañar su cara... Si lo intentaba desde su posición presente correría tantos riesgos como el hombre. Este había encontrado una nueva expresión, una irregular sonrisa que en otra persona habría indicado voluntad de pedir disculpas.

—Es un buen augurio que nos veamos aquí, ¿no le parece? —dijo el extraño—. Me refiero a que es apropiado encontrar una *Rose* en un jardín inglés.

Ridículamente, aquel hombre pretendía hacerle sonreír. Rose se esforzó en mover la comisura de sus labios. Si lograba que confiara en ella, que bajara la guardia...

Pero el hombre pareció poco complacido con lo que vio en la cara de Rose.

—Perdone —dijo con visible esfuerzo—. Está preguntándose cómo he sabido su nombre. Pues ya ve, conozco todo acerca de usted. He pasado años averiguándolo. He estado buscándola desde hace años.

Lo peor era que aquel hombre creía sin ninguna duda que estaba mostrándose razonable. Era como tener que reconstruir una conversación escuchando únicamente a una de las personas que habla... con la agravante de que el castigo por fallar podía ser el río o algo más terrible.

—He leído parte de su obra —dijo él—. El libro con frases de películas... me gustó mucho. —Su voz cobró un tono agudo, para indicar que estaba haciendo una cita—. ¡Cuidado con las patrullas sodomitas!

Se echó a reír, un seco chasquido incapaz de escapar de su garganta. Estaba intentando congraciarse con Rose. Quizá fuera la oportunidad de la escritora.

—Estoy muy cerca del borde —dijo Rose, mientras un picor hormigueaba en las palmas de sus manos—. ¿No podría retroceder un poco?

—No se preocupe. Basta con que me diga que va a caerse. Yo la sujetaré.

Rose apretó las manos, clavando las uñas en las palmas. Su rostro debió revelar el desaliento que sentía, porque el hombre dijo bruscamente:

—No sé quién está intentando engañarme, pero no lo intente usted. No quiero volver a hacerle lo que tuve que hacerle en Nueva York.

Sin duda Rose había oído mal. Su mente estaba pesada, un abultado objeto en su cabeza al que no llegaban completamente las palabras del extraño.

—Me alegra no haberle hecho daño. Yo no quería hacerlo, pero nunca me daba oportunidad de hablar con usted. Siempre estaba con gente. Tenía que asegurarme de que usted no volvería a huir.

Las manos del hombre calvo avanzaron vacilantes hacia ella, con las palmas hacia arriba. ¿Debía saltar antes de que él le empujara? Tal vez no fuera tan fácil, quizá el hombre fuera más rápido corriendo que ella nadando, y acabara ahogándola. En cualquier caso, aquellas manos pretendían, al parecer, tranquilizarla, calmarla. Ese simple detalle habría bastado para convencerla de que estaba ante un loco. Aparte de eso, Rose era incapaz de pensar.

—¿Comprende que no deseaba hacerle daño? —Su voz se arrastró entre el estruendo de los árboles—. No podía correr el riesgo de que alguien la pusiera en contra de lo que tenía que decirle, eso es todo. Por eso tenía que estar a solas con usted. Presta atención a demasiada gente. Debería tener más cuidado. Es demasiado confiada.

Una ráfaga de viento arremetió contra el extraño, y el sudor brilló en sus cejas. También él estaba al borde del pánico, lo que le hacía más peligroso. Más razón todavía para que ella no perdiera la calma, para que sonriera, para que fingiera que estaba deseosa de escucharle... porque de pronto, por el rabillo del ojo, había distinguido una posibilidad.

Rose se esforzó en reflejar ánimo con su sonrisa. A ella le pareció una sonrisa, tenía que serlo. No debía apartar los ojos del hombre, no debía permitir que su atención se desviara de ella, porque aquello seguía allí, en el límite de su visión: azul brillante, amarillo brillante, moviéndose entre distantes árboles. Debían ser colores de ropa, de gente que se acercaba. Rose no se atrevía a mirar para comprobarlo.

El hombre calvo la miraba fijamente, como si ambos esperaran a ver quién parpadeaba primero. Rose notaba que le ardían los ojos, irritados por el polvo; distinguía hasta la última grieta de los globos oculares del extraño. El sudor producía picazón en sus palmas. Sus piernas habían empezado a temblar sobre la resbaladiza roca.

—No me gusta su marido. Vamos a tener que meditar profundamente acerca de él.

No importaba lo que él decía: cuanto más divagara, tanto mejor. Ella debía sonreír como si el hombre estuviera comportándose de forma enteramente razonable. Si él sospechaba que estaba pensando en otra cosa, era imposible saber cuál sería su

reacción. Rose tenía los pies fríos, empapados. Ya no sabía a qué distancia del borde se hallaba. Pero los colores se aproximaban, y ya estaba segura de que eran colores de ropas. Con tal de que él no lo notara hasta que estuvieran lo bastante cerca...

—Bien, ahora estamos solos. —Logró hablar sin tartamudeos, pese a que sus dientes trataban desesperadamente de rechinar—. Pero aún no me ha explicado nada.

—Lo sé. —Su tono reflejaba un peligroso resentimiento. ¿Acaso no se le podía decir nada que no fuera arriesgado? Las dos figuras seguían acercándose, por el prado. Si el hombre hablaba un poco más, lo suficiente para que ella estuviera segura de que iban a oírle en medio del ruido del viento...

—Espero que no piense que esto me resulta fácil. —El hombre calvo volvía a comportarse de un modo razonable, aunque había cierto nerviosismo en su voz—. ¿Sabe cuántas veces he meditado lo que tenía que decirle? Y usted siempre estaba con alguien, o alguien se inmiscuía antes de que pudiera hablarle. Aclarar mi mente para que usted me comprenda es algo difícil de por sí, sin todos esos problemas.

La mirada de Rose se esforzó en ir más allá del hombro del extraño; un tic torció sus labios.

—Me esforzaré en comprender —prometió Rose.

—Eso lo dice ahora. Se lo aseguro, no va a ser sencillo. Ojalá yo pudiera hacerlo más fácil. Debe estar preparada, eso es todo. Es absurdo que ande con rodeos, sólo serviría para empeorar las cosas. La simple verdad es que cuando usted era una niña le...

¿Había dicho «influyeron» o «infectaron»? Al volverse, distraído por el crujido de la grava, el viento se llevó sus palabras. Era igual, porque las dos chicas habían llegado a la senda.

Eran quinceañeras. A Rose le parecieron desalentadoramente jóvenes; ni física ni emocionalmente iban a ser rivales para el hombre calvo. Por eso no gritó para pedir ayuda.

—Perdonadme, ¿podéis indicarme el camino de la Universidad?

Las dos muchachas se quedaron mirándola. En principio se contentaron con sonreír.

—*Ich spreche nicht Englisch* —dijo después una de ellas, mientras la sonrisa de su compañera pedía disculpas.

No hablaban inglés, y siguieron caminando, despreocupadas. Rose intentó apartar al hombre calvo, y recordar las frases para casos de apuro que había en su manual de alemán. No recordó ninguna.

—¡No, esperad! —gritó—. ¡Esperad, por favor, este hombre no quiere dejarme en paz!

Su talón resbaló en la roca. El río salpicó su tobillo, helado y empapado. Antes de poder recobrar el equilibrio, el extraño la agarró por un hombro, ni siquiera ejerciendo su fuerza. Sólo la mano del individuo evitó que Rose cayera. Él se dirigió a las chicas con un tono prácticamente casual y en alemán.

Estaba diciendo algo de Rose, porque las dos jovencitas miraron a la mujer. Sus expresiones reflejaron pena y temor. Intercambiaron unas palabras, y se alejaron rápidamente.

Rose empezó a luchar. De poco importaba que cayera al río: si las chicas lo veían, le ayudarían, pese a lo que el extraño les hubiera contado sobre ella. Rose no pudo llegar a la cara del hombre, porque estaba sujetándola con los brazos estirados. Al arañar la mano del individuo notó que la piel se amontonaba bajo sus uñas igual que si fuera suciedad. Intentó dar patadas, pero la pierna más próxima al sujeto era su único apoyo.

—¡Socorro! —gritó, y finalmente recordó—. *¡Hilfe! ¡Hilfe!*

Las quinceañeras volvieron la cabeza como si temiesen que Rose las persiguiera. Echaron a correr, cruzaron el puente y desaparecieron. Al otro lado del puente estaba el poste con el dispositivo para pedir ayuda.

—¡Por favor, llamad a la policía! —chilló Rose—. *¡Por favor! ¡Polizei! ¡Polizei!*

Pero las huidizas pisadas se perdieron entre el clamor de los árboles.

Sollozos sin lágrimas interrumpieron la respiración de Rose. Lanzó las manos hacia los ojos del hombre, sin importarle el daño que causara; la cuestión era escapar. El hombre calvo le asió diestramente las muñecas y las apretó contra su cintura, sujetando firmemente a Rose en el borde de la roca. Ni siquiera podía hacer perder el equilibrio al individuo, una artimaña que le había venido a la mente demasiado tarde.

—Ahora va a escucharme. —La voz del extraño recordaba la de un terrier: un gruñido agudo, perverso.

El hombre lanzaba a su cara un cálido aliento de cerveza rancia. Sus ojos miraban a todas partes, y parecían demasiado abandonados para sus cuencas. Él tenía tanto miedo como ella.

—Lamento que esté asustada. —Pero su tono no era de pesar, y el extraño daba la impresión de agradecer secretamente los temblores de Rose. Quizá era un sádico además de estar trastornado—. Pero es inevitable. Será mejor que se acostumbre a la idea de estar asustada. Va a experimentar sustos mucho mayores.

Sí, él estaba confortado por el miedo de Rose. Ese miedo le hacía sentirse más fuerte. Se apretó contra ella en la roca como en un baile grotesco o en un doble suicidio. No obstante, a pesar de su proximidad, Rose pensó que resultaba menos real, menos opresivo... porque ella estaba comprendiendo algo nuevo.

—Sería una pena que se hiciera daño —estaba diciendo él, con la atemorizante resolución de un fanático, aunque sus palabras sonaban lejanas, más allá del confín de lo que ocurría en la mente de Rose.

Algo intentaba abrirse paso entre su miedo. Rose temió dejarlo pasar, porque era algo completamente extraño. ¿Una locura? ¿Sería su única oportunidad de escapar de aquel hombre? Él no pareció darse cuenta.

—Hay cosas más importantes que usted —estaba murmurando—. Hay que purificar el mundo antes de que sea demasiado tarde...

Y de repente sus palabras fueron meros sonidos, ajenos a lo que había sucedido en el interior de Rose.

Era energía: eso debía ser, porque estaba haciendo temblar todo su cuerpo. Esa energía no dejaba lugar para el miedo al extraño, aunque ella no podía acogerla con satisfacción, porque era excesivamente rauda, demasiado rara. No estaba segura, ni mucho menos, de que su cuerpo o su mente pudieran contener tanta energía... pero ella no podía controlarla. ¿Iba a ser arrollada por aquel torrente de fuerza que estaba manando en sus entrañas?

El hombre calvo notó sus temblores, y torció el gesto a escasos milímetros de ella. Abrió la boca para hablar. Sin previo aviso, mientras contemplaba los ojos de Rose, sus labios sufrieron incontrollables convulsiones que retorcieron su boca. Rose notó que el temor entorpecía las manos del sujeto. La impresión que tuvo no fue la de que aquellas manos soltaban sus muñecas, sino que pugnaban por liberarse de todo contacto con ella.

Al arremeter contra él, para huir del borde del río, el extraño reculó como si ella tuviera una enfermedad contagiosa. ¿Se habría dado cuenta de que ella sentía el mismo espanto? Porque la energía que fluía por su organismo, que barría y liberaba su mente de pensamientos, no parecía tener nada que ver con ella. Era como si la fuerza hubiera tomado prestada su cara a manera de máscara, para fulgurar a través de sus ojos.

El hombre estaba retrocediendo. El canto de un banco golpeó inadvertidamente su muslo.

—No importa lo que haga conmigo —tartamudeó—. Siempre habrá otros. No estoy solo.

Los ojos de Rose lo contemplaron ferozmente. Ella estaba oculta en un rincón de su mente, observando.

—Estáis perdiendo el tiempo —dijo la voz de la escritora.

Observó cómo huía, sin ningún interés. El hombre tropezó, cayó en la hierba, se levantó vacilante. Su figura, cada vez más pequeña, no merecía la atención de Rose, igual que los delirios del extraño, los desvaríos que ella ya estaba olvidando. Como tampoco le importaba la identidad del sujeto. Creía saber, en lo más hondo de su ser, quién y qué era aquel hombre, pero no valía la pena recurrir a la información. Rose no vio la desaparición del hombre calvo en la distancia. Sólo era consciente de su energía, que fue menguando en sus entrañas del mismo modo que una puesta de sol va siendo absorbida en el cielo.

Cuando la fuerza se desvaneció, y en cuanto comprobó que estaba ilesa, su gratitud fluyó. Aquella fuerza la había salvado, como ninguna otra cosa podía hacer. Sus temblores se debilitaron, se fundieron con los ritmos de su organismo. Su pulso fue sosegándose. Era intensamente consciente de sí misma. No se sentía agotada, ni siquiera psíquicamente perturbada. Empezaba a experimentar una sensación de enorme bienestar. Por fin había tenido una breve visión del alcance de su poder. La

novedad la había atemorizado, pero formaba parte de sí misma. Su cuerpo y su mente parecían transformados, radiantes.

Por último, recordó que debía encontrarse con Bill. Sí, llegaría tarde. Él habría terminado ya su conferencia, seguramente estaría aguardándola... ¡pero que esperara a escuchar lo que tenía que contarle! Rose avanzó hacia el reflejo de sombras bajo los árboles.

Pero ¿debía ser sincera con Bill? Ya no precisaba la ayuda de nadie. ¿Qué lograría si hablaba con él, como no fueran problemas innecesarios? Sin embargo, creía que era importante, quizá crucial, explicar la verdad a Bill, aunque no comprendía bien por qué. Sí, el esfuerzo de convencer a su marido *valía* la pena. No, era indudable que no podía permitir que Bill averiguara por sí mismo su desarrollo personal, ni tampoco, y quizás esa era la razón de que estuviera tan ansiosa de hablar con él, debía quedarse aislada con sus facultades. Apretó el paso entre las sombras de los árboles que se doblaban sobre ella, obstruyendo la luz, dejándola medio ciega. Debía compartir con Bill su nueva personalidad. Se sentía curiosamente indefensa, dominada por presentimientos. Cuanto más pronto encontrara a Bill, tanto mejor. Había que encontrar una forma de obligar a su esposo a creer, antes de que fuera demasiado tarde...

Algo tanteaba su mente y devoraba sus pensamientos. Una vez, cuando era niña, la habían anestesiado. Había luchado contra la parálisis que se filtró en su mente y aniquiló sus pensamientos. Había temido que al despertar hubiera dejado de ser Rosalind. Pero el nuevo invasor era mucho peor que anestesia, puesto que no carecía de forma. Lo único que le impedía distinguir esa forma era que se había posado en su mente, como un ave de rapiña.

Lanzó un grito y se llevó las manos a la cabeza, como para aprisionar sus pensamientos. Los árboles se agitaban y bramaban en el solitario parque. Los gritos de Rose se perdieron en el torrente de sonido. Después hasta el estruendo empezó a disminuir, o quizá su mente había quedado totalmente encerrada. Su último pensamiento surgió adormecido, sosegado. Ni siquiera pudo aferrarse a su pánico.

Rose estaba caminando. Las sendas desembocaban en sendas, los árboles extendían alfombras de sombra para ella. Antes de llegar a la Universidad, encontró a Bill. Su marido avanzaba bordeando el parque, y su aspecto era de satisfacción.

—¿Lo ves? En definitiva te has perdido —dijo, sonriente. Así que por eso estaba tan satisfecho—. ¿Por dónde has ido?

Rose era incapaz de pensar. Estaba debatiéndose en las tinieblas, a punto de caer en el pánico. Entonces se iluminó un recuerdo: el incesante fluir de la cascada, los coros de los árboles. Allí debía haber perdido el sentido del tiempo.

—He estado paseando junto al Eisbach —dijo.

—¿Ha ocurrido algo? Estás un poco pálida.

—No —replicó instantáneamente, sorprendida por la pregunta—. Nada en absoluto.

XVIII

Al despegar el avión las últimas gotas de lluvia desaparecieron de las ventanillas, rayando el vidrio con translúcidas líneas. El cristal no tardó en quedar limpio. El menguante paisaje cobró brillo y precisión, una composición abstracta de una multitud de variados rectángulos. Microscópicas poblaciones fueron pasando entre velos de nubes; techos de casas chispearon a intervalos, diminutas ventanas centellearon y se desvanecieron. Poco a poco los lagos fueron llenándose de luz, delineada por minúsculos escarceos, y acabaron oscureciéndose. Con el ascenso del avión, Rose distinguió edificios diseminados en la tierra igual que pálidos granos de polvo; algunos estaban dispuestos en líneas. El paisaje se hundió, y el reactor emergió por encima de las nubes, un brillante e inmóvil campo de ondulaciones casi insustanciales.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Rose se sintiera confinada. El hombre que había delante de ella insistía en inclinar al máximo su asiento. Estaba atrapada en una celda con forma de cuña. El cinturón de seguridad era tan restrictivo como el correa de un militar; los pies de Rose compartían espacio con una bolsa de viaje repleta de libros y licor. Los chorros reactivos eran un constante rugido en sus oídos. Se agarró al tubo de plástico que había encima para ganar una fracción más de aire.

Cuando sirvieron la comida, el hombre de delante se incorporó... pero en cuanto terminó, su asiento volvió a desplomarse. Bill se quedó dormido, con los brazos extendidos en la mesita plegable, dejando la bandeja de plástico en peligro de caída. Rose entregó la bandeja a la azafata y el cinturón tiró de ella hacia el asiento.

Estaba aburrida. Su incomodidad le hizo ver la ventana excesivamente pequeña, un empequeñecido fragmento de un ilimitado fulgor azul y blanco, igual que un filme épico reducido para televisión. El trayecto era muy corto para una película en vuelo. Los libros que tenía a sus pies eran alemanes. Hojeó sin gran interés el satinado *Diario de vuelo de Lufthansa*. Finalmente le llamaron la atención las instrucciones de seguridad. Flechas rojas apuntaban a caricaturas de pasajeros, inclinados en posiciones de desesperación, con la cabeza entre las manos. Unos pasajeros se habían apresurado a saltar con un paracaídas amarillo; en su prisa habían olvidado sus dentaduras en el avión. Una mujer ayudaba a un niño a ponerse un chaleco salvavidas. El pánico había paralizado la cara del niño en una inexpresiva máscara, idéntica en tres dibujos. Cualquiera que fuese el modo en que la mujer volvía la cabeza, su perfil conservaba exactamente la forma de una fresa.

Rose se hundió en el asiento y, después de cerrar los ojos, se retiró a sus recuerdos. A Jack le había gustado Gerhard, y ambos habían convenido en trabajar juntos. Gerhard había vendido la entrevista con Josef Dietrich a *Der Stern*. Diana seguía engatusando a Jack para que la aceptara como secretaria. La casa de Aschheim había estado llena de triunfos y de promesas de triunfos.

Por casualidad, Rose había sorprendido a Diana mirándola cuando pensaba que

ella estaba distraída. Su amiga reflejaba ansiedad, confusión, quizá cautela. ¿Se sentía acobardada por la creciente sensación de fuerza interna que tenía Rose? Bien, Diana era muy joven en diversos aspectos. Por eso Rose le tenía cariño, tal vez mostrando excesiva indulgencia. Recorrer Baviera con Diana había sido como enseñar el mundo a una niña, y recordaba los gritos de gozo de su amiga con tanta claridad como los lugares e incidentes que los produjeron: el Wieskirche, cuyo interior resplandecía con sus dorados frescos, como un santuario dedicado a la puesta de sol; Neuschwanstein Palace, el castillo de Luis II de Baviera que se elevaba entre pinos, cuyas paredes y salas eran un febril sueño de una galería de arte; hombres volando a la altura de las montañas, bajo enormes planeadores triangulares, remontándose sobre los picos alpinos donde crecían flores que no podían encontrarse en ninguna otra parte del mundo...

No obstante, Rose se alegraba de volver al hogar. Tuvo una visión del bullicio del mercado de Ormskirk. ¿Por qué había pensado en Ormskirk? Ya no era su hogar. Sus pensamientos empezaron a divagar. Al parpadear para despertarse, estuvo a punto de tener un nuevo vislumbre: una pesadilla en Múnich... Debía haber soñado algo mientras estuvo allí, y lo había olvidado. Intentó recordarlo, pero el sueño se había perdido. Era mejor que permaneciera despierta hasta que concluyera el vuelo. No deseaba arriesgarse a perder la sensación de su cuerpo en el avión.

¿Por qué no?

La idea hizo brincar su mente. Esa era la manera de huir de su confinamiento. De repente, notó que no sólo el cinturón de seguridad, sino también todo su cuerpo le resultaba opresivo. En el exterior, justo al otro lado del fuselaje, las nubes descollaban más que las montañas, habían sido holladas menos que las laderas nevadas más elevadas del mundo, y más allá aguardaba la libertad del cielo. Pero ella estaba atrapada en la cabina. Sólo necesitaba voluntad para liberarse del armazón.

Controló sus pensamientos con cierto esfuerzo. No debía ceder a la tentación. Podía perderse, cegada por las nubes o por su espanto. El cielo era demasiado grande, demasiado alto. No debía arriesgarse. Pero su mente estaba poseída por el anhelo de libertad. ¿No estaría comportándose con un exceso de cautela?

Tarde o temprano debería descubrir si era capaz de abandonar su cuerpo a voluntad. Sería un paso necesario para controlar sus experiencias. ¿Había algún lugar más seguro que aquél? El cielo se hallaba libre de peligros, parecía puro, inmaculado. Su intuición le decía que era correcto intentarlo... y fue su intuición la que había salvado a Bill. Debía intentarlo. Estaba segura de poder regresar cuando quisiera.

¿Cómo podía decidirse a partir? Bien mirado, la idea era ridícula. La cabina estaba presente con excesiva solidez: la vigilante azafata, el bramido del aire, opresivamente sordo, el débil aliento de la diminuta garganta del aire acondicionado, las recostadas cabezas de los pasajeros que dormitaban... todos estos detalles arrastraban a Rose hacia lo cotidiano. Pero no eran pertinentes. Sólo precisaba confiar en sí misma, dejar que sus instintos la guiaran fuera de la trampa de la cabina.

Cerró los ojos. Una vez relajada, sus instintos harían el resto. *Pensar en moverse...* El apagado bramido sonó en su mente como si el cielo estuviera atrapado. *Imagina los campos del cielo, más extensos que el mundo...* De pronto, un extraño acechaba detrás de ella, muy apretado a ella: su cuerpo.

¡Demasiado rápido! La cabina apareció violentamente ante sus ojos mientras ella se retiraba a su cuerpo: rancio humo de tabaco que salía de la cabina procedente de la zona de fumadores, un niño gimiendo de un modo desentonado y tan incesantemente como los reactores, otro niño que entonaba un ruego sin expresión (Quiero los caramelos ahora. Quiero los caramelos ahora. Quiero...). La trampa del aburrimiento.

Volvió a recostarse, para que su cuerpo tuviera tiempo de relajarse. No había imaginado que controlarse resultara tan fácil. Eso era lo único que la había turbado. Puesto que ya sabía cuán sencillo era, puesto que ya sabía cuál era la sensación, nada le impedía prepararse para un nuevo intento.

Instó a su mente a que se ensanchara. Un desarrollo gradual. Dejó que se extendiera sin esfuerzos, que se aventurara a considerar la amplitud del cielo, la promesa de la mayor libertad que podía comprender. Rose notó que los pensamientos iban poseyéndola, aunque la sensación de separación de su cuerpo fue más sutil, apenas perceptible. Lo único que percibió fue que la cabina, repentinamente, le producía más claustrofobia... debido a que ella se hallaba más cerca del techo.

Estaba contemplando las recostadas cabezas. Si miraba atentamente, vería que una de ellas era la suya. Eso era secundario. Ya no podía soportar aquella cárcel. El techo era tan opresivo como la niebla, pero su delgadez era ridícula, no constituía ninguna barrera. Ciertamente no podía restringirla.

De pronto Rose quedó libre, y se transformó en luz.

La luminosidad abrumó todos sus sentidos, aniquiló el tiempo. La luz la hizo flotar, la poseyó. Aunque el cielo y las nubes eran cegadores, la sensación no resultaba penosa, de ningún modo. Los vientos que tiraban de los bordes de las nubes pasaban directamente a través de Rose. La impresión era intensamente regocijadora. Se sentía henchida de un clamor de júbilo capaz de resonar en el cielo entero... pero ella no tenía voz.

O el primer impacto de libertad fue menos prolongado de lo que parecía, o estaba siendo guiada por sus instintos, porque Rose descubrió que aún estaba revoloteando junto al avión. Los pasajeros se alineaban como guisantes en una vaina metálica que retumbaba en el cielo. Las testas que había en las ventanillas recordaban cabezas de muñecos, dispuestas en hileras excesivamente simétricas para ser reales. Al otro lado de una de las ventanillas yacía una cabeza que era la de Rose.

Esa visión, por primera vez, fue menos desorientadora que tranquilizadora. El reactor estaba manteniendo a salvo su cuerpo en provecho de ella. Rose reaccionó con indiferencia después de la momentánea punzada de aprensión. Ella era superior al avión y a su contenido, incluido el cuerpo que le pertenecía. En todo caso, debía estar menos indefensa fuera que dentro del aparato. En el exterior ella tenía un control

absoluto.

El éxtasis se apoderó de ella. Se remontó por encima del avión, se lanzó hacia el fuselaje, se alejó de él bajando en picado. Ni siquiera un halcón habría sido tan hábil. Las relucientes nubes oscilaban intensamente, el cielo bailaba con Rose. Experimentó la tentación de volar delante del avión, un extático desafío. ¿Y si el piloto la veía? Arriesgarse a distraerlo era una irresponsabilidad. Sus facultades exigían autodisciplina. Dio la vuelta y se zambulló en las nubes.

El vapor le produjo algo parecido a la ceguera de la nieve. Un blanco puro la cercaba. Las nubes eran menos sólidas que Rose, un sueño de ventisqueros. Su penetrante frigididad no era un sueño, era gozosamente real.

Al salir de la masa nubosa, el reactor se hallaba casi a un kilómetro. Rose aceleró para alcanzarlo, no por culpa del miedo sino por la alegría de volar. El avión era gracioso y absurdo mientras avanzaba pesadamente sobre las nubes. Pero hizo compañía a Rose sobre las terribles y luminosas llanuras muy por encima del mundo. Ella jugó con el aparato durante un tiempo, abalanzándose sobre él desde todas direcciones, fingiendo que cambiaba su orientación... un gigantesco juguete. Rose no experimentó vértigo.

Finalmente ascendió tan alto como se atrevió. Las nubes se transformaron en islotes de un nebuloso mar. El 747 era una fulgurante aguja de minúsculas alas, muy por debajo. En el horizonte, donde se distinguía la curva del mundo, un microscópico avión de reacción enhebraba las nubes con hilo fundido.

Rose vio naciones enteras. El mundo parecía demasiado pequeño para recuperarla, su dominio sobre ella iba debilitándose. Su espanto estaba próximo al terror, y el terror estaba alzándola, liberándola de la atracción del mundo.

Percibió la infinita oscuridad más allá del cielo, cada vez más enrarecido. Hacía más frío del que ella podía acostumbrarse a soportar. La oscuridad estaba infinitamente muerta, o bien tenía formas de vida que la mente de Rose era incapaz de abarcar. ¿Acaso parte de la oscuridad podía moverse y estaba alerta? Se vio poseída por un vértigo mucho peor que mareo físico. El mundo sólo era una mota en la negrura. Iba a perderlo de vista dentro de un instante, quedaría sola en la oscuridad... o quizá no tan sola.

De repente el terror se apoderó de Rose. El terror estaba alejándola, haciéndola caer en las tinieblas. El mundo no tenía influencia sobre ella, igual que su cuerpo, aquel punto submicroscópico contenido en una cabeza de alfiler metálico que revoloteaba sobre la mota del mundo. El colmo de las pesadillas infantiles, hallarse perdida en la oscuridad... y la oscuridad buscaba a Rose con sus infinitas extremidades.

Sin previo aviso, la energía de Rose fluctuó, reculó como una araña cuya red ha sido rasgada. Ya no estaba a solas con la oscuridad. Apenas se atrevió a comprender lo que sentía, no porque pudiera ser falso, sino porque podía clarificarse. En alguna parte, tan distante que su mente se negaba a imaginarla, una presencia había percibido

a Rose.

Un hecho difícilmente tranquilizador. Incluso en medio de su pánico, tenía que agradecer por fuerza que su percepción de aquella presencia fuera tan torpe y difusa. ¿Se trataba de una sola entidad, o de muchas? Quizá las dos cosas, y más. Parecía más vasta que una nación, y Rose temió vislumbrar siquiera un indicio de lo que podía ser.

Sin embargo, la sensación de que su apuro estaba siendo observado desinteresadamente le devolvió cierto sentido de sí misma. Ella era la descarriada víctima del confín del espacio y el germen que constituía su cuerpo, aunque ambas cosas, víctima y cuerpo, fueran invisibles para ella. Las dos Rose estaban unidas. Por muy insignificante que fuera, ya había captado el concepto de su cuerpo. Era un hilo que la guiaría hasta el avión, un hilo más potente que la gravedad.

Con una zambullida capaz de haberle arrancado hasta su último aliento, Rose descendió en picado hacia el mundo, hacia la brillante cruz del reactor. Estruendosas alas resonaron agudamente mientras las atravesaba, y después notó los brazos del asiento bajo sus brazos, el almohadón bajo su cabeza, la hebilla que descansaba en su cintura. Una victoria quizá demasiado fácil, pero al parecer se encontraba completamente a salvo.

Mantuvo los ojos cerrados mientras se acomodaba en su cuerpo. La solidez resultaba profundamente tranquilizadora. Fue probando todos sus músculos, toda su carne y su piel, hasta que su cuerpo fue una armadura que nada podía atravesar.

Por fin abrió los ojos. Un sueño fluctuaba al otro lado de los párpados de Bill. Cabezas caídas, dormitando. Refrenó su sensación de superioridad; no debía consentir más tentaciones. Tenía que conocer sus facultades pero, por encima de todo, evitar riesgos innecesarios. Estaba aventurándose en un mundo transformado donde cualquier lugar podía estar habitado y donde ningún lugar era enteramente seguro. Bill murmuró en el incomprensible lenguaje de los sueños. Rose le sonrió, contenta de aquel recordatorio. Ninguna facultad era demasiado costosa o peligrosa siempre que le sirviera para mantener a salvo a Bill.

TERCERA PARTE

ATADA A LA TIERRA

XIX

¿Había sido un movimiento? Al principio le pareció improbable. El jardín estaba aletargado bajo el sol de agosto. La reseca hierba tenía la tonalidad amarilla de la paja, casi era de color blanco. El despejado cielo azul parecía tan sólido como un telón de fondo. Los ladrillos del muro del jardín eran una batalla de llameantes tonos rojos. Los árboles cercanos al muro daban la impresión de estar lanzando trémulos resplandores al cielo, una llama verde equilibrada en el instante de brotar hacia arriba, hacia el cielo.

Rose contempló el invernadero. Los vidrios eran casi opacos a causa de la luz, y parecían de metal. A través del fulgor era difícil distinguir las enredaderas, que trepaban por los enrejados del centro del invernadero. Las hojas cubrían algunos de los cristales que estaban enfrente de Rose. Gladys regaba las plantas, pero debía ignorar cómo podarlas, suponiendo que hubiera que hacer tal cosa. El interior del invernadero era como una jungla. Quizás ella tendría que aprender algo sobre cultivo de plantas... no podía permitir que Gladys hiciera todo el trabajo.

Naturalmente, Gladys debía estar allí en ese momento. Eso era lo que había llamado la atención de Rose. Sí, había movimiento detrás de los cristales. El reflejo de la luz, y las manchas de condensación en los cristales, hacían que el movimiento se percibiera de forma difusa.

Rose forzó los ojos hasta sentir irritación, para intentar desenredar su visión de la red de plantas y estar segura de que Gladys se hallaba en el invernadero. Entonces empezó a hervir el agua de la cafetera.

Subió una taza para Bill. Su marido estaba sentado en el despacho, con la cabeza inclinada a un lado y con la mirada clavada en los árboles. Tenía una mano sobre el pelo, con las puntas de los dedos hundidas en los cabellos. Daba la sensación de que se esforzaba trabajosamente en atrapar ideas. Ante él, en el escritorio, yacía el cuaderno de notas del matrimonio.

—¿Atascado?

—¿Qué? —Los dedos de Bill saltaron de su pelo. Cabellos revueltos cayeron sobre su frente—. No, de verdad que no. —Pero estaba contemplando su inacabada frase en la última hoja como si no existiera posibilidad de remisión.

—No hay necesidad de apresurarse, ¿no es cierto? No es como si hubiera un límite de tiempo. Todavía disponemos del resto del verano.

—Sí, lo sé.

Por supuesto que ella no debía interrumpirle, pero usualmente se prestaban ayuda para superar impedimentos temporales. Rose dejó la taza delante de Bill y observó el jardín. Desde arriba era fácil ver el interior del invernadero, y estaba vacío.

—¿Ha estado Gladys en el invernadero?

—No me habría enterado aunque así fuera. Estaba intentando hacer algo con esto. —Bill observaba el libro con tanta ferocidad como si fuera un examen

deplorablemente incorrecto de uno de sus alumnos—. ¡Oh, sal de aquí! —murmuró, y a Rose le costó unos instantes comprender que su marido estaba gruñendo por culpa de un fastidioso mechón de cabello.

Bajó las escaleras lentamente, cada vez más deprimida. No a causa de la irritabilidad de Bill, que ciertamente iba en aumento, ni por la pesadez de su nuevo libro. De hecho, el libro parecía secundario y quizás ese era el problema.

Aunque su habilidad como escritora hubiera aumentado de repente, aunque ella fuera súbitamente capaz de poner en orden pensamientos e ideas sin grandes esfuerzos, la tarea le habría parecido poco trascendente, no mucho más que una afición. Ya había dejado de absorberla lo bastante como para resultar satisfactoria. Rose creía que había tareas más importantes que hacer... aunque aún no estaba segura de qué clase de tareas.

Nada espectacular había ocurrido desde el regreso de Múnich. Al principio tuvo miedo de caer en la tentación de otro éxtasis, pero poco a poco comprendió que poseía control. De vez en cuando, impulsada por el instinto, adquiría conciencia de todo su cuerpo, reforzando su control. Eso era lo único preciso. No necesitaba a Bill como soporte... si bien lo amaba, aunque su impasibilidad resultara frustrante en algunas ocasiones. Ella le amaba, y eso era algo que no debía cambiar nunca.

Indudablemente no existía tal peligro. Si ella debía ocultar sus nuevas aptitudes, ¿no iba a tener fuerza para hacerlo? Sus facultades no eran tan malas, habían agudizado su memoria, mejorado el control de su mente. Sus intuiciones eran más sutiles, comprendía las situaciones con mayor rapidez. Nada de eso era difícil de controlar.

Pero creía que el futuro le reservaba más sorpresas. La sensación de inminencia le preocupaba, obstruía sus intuiciones. Si iban a producirse nuevos avances, ¿no podía tener al menos un anticipo? Sin embargo, no debía forzar su desarrollo, para no fracasar por querer ir demasiado deprisa. Si en la actualidad no confiaba en sus instintos, no podría confiar en nada.

Abrió las puertas del comedor que daban al patio y se sentó fuera, en el rústico banco que Bill había hecho, para hojear el último número de *Film Comment*. El sol se reflejó en las satinadas hojas. La impresión parecía deficiente. La entrevista con David Tracy se leía con facilidad. Rose no detectó rigidez en las preguntas de Bill.

Una gota de oscuro jugo cayó de una campanilla y se alejó vacilante en el aire. Los saltamontes hacían que el césped vibrara como un alambre. A espaldas de Rose, la casa exhibía sus abiertas puertas, que mostraban un interior oscuro como una cueva, como si un nefasto misterio hubiera transformado el edificio. Cuando le fue imposible seguir soportando la irritación del misterio, Rose cogió la carta del aparador. Al desplegarla, la fotocopia rechinó bajo sus uñas. Era anormal, una parodia de documento, y parecía el espectro de una página.

Mi querido Heinrich, Ignacio de Loyola:

No considere como mi última palabra el testamento que proyecto publicar, como harán esos cobardes ansiosos por traicionarme. No se desanime si algunas de las personas que nombro para gobernar Alemania me traicionan. Usted y Goebbels saben que el tiempo no importa, porque ahora tenemos aliados que no están regidos por el tiempo. Aguardo con interés la muerte de mi cuerpo, ya que entonces me libraré de la sospecha que desde hace tanto tiempo es mi compañera, que esta carne está envenenada.

Usted sabe que el tiempo, ante todo, era el enemigo al que yo me esforzaba en vencer. Ahora he vencido, y el tiempo es mi aliado. Él acabará con mis enemigos y multiplicará los hombres y mujeres de carácter que destruirán a los envenenadores de todas las naciones.

Esos hombres y mujeres no deben confundir la muerte de mi cuerpo con mi muerte. Estas palabras van dirigidas a ellos. Ellos verán mis palabras como una promesa del amanecer del día a que nos hemos referido. Usted y Goebbels deben instruir discípulos, que difundirán mi mensaje: pronto llegará el día en que yo, y otros como yo, acaudillarán a la humanidad para que se purgue de la judería internacional y de sus defensores, y de esos otros individuos cuyo veneno impide que la raza humana alcance su meta.

No se acobarde. Aquellos cuyos objetivos son legítimos no tardarán en redescubrir los secretos de que hemos hablado. Esos secretos se perdieron para no ser mal empleados por criaturas sin carácter, indignas de conocerlos. El día de los verdaderos líderes de la humanidad está próximo. Ellos se ocuparán despiadadamente de todas las imperfecciones para lograr la meta de la raza humana. Cuando yo vuelva a hablar, y utilice mi nombre, usted sabrá que el nuevo día ha amanecido.

A. Hitler

Rose dobló la carta rápidamente. Después de meterla de nuevo en el sobre, se limpió los dedos en la falda. Por supuesto que aquel hombre había enloquecido. Si Himmler hubiera recibido la carta, ¿habría traicionado a su líder? Rose pensó que era imposible que él hubiera creído aquello. La locura de la carta era demasiado flagrante para que fuera una falsificación. Un pensamiento inquietó a Rose: suponiendo que Hitler hubiera estado psíquicamente dotado, ¿acaso sus dotes habían destruido su mente?

Cogió la carta explicatoria de Diana. El sobre estaba abultado, como si la fotocopia intentara salir por la fuerza, sacando una lengua lisa y grisácea. «Se trata de una carta extraña», era lo único que decía Diana. «Jack no está convencido de que valga la pena publicarla. ¿Podrías investigar la relación de Hitler con el ocultismo y elaborar un artículo en torno a la copia adjunta? Te indicaré un raro detalle a investigar: el significado oculto del 30 de abril, la fecha elegida por Hitler para su

muerte...».

Bill salió al jardín y entornó los ojos. Al parecer le había sorprendido el exceso de luz, estaba casi lacrimoso, con el rostro encogido.

—Treinta de abril —dijo Rose—. ¿Significa algo para ti?

—¿Por qué iba a significar algo para mí?

—No importa. Si no está en el diario telefonaré a la biblioteca.

—Oh, no te molestes. Es Walpurgisnacht, el equivalente alemán de la noche de Walpurgis, cuando se supone que todos los seres maléficos... bueno, ya conoces ese absurdo.

Ni la burla de Bill ni la luz del sol tranquilizaron por completo a Rose. La abertura del abultado sobre estaba más forzada, más abierta.

—Es extraño —murmuró, casi absorta—. ¿Por qué planeó morir precisamente ese día?

—Porque estaba loco. —Rose estaba a punto de manifestar su desacuerdo, cuando Bill añadió—: Me gustaría que no te tragaras todo lo que ella dice.

—¿De quién estás hablando, si puede saberse?

—De Diana. Estás consintiendo que influya en ti demasiado. Francamente, Rose, me sorprendes. —Bill se comportaba prácticamente como si tuviera celos—. Dejarte embaucar por una chiquilla como ésa...

—Si te disgusta tanto, no debías haberlos invitado.

—No es cuestión de gustos. Además, si Jack le da trabajo supongo que tendremos que aguantarla. Pero cuando os juntáis las dos...

—¿Qué? —dijo Rose con tono furioso—. Continúa.

—No sé de qué habláis, eso es todo, y me preocupa. En Múnich estuvisteis solas muchas horas.

—¡Oh, Bill, no seas ridículo! Dices que *yo te sorprendo*, pero en realidad...

—No me importa ser ridículo. —Al parecer, Rose había tocado una llaga oculta, pero antes de que pudiera suavizar el roce, Bill añadió—: ¿Qué me dices de Nueva York? ¿Vas a negarlo? Fumaste droga con Diana la noche que entrevisté a Tracy, ¿no es cierto?

Un tic cobró vida en los labios de Rose.

—No, o mejor dicho, yo no lo hice. Pero no necesitaría tu permiso para hacerlo.

—No me necesitas para nada. Es indudable que no te preocupas por mis sentimientos.

Bill se pellizcó el bigote, arrancándose varios pelos.

—No hagas eso —dijo Rose, irritada. Pero Bill prosiguió su ataque.

—Después de todo lo que hablamos, sigues sacando porquerías de la biblioteca. ¿De qué trata ese último libro... esa asquerosa *Violación astral*? ¿Qué porquería es esa?

Cuando la bibliotecaria le dijo que tenían el libro reservado para ella, Rose había dejado el carné en el aparador; no pretendía ocultar el hecho a su marido.

—Desconozco qué tipo de libro es —dijo Rose, intentando calmar a Bill—, ya que no lo he leído. Pero después de lo que nos contaron en Múnich, me interesa.

—Otra cosa. Aquel maldito loco y su carta falsificada... ¿Cómo es posible que lo tomes en serio? Lo habría esperado de Diana, pero de ti, nunca.

El escepticismo de Bill resultaba insoportablemente pesado. Y lo que era peor, Rose estaba comenzando a darse cuenta de ello. Su infancia le había hecho ser escéptico, pero ¿no iba a crecer nunca? No sólo estaba encerrado en su mente, parecía resuelto a poseer también la de Rose. El resentimiento la obligó a elegir las palabras.

—Escucha, Bill, creo que ya es tiempo de que te esfuerces en comprender. Hay cosas que no te he contado. Sabes que he tenido premoniciones... sí, lo sabes, ¡no lo niegues! Hubo aquella vez, cuando fallaron los frenos, y cuando te salvé en las escaleras de la casa de Gerhard. Vi lo que iba a suceder, y te salvé. Sabes perfectamente que no podía verlo de un modo normal. Diana también tiene premoniciones... ella sabía que algo iba mal aquel día, en su casa. Bill, ¿no comprendes que si no hubiéramos confiado en estas sensaciones ni tú ni yo estaríamos vivos ahora?

—Tienes razón en una cosa: *no* comprendo. —El sol que se reflejaba en las gafas de Bill tapaba sus ojos—. No puedo entender que este asunto te tenga tan dominada. Aceptemos que hayas tenido un par de premoniciones. Casi todo el mundo las tiene. Si las tienes con frecuencia por fuerza acertarás de vez en cuando.

—Es más que eso. No lo intuyo, *lo sé*. ¿Ya no confías en mi criterio?

—Déjame terminar. —Bill alzó una mano, como un guardia de tráfico... aunque una duda oculta encogió la piel que rodeaba sus ojos—. Supongamos que tus premoniciones fueran genuinas. ¿Cómo puedes permitir que te alucinen hasta el punto de creer el resto de este absurdo? He dejado de comprenderte. La mitad de las veces desconozco qué piensas o sientes. No eres la mujer con quien me casé.

En medio de su enojo, Rose experimentó un temor, momentáneo pero violento, de estar quedándose sola. E inmediatamente lo rechazó.

—Estoy comenzando a pensar que tú tampoco eres el hombre con quien me casé. No puedes ser dueño de mi persona o de mis ideas, Bill.

—Ese no es el problema. Se trata de compartir, y nosotros no estamos compartiendo nada. ¡Dios mío! —exclamó, al borde de la rabia—. ¡Hablas como si la culpa fuera mía, como si no estuviera dispuesto a dar un paso para comprenderte! ¿Y tú, por el amor de Dios? Estás tan encerrada en ti misma que ni puedo tocarte. Ni siquiera sabes lo que te está sucediendo.

Bill entró en la casa, con las gafas destellando cegadoramente.

—Aguarda aquí —dijo—. ¡Dios, voy a enseñarte algo!

Aunque el sol parecía intensificarse, Rose creía estar apartada del calor. Se sentía furiosa porque Bill la hubiera atrapado en aquella trifulca, indigna de perder el tiempo en ella... pero también esa sensación era una trampa. No podía permitirse creer que su matrimonio no merecía un esfuerzo. Sus nuevas dotes a ese precio.

Además, algunas acusaciones de Bill eran ciertas. Despreciarle diciendo que carecía de percepción y sensibilidad era injusto, y peligroso para su matrimonio.

Bill llevaba el cuaderno de notas cuando volvió a bajar. Parecía avergonzado y renuente, pero se explicó de inmediato.

—Preferiría no tener que decirlo, pero hemos de hablar de ello. No escribes como solías hacerlo antes. —Su voz era de crítica a una alumna, no a una colaboradora—. Escucha, a esto me refiero: «Los paroxismos de disgusto de Laughton con su jorobado cuerpo reflejan el propio disgusto del actor con lo que consideraba su deformada sexualidad». Bien, esto podría pasar, aunque creo que no hay muchas personas que sigan interesándose por Laughton. Pero mira esto, a ver qué te parece: «En David Copperfield (1935), el primer plano inicial del señor Murdstone (Basil Rathbone) fumando en pipa recuerda exactamente un bosquejo preliminar para el Sherlock Holmes de Rathbone de cuatro años antes, de forma tal que la inflexible represión de Murdstone ilumina con una inquietante luz las inexpresivas interioridades de Holmes». ¿Cuánta gente entenderá algo en este embrollo?

—Pero yo no puedo eliminar mis ideas. Eso no mejorará nuestros libros.

Bill le miró. Un fulgor de sol explotó delante de sus ojos.

—No sabía que pensaras que necesitaban mejorarse. Estabas muy orgullosa de nuestros libros. Escucha —dijo Bill con más suavidad—, he leído todo esto, y me he esforzado en ser objetivo. Veo que intentas hacer algo nuevo, pero no sirve para el libro. Has perdido la comunicación con nuestros lectores.

—¿Qué lectores?

—Los que nos han ayudado a triunfar. Escucha, Ro, parte de estos apuntes parecen una enciclopedia. Simples hechos y juicios, nada de personalidad. La gente no compra nuestros libros por eso. No son estudiantes que pagan para aprender. Quieren humor, entretenerse, y pensaba que estábamos muy orgullosos de poder complacerlos. No querrás deshacerte de todo eso, ¿no?

En los labios de Rose, el tic nervioso era una astilla.

—Bueno, espero que puedas encargarte de la popularización.

—Sí, supongo que es mi nivel.

¿Cuántas heridas ocultas más existían? ¿Cuánto tiempo llevaba Bill cavilando, ocultando sus pensamientos?

—¡Oh, Bill, no es preciso que discutamos de esta forma! ¿No crees que de vez en cuando deberíamos llegar a un público distinto? ¿A un público que entiende de cine? ¿No crees que siempre deberíamos esforzarnos en progresar?

—No, no lo creo. Sabemos cuando destacamos y, con franqueza, creo que es escribiendo, más que dando clases. ¿Cómo es posible que desprecies nuestra popularidad?

—Siguiendo ese criterio, Harold Robbins es el mejor escritor vivo. ¡Oh, por el amor de Dios, Bill! ¿Nunca te sientes insatisfecho?

—Sí, desde que empezaste a convertirte en otra persona. —Los luminosos discos

que ocultaban los ojos de Bill hicieron que Rose pensara en monedas sobre los ojos de un muerto—. Sé que tú no estás satisfecha —comentó con tristeza—. Lo supe desde que explicaste a Jack que al menos estábamos contribuyendo a la literatura cinematográfica. Al menos, fue lo que dijiste, ¿no es cierto? Supongo que te darías cuenta de que tampoco a Jack le gustó el comentario.

Ella no debía comprometerse más en la riña. Jamás habían tenido una discusión así, una discusión que reducía a balas todo lo que compartían para acribillarse mutuamente con la máxima malicia posible. Ella no iba a rebajarse a tales banalidades. Pero esa resolución podía ser, simplemente, otra forma de sentirse superior a su marido.

—Escucha, te explicaré cómo me siento —dijo Bill—. Me siento igual que Joel McCrea en aquella película de Preston Sturges: soy feliz divirtiéndome a la gente. Llegar a la gente, eso tiene cierta importancia, ¿sabes? Ahora das la impresión de querer vagar hacia el elitismo. Bien, es inútil que intentes comprometerme en eso. No me tiente lo más mínimo.

Rose no podía creer que Bill estuviera hablando en serio. Su forma de hablar era tan pomposa como para igualar lo peor de Hollywood.

—¡Oh, Bill! —exclamó casi entre carcajadas—. Este heroísmo de clase obrera no va contigo.

El rostro de Bill perdió expresividad a causa de su contenida rabia.

—Es obvio que va mucho más conmigo de lo que tú te has molestado en pensar. —Cuando siguió hablando, su tristeza fue casi indiferencia—. No creo que comprendas lo mucho que has cambiado.

Bill se volvió violentamente. Colin estaba en la puerta de su despacho, sonriéndoles.

—Vamos adentro —murmuró Bill—. No quiero que ese tipejo se entrometa.

Rose estaba harta.

—Voy a dar un paseo.

—En ese caso yo me ocuparé de que el libro tenga sentido.

—Sin duda lo harás mejor sin que yo te estorbe.

Cuando llegó al campo que había después del límite de Fulwood Park, Rose creyó estar enjaulada. Bill pretendía encerrarla en la monotonía, al negarse a ver más allá de lo conocido. Su esposo tenía todo lo que se había propuesto, y no estaba dispuesto a arriesgar una simple fracción de ello... Pero ¿cuánto tiempo llevaba incluyendo a Rose entre sus posesiones? Debía amoldarse a su desarrollo o perderla, y a Rose, en aquel momento, no le importaba lo que Bill decidiera hacer.

Lo peor de todo era que creía que Bill no confiaba en ella. Su marido pensaba que ella era incapaz de salir adelante con su desarrollo. ¿O era posible que todavía no creyera en sus facultades? Seguramente ni siquiera Bill podía mostrarse tan escéptico.

Rose se sentía oprimida por la falta de fe de su marido. Era una barrera que la separaba del extenso y soleado campo, del insondable cielo azul, del bullicio de luz

sobre el Mersey. Un barco de línea, que parecía ingrátido, destellaba en su ocioso desplazamiento. Las gaviotas daban vueltas, brillantes como fragmentos de la nube más elevada. Rose sintió la tentación de tumbarse en la hierba y flotar a cualquier parte que le fuera posible.

Eso no le serviría de nada. No debía usar sus dotes como una droga para huir de los problemas de su matrimonio, pues en seguida sería una adicta. Decidirse por no abusar de sus facultades; era demostrar cierta fortaleza. Siguió paseando, y finalmente el veraniego día llegó hasta ella, fundió la barrera. Había oscuridad en algún punto próximo... ¿en el futuro, tal vez? Un tren bramó al avanzar a toda velocidad bajo Fulwood Park, y Rose, inquieta, imaginó la tierra, hormigueante, infestada...

XX

Al dejar a un lado el libro, Rose se sintió satisfecha de sí misma. Como mínimo había aprendido lo suficiente para empezar. Su mente se había hecho más ágil, ávida de conocimiento, capaz de retener más cosas. Indudablemente se trataba de una facultad merecedora de su completo agradecimiento.

El cielo estaba nublándose. La oscuridad avanzaba letárgicamente por el horizonte. La reseca hierba parecía emitir la luz que había almacenado. La casa estaba llena de fastidioso calor.

Gladys aún se hallaba en el invernadero, por lo que Rose sabía. Había vislumbrado movimiento allí mientras estaba leyendo. Bien, el libro le había enseñado lo bastante para ser capaz de ayudarle: colaboraría con Gladys para variar.

Era injusto; no podía seguir usando a Bill como chivo expiatorio, no podía esperar que su esposo hiciera un esfuerzo sin esperar que ella hiciera lo propio. La noche anterior apenas se habían hablado. Se habían tratado como inválidos, temerosos de tocarse para no correr el riesgo de abrir una herida. Su matrimonio había sido tan racional, tan seguro en la paz, que el enfrentamiento resultó penosísimo. Cuando el enfado terminó, ambos intentaron superarse en el dominio de sí mismos: *Yo haré la cena. No, no es justo, yo haré la cena. Es perfectamente justo, yo la haré...* Si tan sólo hubieran sido capaces de reírse... pero los dos estaban encerrados en sí mismos. En la cama se habían mantenido separados. Bill fue el primero en dormirse, ruidosamente.

Por la mañana, muy tarde, Bill la había despertado suavemente.

—Tengo que ir a la biblioteca —había dicho Bill—. ¿Nos encontramos a las seis en Las Parras y comemos algo en Zorba? Podemos descansar un poco y hablar.

Al parecer, Bill pretendía olvidar la discusión, aunque luego había dicho algo, de mala gana pero en tono de excusa, que hizo que Rose no pudiera menos que pensar que lo amaba:

—Si quieres pediré tu libro astral mientras estoy en la biblioteca.

Ella creía conocerlo por completo. Debía tomarse la molestia de comprenderlo. Naturalmente que Bill debía investigar sobre el último de los entrevistados, al que debía ver en el National Film Theater, pero... ¿había decidido hacerlo hoy para que ella relejera su trabajo a solas, o simplemente pretendía olvidarse del libro hasta después de hablar? Rose le había dicho que no pidiera *Violación astral*; ya no estaba segura de querer leer el libro. Y además, Bill tendría la oportunidad de leerlo antes y preparar sus objeciones.

Quizá él tenía razón, quizá estaba reflejando excesiva erudición en su forma de escribir. Repasaría lo escrito en cuanto hablaran. Corregir su estilo sería una especie de desarrollo, al fin y al cabo. Debía estar más cerca de Bill para compensar su nuevo estado. Si a ella le había resultado tan difícil aceptarlo, ¡tanto más difícil sería para Bill!

Llevaba mucho rato sin hacer nada, meditando. ¡Estaba siendo introvertida para intentar no ser introvertida, vaya! Ya era hora de ayudar a Gladys. Los reflejos oscurecían los vidrios del invernadero, pero no había visto salir a Gladys.

El sombrío cielo era una masa perezosa. Nubes reflejadas fluían en el invernadero. El césped era una malla de lívidos arañazos. La penumbra anidaba en los árboles, variando sin cesar. La amenaza de una tormenta se aferraba a la cabeza de Rose como si fuera una gorra de tamaño muy pequeño. Cuando apretó el paso en el jardín, las sedientas garras de la hierba rascaron sus tobillos.

Abrió la puerta del invernadero y se detuvo, consternada.

A primera vista, el interior era tan fértil, y tan exuberante, como una jungla. Melones y pepinos sobresalían en los lechos de tierra. Por encima de ellos, en diversos estantes, los tomates colgaban bajo las hojas. Las hojas de las vides ascendían en surtidores hacia el techo y caían en cascadas. La humedad causó picazón a Rose. Pero nada de lo anterior le había hecho quedarse inmóvil. Era el hedor a podredumbre.

Mareada, Rose tuvo que agarrarse un momento al marco de la puerta. ¿Era posible que Gladys estuviera allí? Sí, ella escuchaba movimiento en el interior. Su vecina debía estar tapada por la maraña de vides que trepaban en el centro del invernadero, en las macetas que tenían más de medio metro de altura y casi idéntico ancho. Las plantas parecían descuidadas.

Una brisa silbó entre la reseca hierba y tiró de la parte trasera de la camiseta de manga corta de Rose, desprendiéndose de su piel. Al menos la brisa ventilaría un poco el invernadero. La creciente cerrazón del cielo hizo que se sintiera irritada, aprensiva. *¡Supera esto, por Dios!* Tras respirar profundamente, Rose avanzó.

Tuvo que aflojar el paso, porque cuanto más se acercaba, tanto más distinguía lo que estaba podrido. La corteza de los melones se había partido y rezumaba una espuma verde. La mayor parte de los tomates estaban negros; algunos habían reventado en el suelo de cemento. Vestigios de charcos aparecían en los desniveles del pavimento. Daba la impresión de que el lugar había sido medio anegado y abandonado después.

Era absurdo culpar a Gladys. ¿Lo habría hecho mejor ella, antes de leer el libro? Imaginaba los torpes esfuerzos de Gladys, llena de buenas intenciones, desesperada, atrapada en la desconfianza de sí misma. Nunca debía haber permitido que su vecina se encargara sola de la tarea.

Su contenida respiración estaba a punto de asfixiarla. Se precipitó hacia el extremo opuesto del invernadero. Momentáneamente pensó que habían brotado granos en los marchitos pepinos, hasta que vio que las excrecencias eran blancuzcas y se retorcían. ¿Había visto movimiento en una de las macetas? No importaba. Pasó rápidamente junto a las vides, antes de que su respiración se consumiera. Pero Gladys no estaba allí.

No había sitio en donde su vecina pudiera estar oculta. Al otro lado de las vides

sólo había cuadros de fresas. Toda la fruta estaba ennegrecida; algunas fresas parecían racimos de rutilantes huevos, con gusanos saliendo de la cáscara. Arriba, en las ventanas, otras vides estaban paralizadas en el acto de buscar a tientas una salida. Rose se sintió enjaulada entre plantas, entre un verdor de tétrico brillo. Conforme la luz solar se amortiguaba, se intensificaba la presencia del verdor... la presencia de podredumbre, que estaba abrumando a Rose.

Absurdo. Dentro de un instante ella se encontraría fuera, antes de que aumentara la oscuridad y no pudiera abrirse paso entre aquella porquería. Pero tenía que averiguar qué era lo que había oído moverse. ¿Habría entrado algún animal extraviado? Tras respirar forzosamente a través de sus dedos, Rose miró por los rincones. Las hojas de las vides eran un cubil de sombras. En los puntos donde las hojas se apretaban a los cristales, gotas de humedad se amontonaban formando una espuma gris. No había rastro de movimiento, excepto fuera, al otro lado de los vidrios.

No era al otro lado de los vidrios. Era detrás de Rose. Un vago e informe bulto oscilaba hacia ella.

Se volvió bruscamente.

—¡Oh, maldita loca! —se dijo, jadeante.

Sólo se trataba de la masa de vides en lo alto de las macetas. Las plantas se mecían en la brisa que finalmente había logrado penetrar en el invernadero. La misma brisa hizo girar la puerta con un ligero crujido, y la cerró. No había que preocuparse: la puerta no tenía cerradura. Seis rápidos pasos y estaría fuera del invernadero... pero algo se movía entre ella y la puerta.

Se quedó completamente quieta. La brisa topaba contra la parte externa de los vidrios, que vibraban suavemente. Sí, había otro sonido. A pesar de que era menos indeterminado que cuando lo había confundido con los movimientos de Gladys, seguía siendo difícil de identificar. Era algo grande, al parecer lento o torpe. Tal vez estaba despertándose poco a poco, o esforzándose, con su deformado cuerpo, para no hacer ruido.

Eso era ridículo: ¿Cómo era posible que ella supiera esos detalles si no veía nada? Quizás un vagabundo se había metido allí para dormir e intentaba arrastrarse hacia el exterior sin ser visto... ¿pero no era raro que alguien, incluso un vagabundo, se refugiara en un lugar como aquel? Rose pensó en cosas que crecían entre podredumbre. El desarrollo de putrefacción en el invernadero parecía excesivamente rápido, demasiado total.

No importa lo que pienses. Límitate a salir. Ya tenía fuerza suficiente para no dejarse llevar por el pánico. Lo único que debía hacer era abandonar el invernadero antes de que el pánico le afectara, antes de que el pánico la despojara de su control. Su imaginación era traicionera, y podía conspirar con lo que acechaba allí dentro, ponerla a merced de la misteriosa presencia.

Avanzó de puntillas. Los cristales parecían revestidos de penumbra. Plantas

putrefactas agobiaban a Rose con su espeluznante brillo. Todo tenía una intensa presencia, una desagradable proximidad. Los pepinos sobresalían entre las hojas, como muñones de piernas abrasadas. Los tomates pendían igual que bolsas de putrefacción. Brotaba espuma de los partidos labios de los melones. En el cemento, semillas desparramadas relucían sobre reventadas pieles de tomate.

Antes de llegar a las macetas de madera, Rose vio movimiento entre ella y la puerta.

Tuvo que apretar los dientes en la carne de su muñeca para contener un grito. Luego sus dientes empezaron a abrirse en una tenue sonrisa. Una vez más el movimiento era simplemente el de las vides, que oscilaban suave, irregularmente. Tal vez era lo mismo que había escuchado con anterioridad, lo que había conspirado con su calenturienta imaginación, con la confusa penumbra, con la humedad tan agobiante como la fiebre, para asustarla...

¿Cómo era posible que las vides se agitaran con la brisa, estando la puerta cerrada?

Rose contempló las plantas con una mirada de fascinada desesperación. Su movimiento no era enteramente irregular. Estaban siendo separadas con penosa lentitud por algo que había detrás de las hojas, algo supuestamente erecto.

Los sonidos ya eran clarísimos. Sonidos de humedad, sonidos de vacilación, pero que al mismo tiempo reflejaban un propósito. Rose pensó que la fuente de los ruidos era torpe como un niño, aunque sabía que era considerablemente mayor que un niño... Un apagado crujido indicó a Rose que algo estaba saliendo de una de las macetas.

Algo que destacaba entre la maraña de hojas. Rose no se atrevió a volverse, pero se esforzó en no ver para centrar la atención en su mano, que se movía a tientas detrás de ella, a lo largo de un estante buscando algo con que defenderse. Seguramente habría un arma, seguramente...

Sus dedos se hundieron en una fruta que parecía un globo inflado con fango. No debía acobardarse, no debía perder tiempo en temblores, sólo buscar, seguro que había un arma, el arma que había visto antes. Las yemas de sus dedos tocaron metal: una punta, no muy afilada, bastante roma, en realidad. Una fila de púas que pincharon los dedos de Rose, amenazando con provocarle espasmos y obligarle a tirar al suelo su arma. Después cogió las púas, y empezó a atraer lentamente hacia ella el rastrillo de jardinería.

Se había abierto una brecha entre las vides. Rose no logró distinguir la causa de la separación de las hojas, pero algo se vislumbraba detrás. Algo húmedo, color de manteca. Suponiendo que aquello estuviera mirándola, ¿por qué ella no distinguía un solo rasgo?

Asió con tanta fuerza el mango del rastrillo que se magulló la palma, y se esforzó en dar un paso adelante. *¡Ahora, ahora, antes de que eso se haga más fuerte, antes de que vea su cara!* Era muy posible que sus pies se hubieran fundido con el cemento;

apenas los sentía. *¡Ahora, antes de que eso perciba mi espanto!* De repente recordó que ya en otra ocasión había experimentado idéntico temor a llamar la atención, la noche en que la sesión espiritista de los vecinos despertó a la presencia.

Aquello sólo aguardaba a que ella llegara a las vides. Aun suponiendo que lo que acechaba fuera incapaz de moverse con más rapidez, sin duda podría caer sobre ella como un derrame de entrañas. En cuanto lo viera con claridad, la visión la mantendría paralizada hasta que la *cosa* pudiera erguirse y desplomarse para apresarla.

¿Por qué no se abría paso destrozando la pared del invernadero? Sólo se trataba de vidrio. ¿Pero hasta qué punto podría hacerse daño? ¿Cuánto tardaría en escapar? ¿Lo bastante para que aquella cosa blancuzca pudiera salir de su escondite y dejarse caer más cerca, y más cerca, mientras ella se debatía entre los fragmentos de vidrio?

De improviso, Rose perdió el dominio de sí misma. Lo que la inundó no fue tanto el pánico como la rabia; rabia contra sí misma por haberse aventurado a entrar allí, rabia contra la inminente tormenta por haber embotado su instinto, rabia contra el acechador por haberla reducido al estado de una niña aterrorizada. Avanzó con paso vacilante, balanceando el rastrillo para pinchar y rasgar.

—¡No se atreva a tocarme! —gritó.

¡Dios, se había puesto en evidencia! Después de echar atrás los brazos, tanto que el rastrillo obstruyó su visión, Rose arremetió con fiereza contra la brecha de las vides... con tanta fiereza que erró el golpe. Las hojas enredaron la herramienta y tiraron de ella. La fuerza del golpe hizo que Rose perdiera el equilibrio. Mientras la maraña de plantas caía hacia ella, su mano libre se hundió en el hueco y tocó algo.

Quizás eran hojas, una viscosa masa de hojas tan unidas que tenían el tacto de una superficie uniforme. ¿Pero cómo era posible que estuvieran tan frías? ¿Cómo era posible que las hojas se retorcieran, que se apretaran glutinosamente a la palma de su mano? Rose deseó con desesperación que se tratara únicamente de hojas, que su mano tan sólo hubiera penetrado entre ellas, que sus dedos no se hubieran hundido realmente en una masa blanda. Se echó hacia atrás y logró retener el rastrillo. Pero el escondrijo de las plantas se deshizo, y Rose no pudo menos que cerrar los ojos.

El pánico le hizo abrirlos inmediatamente. No había nada que ver: las vides sólo habían dejado al descubierto las macetas, con sus enormes bocas abiertas sombríamente bajo el derrumbado enredo. ¿O acaso había movimiento en las profundidades de la maceta más próxima, como la confusa visión de un nido de larvas? ¿Un movimiento de retirada, o de preparación para salir?

Rose se arrimó a los estantes y avanzó lentamente, manteniéndose tan apartada de las macetas como le era posible. La boca más cercana era enorme y oscura; era capaz de contener muchas cosas. La madera arañó su espalda. El dolor le hizo asir el rastrillo con más fuerza, asiéndose a una defensa. Finalmente se encontró tanteando la puerta, prestando atención a los sonidos entre el ruido de la brisa, a los deformados sonidos que había a su espalda. Un instante después abrió la puerta de par en par y se tambaleó sobre la hierba, sin dejar de restregar su mano libre contra sus tejanos.

Echó a correr, entró en la casa y se cerró con llave... pero en cuanto puso sus manos bajo el grifo del agua caliente y dejó de esforzarse en considerar que la casa era un lugar seguro, Rose se dio cuenta de que se había metido en una ratonera. El invernadero estaba muy cerca. El invernadero era el amo de sus pensamientos y contaminaba su hogar. Quizá lo que ella había vislumbrado era incapaz de salir, tal vez estaba menos presente físicamente de lo que ella había temido, pero hasta la idea de su proximidad resultaba horripilante. Rose erró por la vivienda, con las manos en sus palpitantes sienas. Sus pensamientos eran igual que martillazos. ¿Estaban sus facultades haciéndola más receptiva, sólo eso, o también atraían las cosas que ella percibía?

Las nubes habían proseguido su lento avance, arrastrando su carga de lluvia no derramada. El sol inundó el jardín, y proporcionó a Rose valor para mirar por la ventana. Clavó la mirada en el invernadero durante un instante, y a continuación cogió su bolso y huyó hacia la ciudad, hacia Bill, hacia la normalidad. A través de las hojas que oscurecían los cristales, Rose había visto fugazmente algo parecido a unas manos y una cara, muy apretada al vidrio y mirando hacia la casa.

XXI

Bill no estaba en la biblioteca. Ninguno de los rostros que miraron a Rose desde las mesas, como animales interrumpidos mientras comían, era el de su esposo. El alboroto de sus pasos la siguió bajo la cúpula de la biblioteca Picton. Bill no estaba en la biblioteca de Arte, desde cuya galería Rose vio a los lectores en sus mesas como si fuera el vigilante de una cárcel. Bill no estaba en el ruedo, relleno de filas de mesas de la Internacional. En esta última biblioteca, Hitler la miró desde un libro, *El dios psicópata*. El semblante del líder nazi parecía a medio formar, y próximo a un pánico secreto, mientras flotaba en la lustrosa negrura de la tapa. Sus retocados ojos semejabán brasas.

Rose deambuló por el centro de la ciudad en busca de Bill. En Manchester Street, el rey Jorge V y la reina María se alzaban como supervivientes de una gigantesca partida de ajedrez, y en el patio de las dependencias policiales el capitán Pottle dirigía la banda de la policía de Merseyside en una interpretación de temas de los Beatles. Pero Bill no estaba en la pinacoteca, ni en ninguna de las librerías, restaurantes o bares.

Negras nubes fluían en el cielo. El agonizante sol daba en las torres del Liver Building. Sobre el fondo de un cielo que era un turbio abismo, las torres tenían excesivo brillo, y la fragilidad de un esqueleto. En torno de Rose, Church Street había cobrado una intensa luminosidad. Los grandes almacenes fulguraban con violencia, todo era nítido y estimulante: las texturas de los ladrillos, lunas y baldosas, los contrastes entre anuncios fluorescentes y escaparates, ramilletes de flores que vibraban en macetas de cemento, las inquietas y azarosas configuraciones de las multitudes... El ponderoso cielo encajonaba a Rose. ¿Estaba su mente aferrándose a las apariencias para no atisbar una verdad?

Las tiendas iban expulsando a sus clientes. Los dependientes bajaban las persianas metálicas de los escaparates, o manipulaban las cerraduras, prohibiendo el paso a Rose. Oleadas de gente fluían hacia las paradas de autobús y los aparcamientos. La calle no tardó en quedar casi vacía. Por lo menos las calles del centro comercial tenían vida y buena iluminación, y Rose no se sintió completamente sola.

Pero sus compañeros no resultaron alentadores. La pierna de un vendedor de periódicos sobresalía de su madriguera de hojalata, igual que la pata de una araña. Una anciana estaba sentada en un banco, con la cabeza subiendo y bajando rápida e incesantemente, con el automático desasosiego de un pájaro enjaulado. Al subir por Bold Street, Rose pasó junto a un hombre vestido con una raída camisa, sentado en la acera que, apoyado en la pared de una tienda, leía el *Liverpool Echo* del día anterior aprovechando la luz del escaparate. A su lado, diversos sombreros se balanceaban en lo alto de unos soportes, igual que calaveras. ¡*Bribón!*, gruñía el hombre en cuanto el viento agitaba el periódico. Tenía el aspecto engañosamente amable de un sádico.

La brisa apenas movía el aire. El cielo parecía estar a la altura de los tejados. Rose se sentía como empapada en aceite descompuesto; una turbia oscuridad llenaba sus ojos. La cabina de un camión apareció circulando por Leece Street, y le hizo pensar en la cabeza partida de un insecto, todavía moviéndose. Cerca del Hospital Infantil, un guante estaba atrapado en un desagüe. Los dedos se agitaban, luchando débilmente para liberarse de la rejilla.

Cuando Rose llegó a Egerton Street, la luz estaba prácticamente extinguida. Se apresuró a entrar en un bar, menos recelosa de la lluvia que de la oscuridad. El interior no era tan brillante como ella esperaba... aunque sí lo suficiente para permitirle ver que Bill no se encontraba allí.

El revestimiento de las paredes en madera negra, absorbía la escasa iluminación. Lámparas asfixiadas por vidrio color carmesí resplandecían sobre sus soportes; rojizos lunares relumbraban en las rugosidades de las paredes. Rostros tallados miraban de reojo bajo las lámparas. Las narices de los presentes abultaban tanto como la mitad de sus sombríos e impasibles rostros. Los ojos eran gotas de aceite.

Rose acababa de reparar en un ángel dorado que colgaba sobre su cabeza de una cadena y cuyo semblante expresaba sufrimiento, cuando se presentó Guilda. GUILDA MEAKIN DEVORA MUCHACHOS, se leía en su blusa de manga corta.

—Hola. Perdona que la haya hecho esperar. ¿Dos cervezas?

Rose sintió una opresión en su cabeza.

—¿Dos? ¿Por qué dos?

—Una para su marido.

—Todavía está aquí, ¿verdad?

¡Oh, Dios, Bill debía haber salido hacía poco! ¿Cuánto tiempo iba a tardar en encontrarle?

—Sí, no se equivoca. Aquí está —dijo Guilda.

Rose no habría soportado una broma... pero era Bill, con las cejas brillantes a causa del agua que acababa de mojar su cara. Su sonrisa no sólo era un saludo, sino también una promesa de buena voluntad.

—¡Ah! Justo lo que necesitaba —dijo Bill, mientras cogía la jarra de cerveza.

Rose podría haber dicho lo mismo, con excesiva pasión. Su alivio al ver a su esposo le había quitado la fuerza para explicar lo sucedido en el invernadero, suponiendo que realmente hubiera pretendido explicarlo. Pagó las bebidas, dejando descuidadamente una moneda que había estado retorciendo entre sus dedos, y siguió a Bill hacia el salón del bar.

Había pocas personas en la reducida y oscura habitación, en donde vidrios de colores atrapaban la luz en engarces de plomo. Varios estudiantes estaban leyendo el *Socialist Worker*: LOS FASCISTAS GANAN ELECCIONES COMPLEMENTARIAS, decía el titular. Una masa grisácea fluía de la mesa, dejando rastros largos y delgados. Un cenicero se ocultaba bajo una rejilla en todas las mesas. Vacilantes figuras con grasientas caras asomaron entre las sombras, unas figuras

pintadas en las paredes. Había formas escondidas por todas partes, recordando a Rose lo mucho que había cambiado su mundo.

—¿Tomamos algo aquí y cenamos más tarde? —preguntó Bill.

—Si te apetece... —El cambio era insignificante comparado con los problemas de Rose.

—La cuestión es que te quería hablar de una cosa que me parece muy interesante. —La actitud de Bill parecía defensiva—. ¿Recuerdas a Hilary, mi alumna, la que tenía aquel terrorífico amigo? Después de romper sus relaciones con él, Hilary decidió asistir a clases de meditación, que han sido muy útiles para sus nervios.

—¿Intentas decir que deberíamos asistir nosotros?

—Bien, podríamos probarlo.

Cualquier esperanza de paz merecía una buena acogida, pero los problemas de Rose no se limitaban a los nervios. Sin embargo, probar no iba a hacerle ningún daño. Tal vez moderaría sus percepciones. No sabía qué otra cosa podía hacer.

—¡Guilda! —gritó Bill tras el primer indicio de acuerdo por parte de Rose—. ¿Puedes servirnos dos *pâtés*?

Tenían que esperar. Rose miró a su alrededor, intranquila, a los estudiantes que intercambiaban consignas políticas en lugar de conversación, a dos damas con sombreros de piel cuyos pintados labios eran visibles gracias al resplandor de sus cigarrillos, a un hombre que había pedido cena y que no cesaba de mirar con el mismo aire esperanzado de un enamorado en el lugar de la cita. Aquel hombre tenía los dientes apretados, y los dientes se astillaban y crujían. No, el hombre estaba masticando cubitos de hielo.

—Siento haber estado tan estúpido ayer —dijo Bill en voz baja—. Después de todo lo que te ha pasado... el ataque, el insomnio y todo lo demás... No me extraña que no escribas bien.

Los rostros de las paredes estaban sonriendo burlescamente, medio enterrados en una grasienta penumbra, y sin poder mover un solo músculo mientras se hundían más. Rose sabía cómo debían sentirse.

—Pierdo el control por cualquier motivo. —Bill apartó violentamente un mechón de pelo sobre su frente—. ¿Me has oído? Digo que yo también estoy nervioso. Es otra razón para dar una oportunidad a Ananda Marga.

¿Ananda Marga, eso era? Lo único que Rose sabía del grupo era que poseían un restaurante vegetariano en Hardman Street, al parecer frecuentado por lúgubres barbudos y jóvenes delgados y ariscamente virtuosos. Los pensamientos de Rose eran un torbellino, pero aparentemente estaban surgiendo en otro lugar, apartados de ella.

—Creo que lo que yo escribo también se ha resentido —estaba diciendo Bill—. Después de la sesión de esta noche tal vez podamos repasar juntos el libro y ver lo que se puede hacer. Es posible que nos estemos esforzando mucho sin necesidad. Quizá nos haga falta un cambio de ritmo.

Sí, hablar del futuro podía ser útil, podía ayudarle a creer que su estado actual no

duraría siempre, que dejaría de sentir pánico al pensar en volver a casa. ¿Acaso lo que había en el invernadero la había dañado física o psíquicamente? Tal vez las dos cosas, tal vez había sido peor de lo que ella temía.

—Un cambio de ritmo, sí —balbuceó, deseando aferrarse a la posibilidad, aunque desconociera qué tipo de posibilidad iba a ser—. ¿Hacer más entrevistas? ¿A eso te refieres? ¿Estabas pensando en la idea de Jack de ir a California?

—¡Oh, por Dios, no, nada de entrevistas! Me sentiré contento cuando ese libro esté concluido. Creo que deberíamos desarrollar más los temas que dominamos, pulirlos, esforzarnos en que el libro sea más accesible. También me refiero a mi parte, no sólo a la tuya. Pero, caramba, evitemos las entrevistas. Todavía tengo que hablar con ese maldito cerdo del National Film Theater.

—¡Oh, Bill, se supone que ese tipo no es tan inaccesible! No para personas que conozcan tanto su obra como tú. Te acompañaría si no fuera por mis clases. —De repente comprendió que iba a estar sola en la casa cuando Bill fuera a Londres—. Incluso iría sola —añadió con desesperada e indefinida esperanza.

—Mira, Ro, ya sabes que no harías tal cosa. No te gusta hacer entrevistas más que a mí. ¡Vaya, tuve que entrevistar a Dietrich casi sin ayuda!

El bar estaba llenándose. Miembros del profesorado de la universidad examinaron el salón y saludaron a los Tierney; luego se alejaron, al darse cuenta de que la conversación era personal. El banco forrado de cuero negro que ocupaba Rose extendía unos brazos que parecían serpientes con cabezas semihumanas, con unos labios más prominentes que las abultadas narices. Rose no quería tocar aquellos brazos; igual que las paredes, las caras estaban revestidas con su antigüedad, con una sustancia indistinta y viscosa de la que quizá no podría liberarse jamás.

—Entonces, ¿a qué tipo de cambio de ritmo te refieres? —interrogó.

—Bien, sólo es una idea. Tendremos que hablar de ello, por supuesto, concedernos tiempo para meditarlo. Pero creo que podríamos permitirnos el lujo de no dar más clases y dedicar todo nuestro tiempo a escribir. ¿No estarías más contenta?

—Tal vez.

Al menos eso sería una excusa para cambiar de residencia, quizás hacia el sur, más cerca de los editores. Rose notaba la preocupación de Bill, su buena disposición para cambiar si eso servía de algo, y sin embargo las intenciones de su esposo eran insatisfactorias para ella. Se encontraba sola en un mundo que se transformaba.

Apuró su cerveza, sin hacer una pausa para respirar. El alcohol hacía más pesada su mente, evitaba que flotara.

—Me gustaría tomar otra —dijo.

—A mí también. Sé cómo te sientes.

Naturalmente Bill no sabía nada. Ella esperaba que la merienda durara poco, ser capaz de comer sin ponerse enferma, para no tener que continuar allí. El alboroto del bar estaba perdiendo perspectiva, quizá superado por la oscuridad. Las pinturas de las

paredes parecían gelatina que cubría rostros ahogados. Una forma inestable, casi insubstancial flotaba sin control sobre una mesa. Rose iba acercándose cada vez más al borde de lo que antes tenía como realidad. Nada parecía bastante sólido para aliviarla. Quizá no existiera ningún lugar seguro.

XXII

Cuando llegaron a Ringle, la lluvia había cesado. Los había perseguido desde la parada de autobús junto a la catedral anglicana, un aguacero que había danzado en las calles laterales que llevaban al Mersey, brincando sobre los hoyos de los charcos y convirtiendo el techo del autobús en una estruendosa capa de agua. Al bajar, el aire olía a frescor. Rose experimentó un ligero alivio.

Sin embargo, la noche tenía un rasgo siniestro. La negrura se congregaba en el cielo. Mientras corrían por las anegadas calles, los transeúntes hollaban caricaturas de sí mismos, empequeñecidos y semidisueltos. Rose trataba de zafarse de una mancha de oscuridad y de gotas color carne que se pegaban a sus pies.

Aigburth Road estaba cubierta por una reluciente capa anaranjada bajo luces similares a barras de estufas eléctricas fijadas en ganchos de cemento. Los semáforos salpicaban la calle con pintura fluorescente: verde, ámbar, rojo... Los automóviles avanzaban sobre quebrados zancos luminosos y las luces traseras sangraban en el asfalto. Pese a todo ello, de ningún modo parecía haber suficiente iluminación.

El domicilio de Ananda Marga se hallaba al doblar la esquina, en Ullet Road. Dos viviendas georgianas con pequeños porches sostenidos por pilares se unían más allá de un tortuoso camino de entrada. Muchas de las numerosas ventanas estaban iluminadas, pero todas se encontraban discretamente tapadas por cortinas. Una torre, baja y ancha y rematada por una aguja de piedra, abundaba en ventanas; algunas estaban encerradas en balcones de hierro forjado. La mitad de una puerta de madera descansaba en un porche; un Renault repleto de heridas de orín se hallaba aparcado muy cerca. Gotas de lluvia color naranja se arrastraban en los árboles y arbustos que rodeaban estrechamente el edificio.

No sabían qué puerta usar. Finalmente probaron la del porche más lejano. El distante y apagado sonido del timbre pudo haber sido un ruido cualquiera de la calle. El silencio puso en tensión los nervios de Rose.

—Vámonos, Bill. Es muy tarde. Nadie va a abrirnos.

—Probemos una vez más. Les dije por teléfono que íbamos a venir.

Lo había hecho antes de consultar con ella. Pero no importaba. Lo que Rose era incapaz de soportar era la espera, la inminencia vaga y abrumadora como la niebla... Mas la puerta se abrió, sin el mínimo aviso de unos pasos audibles, y apareció un joven. Vestía una blusa india y llevaba el cabello recogido atrás con una goma.

—Hemos venido a la clase de meditación —dijo Bill.

—¿Ah, sí? Entren.

Atravesaron varias salas blanqueadas y subieron una escalera cercada por paredes sin brillo. Aunque parecía saber exactamente a dónde iba, el joven vaciló al llegar arriba.

—No, aguarden... Aquí hay yoga. Será mejor que probemos allí.

Hizo que se apresurasen a lo largo de pasillos descoloridos, de aspecto monótono;

algunos parecían familiares, otros no. El nerviosismo de Rose iba rayando su sentido de dirección. Una puerta se abrió a un nuevo pasillo, y siguieron al joven. Seguramente ya debían encontrarse en la casa contigua. Su guía llamó a la puerta y echó una ojeada al interior.

—No, aquí hay una clase avanzada de MT. Ustedes desean clases para principiantes. No sé dónde estarán... ¡Ah, esperen un momento! —Examinó otra habitación—. Sí, creo que es aquí.

No era muy probable. En la amplia habitación de alto techo, sobre las desnudas tablas del piso, cerca de diez personas estaban acuclilladas frente a una mujer joven con aspecto de monja que vestía un hábito anaranjado. Algunos de los presentes pugnaron por imitar la posición de piernas cruzadas de la joven, otros lo hicieron con flexibilidad y pulcritud.

—Me llamo Winnie. Tengo una tienda —estaba diciendo una galesa vestida de oscuro.

—Me llamo Gwen, soy su dependienta —murmuró la muchacha galesa que había al lado de la anterior.

—Madre e hija, ¿verdad? —La suave voz de la monja tenía acento norteamericano... Rose no pudo ser más concreta—. ¡Hola, entren! Usted es el que llamó antes —comentó a Bill—. Gracias, Joshua —dijo al joven.

Rose apenas logró acuclillarse en el espacio que los demás le dejaron, y cruzó las piernas con aire desafiante. No estaba muy segura de querer ver lo que iba a suceder, fuera lo que fuera. Observó a los componentes del semicírculo: mujeres jóvenes con absortas sonrisas, excesivamente tranquilas para necesitar aquella clase; un hombre con una chaqueta de *tweed*, tan larguirucho como una jirafa; un hombre menudo y rechoncho, de cara sonrosada, que se asemejaba a una caja fuertemente cerrada. El auditorio no era muy tranquilizador.

—Acabábamos de empezar —dijo la norteamericana—. Hemos hablado de razones para meditar. Al parecer a todos nos hace falta un medio para relajarnos, que es algo excelente. —Parecía muy cordial, incluso algo insegura de sí misma—. Estamos presentándonos y hablando un poco de nosotros mismos.

—Soy Diana —dijo la joven que estaba junto a la pareja de galesas—. Soy maestra. —Su rostro, tranquilo y claro como un cuadro, no se inmutó al añadir—: Sufrí un colapso.

—Soy mecánico —dijo un joven de Liverpool. Una arruga permanente en forma de pico hundía su frente entre los ojos, acercando sus cejas—. Siempre estoy peleándome. La gente excita mucho mis nervios.

—Soy... Robert —dijo recelosamente el hombre de la cara sonrosada—. Trabajo en la banca. Tengo dificultades para dormir.

Las confesiones iban avanzando con demasiada rapidez para Rose. Cuando llegara su turno, ¿qué iba a decir?

—Me llamo Bill —se presentó su marido, al lado de ella—. Soy escritor.

Últimamente he tenido ciertos problemas nerviosos.

—Me llamo... me llamo... —La mente de Rose tropezaba en la confusión de sílabas—. También soy escritora. Tuve que tomar Librium durante algún tiempo. —Una declaración deshonesta y pobre.

—Perfectamente —dijo la monja de ropa anaranjada—. Para empezar, es preciso que efectuemos ciertos ejercicios de relajación. Debemos estar en una situación de calma corporal. Así pues, lo primero que haremos será levantarnos.

Algunos tuvieron que levantarse apoyando las manos en las rodillas. El hombre larguirucho demostró poseer la elegancia de una jirafa. El hombre de tez sonrosada se frotó una pierna; un sofocado gruñido escapó a través de sus apretados labios.

—No se sienten como yo si no están cómodos —dijo la monja anaranjada—. Pero inténtelo si pueden. Les ayudará a encontrar su punto de equilibrio.

Algo inesperado estaba sucediendo a Rose. ¿Había empezado con el tartamudeo? Nadie había reparado en su torpeza, todos estaban nerviosos, tanto si lo demostraban como si no. Todos sentían simpatía por ella, deseaban que se calmase junto con ellos. Levantarse a la vez que los demás, cosa que siempre le fastidió en sus años escolares, le resultaba ahora francamente tranquilizador. ¿Acaso su nerviosismo estaba disipándose, ante la promesa de calma? Era muy pronto para saberlo.

—En primer lugar quiero enseñarles a que se relajen —dijo la monja anaranjada, con aire de desmayo...

Pero había empezado a hacer girar su cabeza, con soltura, pegando la oreja al hombro, la barbilla al pecho, la otra oreja al otro hombro, la cabeza a la espalda como si estuviera gargarizando. Igual que Música y Movimiento en la escuela primaria, y su acción despejó la habitación de los últimos vestigios de cohibición. Incluso el sonrosado Robert inclinó su cabeza con sumo entusiasmo. Al echar atrás la cabeza, Rose distinguió la cornisa del techo, limpia y sin mancha.

Agitaron los hombros para eliminar la tensión. Flexionaron el tronco, buscando a su alrededor la calma. Alzaron los brazos y los dejaron caer, igual que en una película a cámara lenta cuando la acción está a punto de congelarse por completo. Luego agitaron los brazos, lánguidamente, para desembarazarse del último resto de tensión.

—Ahora voy a enseñarles a respirar.

Un poco tarde para aprender eso, pensó Rose. El chiste fue un producto de la tranquilidad más que un acto defensivo. A pesar de que aún le daba miedo admitirlo, Rose se sentía segura. No percibía una sola amenaza en la espaciosa habitación blanca, sólo la esperanza de paz. ¿Lograría llevarse con ella aquella paz, fuera de la habitación?

Quizá sí... porque estaba aprendiendo a inhalar paz. Inspiraba con su diafragma y el aire hinchaba su pecho entero antes de llegar a los pulmones. Al expulsar el aire, experimentó fuerza y limpieza en su pecho. Las sensaciones henchían su cabeza.

Había más. Al inflarse su pecho, la habitación se llenaba de paz. Todos estaban tranquilos —gracias a Dios, Bill no era una excepción—, pero había algo superior a

la calma individual en la habitación, o muy cerca. ¿Acaso la paz compartida constituía un tipo de energía? Cuanto más confiaba en su sensación de tal energía, tanto más aumentaba la paz. Quizás ella colaboraba a que fuera así. Estaba eliminando su tensión como si fuera un trasto viejo e irritante.

—Ahora realizaremos el mejor ejercicio de relajación. Es preciso que nos tumbemos, con las manos en los costados.

Rose experimentó una punzada de nerviosismo. ¿Y si aquella posición le hacía salir de su cuerpo? Era la posición ideal para un viaje astral, lo había leído en su libro. No obstante, ¿qué importancia podía tener? En el lugar donde se hallaba no iba a verse dominada por el pánico, lograría controlarse inmediatamente. Además, un saliente entre las tablas del piso estaba apretando su muslo. Ese detalle tenía que mantenerla consciente de su cuerpo. Le produjo consternación el hecho de que necesitara tener tanto cuidado consigo misma.

—Cierren los ojos —dijo la monja anaranjada—. Ahora quiero que todos ustedes sientan su cuerpo. Empiecen con los pies. Sientan la tensión que hay en ellos, en los dedos. Póngalos tensos. Ahora eliminen toda la tensión, hacia el suelo. Noten cómo va eliminándose. Ahora las pantorrillas. Perciban lo tensas que están...

Quizás el ejercicio iba a resultar doblemente útil: además de relajar a Rose, le ayudaría a vigilar su cuerpo.

—Dejen que la tensión salga de sus muslos, hacia el suelo...

Las tablas del piso tenían un tacto más blando, absorbían la tensión de las piernas, que adquirirían una flaccidez cada vez más sensual. La voz norteamericana ejercía un efecto sosegante, casi hipnótico. Llenaba la habitación de suavidad y calma. Se había hecho más firme, más segura ante la confianza del grupo. Todos estaban unidos.

—Eliminen la tensión de sus rostros. Pongan cara de diversión.

El semblante de Rose se suavizó en una sonrisa. Podía imaginar a todo el mundo sonriendo obedientemente: Bill, Robert, incluso la monja de hábito anaranjado. Todos olvidarían su timidez. Confiaban en los demás, eran compañeros en la búsqueda de paz. Rose ansió poder verles las caras.

De repente lo consiguió, las caras estaban debajo de ella, sobre el suelo.

De manera que había sucedido a pesar de todo, a pesar de su vigilancia. Aquella calma compartida la había despojado de la percepción de su cuerpo, de su individualidad. No obstante no experimentó pánico. Se mantenía con buen ánimo gracias a la calma de los demás, gracias a la visión de Bill en reposo, de su propio cuerpo, totalmente relajado. La fría habitación blanca era paz hecha visible. Rose no tenía miedo de flotar. Al contrario, sentía un inmenso agradecimiento por poder estar así sin temor, acunada por la blancura. Tal vez era el alivio, en parte, lo que había superado su miedo, pero jamás en su vida había experimentado tanta tranquilidad.

Un movimiento llamó su atención. La monja estaba sentándose. Por debajo de Rose, la norteamericana ofrecía un aspecto insignificante, frágil, de complacencia ante la calma que había ayudado a crear. Sintió un inmenso afecto por la monja, y

ansia de poder expresarle su gratitud de algún modo.

—Siéntense lentamente —dijo la monja.

Visto desde arriba, el semicírculo de figuras se asemejaba a una flor que cerraba sus pétalos para pasar la noche. Todos se sentaron excepto Rose. Debía regresar antes de que alguien observara algún detalle raro. Naturalmente los presentes sólo podían suponer que ella estaba completamente relajada, pero era mejor que actuara deprisa. Sólo tenía que pensar en...

Aún estaba mirando hacia abajo cuando su cuerpo se irguió y abrió los ojos.

Los movimientos de su cuerpo fueron espasmódicos, de ningún modo naturales. Rose habría dicho que era una marioneta que trataba de imitarla, una marioneta que tenía mente propia, o algo similar. Una mano de aquel cuerpo se arrastró por el suelo en busca de apoyo, y tocó los dedos de Bill. Este parpadeó ante la masa que se acuclillaba a su lado, y le ofreció una secreta sonrisa, como si el espasmódico objeto fuera Rose.

Mientras su marido sonreía, la cabeza de la otra Rose se volvió hacia él, oscilando ligeramente como si el cuello estuviera cediendo. Los ojos del cuerpo de Rose miraron los de Bill. La sonrisa del escritor vaciló, reflejó un creciente asombro... pero Bill desconocía evidentemente que lo que había detrás de aquellos ojos no era Rose.

Lo más terrible era tener que mirar sus ojos. Su mente estaba a punto de estallar, era una cáscara carente de pensamientos. Lo único que podía hacer era chillar antes de que su horror la llevara fuera de la habitación, hacia la ilimitada oscuridad. El chillido surgió de sus labios en forma de ahogado alarido, que guardaba poco parecido con su voz.

Pero ella se encontraba acuclillada junto a Bill. Notaba su mano aferrando la de su esposo, el temblor de sus labios, el calambre en sus muslos. ¿No se exponía a que los temblores volvieran a expulsarla de su cuerpo?

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —estaba musitando.

Hasta que Bill no jadeó, Rose no se dio cuenta de que sus uñas habían punzado la piel de la palma que apretaban.

La monja de hábito anaranjado se acercó presurosa, ansiosa de ayudar. Las galesas iban de un lado a otro alrededor de Rose y Robert mostraba su ceño en segundo término, con la cara cada vez más sonrosada. Ninguna de aquellas personas tenía utilidad para Rose. Sólo servían para abrumarla. Deseaba estar sola, para juzgar la gravedad de su problema, sola con aquel objeto desconocido y traicionero, su cuerpo, que percibía como algo febril, inestable, quizá nada parecido a carne.

Se levantó con esfuerzo. Habría empujado a las preocupadas caras de no haber sido porque éstas se retiraron. No podían ayudarle. ¿Pero había algo que pudiera ayudarle? ¿Alcohol, sedantes?

—Lo lamento —logró decir, y salió de la habitación dando tumbos, confiando en que Bill la siguiera, aunque demasiado asustada para preocuparse de ese detalle.

Cuando llegó a la puerta, neuróticamente consciente de todos los pasos que había dado para atravesar las dos casas, su cuerpo empezó a parecerle algo propio. Pese a que sus sensaciones se aferraban a ella como si de fango se tratara, deteniendo el tiempo a su alrededor, Rose se alegró en parte del cambio: le servía para mantenerse consciente de su cuerpo.

En el exterior, las lámparas de vapor de sodio marchitaban la noche. Los árboles eran esqueletos de metal color naranja provistos de piel, plateados con oleosas hojas.

—Mañana iré a ver a Colin —dijo Rose bruscamente. Era la única esperanza que podía ofrecerse. Su voz era débil, la noche la apagaba.

—De acuerdo —contestó Bill con tono de fatiga, de desesperanza. Al parecer ya habían llegado al tácito acuerdo de que él no haría preguntas sobre sus problemas—. Pero no permitas que te utilice como conejillo de Indias.

Caminaron por Aigburth Road. Varios autobuses pasaron estruendosamente a su lado, cargados de luminosas y flotantes cabezas, arrastrando confusos velos de luz sobre la acera. En el cielo, las nubes se hallaban tremendamente diseminadas. La oscuridad se cernía sobre la ciudad, como antesala de lo infinito. Delante, Rose vio algo, quizás un recuerdo y una premonición al mismo tiempo, que tenía color de manteca y estaba emergiendo torpemente de unas vides.

XXIII

—Gladys —dijo abruptamente Rose—, ¿ha estado en el invernadero hace poco?
Gladys se agachó con la tetera que llevaba en las manos. El chorro de té se bamboleó en torno al borde de la taza, como si buscara una salida.

—Regué tanto como pude —masculló—. Pero aquello era demasiado para mí.

—Entonces, ¿hace tiempo que no entra allí?

—Perdone, Rose. No era mi intención desatenderlo. Sé que lo prometí, y que la he decepcionado. Lo intenté, pero entonces descubrí que no sabía cómo hacerlo.

—No se culpe, Gladys. Dije que le ayudaría, y no lo he hecho. —Rose guardó silencio, maldiciendo su propia torpeza.

Finalmente Gladys se fue a la cocina con el tembloroso plato de su taza de té.

—Entre nosotros, Rose —dijo entonces Colin—, hay cosas que usted no sabe. Creo que el lugar es un recordatorio de ingratas experiencias africanas para mi madre... Hay excesivo verdor, ¿comprende?, y el ambiente... Debí ofrecermelo para la tarea, pero he estado tan ocupado que...

—Es más que el ambiente. Quizás ella percibe también algo extraño, vagamente. —Rose creyó estar a punto de un acceso de temblores—. Hay algo allí dentro. Lo he visto.

—¿Algo? Ah, ¿se refiere a...?

—Sí, algo sobrenatural. Algo diabólico.

—¿Se trata de una de sus nuevas percepciones? ¿Debo considerar que ya las acepta?

Colin estaba ansioso, no turbado, ni mucho menos, por lo que Rose acababa de explicar. Ella recordó la advertencia de Bill.

—Sí, tengo que hacerlo —replicó tristemente—. Pero no lo deseo; no cuando se trata de cosas así.

—Excúseme. Es lógico que esto sea muy duro para usted. ¿Podría acercarse a la ventana y decirme si ve algo ahora?

El césped brillaba como fragmentos de hueso. Las vidrieras del techo del invernadero tenían el color azul de una piscina en la que se reflejaba un mar de nubes. Los vidrios que daban a la casa eran transparentes, excepto en los puntos donde las hojas se pegaban al cristal.

—No, allí no hay nada —contestó Rose con voz de fatiga.

Por lo menos, nada visible, lo que significa que ella no podía ver lo que aquella cosa estaba haciendo. Ni siquiera distinguía las macetas de madera. La noche anterior Rose no había dormido bien, repitiéndose una y otra vez que *aquello* estaba prisionero en el invernadero, que el dormitorio no daba al jardín, que no tenía que vigilar. Sus pensamientos habían flotado sin rumbo en olas de whisky, y la tranquilidad que le habían proporcionado resultó patéticamente escasa.

—Sí, hay algo. —No podía permitir que Colin creyera que se encontraba

tranquila—. Lo percibo. Todo está podrido allí dentro. Es posible que la podredumbre hiciera crecer *eso*, o al revés. Sea como sea, se trata de algo vivo, o que al menos puede moverse. —Las frases iban siendo cada vez más insensatas, pero apenas tenía importancia—. Creo que se halla en una de las macetas de madera.

Colin mostró su simpatía.

—Bien, le diré una cosa que podemos hacer. Antes de que acabe el día, Bill y yo limpiaremos completamente el invernadero. ¿Se sentirá mejor así?

—Es posible. —Rose deseó mostrarse más agradecida... pero entonces descubrió el fallo—. No debe explicar a Bill el motivo de la limpieza —suplicó.

—Claro que no. Lo comprendo perfectamente. Lo único que su esposo ha de saber es que hay cosas en estado de putrefacción.

A Rose no le gustaba conspirar contra Bill, ¿pero qué otra cosa podía hacer? Su marido se había ofrecido para volver a casa con ella, tratándola como si fuera una niña asustada del dentista. Tuvo que aparentar firmeza antes de que él le permitiera regresar sola.

—¿Qué otra cosa le preocupa? —preguntó Colin.

—No quiero tener tanto miedo. En estos momentos siempre estoy asustada.

—¿Miedo a las facultades que se están desarrollando en usted, a eso se refiere?

—Exacto. Sobre todo, me aterroriza que mis facultades sean las que atraen las cosas que veo.

—No creo que tal cosa sea probable. ¿Usted sí? Recuerde, sólo se trata de percepciones, por más extrañas que puedan parecer. Sabemos que la observación altera el objeto observado, pero no del modo que usted menciona. Francamente, creo que puede tranquilizar su mente a este respecto.

Rose no comprendía cómo Colin podía saberlo, pero en cualquier caso sus palabras no eran demasiado tranquilizantes.

—¿Sigue teniendo miedo? —inquirió Colin.

—Sí.

—¿Puede explicarme qué es lo que le asusta?

La habitación era brillante y reducida como una concha, no ofrecía defensa alguna contra el lento movimiento del invernadero. Todo era frágil y parcial, todo lo que Rose había considerado como el conjunto de la realidad.

—Temo que me estén dando demasiada energía —contestó.

—¿Quién? ¿Lo sabe? Esfuércese en explicármelo.

—Las cosas que veo. Las cosas que me están ocurriendo, los cambios. Y el pánico. —Sus palabras eran incapaces de expresar sus temores. Se esfumaban como niebla a la luz del sol, dejando sus temores enterrados en su interior, en la oscuridad.

—¿Pero por qué ha de tener miedo? No olvide que *ha* sobrevivido a todas estas cosas. No la han vencido. Me parece que su fuerza interior ha aumentado para hacer frente a ellas. Muchas personas habrían sufrido un colapso nervioso con la mitad de sus experiencias. ¿Puedo sugerir que la causa que entorpece su fuerza interna es

simplemente la amenaza de pánico?

—Es probable que tenga razón. —Había llegado a idéntica conclusión la noche anterior, mientras estaba desvelada entre las oleadas del whisky. Ello le había permitido dormir un rato... pero nada más despertar, sus temores seguían allí, aguardándola—. Sin embargo no sé qué puedo hacer para evitarlo —gritó—. A veces el pánico es tan insufrible que me impide pensar. Eso ocurre cuando me encuentro en peligro.

—Y por tanto, desea que yo le ayude.

Colin se mostraba tan seguro de sí mismo que Rose se quedó con la boca abierta.

—¿Puede hacerlo?

—Bien, no me es posible detener su desarrollo. Aunque pudiera, dudo que la medida fuera aconsejable. —Al ver el desaliento de Rose, el psiquiatra se apresuró a añadir—: Pero es posible que pueda aliviar su temor, tal vez curarlo.

—¿Cómo?

—Enfrentándola a la fuente de ese temor. No se preocupe, no me refiero a un enfrentamiento real. Creo que esa fuente se halla en su memoria. En realidad, usted misma me ha convencido de ello, hace un rato. Me gustaría guiarla para volver a ese punto.

Seguramente un recuerdo no le causaría daño, pero Rose reflejó intranquilidad en su respuesta.

—¿Cómo lo haría?

—Preferiblemente con drogas.

—No. No, ya he perdido el control en demasiadas ocasiones.

—De acuerdo —dijo Colin, ecuánime—. Estará consciente mientras la guío. Tal vez dure más, pero se sentirá segura. —Bill asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. Rose y yo necesitamos estar solos durante un rato.

El psiquiatra echó las cortinas.

—Me gustaría que se tumbara en el sofá —dijo mientras tanto—. Y excúseme por ese procedimiento tan convencional.

En cuanto se acostó, Rose se sintió vulnerable, al recordar lo sucedido en la casa de Ananda Marga. La penumbra confundió su percepción de la sala.

—No se preocupe, estaré siempre a su lado. —Las palabras de Colin indicaban que había notado su nerviosismo.

Quizás el experimento fuera útil. Al menos Colin parecía tener una vaga noción de los peligros a que Rose se arriesgaba. El médico tomó asiento junto a ella en una silla y empezó a acariciarle la frente.

—Trate de relajarse —dijo suavemente—. Limítese a escuchar mi voz. Confíe en mi voz. Tranquilícese y deje que mi voz la guíe. Podrá oír mi voz constantemente, de tal manera que sabrá que estoy con usted. Relajase y déjese llevar por mi voz. Recuerde que estoy con usted. No está sola...

¿Estaba tratando de hipnotizarla? Su voz siguió sonando monótonamente, su

mano continuó las caricias. Voz y mano compartían un sosegado ritmo. Seguramente la hipnosis sería algo más que eso. Al menos estaba empezando a sentirse segura, y no le importó cerrar los ojos. La mano de Colin parecía enorme, como la de un gigante protector. Rose creyó ser una niña, estaba segura, sin complicaciones, aliviada de sus responsabilidades.

—Ahora quiero que vuelva al pasado conmigo. —¿Había estado repitiendo la frase durante algún tiempo?—. Voy a guiarla para que recorra algunos de sus recuerdos. Tenga en cuenta que yo estaré allí. Si no lo soporta, haré que regrese inmediatamente. Ahora retroceda —dijo su murmullo de gigante más allá de la acariciadora y gigantesca mano—. Retroceda a la última ocasión en que estuvo al borde del pánico.

Eso no era justo. Se suponía que Colin estaba vigilándola, no llevándola a lugares que no deseaba visitar. Pero ya estaba allí flotando en la habitación blanca, y por debajo de ella, en el suelo...

Comenzó a debatirse alocadamente, gimiendo. No se trataba de un recuerdo, sino de un momento que había aguardado una segunda oportunidad de abrumarla.

—Dígame qué ve. Debe decírmelo, Rose. Dígame por qué tiene miedo.

¿No se daba cuenta de que ella no podía hablar? Su boca se hallaba en algún lugar lejano, fuera de su alcance. La voz de Colin había acudido en su socorro demasiado tarde. La blancura había atrapado a Rose igual que ámbar. En lontananza, empero, había alguien que murmuraba. Rose creyó ser capaz, hasta cierto punto, de controlar el significado de los murmullos; sí, aquellas palabras eran algunos pensamientos suyos. Pese a su vaguedad, se trataba de un cabo salvavidas. Significaba que una parte de Rose estaba a salvo de la habitación blanca.

—Estoy fuera de mi cuerpo —logró decir, o así se lo pareció—. En una clase de meditación. Queríamos relajarnos. He perdido el control.

—¿Puede ver su cuerpo? ¿Dónde está, Rose?

—En el suelo. Ella dice a todos que se sienten. Se sientan. Igual que mi cuerpo, pero yo no estoy allí. ¡Oh, Dios! —musitó la voz distante—. ¡Hay algo dentro de mi cuerpo!

—¿Puede volver a su cuerpo? Debe hacerlo. Puede hacerlo, ¿verdad, Rose?

—Estoy aterrorizada. —Al mismo tiempo se sentía extrañamente separada de sus sentimientos, como si éstos se hallaran proyectados en una pantalla, con los lejanos murmullos como banda sonora—. No puedo pensar. ¡No puedo, no puedo! ¡Tengo que chillar!

La banda sonora se encargó del chillido, un fluctuante alarido similar al grito de alguien que es sordo de nacimiento, un grito de agonía.

—¿Ya está en su cuerpo, Rose?

—Sí. —Bill estaba mirándola, y tenía la boca abierta. Rose notó que sus uñas se hundían en la piel de su marido.

—De modo que ha logrado salvarse, ¿no es cierto? Suciedera lo que sucediera, ya

no es preciso que siga asustada. Ha sobrevivido.

Parecía cierto. Los distantes murmullos se habían llevado parte de su pánico. La voz de Colin la guiaba hacia una paz final.

—Retroceda ahora, Rose —decía el psiquiatra—, a la primera vez que abandonó su cuerpo.

Por eso la mano que acariciaba su frente le había parecido tan grande. Era una niña, y la mano pertenecía a su madre. Pero su madre se iba; abandonaba a Rose, igual que tío Wilfred y tía Vi. Su dormitorio era inmenso como la noche.

—Vuelve —imploró, pero la voz era indistinta, casi fuera de su control.

—¿Cuántos años tiene, Rose?

—Once. —Los murmullos eran más lentos, ya que había que dragarlos en el pasado en que Rose se hallaba inmersa—. Tengo fiebre. Mamá me ha dejado sola. ¡No quiero que me deje sola!

Los murmullos vacilaron, agitados por el pánico. Algo se extendía hacia ella, y la niña prefería morir antes que saber de qué se trataba. Su ropa, colgada en una oscura silla, se había convertido en un rostro que esbozaba una lenta sonrisa. Las sombras se aferraban a los rincones del techo, dispuestas a lanzarse, a arrastrarse hacia Rose... pero lo que se agitaba como un bebé en algún lugar de la negrura, ansioso de llegar hasta ella, era infinitamente peor.

Antes de que pudiera advertirlo, Rose había huido. Su cuerpo, hinchado y ardoroso a causa de la fiebre, había desaparecido. Rose seguía sintiéndose aturdida, aunque de un modo nuevo y divertido. Se hallaba en las escaleras, o por encima de ellas. Su madre estaba debajo. La parte de Rose que observaba el recuerdo se sorprendió al ver lo joven que era su madre —no tenía canas, no caminaba encorvada, no tenía manchas blancas en los dedos— y al mismo tiempo, a pesar de todo, su madre estaba encogida y fatigada, era más vieja que sus años.

—¿Está fuera de su cuerpo ahora, Rose?

—Sí. —La voz de Colin la distrajo, importunó su concentración—. Cállese —consiguió que expresaran los murmullos—. Mis padres están hablando. Déjeme escuchar.

Se encontraba junto a la puerta del cuarto de estar. Apenas la reconoció, puesto que estaba acostumbrada a mirar desde abajo, no desde arriba, los paneles más altos.

—¿Cómo está? —oyó decir a su padre en medio de su fascinación, que había dejado atrás el pánico.

—Oh, George, no lo sé. Pienso que no ha mejorado nada. ¿Y si fuera algo más que fiebre? Wilfred y Violet murieron poco después de aquella otra complicación... eso no ha ayudado mucho.

—No te aflijas, Margaret. Somos tan capaces de atenderla como ellos.

—No me refiero a eso. A veces pienso que hemos perdido a la niña junto con Wilfred y Violet. Ella no cree que podamos ocupar su lugar.

—Bueno, francamente, eso es absurdo. La niña les tenía cariño y ellos la querían,

pero no hay que exagerar. ¿A dónde quieres ir a parar?

—A veces creo que ha dejado de confiar en nosotros. Nos culpa por no haber evitado que saliera aquella noche.

Rose se alejaba flotando, como ceniza en una chimenea. El recibidor se hundió bajo ella. ¡Pero ella deseaba escuchar el resto!

—No, todavía no —se quejaron los murmullos.

—¿Dónde se encuentra, Rose?

—En la cama. —Apenas tuvo fuerzas, frustrada como estaba, para añadir—: Ha terminado.

—¿Está asustada ahora?

—No.

—Perfecto. —El médico acariciaba su frente, pero Rose sabía que no era la mano de su madre, no podía engañarla. La voz de Colin se hizo muy suave—. Creo que tenemos que retroceder más. Recuerde que estaré a su lado siempre. No la abandonaré ni un instante. Puedo hacerla volver inmediatamente si es preciso.

¿Por qué se tomaba tantas molestias en tranquilizarla? Rose experimentó una agitación en su mente, a duras penas perceptible.

—Vamos a regresar a un momento de su infancia en que usted tuvo mucho miedo —dijo suavemente Colin—. Tanto que casi lo ha olvidado. Quiero que me hable constantemente. Cuénteme...

El psiquiatra debía estar modulando su voz para sujetar a Rose, para evitar que se zambullera en las profundidades del momento a que se refería. Pero era demasiado tarde. Un súbito terror había abrazado a Rose y tiraba de ella. La oscuridad era total, y sofocaba todos sus sentidos. Apenas oía la voz cada vez más débil de Colin.

—Vuelva, Rosalind. Vuelva. Tiene que oír mi voz. Vuelva.

El terror de Rose era un pozo sin iluminación por el que estaba cayendo. Quizá no habría fondo, sólo negrura... pero algo que había hecho de aquella negrura su madriguera ascendía rápidamente, con la rapidez de una araña, para atrapar a Rose.

XXIV

Era la hora del crepúsculo, y sin embargo el invernadero estaba oscuro. La brisa tentaba el montón de basura que había junto a la pared; por eso estaba agitado el montón. El contorno de vides se estremeció, la masa de basura cambiaba de forma inquietantemente. El crepúsculo contribuía a oscurecer los movimientos en las entrañas de los desechos.

Bill y Colin tenían que sacar parte de la basura usando cajas; varias manchas rezumaban a través del cartón. Bill cargó su caja con tanta cautela como si el contenido fuera algo vivo. Unos melones yacían en el enmarañado lecho de vides igual que cabezas, relucientes y sin rostro. Conforme el montón crecía, más difícil resultaba escudriñar sus entrañas. Al menos soplabla una brisa definida para explicar los movimientos; los árboles se inclinaban sobre el muro. Rose pensó que cualquiera de ellos podía transformarse fácilmente en un cubil.

La escritora se encontraba en el despacho. El cuaderno de notas yacía abierto ante ella, para hacer creíble su excusa de estar escribiendo. Colin la había acompañado hasta su casa, para poder hablar con Bill.

—Me temo que el estado del invernadero se nos ha ido de la mano.

Y Bill había convenido en ayudar, muy rápidamente, quizá para eliminar obstáculos y formular la pregunta importante:

—¿Te encuentras mejor, Ro?

Mientras Rose sonreía, consciente al hacerlo de que el centro de paz que estaba sosegándola era el Librium, Colin le había ahorrado la contestación.

—Hemos hecho algunos progresos, pero creo que nos hemos esforzado demasiado con excesiva rapidez.

Rose debía haberse desmayado sobre el sofá de Colin. Había despertado pugnando por ascender, para apartarse de la negrura. La habitación le pareció no tener vida, poco convincente, un decorado cuya iluminación descubría su falsedad, incluso después de que el psiquiatra abriera las cortinas. En ese momento había creído que su mente estaba vacía: apenas recordaba nada, sólo una zambullida en la oscuridad después de que sus padres dijeran algo que era incapaz de evocar.

—Por lo menos vamos a ocuparnos del invernadero hoy mismo —había dicho Colin.

Y Rose comprendió durante un instante a qué se refería el médico. Pero las siguientes palabras de Colin anularon su comprensión.

—Hay algo que sigue enterrado en su mente. Debemos tratar de descubrirlo pronto.

El cuerpo entero de Rose se había encogido, y creyó correr el peligro de temblar hasta perder el dominio de sí misma.

—Por el amor de Dios, deme un Librium —había suplicado.

Colin estaba arrastrando las últimas vides y arrojándolas al montón. Entró en el

invernadero tras evitar el choque con Bill, que salía en ese mismo instante, y Rose oyó sonidos de astillamiento. Bill se apresuró a dar la vuelta, pero Colin surgió del invernadero cargado de madera rota.

—Estos cubos están podridos —dijo el médico—. Será mejor partirlos y volver a empezar.

El único deseo de Rose fue que Colin no se encargara personalmente de la tarea. Las tinieblas cobraban volumen como estático humo. El psiquiatra no iba a distinguir el interior de los cubos. Rose contempló inquietamente la puerta del invernadero... pero Colin salió con los restos de un cubo, que hundió en el montón.

Lo peor —más consternador, en cierto sentido, que el terror que había extinguido con el Librium— era que ya no confiaba por completo en Colin.

—Lo siento —le había dicho él al cabo de unos instantes—. No pensaba que usted fuera tan sugestionable. Supongo que debí haberlo previsto. Tenía que haber ido más despacio, con más cuidado.

¿Acaso no había sido una simple afirmación de que él no podía mantenerla a salvo tal como le había prometido? Tal vez Colin se sintiera también cada vez más inseguro de sus habilidades, porque le había sugerido que ensayara la acupuntura para calmar sus nervios.

El invernadero ya estaba vacío. Los cristales estaban limpios, si se exceptuaba los espectros de hojas que subsistían en los lugares donde éstas habían sido arrancadas del vidrio. Colin vertió gasolina en el montón de desechos. Esa era la única razón de que ciertas partes de la pila fulguraran húmedamente y no estuvieran totalmente inmóviles.

El primer estallido de las llamas iluminó los rostros de los dos hombres mientras éstos retrocedían. El fuego se esparció por la hoguera, avanzando apresuradamente hacia la cima. Las vides se retorcieron y crujieron, las podridas hortalizas silbaron. Las sombras de la hierba danzaban, avanzando en hileras y retirándose. Los ladrillos del muro parecían calentados al rojo. Los cristales del invernadero recordaban pantallas de monitores, repitiendo constantemente imágenes del fuego.

Rose había renunciado a su excusa de estar escribiendo, ya que no debía apartar los ojos del fuego ni por un solo instante. Tenía que estar segura de que nada escapaba. Se sentía como una niña demasiado pequeña para permanecer levantada la noche de Guy Fawkes^[1], mirando furtivamente por la ventana. Indudablemente tenía la sensación de ser pequeña y estar sola. No se había atrevido a acercarse al invernadero.

Humo gris se alzaba de la hoguera. Tenía un aspecto grasiento, casi excesivamente sólido para ser humo. Tentó torpemente el muro y dio la impresión de enredarse en los árboles. Parte del humo se liberó y avanzó hacia Rose; una forma enana y abotagada, casi amorfa. La brisa desvió aquel humo, que flotó hacia el cielo y se desintegró.

La hoguera no tardó en extinguirse. Las vidrieras del invernadero fueron

oscureciéndose, se apagaron. La sombra de Bill, que se retorció en la hierba, era cada vez más débil. Colin levantó los ojos hacia Rose, y golpeó la maraña de socarrados esqueletos. Varios fragmentos estallaron en llamas y se derrumbaron, ennegreciéndose. Sólo quedó un reluciente montículo de color rojo claro repleto de cenizas. Ígneas semillas se alejaron con el viento y se extinguieron casi antes de huir. Era obvio que Colin pretendía tranquilizar a Rose... pero mientras las últimas brasas menguaban para quedar reducidas a ceniza, la noche se cerró.

XXV

—¿Habéis escrito buenos libros últimamente? —dijo a Rose el padre de Bill.

La voz de su suegro la apartó bruscamente de sus pensamientos.

—Oh —contestó vagamente—, nos va bastante bien, creo.

La suegra de Rose empujó la silla de ruedas de su marido por el vestíbulo del Royal Hotel, junto a jardineras con plantas y una vitrina donde se exhibía un torso vestido con un terno. Salieron bajo la amplia marquesina que daba a Southport Promenade. La fachada del hotel era de color crema; las ventanas relucían bajo altos y estrechos gabletes. Cerca del hotel, las ventanas del Kingsway Casino semejaban hojas. Más allá del jardín convencional que bordeaba el paseo —masas de arbustos, frecuentes resguardos, gruesas balaustradas plagadas de farolas—, botes de remo se congregaban en Marine Lake.

—Me alegra que os vaya tan bien —estaba diciendo el padre de Bill—. Nosotros, yo y Edna, teníamos nuestras trifulcas. Ella y sus ganas de discutir.

—Escúchale. Pensarás que siempre era por culpa mía. Solíamos ponerte nervioso, ¿verdad, Bill?

—De vez en cuando, quizá. Nunca demasiado.

—Con tal de que no te impidiéramos concebir tus libros...

—¡Oh, no, nada de eso!

—Perfecto. Así lo creíamos. Siempre supimos que tendrías éxito en la vida.

Si era verdad que lo habían pensado, jamás lo habían hecho saber a Bill. A veces Rose se preguntaba cómo había podido triunfar su marido con una educación así. ¿Una reacción contra su situación familiar, quizá? Cada vez se sentía más tensa. Pronto iba a tener que tomar una pastilla cuando nadie la observara. Todavía no, todavía no. Aún no se había viciado.

—¿Puedo empujar un rato? —dijo Bill.

—No, yo lo haré. Soy perfectamente capaz.

La madre de Bill apretó la barra de la silla de ruedas como si intuyera la amenaza de un robo. ¿Estaba resuelta a asirse a todo lo que pudiera hacer por su esposo? Las discusiones del matrimonio habían perdido fuerza, ablandadas por la edad, y la mujer se aferraba a ese alivio. Tras décadas de peleas, su nueva situación debía parecerle de completa estabilidad.

La mano de Rose apretó disimuladamente el envase de los tranquilizantes. Otros quince minutos más, seguramente podría soportarlo. ¿Por qué demonios estaba allí? En esta ocasión sus instintos la habían decepcionado.

De repente, ante la sorpresa de Bill, Rose había dicho: «Vamos a ver a tus padres». En los últimos tiempos Bill solía ir solo; sus padres se mostraban circunspectos con Rose, ocultaban su acento como si de andrajosa ropa interior se tratara, pronunciaban las palabras igual que borrachines, temerosos de tropezar con la gramática. Todos estos detalles ponían nerviosa a Rose. Cuando Bill le preguntó por

qué sugería la visita, ella sólo pudo contestar: «Me apetecería un día a orillas del mar».

Naturalmente, lo que Rose pretendía era volver a experimentar su infancia. Salpicaduras de la distante playa, vertidas por cubos infantiles, fulguraban en el pavimento. Un tren en miniatura repleto de familias de turistas rodaba en la orilla opuesta del lago. El Mar de Irlanda era apenas visible en la lejanía, un hilo metálico en el horizonte de la playa. Las olas casi no se oían, su sonido era más bien un siseo de la arena. ¿Qué faltaba?

Hoteles victorianos se extendían a lo largo del paseo, interrumpidos por un grupo de viviendas semejantes a cajas. ¿Qué cambios habían sufrido desde la niñez de Rose? Allí estaba el hoyo de golf, donde tío Wilfred había fingido no darse cuenta de que ella escamoteaba un golpe. Allí estaba el muelle, cuyo trenecito no llevaba a ningún lugar especial, a un tablado sobre una extensión de arena, sobre el mar si se tenía suerte. Rose recordó a tía Vi chillando como una niña en el lago, mientras los remos le salpicaban. Recordó los monos del zoo infantil que actuaban tímidamente ante el público, el gigantesco barril giratorio del parque de atracciones en cuyo interior había que reírse hasta de las propias magulladuras, la maqueta de una población igual que un abandonado poblado de gnomos. Los recuerdos eran microscópicos, estaban fuera del alcance de las emociones de Rose. Todo tenía un tamaño menor del que ella recordaba, y menos brillo. Incluso las luces que festoneaban los postes de alumbrado tenían un aspecto polvoriento.

La Torre de Blackpool era un rutilante alfiler en el horizonte. Rose recordó los viajes para ver la iluminación de Blackpool, la primera visión de la ciudad iluminada como un árbol de Navidad, las luces ornamentales que iban encendiéndose paulatinamente hasta componer luminosas imágenes a lo largo del paseo, surtidores de luz —milagrosos fuegos artificiales— que se reproducían sin cesar. Esa había sido su última etapa siempre que iba a Blackpool.

Y estaba allí. Incluso distinguía las mariposillas, relucientes, teñidas de rojo y verde mientras revoloteaban alrededor de las luces. Pero entonces su suegra le hizo volver bruscamente a Southport, a la arena que crujía bajo sus pies, al autobús descubierto que circulaba a su lado.

—Solíamos pasar aquí las vacaciones —dijo Edna.

Y seguramente habrían llevado a Bill con ellos. ¿Y si ella lo hubiera conocido allí, años antes de matricularse en la universidad de Brighton? No habrían experimentado ningún interés mutuo. Ella no le habría dicho, «Eres de Liverpool, ¿verdad? Yo vivo en Ormskirk». ¿Fueron esas las primeras palabras que dirigió a Bill? Los recuerdos de Rose estaban sueltos, en peligro de ir a la deriva.

—Nos gusta este sitio —dijo la madre de Bill—. Es pacífico, no como el resto del mundo.

El lugar parecía menos pacífico que inhibido. Los turistas se comportaban de un modo discreto, temerosos de disfrutar llamativamente, asustados por la amplitud del

paseo, desconcertados por los elegantes hoteles y por los surtidores y arcadas de Lord Street. Máquinas recreativas emitían sonidos discordantes en un mundo distinto, encerrado entre murallas de vidrio. Tarjetas postales, ristras de insinuaciones, pendían en los mostradores exteriores de los establecimientos comerciales, pero *Emmanuelle* estaba prohibida a los cines. Rose se sintió rodeada por una curiosa resignación, como si Southport hubiera esperado en tiempos convertirse en un balneario.

Un hombre y una mujer entrados en años aparecieron en el paseo, a cierta distancia de Rose, después de doblar la esquina de Seabank Road. Eran prácticamente un recuerdo, pero sus caras resultaban decepcionantes: la de la mujer estaba amortiguada por el maquillaje, y el bigote del hombre tenía la rigidez de un peine metálico. Eran estilizados carteles que anunciaban la intolerancia británica a lo irracional. Él llevaba el *Daily Telegraph* como si fuera una porra, preparado para usarla. Pasaron majestuosamente junto a Rose, conversando con cascadas voces.

Al otro lado de Seabank Road, en la parte tortuosa y florida del paseo, se alzaba Promenade Hospital. Gracias a sus escalonados gabletes y a sus puntiagudas torrecillas, el edificio conservaba su parecido con un castillo de ladrillos rojos arrancado de un cuento infantil. Junto al paseo, los yates permanecían inmóviles como peces encallados, alanceados por los mástiles. A Rose le habían encantado los yates en el lago, mientras se deslizaban y se hundían y ascendían en el agua.

Rose había corrido muchas veces por Seabank Road, casi sin distinguir las casas, en busca del abrazo que siempre le aguardaba. «¿Compraremos uno de esos pasteles especiales que tanto encanta a Rosie, Wilfred? ¡Oh, no sé si nos hemos acordado de pedir a la señora Hale que nos guarde uno! Sí, se lo hemos dicho, sólo era una broma». Pero después de tantos años la calle ofrecía un aspecto decaído, irreconocible, con sus pequeñas y desnudas fachadas, con sus ventanales cubiertos con las telarañas de las cortinas de malla, con los ancianos apuntalados en bancos de jardín como si los hubieran puesto allí para que se secaran.

—¿No has pensado en trasladarte a Southport, Bill? Te iría muy bien para escribir.

—¿Y tú qué sabes, Edna? —El padre de Bill golpeó con el puño su única e inútil pierna, intentando erguirse y volverse. Incapaz de hacerlo, dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla de ruedas, en un gesto de agresividad—. El no necesita ningún lugar especial para escribir. No es como ocuparse de una tienda, sin poder moverte en todo el día por culpa de los precios y los impuestos. Y no empieces a criticarme. Hemos salido de los apuros, con pierna o sin ella, no me importa lo que opines. Lo único que nos hacía falta era que nos echaran una mano en la tienda, y un poco más de dinero para seguir adelante.

—Sí, bueno —fue la penosa respuesta de Bill a su madre—, creo que nos encontramos a gusto donde estamos ahora.

Pero Rose le oyó murmurar:

—Vaya, hombre. Maldita sea.

Últimamente Bill decía muchas cosas en voz baja. Rose no sabía a ciencia cierta si lo hacía para que ella le oyera. En esta ocasión comprendía el enfado de su marido (al fin y al cabo Bill y ella habían contribuido en el pago de la habitación del Royal Hotel), pero ya le bastaba con tener que enfrentarse a su nerviosismo personal. No podía soportar los nervios de Bill, fuera cual fuera su causa.

—Voy a ir un momento a Seabank Road —dijo Rose—. Ya os alcanzaré. Sólo quiero ver la casa donde me alojaba.

Era el engaño definitivo: usar sus recuerdos como excusa para escabullirse y tomar sus pastillas. Se apresuró a bajar la pendiente de la calle, ansiosa por quedar fuera de la vista de sus familiares. Arena dispersa crujió en la acera, junto con algunas pisoteadas conchas y una pinza de cangrejo. Al otro lado de la malla de las ventanas, las familias estaban sentadas ante las mesas de los comedores. Los movimientos de los inquilinos se volvieron estilizados, cohibidos, cuando Rose los miró. No tenían motivo de preocupación, ella no quería espiar. Y mucho menos que la espieran.

Nada más pasar la última pensión se tomaría la pastilla. Sus dedos se escondieron en el bolsillo, para abrir el tubo, extrayendo hábilmente la píldora. Un rápido alzamiento del brazo, como su hucha infantil que se alimentaba de monedas, y se encontraría a salvo.

Tal vez la sesión de acupuntura de mañana le ayudara, o quizá se pondría en contacto con Freda y su comuna psiquiátrica, en el sur... pero se trataba de una última esperanza, muy próxima a la desesperación para considerarla en aquel momento. Tenía que ocuparse únicamente del presente, no importaba la casa donde había vivido, no debía hacer caso a los que la miraban, simplemente evitar sus miradas y correr hasta el final de la calle en busca de su recompensa, algunas horas de tranquilidad...

Pero no pudo resistirse a levantar los ojos. Arriba, mirándola desde la ventana, estaban tío Wilfred y tía Vi. Apenas fue consciente de que se detenía. Todo lo que le rodeaba —la calle, el cielo azul intenso, las voces que se alejaban por el paseo— pareció retirarse respetuosamente, para dejarla sola. Suponiendo que hubiera sentido sorpresa o temor, las emociones se desvanecieron con rapidez en una sensación de absoluta certeza. Sus instintos no la habían traicionado al hacerla ir a Southport. Al menos existía un lugar en el mundo donde podía estar a salvo.

Durante un largo rato permaneció inmóvil, mirando el frágil rostro triangular de tía Vi con el desarreglado y canoso flequillo que le hacía perder simetría, mirando el cuadrado maxilar de tío Wilfred que éste hacía sobresalir como nudillos, un gesto agresivo que resultaba francamente falso en él y que se contradecía con su caído bigote. Las caras de los tíos de Rose siempre habían mirado de frente, con despreocupación, y en consecuencia eran tanto más adorables. En ese momento sus rostros estaban descoloridos como imágenes tras un vidrio lleno de polvo.

Pero sus ojos tenían vida. Aquellos ojos contemplaban conscientemente a Rose,

no había duda. Estaban dándole la bienvenida, deseando que se reuniera con ellos. El único temor de Rose era que las figuras se desvanecieran cuando apartara la mirada.

Finalmente entró en la vivienda. Tal vez había sido hacía veinte años: el tablero para avisos estaba repleto de carteles que anunciaban las atracciones en la Sala Floral. Las patas de la mesa del teléfono aún poseían enroscaduras metálicas como claves de fa aunque el aparato era de color carmesí. No debía perder el tiempo con recuerdos, ni con la mujer que se aproximaba en el vestíbulo... pero la mujer se puso delante de Rose.

—¿Sí? —dijo.

¿Qué podía decir Rose? Tenía que subir a la habitación del piso superior, aunque sólo fuera unos segundos. ¿Pero cómo iba a explicarlo? Sólo he venido a visitar a una persona, la que vive en el primer piso. He olvidado el apellido, no, me alojé aquí la semana pasada y creo que olvidé algo arriba, hay un problema en la habitación del primer piso, será mejor que la acompañe a comprobarlo...

La cara de la mujer impedía el paso a Rose, un rostro paciente pero firme. De repente Rose comprendió que la edad de aquella cara era una máscara, que sus líneas y arrugas estaban simplemente confundiendo lo que veía.

—¡Señora Hale! ¿No me recuerda? Soy Rose. Venía muchas veces a visitar a mis tíos.

—¿Rose? —La red de arrugas se encogió cuando la mujer frunció el ceño—. No creo recordar a ninguna Rose. —Habló con recelo, con suspicacia.

Tal vez Rose podría escabullirse, lanzarse escaleras arriba... pero sería absurdo, la habitación estaría cerrada con llave. Notó que los músculos de su cara se aflojaban, se sintió derrotada. Su mano tanteó automáticamente el bolsillo en busca de un Librium. Súbitamente, los ojos de la señora Hale se iluminaron. Las arrugas contribuyeron a la sonrisa de la mujer.

—Claro que sí, solían llamarte Rosie, ¿verdad? ¡Qué tonta soy! Claro que te recuerdo. Tus tíos vivían en la parte delantera del primer piso.

—Exacto. —Rose iba haciendo planes velozmente, mientras su mente estaba lúcida—. Pasaba por aquí y me pregunté, ¿habrá alguien en su habitación actualmente?

—En este mismo momento, no. Hay varios huéspedes que llegarán más tarde.

Rose logró contener un suspiro de alivio.

—¿Le importaría que viera la habitación, sólo para recordar?

—No, claro que no. Te acompañaré. Perdóname un momento, voy a coger la llave.

¡Pero Rose tenía que estar sola! Sólo unos instantes a solas con sus tíos, era lo único que pedía. La seguridad aguardaba en la parte superior de las escaleras, un lugar donde ella jamás sufriría daño, pero era para ella sola... nadie más debía entrometerse. Sus uñas le parecieron fuego en sus palmas.

La señora Hale volvió apresuradamente. Varias llaves producían un apagado

sonido en su mano.

—Tendremos que darnos prisa —dijo—. Una de mis chicas ha tenido que llevar al hospital a su hijo.

Las manos de Rose se abrieron, haciéndole pensar en flores que se despliegan.

—Escuche, no quiero crearle problemas, y menos con lo ocupada que está. —Se esforzó en mantener indiferente su expresión, y creyó lograrlo—. Recuerdo el camino. Si me deja la llave, yo misma entraré.

—No, no es ningún problema. —El recelo había vuelto a asomarse en su voz—. Pero no podremos estar mucho rato, eso es todo.

La señora Hale empezó a subir y Rose la siguió pesadamente, aunque le pareció absurdo hacerlo. Allí estaba el rellano, casi tan espacioso como Rose lo recordaba. Pero ya sólo tenía recuerdos. La señora Hale lo había estropeado todo. Estaba guiando a Rose a una habitación vacía.

La anciana le habló mientras abría la puerta, pero Rose sólo escuchó la llave. La puerta se abrió poco a poco, tomándose su tiempo. No tenía nada que ofrecer. La ventana estaba abierta, llenando de sol la habitación. En la cama, algo se movió débilmente molesto por la apertura de la puerta: un edredón escandinavo.

La habitación tenía la misma forma rara que Rose recordaba, no completamente cuadrada, pese a que había variado el empapelado de discretos dibujos. Recordó la vista desde la ventana: largos y estrechos jardines, casas con terraza color de arena. No tenía motivo para entrar, puesto que desde el rellano ya veía que la habitación estaba vacía.

No obstante, al cruzar el umbral supo que estaba equivocada. Amor por ella llenaba la estancia.

Finalmente recordó sus sentimientos habituales, al estar con personas cuyo único objetivo había sido protegerla, hacerla feliz. Ella había sido la niña de sus tíos, y éstos la habían guardado como un tesoro. Incluso ella y sus padres se habían mostrado mutuamente indiferentes de vez en cuando, pero en aquel lugar jamás había experimentado esa sensación.

Nada de esto era un recuerdo. Estaba intensamente presente en la habitación. Rose se sentía abrazada, aunque no físicamente. Alguien que sabía más que ella la protegía. Su protección había sido tan completa que ella ni siquiera se había dado cuenta... excepto en aquel mismo momento.

De no haber sido por la presencia de la señora Hale, Rose habría llorado de gratitud. Todo lo sucedido anteriormente había dejado de ser importante. Tal vez transcurrieron veinte años, veinte años entre ella y la voz de la propietaria.

—Lo siento —dijo automáticamente Rose—. ¿Qué decía?

—Decía que ya están aquí. —La señora Hale estaba de pie junto a la ventana—. El matrimonio que ha reservado esta habitación. Están entrando el equipaje. Tendremos que bajar.

—¡Oh, no podría...! —Era inútil, como si ella fuera la niña de hacía veinte años,

deseando implorar algo que los adultos no iban a comprender. Nadie podía hablar en su favor—. Sí, está bien, me iré —dijo tristemente.

La señora Hale cerró la puerta en cuanto salieron. Vaciló, pareció decidida a no correr riesgos, y cerró con llave. Se volvió hacia Rose con una sonrisa que negaba sus recelos. Después frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien? —dijo, mirando fijamente a Rose.

Rose no se atrevió a moverse durante un rato. Por fin halló su voz.

—Sí, creo que sí.

—Bien, tienes cara de felicidad. —Mientras aguardaba a que Rose bajara las escaleras, la señora Hale meneó la cabeza, en un gesto de indiferencia ante las excentricidades de Rose—. Tienes una cara como si acabaras de descubrir un tesoro.

—Sí —contestó Rose, sin apenas atreverse a hablar por temor a que la sensación desapareciera—. Quizá lo he encontrado.

¿Debía aventurarse a salir de la casa? Si lo hacía, ¿no se expondría al despojo? Nada más salir a la calle supo que no se hallaba en peligro. Su sonrisa se desplegó al sol. El cielo parecía más extenso, azul inmaculado.

—Bueno —dijo la señora Hale desde la puerta—, ha sido una agradable sorpresa verte. Me alegra que el regreso te haya hecho feliz.

El tono de la señora Hale era indulgente, casi de disculpa, pero Rose apenas lo oyó mientras corría hacia el paseo. Tras la menor de las vacilaciones, metió la mano en el bolsillo. Dudar era desleal. Echó el tubo de Librium en una papelera, junto a una agotada botella de jerez, y siguió caminando por la brillante calle. Había alguien a ambos lados de Rose, protegiéndola. Mirarles habría sido superfluo. Ella sabía que estaban allí.

XXVI

Rose despertó solitaria.

Había soñado con una pelea en un grisáceo lugar donde confines y formas variaban como niebla. Todo estaba oscuro: los participantes, la razón de la pelea, el resultado de ésta... Lo único que vio Rose fue que uno de los participantes era traicionero y detestable. Luego había tenido el vislumbre de algo con patas que buscaba su presa. La red del animal eran los espacios entre las estrellas, y su sustancia era mucho más oscura, e inimaginable. Al abrir los ojos para huir de la sombra de los sueños, Rose notó que estaba sola.

No era únicamente el lado de la cama que ocupaba Bill: toda la casa parecía estar vacía. Rose empezó a respirar lentamente, intentando calmarse antes de que sus nervios se pusieran tensos. El sol atenuaba las cortinas, alisaba las paredes. La habitación era una brillante caja cuyo vacío no aliviaban los muebles.

De repente se tranquilizó. Sus guardianes estaban cerca. No distinguía personalidades individuales, pero percibía vigilancia. Estaban vigilándola. Bill debía haberse ido a trabajar, mas ella no tenía clases hasta la tarde. Podía relajarse.

Abrió las cortinas y contempló el otoño. La niebla, una penumbra del Mersey, cubría la hierba junto a la alameda. La niebla llenaba los perfiles de los árboles en el extremo opuesto del campo, igual que un espectro de luz.

Decidió dar un paseo hasta Fulwood Park. Las lentas llamas del otoño iban consumiendo el verde de los árboles. Las hojas se estremecían con la brisa y caían como escamas de pintura para revelar el bosquejo preliminar de las ramas. El sol anidaba en el follaje, encendiendo los colores. Un pájaro aleteaba sobre el tronco de un árbol, en busca de insectos... y luego cayó, porque era una hoja muerta. Las hojas raspaban el camino como papel de estaño. Rose se sentía melancólica, resignada. ¿También sus facultades agonizaban?

Southport le había proporcionado paz. Una sesión de acupuntura (agujas que hormigueaban como una migraña en sentido inverso) había hecho que su paz fuera explicable para Bill. Un día había errado por el campo que había junto al Mersey, y había sentido la inminencia de una revelación, algo que involucraría al máximo sus nuevas facultades. Todas las cosas le habían parecido cercanas y absolutamente claras: al otro lado del río, las ventanas rielaban, atravesadas por la luz del sol; más allá de la incisión del ferrocarril, ventanas sobresalientes componían escenas de vida doméstica. Las formas de las briznas de hierba se repetían, desarrollaban y transformaban igual que frases musicales, moviéndose a coro. El sol fluía a torrentes de los costados de un barco de línea, enorme pero con la elegancia de una nube.

Pero aquel día había ido oscureciéndose, igual que las esperanzas de Rose: aún no, había murmurado su mente. En el momento presente sólo las palomas se movían en el campo, subiendo y bajando la cabeza sabiamente, con las alas pulcramente plegadas sobre el cuerpo. Parecían tan apegadas a la tierra como la misma Rose.

Se sentía casi excesivamente segura con sus facultades. Su forma de escribir armonizaba perfectamente con la de Bill. Rose había descubierto esa habilidad en su interior... y sin embargo tenía la impresión de estar imitando a su marido. Se mostraba más abierta con sus alumnos y las ideas de éstos, más capaz de guiarlos para que expresaran nociones a medio formar, a veces no explicadas. Pero todo ello trivializaba las facultades de Rose.

Esperó el autobús en Aigburth Road. Una lámpara de sodio relucía como un ámbar ceniciento. Como mal menor, la resignación de Rose significaba que estaba amoldándose. Tal vez sus facultades sólo estaban dormidas, a su disposición cuando las necesitara... si Bill volvía a estar en peligro, por ejemplo. Él estaría vigilado, igual que ella. ¿Qué otra cosa deseaba? No le preocupaba que Diana respondiera o no a su pregunta.

Llegó a la universidad bastante antes de la hora de comer. Los estudiantes se agrupaban en el campus; los más jóvenes daban la impresión de estar empezando a encontrar su camino. Las bufandas se agitaban con la brisa. Las hojas se inclinaban hacia Abercromby Square. Rose debía acordarse de mostrarles, a Jack y Diana, el Bishop's Palace, en la plaza donde la solitaria estrella situada bajo una ventana había señalado, según decían, la Embajada Aliada.

Al ver el sobre que estaba sobre su escritorio pensó en Diana inmediatamente, aunque sin saber por qué. Si Diana le había escrito a la universidad en lugar de a su casa, ¿era que intentaba sustraer su carta a Bill?

No, la carta había sido echada al correo en Inglaterra, en Manchester. Pero aún así podía ser obra de Diana. Rose experimentó un repentino deseo de abrir la carta, y al mismo tiempo temor a sufrir una desilusión. La caligrafía de las señas era extraña: después de «Sra. R. Tierney» las torpes mayúsculas se hacían mayores y más chapuceras. El sencillo sobre de color castaño tenía el tamaño normal de un folleto corriente, y eso era lo que contenía.

El papel del folleto también era vulgar. No obstante, un sol del que surgían rayas brillantes estaba impreso en ambas páginas; sus rayos abarcaban el papel entero, atravesando el texto. Las líneas perdían claridad hacia los bordes, como si la niebla se hubiera filtrado en los márgenes. En la portada, el título tenía la negrura y el espesor del alquitrán sobre el fondo del sol impreso: ARMAMENTO ASTRAL. A continuación, el texto aparecía repartido en párrafos, igual que un catecismo incuestionable.

Nosotros, Armamento Astral, somos un grupo de personas normales que hemos descubierto poderes extraordinarios dentro de nosotros mismos.

Creemos que estos poderes no son tan extraordinarios o tan raros como tanta gente piensa.

Creemos que muchas personas tienen poderes aún no descubiertos, poderes que a veces se denominan psíquicos.

Creemos que usted ha tenido ciertas experiencias, que tal vez no ha explicado a

ninguna otra persona, indicativas de que posee poderes ocultos.

Creemos que esos poderes se desarrollan mejor en grupo, para protegerse contra percances causados por el pánico o la falta de experiencia. Tal vez usted ya ha sufrido percances que le hacen recelar del desarrollo de sus poderes sin ayuda.

Creemos que las personas que poseen tales poderes deben unirse para desarrollarlos en favor del bien común.

Si bien no somos una organización religiosa, creemos que nuestras experiencias como grupo pueden ayudarnos a comprender y favorecer los poderes de la justicia que se oponen a las fuerzas del caos.

A continuación el tono del folleto decaía, se torcía, y recordaba a una circular publicitaria: por favor, escribanos si está interesado, asista a una reunión, no se hará esfuerzo alguno para forzarle a que se una a nosotros. Venga y eche un vistazo, pensó Rose, no hay obligación de comprar. Finalmente, marcada con un sello de goma, aparecía una dirección de Hulme, un suburbio de Manchester.

Rose conocía Hulme. Ella y Bill habían ido muchas veces al cine Aaben, a ver películas que raramente llegaban a Liverpool. Hulme era un conjunto de casas y pisos del municipio, un origen aparentemente adecuado para aquel folleto de aficionados. ¿Pero era correcto despreciar el folleto *a priori*?

Rose pensó que no. Aun sin saber cómo habían logrado ponerse en contacto con ella, se sentía inclinada a creer que eso demostraba que el grupo tenía algo que ofrecerle. Si era Diana la que les había facilitado su dirección, Rose se enfadaría un poco con ella. Pero le indicaría que Diana confiaba en Armamento Astral. Rose había escrito a su amiga hacía varias semanas, preguntándole si conocía a alguien que ofreciera instrucción psíquica. El listín telefónico de Liverpool no le había servido de ayuda; no contenía nada entre Occleston y Ocean aparte de Occomore, la palabra *Occult* no aparecía. Por otra parte, si Diana no había indicado al grupo que Rose estaba interesada, entonces el mismo hecho de que lo supieran resultaba prometedor.

Su intuición no logró profundizar en el folleto. Cualquier sensación que el texto pudiera comunicar se perdía en su convencionalismo. Seguramente aquellos individuos eran todo menos «personas normales»... Pero tal vez no deseaban espantar a miembros potenciales. Si no eran «una organización religiosa», ¿por qué creían, creían y creían? Tal vez tomaban precauciones para no enemistarse con ateos.

Las hipótesis no iban a llevarla a ninguna parte. Tenía que hacer más averiguaciones sobre el grupo, preferiblemente antes de prometerles una cita. No era cuestión de temor, sino de precaución. Disponía de una fácil excusa para ir allí e investigar la dirección. Llamó a Bill por el teléfono interior.

—Si no nos vemos antes, nos encontraremos ahí mismo —estaba diciendo su marido a otra persona—. ¡Ah, hola, Rose!

—Hola. Estaba preguntándome si te interesaría ver la película de Chabrol, mañana en el Aaben.

—Sí, creo que sí. Tendría que ser por la noche, claro.

—Bien, no hay problema. En realidad estaba pensando en ir antes y mirar tiendas, ya que tú tendrás clases por la tarde.

—Ojalá pudiera acompañarte. —Rose no supo si Bill había mirado el reloj antes de decir—: ¡Vaya, es casi la hora de comer! ¿Estás en tu aula? Iré a buscarte dentro de un momento.

Rose esperaba que a Bill no le pareciera rara su llamada telefónica hecha justamente antes de la hora de la comida. Al colgar el teléfono, se alegró de que el aparato hubiera cumplido con su misión, haciendo imposible que su marido le viera la cara.

XXVII

«En cierto lugar de Inglaterra se levanta una pequeña vivienda. Tiene exactamente el mismo aspecto que el resto de casas de su calle, y que millones de otras casas. Sin embargo opino que es la casa más diabólica del mundo. Confío en que este libro aclare por qué prefiero no explicar dónde se halla».

Rose pensó que era un buen principio, en cierto sentido: un principio conciso, con palabras sencillas, calculado para que el lector volviera la página. Un inicio profesional. Parecía ideado para atraer al lector ocasional en los quioscos de las estaciones. No obstante, Rose no tenía derecho a quejarse, puesto que había cogido el libro para leerlo en el tren.

Al ver que le aguardaba media hora de espera en Lime Street, había dado un paseo hasta la biblioteca, sin esperar que todavía estuvieran reservándole el libro. Al parecer nadie más lo había solicitado. Indudablemente Rose precisó cierta dosis de valor para preguntar: «¿Tienen *Violación astral*?».

Poco quedaba de la sobrecubierta. Alguien debía haber usado las solapas como señal al dejar de leer. El fragmento pegado al cartón de la tapa decía únicamente *Violación astral*, por Hugh Willis. Rose dio la vuelta al libro mientras miraba por la ventanilla del tren.

Los límites del paisaje estaban ocultos por la niebla. Los extremos más alejados de las calles parecían abrasados, transformados en humo de la noche a la mañana. El sol era un encogido disco de vidrio o metal. Cuando el tren salió de la ciudad, la niebla avanzó, disolviendo los amarillos campos. La hierba tenía un aspecto senil a causa de la escarcha. Al cabo de un rato, Rose abrió de nuevo el libro y pasó por alto el resto del prólogo, cuya vaguedad pretendía indudablemente ser tentadora. Capítulo primero: *El sacerdote maléfico*. ¡Dios mío!

«La época victoriana fue una era de injusticia social y reforma social, de altos ideales y secretos vicios, de revoluciones industriales y políticas, de Richard Wagner y de Thomas Hardy, de Van Gogh y de Jack el Destripador. En Inglaterra fue una magnífica época de descubrimientos científicos... pero también la gran era del ocultismo.

»Fue la época de las sociedades secretas, y de las sociedades que requerían a los nuevos miembros que pronunciaran juramentos ocultos y practicaran rituales y disciplinas secretas...».

Rose recorrió el resto de la página: los rosacruces aún florecían, las librerías seguían vendiendo libros de madame Blavatsky, que introdujo doctrinas tibetanas en Occidente y fundó la Sociedad Teosófica.

«Estas sociedades, por lo que sabemos, no han hecho mal alguno... pero una de ellas dio a conocer a los dos practicantes de la magia negra más siniestros que han existido. Uno de ellos fue Aleister Crowley, al que los periódicos llamaban *el hombre más inicuo del mundo*. El otro, aún peor, constituye el tema de este libro.

»La orden hermética del Golden Dawn —hermético significa “mágico” y “cerrado” al mismo tiempo— fue fundada en 1887 por un forense de Londres, el doctor Wynn Wescott, junto con William Woodman, masón y ocultista, y Samuel Liddell Mathers, que más tarde sería conservador del Museo Horniman».

A continuación se relacionaba una serie de miembros: el poeta William Butler Yeats, al que se concedió el Premio Nobel, la esposa de Oscar Wilde, autores de literatura ocultista —Algernon Blackwood, Arthur Machen, Sax Rohmer, Bram Stoker—, Sir Gerald Kelly, presidente de la Academia Real, Florence Farr, directora del Abbey Theater. Al ingresar en la orden, todos juraron «proseguir con celo el estudio de las ciencias ocultas». Rose empezaba a pensar que estaba en buena compañía.

La Golden Dawn se dividía en Externa e Interna. Al acceder a la Orden Interna, tras haber pasado por una serie de iniciaciones rituales, los miembros debían pronunciar otro juramento. Entre otras cosas, debían declarar su intención de «llegar a ser más humanos». Ello debió atraer en particular a un clérigo inglés, Peter Grace.

Resulta difícil investigar la vida de Grace antes de que se uniera a la Golden Dawn. Peter Grace pudo no ser su nombre auténtico, puesto que es imposible encontrar un nombre así antes de su ingreso en la orden. Es muy posible que sus superiores eclesiásticos ordenaran su discreta eliminación de los registros; Grace se jactaba de que aquéllos le repudiaron con sumo placer.

En otra época tal vez habría sido un visionario. Pero en sus tiempos, cuando la iglesia creía prudente apelar al racionalismo, Grace era un estorbo, un caso de retroceso que pronunciaba feroces sermones contra la creciente amenaza de la ciencia, a la que consideraba como destructora del alma y el mundo del hombre. Odiaba especialmente la psiquiatría, «el ladrón de la chispa divina del hombre».

Al empezar a afirmar que tenía visiones del mundo asolado por la ciencia, y al negarse a desmentirlas cuando fue requerido por su obispo, Grace fue trasladado a una remota parroquia en la que, presumiblemente, su presencia resultaría menos molesta. Pero Grace abandonó la iglesia y se unió a la Golden Dawn.

¿Hubo algo notable en el ascenso de Grace en la Orden? No subsiste prueba alguna de que así fuera, aunque algunos poemas de Yeats contienen veladas referencias a visiones del ex sacerdote. Volvemos a encontrarle, tras haber alcanzado el grado de Adepto, en 1900. Con el nombre de Pater Luminis —Padre de la Luz— empezó a poner en duda los objetivos de la Orden. En una carta, reta a Mathers a dirigir la Orden hacia una meta más positiva (según su concepto del término). «Nuestro objetivo no debería residir en ser más humanos, puesto que ya lo somos, sino en hacer consciente a la humanidad de la conspiración de la ciencia, la política y las iglesias para reducir al hombre a una criatura experimental, un peón que hay que desplegar».

En la misma carta, Grace describe sus visiones con más amplitud.

«Mi alma es capaz de volar a un lugar donde veo el futuro. Ese lugar no tiene paredes como las habitaciones, a menos que yo las forme. Mi cuerpo es limitado, pero no mi alma, y así debe ser. Allí veo el futuro, como si estuviera en una galería de pinturas».

Tal vez exageraba para impresionar a Mathers, ya que le obsesionaba poner en tela de juicio el mando de éste. Creía que Mathers, que afirmaba haber conocido astralmente a los «Jefes Secretos», de la Orden, estaba impidiendo conscientemente que la Orden investigara la proyección astral. «¿Es timidez lo que produce tal falta de celo», pregunta Grace posteriormente en la correspondencia que ambos hombres mantuvieron, «o el viejo truco del perro del hortelano?».

Las páginas siguientes explicaban la proyección astral. Rose se las saltó, aunque un párrafo atrajo su atención: «Definitivamente, no hay que arriesgarse a una proyección astral sin supervisión, porque la experiencia, igual que ciertas drogas, puede liberar material reprimido o atávico del subconsciente». El subconsciente de Rose debía estar muy controlado, puesto que ella no había experimentado una liberación así.

«En una carta, al parecer para intentar convencer a Mathers de la urgencia de sus propuestas, Grace describe ampliamente una visión. “Los conspiradores harán que los hombres se agarren por el cuello unos a otros. Los hombres cavarán hoyos para que los maten allí. Los que se salven de las armas quedarán tullidos. Las naciones edificarán un falso orden a partir de este caos. De este incluso reparto del botín nacerá una miseria peor. Los hombres tendrán que luchar de nuevo, se atacarán unos a otros desde el aire. Tendrán que esconderse bajo tierra en busca de refugio. Nada terminará con esta carnicería como no sea la devastación, comparada con la cual el fuego del infierno es un cirio”. Pese a su vaguedad, parece una predicción notablemente exacta de las dos guerras mundiales».

Mathers no se impresionó; por lo menos, no lo demostró. «No toleraré nuevas tentativas de interferir en la jerarquía de la Orden». Pero la Orden ya sufría el problema de las divisiones. Crowley incluso retó a Mathers a un duelo mágico. Quizá Grace viera aquí la oportunidad de luchar por la jefatura, pero fracasó. No logró siquiera levantar su propio templo en las afueras de Londres y llevarse con él a ciertos miembros, entre ellos Crowley.

No obstante, al salir de la Orden, reunió a un grupo de experimentadores ocultistas en una pequeña población campestre. Al principio denominó Templo de Anubis al lugar donde se reunían, a pesar de que se trataba de una vivienda vulgar unida a otras casas. (En Bradford había un Templo de Horus. Y el templo de Isis-Urania, la primitiva sede de la Orden, era simplemente un conjunto de habitaciones en una callejuela de Londres). Al cabo de poco tiempo, empero, Grace declaró que no debía nada a la Orden, porque «sus miembros están demasiado atentos a sus obligaciones como para ver lo que es preciso hacer». Le gustaba jactarse de que sus objetivos eran esenciales y únicos.

Su meta fundamental era la inmortalidad personal.

Pese a lo que pudiera haber explicado a sus seguidores, dicha meta no incluía a éstos. Aunque generalmente tenía cuidado de ocultar sus sentimientos, Grace consideraba que sus partidarios eran, en el mejor de los casos, aprendices a su servicio. Parece probable que la pequeña población donde se estableció se encontrara cerca de su parroquia original, y quizás algunos seguidores eran parroquianos que le habían pedido consejo respecto a temas ocultistas. Expertos en estos temas se unieron a Grace con el transcurso del tiempo, atraídos por los rumores de sus experimentos, pero el ex sacerdote no tenía muy buena opinión de ellos. Al parecer, y pese a sus alardes, Grace seguía añorando la Golden Dawn, tal vez porque la consideraba como una comunidad de iguales.

Nuestro conocimiento de los experimentos de Peter Grace procede de un documento otrora famoso: Las confesiones de un mago reformado. Publicado anónimamente en la década de 1920, se supuso que el folleto había sido escrito por un hombre que practicó, según sus propias palabras, «magia negra» antes de entrar en un monasterio como penitencia. La lectura del texto llegó a estar de moda, y durante algún tiempo se buscó ansiosamente ejemplares del mismo, puesto que describía secretos de la orden de Crowley, la Argentum Astrum. Pero alguien observó que el dirigente ocultista descrito en el folleto no se parecía a Crowley, y el interés menguó rápidamente.

El ocultista era Grace, y esta era su descripción:

«A primera vista parecía un clérigo modelo: altura superior a la normal, delgado y recto de espaldas. Su cara siempre reflejaba calma, era como una bendición. Su cabello y cejas eran de color blanco puro. Su voz era tan suave y apacible que parecía escucharse en un sueño. Pero ahora creo que él andaba tan erguido porque era inflexible y no pensaba inclinarse ante los que consideraba inferiores. Tenía la tranquilidad de la persona que no le importa ser oída, de manera que el oyente ha de esforzarse por escuchar, como si sus palabras fueran preciosas. Sus ojos siempre eran dulces, pero esta dulzura era la del hombre sabedor de que va a ser obedecido. Quizá sus ojos conspiraban con sus palabras para influir a los que estábamos con él, a sus seguidores. No obstante, ¿puede Dios permitir que te entregues al mal contra tu propia voluntad?».

Rose siguió saltando páginas. «La inmortalidad siempre ha sido el gran sueño de la raza humana. Los alquimistas buscaron el elixir de la vida, y en la actualidad los cirujanos...». Se encontraba a mitad de camino de Manchester, pero sólo había avanzado algunos capítulos del libro.

«Quizá no haya pecado en la búsqueda de la inmortalidad, pero lo había en los métodos de Grace.

»Grace despreciaba la inmortalidad del cuerpo por considerarla absurda. La clave era la reencarnación. No obstante, la reencarnación tal como solía entenderse en general —volver a nacer sólo para tener que aprender de nuevo el mundo— ya no

bastaba. Grace estaba convencido de que adeptos como él mismo encabezarían una revuelta contra la “Ciencia Destructora y sus lacayos, Religión y Política”. Su paranoia fue en aumento, tal vez debido a que sus esperanzas habían sido traicionadas, primero por la iglesia y luego por la Golden Dawn. Creía que los adeptos no debían morir, ya que sus seguidores podían traicionarles después de la muerte.

»Su plan para renacer era simple y terrible. Puesto que era capaz de abandonar su cuerpo, pensaba que podría entrar en otro cuerpo si vencía a la personalidad de éste. Un bebé no debía ser adversario para él. Fue convenciéndose cada vez más de que, para triunfar, debía disponer su muerte en una de las diversas fechas calculadas mediante fórmulas mágicas. Todo ello lo sabemos gracias a una carta a Crowley.

»Así pues, por más increíble que parezca (pero demostrativo del dominio que tenía sobre sus seguidores), Grace instruyó a algunos de sus partidarios en proyección astral, para descubrir si era capaz de entrar en sus cuerpos mientras estaban “vacíos” y hacer que se comportaran según su voluntad».

Rose se estremeció como si la hubieran despertado bruscamente. El libro se cerró en su regazo. Había visto su cuerpo sentándose en el círculo de alumnos de Ananda Marga. Varias cabezas oscilaban en los respaldos, un tic nervioso que se había hecho epidémico. Las casas flotaban, despojadas de sus cimientos. La capa de escarcha embebía el color de los campos, para alimentar su apagado fulgor. Rose deseó ver al menos un rostro.

Al cabo de unos instantes empezó a saltar de página en página. Finalmente una frase llamó su atención.

«Entonces, como para ayudarle a desarrollar su creciente poder, el azar le ofreció una víctima menos dispuesta que sus seguidores: una niña fugitiva, tal vez escapada del reformatorio cercano.

»La mala fortuna debía estar en vela aquella noche. Entre todos los extraños a que la niña podía haber recurrido en una población desconocida, ¿por qué eligió a Grace? Indudablemente debió creer que estaba salvada al ver al hombre alto con aspecto de clérigo que salía de su casa y le preguntaba si se había perdido.

»Podemos imaginar más detalles de los que el autor del folleto se atrevió a describir: la niña tentada a entrar en la casa con una promesa de refugio, para ser sujeta y amordazada por los seguidores de Grace; sus forcejeos al verse en una habitación a oscuras, rodeada de gente cuyo único objetivo era aterrorizarla, asaltarla con su energía psíquica, lo único realmente útil para Grace. Quizá la niña vio que el hombre con aspecto de clérigo se tendía a su lado y se convertía en un aparente cadáver. Tal vez sintió frenéticas ansias de escapar, de morir, si no había otro camino. Sin duda, hacerla salir de su cuerpo resultaría fácil para los seguidores de Grace.

»Al cabo de un rato la niña dejó de resistirse, y sonrió.

»El autor del folleto jamás olvidó aquella escena, pese a sus años de esfuerzos. La niña, que apenas tenía diez años, se levantó y paseó por la habitación con la espalda

muy erguida, como si imitara a un tío muy querido. Cuando empezó a hablar, varios seguidores de Grace sufrieron tal consternación que se taparon los oídos. La voz seguía siendo la de la niña, pero no sus palabras, ni el tono. Asumiendo una postura que parodiaba la de un sacerdote, pero que paralizó a los oyentes en actitudes de temerosa atención, la niña pronunció un sermón con su chillona voz, sonriente mientras las frases se hacían más largas y rotundas. Empezó diciendo: Yo soy la resurrección del alma.

»Al cabo de unos instantes, la niña se puso a caminar a zancadas, igual que un actor en el escenario, sonriendo dulcemente y declamando. Grace estaba complacido con su nuevo juguete. ¿Acabó por cansarse del juguete, o acaso éste se desplomó, exhausto por las exigencias de Grace? Lo único que sabemos es que la niña cayó súbitamente como una marioneta después de la actuación, mientras Grace se movía y despertaba con una sonrisa en los labios. Pero la niña había muerto».

Rose miró por la ventanilla. La niebla estaba aclarando. Los edificios se aglomeraban junto al ferrocarril. El color de los jardines parecía húmedamente refrescado. La estación de Warrington estaba atestada de rostros sólidos y fiables... pero dieron la espalda a Rose cuando tomaron asiento, y ella sólo vio las coronillas, excesivamente cubiertas de pelo e inexpresivas, en ningún modo sociables. Le costó un rato volver al libro.

En un principio Grace consideró la muerte de la niña como una derrota. Tal vez se resintió por lo inesperado del hecho, o quizás había esperado usar a la criatura en nuevos experimentos. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que describiera el accidente como un golpe de fortuna, porque (opinó Grace) había tenido la eficacia de un sacrificio.

Grace afirmó que sus experimentos, y en particular el fallecimiento de la niña, habían atraído seres que deseaban que triunfara. Conversó con ellos en su sueño, o fuera de su cuerpo. Le prometieron la facultad de poseer cualquier cuerpo a voluntad. Grace manifestó que otras personas que en el pasado habían buscado la inmortalidad estaban determinadas a renacer. Se autodenominó «Caudillo de la Resurrección».

Gran parte de sus seguidores consideraron que se había vuelto loco, y parece obvio que así era. Quizá las reuniones nocturnas en que aseguraba haber participado, en compañía de los muertos y otros seres, habían trastornado su mente, o tal vez las mismas reuniones eran simples síntomas de locura.

Los objetivos de Grace se ampliaron. Además de proponer la resurrección de «aquellos cuyas metas son las mías y que se han aferrado a ellas después de la muerte» (cosa que podría implicar la resurrección de los personajes más maléficos del mundo), Grace mencionó planes para expulsar de sus cuerpos a científicos y políticos, desbaratando así la «conspiración». Se trataba de simple megalomanía, pero el caso es que reforzó la fe de Grace en su triunfo, «vivo o muerto».

Grace fue obsesionándose con la idea de su regreso. «Cuando los conspiradores

demuestren que son capaces de devastar una ciudad entera en un instante, tal vez el mundo les suplique que lo esclavicen. Pero la hoguera que crearán no será su faro, sino su pira funeraria. Será la señal de que nosotros, que somos más que humanos, estamos preparando nuestro triunfo».

Por entonces la paranoia de Grace se había convertido en un odio prácticamente psicopático a cualquiera que se le opusiese. Un odio que sólo se expresaba cuando bajaba la voz, con una falta de vida en su tono que, según el folleto, resultaba tan aterradora como cualquier otro rasgo de Grace. «El mayor poder del mundo es el odio», solía decir en sus últimos días. «Hay que aprender a odiar. Aférrate a tu odio y aprende a usar su poder».

En esa época varios de sus seguidores le habían abandonado, no sólo huyendo del grupo sino también de la población. Los que permanecieron con él tal vez temían que Grace los encontrara y robara sus cuerpos mientras dormían.

Finalmente Grace les exigió demasiado. Una mujer dio a luz a un niño que el mago reclamó para sus experimentos. Deseaba asegurarse de que el bebé podía contener su maléfica personalidad sin destruirse. La madre debía tener pánico de Grace, o estaba hipnotizada por él, porque le llevó el niño la misma noche en que recibió la orden.

Sólo nos es posible deducir lo que ocurrió luego. Indudablemente los seguidores de Grace ya estaban hartos, y huyeron con el niño antes de que sufriera daño. El cadáver del ex sacerdote fue encontrado al pie de las escaleras, con el cuello roto. ¿Lo lanzaron por la escalera mientras el espíritu de Grace se hallaba en otra parte? Una cosa es cierta: los partidarios de Peter Grace se alegraron de que los secretos de éste, que no había revelado a nadie, murieran con él.

Me gustaría creer que al fin los seguidores de Grace prestaron atención a sus conciencias, pero tal vez no fuera éste su motivo. De acuerdo con el folleto, los miembros psíquicamente mejor dotados del grupo se volvieron contra su maestro porque «después de matar a la niña vislumbraron un horror que se aproximaba entre la red de las estrellas».

Absurdamente, Rose notó que se había tranquilizado. Grace, el villano de la obra, había muerto. Y en ese caso, ¿por qué el libro no acababa en ese punto? ¿Por qué le quedaban aún tantas páginas por leer? Siguió hojeándolo. Los edificios desaparecieron de la vista, inundados por la niebla.

«Pasado un tiempo, la casa fue ocupada de nuevo, pese a su mala fama. Aunque habían prometido continuar en la vivienda en caso de que Grace muriera, los partidarios de éste incumplieron intencionadamente la promesa.

»El folleto finaliza con una anécdota. Todos los seguidores de Grace, excepto uno, fallecieron sin descendencia; al parecer habían temido que su maestro volviera a nacer. Sólo un matrimonio tuvo un hijo. No tenemos más que su palabra sobre lo que sucedió después, y es posible que los cónyuges estuvieran mentalmente desequilibrados tras sus experiencias con Grace. Muy probablemente, aterrorizados

por el posible regreso del mago, mataron al niño.

»El padre hizo las veces de comadrona, y tal vez la madre estuviera confusa respecto a lo que sucedió. Sin embargo, ambos juraron que el bebé, en el momento del nacimiento no empezó a llorar, sino a chillar. Murió en cuestión de minutos. Los padres juraron también (naturalmente quizá sólo intentaban justificarse) que el bebé falleció “mientras intentaba pronunciar su nombre”».

La niebla se acumulaba delante, succionando el color de los campos. No había nada sólido a excepción de elevadas y delgadas formas llenas de huecos: árboles, o torres metálicas. Las uñas de Rose dejaron su marca al pasar más páginas. Capítulo Nueve: *La perpetua amenaza*.

«Mi interés por Grace y sus actividades proviene de dos hechos aparentemente inconexos: el descubrimiento de un cadáver y la muerte de un hombre de edad madura.

»Décadas después del fallecimiento de Grace, se encontró el cadáver de una niña enterrado en las afueras de la pequeña población. El veredicto del jurado indagatorio fue que la niña había muerto hacía cincuenta años, al parecer por causas naturales. Ahora estoy seguro de que se trataba de la niña asesinada por Grace.

»El hombre de edad madura falleció poco después del descubrimiento del cadáver. Fue encontrado en la parte delantera de su casa, supuestamente tras haber caído por las escaleras y no poder llegar a la puerta para pedir socorro. Su muerte fue atribuida a un ataque cardíaco. El forense afirmó que la tensión de sus esfuerzos debió deformar su rostro, confiriéndole una expresión similar a la provocada por el miedo.

»Es posible que yo no hubiera investigado el caso si la prensa sensacionalista no lo hubiera publicado. Un periodista se las arregló para localizar a un amigo del muerto, que afirmó que éste había sentido un creciente temor a la casa que habitaba. No había explicado por qué a su amigo, pero la vivienda “siempre ha tenido una molesta reputación”.

»En aquella época yo era un periodista al que gustaba escribir sobre hechos sobrenaturales e inexplicados...».

¿Era un canal lo que había pasado debajo del tren, o asfalto, oscuro y reluciente? Manchester estaba cerca. La mirada de Rose avanzó presurosa sobre los párrafos.

«En la actualidad creo que el descubrimiento del cadáver de la niña despertó algo en la casa de Grace. Quizá, ya que falleció antes de lo que planeaba, Grace se encontraba menos libre de lo que hubiera deseado y atrapado en el lugar de su fallecimiento. Su espíritu debió emponzoñarse allí durante décadas. ¿Quién sabe por qué el hallazgo de la niña le permitió manifestar su presencia? Es posible que un vestigio del terror de la niña estuviera aferrado a su cuerpo, y despertara a Grace...»

»Mi primera visita a la casa me sugirió parte del poder que seguía acechando allí. En la sala de estar encontré un manoseado ejemplar del folleto *Las confesiones de un mago reformado*. Diversas frases habían sido temblorosamente subrayadas, en

especial una que se repetía varias veces: *la habitación de arriba*, donde Grace realizó sus experimentos. Subí la escalera...

»El aspecto de la vivienda era exactamente igual que el de millones de casas similares construidas a principios de siglo, indefinido y más bien miserable, con el húmedo ambiente característico de un lugar desocupado. Pero había algo desagradable. Mi trabajo me había hecho muy sensible a los ambientes, pero allí había algo más que un ambiente. Tuve la impresión de que la estructura de la casa había cambiado, como si los muros estuviesen podridos dentro de su envoltura externa.

»Al llegar a la habitación de arriba escuché algo que se movía dentro de las paredes. No era un ratón, puesto que parecía mucho más grande y carnoso. Me pareció que aquello estaba moviéndose a tientas bajo la superficie de las paredes, intentando hallar una grieta por la que escabullirse...».

Rose pasó las páginas con excesiva rapidez. ¡Deprisa, es Manchester! El tono del libro era desagradablemente histérico, le hacía sentirse delirante, irritada... pero no sabía el porqué. La niebla acechaba en su hombro. Bien, sólo quedaba otro capítulo: *La resurrección del mal*.

«Cuando terminé de escribir este libro, creí que eso era todo.

»Fui a la casa para una última inspección. Deseaba estar tan seguro como fuera posible de que lo mejor era no incendiarla. Creía, y sigo creyendo, que destruir la casa sólo habría servido para liberar a lo que estaba atrapado en ella.

»No debí volver. Él aguardaba. Sabía que yo había escrito este libro y pretendía aterrorizarme para que lo destruyera. Gracias a Dios, ya lo había enviado al editor.

»Su perversidad ha ido en aumento a partir de su muerte, alimentada por la locura y sus compañeros. Los que son iguales se atraen después de la muerte. Seres deformados por su maldad son sus compañeros constantes. Es como si su corrupción hubiera engendrado un nuevo tipo de vida.

»He estado en el lugar donde él y sus criaturas se emponzoñan. Él me arrastró hasta allí, fuera de mi cuerpo, aunque no podía destruirme. He visto lo que planea hacer con el mundo...».

El libro fue arrancado de las manos de Rose. El tren había frenado bruscamente. Luces, turbias a causa de restos de niebla, relucían en las ventanas. Infinidad de carteles repetían OXFORD ROAD, OXFORD ROAD, OXFORD ROAD. Parte de las palabras se asomaba a las esquinas. Rose apretó el libro dentro de su bolso, del que sobresalió como si intentara llamar su atención. Que lo intentara. Ella no imaginaba ningún motivo que pudiera provocarle el deseo de abrirlo de nuevo. La obra le había hecho sentirse mareada y nerviosa, y sin razón concreta. Su disgusto era casi odio.

XXVIII

El canal gris en que se zambullían las escaleras de la estación era una calle. Cerca, en la carretera, los faros de los coches embestían a la niebla. En lo alto de una torre rielaba la esfera de un reloj, una confusa y hierática máscara.

Rose avanzó por los adoquines y atravesó un arco que servía de apoyo al ferrocarril. La oscuridad se adhería como hollín a la parte inferior del arco. Algunos arcos estaban cercados por muros, y varios de ellos tenían puertas. Detrás de una de ellas diversos coches estaban siendo desguazados. El metal chirriaba sin cesar bajo el resplandor de un tubo fluorescente.

En las estrechas calles se alineaban fábricas y almacenes, una multitud de ladrillos rojos interrumpidos únicamente por hileras de ventanas idénticas. Algunas ventanas parecían estar recubiertas de niebla. Varios locales vacíos, con paredes recubiertas de pintura grasienta, se veían al pasar. Rose no distinguió a nadie en aquellos lugares.

Creía saber a dónde iba. Andaba deprisa, aunque la niebla le hacía pensar que no era así, y confería un aspecto tétrico, oscuro y opresivo a los edificios. Sobre un muro se agitaban unos andrajos, atrapados por los espinos de una alambrada. Al otro lado de ésta había un canal negro como melaza, con los bordes mellados por desechos. El sol yacía en su superficie como la tapa de una lata.

Delante de Rose brillaba como si fuera una blanqueada embarcación, un edificio con muchas ventanas. Dio la vuelta junto a un garaje sobre el que flotaba el luminoso huevo de un anuncio de Esso. Las ventanas fueron haciéndose menos frecuentes y los ladrillos acabaron por unirse. Gruesas cuerdas que parecían empapadas pendían de los pisos superiores. Un olor a goma se colaba entre la niebla. Alrededor de Rose gemía la maquinaria de manera uniforme, si se exceptuaba el ruido del desagüe de un canal.

La bruma estaba enturbiando su sentido de la dirección. Quizá debía preguntar para no perderse. Pero las calles se encontraban desiertas, igual que los patios interiores al otro lado de las atrancadas puertas, donde se guardaban diversos vehículos. El vapor silbaba a través de los respiraderos de los patios. Un hombre asomó la cabeza por una jaula de vidrio dentro de una oscura entrada, pero su aspecto no era alentador, parecía más bien una figura de cera abandonada después de una exhibición, todavía apuntalada en las tinieblas. ¿Había alguien descendiendo por una escalera de incendios? Los peldaños resonaban. Pero cuando Rose llegó a la escalera, nada había en ella a excepción de varios pisos de idénticas y cerradas puertas.

Al salir de la zona de fábricas, la niebla aclaró. Un camión amarillo con elevador de carga erraba por allí, quizás escogiendo aparcamiento. Algunos autobuses transportaban iluminadas muchedumbres entre la niebla; relucientes rostros que iban a la deriva sobre los tejados. Rose tuvo que forzar la vista para hacer que los pilares del paso superior fueran más visibles que la bruma.

Al otro lado de un paso subterráneo para peatones, en una concavidad situada bajo el paso superior, adoquinadas dunas, escamosos dorsos de reptiles enterrados, aguantaban las columnas. Cuando Rose llegó a él, camino de Hulme, una mujer salió dificultosamente de la oscura boca, arrastrando una abultada bolsa de plástico negro.

—Sí, encanto —jadeó la mujer—. Suba y gire a la derecha. Continúe en línea recta durante un buen rato y llegará a Partington Street, si es que aún sigue existiendo.

La mayor parte de las calles, más allá del subterráneo, tenían forma semicircular, largas y monótonas curvas de tres pisos de rojos ladrillos. Las que eran rectas quedaban interrumpidas por intersecciones, con la ayuda de la niebla. Calles enteras estaban como amuralladas, con infrecuentes ventanas tapadas con cortinas como únicas excepciones. En estrechas franjas de césped, rotos arbolillos se apoyaban unos en otros. Algo similar a una lápida sepulcral advertía PROHIBIDO JUGAR A LA PELOTA.

¿Le habrían dado una orientación errónea? Por todas partes había callejuelas abandonadas que llenaban los huecos entre las calles. Las más alejadas eran una abstracción bajo la bruma. Sin embargo, tendría que encontrar el lugar, ya que había llegado tan lejos. Los efectos del libro iban desvaneciéndose. Tal vez habían sido el resultado de leer en un tren con poca luz.

Algunos semicírculos estaban dotados de balcones de corte cuadrado contruidos con los mismos ladrillos rojos. Las ventanas estaban abiertas, pero nadie se asomaba a ellas. La niebla reptaba en torno a las habitaciones vacías. Un rostro iba siguiendo los movimientos de Rose, oscilando de ventana en ventana a lo largo de una calle entera. Ella no cesó de repetirse que se trataba de un reflejo del mortecino sol.

¿Dónde se hallaba la carretera para ir al centro? Rose miró por encima de su hombro, pero no había nada aparte de estratos de calles, y algunas tal vez eran nebulosos espejismos. Todo era por culpa de la niebla, que le había robado su sentido de la dirección y que parecía haber inundado sus oídos hasta el punto de no poder oír los orientadores sonidos del tráfico.

¿Había oído el ruido de un vehículo? Podía ser grande y estar lejos, o pequeño y estar cerca. Después de unos pasos más vio que no estaba sola. El siseo de ruedas era tan regular como el movimiento de un limpiaparabrisas. Había encontrado la carretera.

Apretó el paso hacia una calle de viviendas municipales, dos cajas de hormigón de dos pisos apretujadas tras desplomadas vallas y jardines cubiertos de yerbajos. Los faros de los vehículos avanzaban como lentos fuegos fatuos. Al otro lado de un tendedero suspendido a poca altura, como si fuera una cuerda para saltar, un montón de cartas yacían diseminadas sobre un enmarañado jardín igual que un frustrado truco de naipes. Un arrugado cartel decía INTRUSOS FUERA en letras casi tan grandes como la casa que desfiguraban. Y el nombre de la calle: Partington Street.

Si el sentido de orientación de Rose la había llevado hasta allí, sólo había sido

para desilusionarla. La calle estaba muerta. Ya había pasado la dirección del folleto. Irritada, desanduvo el camino.

Tal vez la casa estuviera en alquiler. Las ventanas estaban tan sucias que no se sabía si lo que las tapaban eran hojas de periódico o cortinas descoloridas. El jardín era un barrizal, cubierto de rastros y marchitas briznas de hierba. Astilladas tablas de la valla sobresalían de ésta como si fueran huesos rotos. Un avión de juguete con las alas partidas tenía hundida la proa en el barro.

Suponiendo que Armamento Astral ocupara la casa, el aspecto de ésta no favorecía mucho su imagen. Aunque quizá no fuera justo pensar así. Si estaban entregados al ocultismo, ¿iban a preocuparse por las apariencias?

Rose abrió la puerta de la cerca, que osciló y quedó torcida. Si los de Armamento Astral continuaban allí (suponiendo que no hubieran sido desahuciados como ocupantes ilegales), en nada iba a perjudicarlo averiguar qué tipo de personas eran, y cómo se habían puesto en contacto con ella. En cuanto quisiera marcharse, tendría la excusa de ir a buscar a Bill.

La puerta del cobertizo del jardín yacía apoyada junto a la entrada, igual que una ramera. En el interior, la parte superior de los arbustos parecía tener bultos de polvo en los delgados tallos. Pese a todo, las descoloridas superficies internas de las ventanas de la casa eran cortinas. Tal vez había luz detrás de ellas, o simplemente era el insidioso fulgor del apagado sol.

Al levantar la rígida aldaba, ésta casi se quedó en su mano. Los tornillos se insertaban en madera podrida. Rose dio unos cuantos golpes, y aguardó nerviosamente. ¿Y si el llamador hubiera caído, dejándola paralizada en una pose de payaso? La aldaba seguía a punto de caer.

Nada más abrirse la puerta Rose supo que había perdido el tiempo. El hombre que surgió ante ella era de edad madura y ofrecía un aspecto andrajoso. El inclinado cigarrillo de su boca vertía ceniza sobre las solapas de una holgada chaqueta azul cuyos codos parecían pulidos. Mientras el hombre miraba ceñudo a Rose, sus ojos chispearon cautelosamente. ¿Acaso pensaba que ella venía a desalojarle de la casa?

—¿En qué podemos servirla? —preguntó.

—Perdone, debo haberme equivocado de dirección.

—Es posible que sí y es posible que no. No lo sabremos a menos que me diga qué desea.

La severidad de aquel hombre divirtió a Rose, le recordó a ciertos hombrecillos uniformados: cuanto menores eran sus responsabilidades, tanto más pomposos e inflexibles se mostraban.

—Pensaba que me habían enviado un folleto desde estas señas —dijo Rose.

—Sí, es cierto. —El hombre volvió a mirarla con el ceño arrugado bajo su espeso cabello rojizo, que colgaba sobre su frente igual que paja mohosa—. Bueno, será mejor que entre, ¿no? —dijo terminantemente.

Detrás del hombre había una alargada cocina. Descoloridos armarios empotrados

mostraban algunas latas de comida y un rasgado y chafado envase de cereales. Objetos metálicos ocupaban prácticamente el resto de la pared: un gran fregadero, una cocina todavía mayor, manchada e indistinta como niebla. La habitación era fría y vacía. En una mesita relucía un trozo de pan con mermelada roja, que se escurría por la serrada brecha dejada por un mordisco.

El hombre abrió una puerta situada frente a la cocina metálica. La nuca del individuo parecía despellejada; su pelo había sido cortado justo por debajo de las orejas.

—Es la que le enviaste el folleto —dijo en tono quejoso.

La gran habitación vacía tragó la voz del hombre. Rose vio un destartado escritorio con un montón de folletos junto a un sello de goma y un tampón. Era un bosquejo de oficina, una caricatura. Igual que en la cocina, la pobre bombilla estaba llena de polvo.

Un hombre joven avanzó hacia Rose, sonriente como un vendedor. Su cabello estaba recogido por una goma, y colgaba entre sus hombros.

—¡Qué sorpresa! —dijo con una voz que pareció henchir su pecho y brotar con una resonancia desprovista de inhibición, clara como una nota de órgano—. No la esperábamos hoy.

El individuo andrajoso desapareció por una puerta en el extremo opuesto de la cocina. Rose tuvo la breve visión de una habitación pequeña repleta de penumbra.

—Estaba de paso en el barrio —dijo Rose—. Pensaba hacerles algunas preguntas antes de comprometerme.

—Por supuesto. —El joven estaba complacido—. Venga.

Atravesaron la pobrísima oficina y cruzaron otra puerta, para entrar en un corto pasillo en cuyo extremo Rose distinguió otra vez la habitación pequeña y oscura. El hombre andrajoso estaba hablando en voz baja, al parecer con varias personas. Tal vez se trataba de otro grupo, porque al subir por la encajonada escalera que ascendía desde el pasillo, Rose vio una polvorienta pila de folletos en el reducido rellano. OCUPA VIVIENDAS PARA DEFENDER TUS DERECHOS, decía el folleto, y Rose pensó que se trataba de una consigna poco afortunada.

Las paredes del rellano estaban llenas de puertas, resueltas a superar en monotonía a los muros. Angostos vidrios llenos de polvo sugerían la penumbra que había al otro lado de las puertas. Las blanqueadas paredes parecían haberse secado, eran frágiles, habían adquirido una tonalidad desigualmente pálida como producto de la ausencia de luz. Junto a la abierta puerta del cuarto de baño, una solitaria y harapienta toalla pendía de un gancho de plástico.

El hombre joven introdujo a Rose en una habitación de la parte trasera de la casa.

—Tardaré unos segundos —dijo.

La habitación era tan grande como la oficina de la planta baja, y estaba igualmente vacía. El polvo anidaba en los rincones, y en las dobladas puntas del empapelado. Cuando Rose se aventuró a entrar, las tablas del piso se hundieron bajo

sus pies, con un crujido. Las ruedecillas de una desaparecida cama habían dejado cuatro polvorientas marcas en las tablas.

Rose abrió las cortinas con la mejor voluntad; los deslizadores se aferraron tercamente al riel. Había pensado que la ventana permitiría ver la carretera, pero sólo había una zona asfaltada, encerrada entre tablones, más allá de sendas de cemento rodeadas de barro. Se oía un murmullo de tráfico, y Rose apenas fue capaz de distinguir las luces de los automóviles que flotaban entre la niebla lejos de la zona asfaltada.

El hombre joven subió apresuradamente la escalera, conversando con alguien. Rose confiaba en que no trataran de convencerla para que se uniera al grupo. Debía formularles muchas preguntas, sin darles tregua. ¿Cuántas personas estaban subiendo las escaleras? Cinco o seis, por el ruido que producían... Serían los de la habitación de la parte trasera. Era imposible que pretendieran celebrar una reunión con Rose como invitada de honor.

—Tendrás que admitir que acerté —estaba diciendo el hombre joven, tal vez con cierta amargura.

—Confío en que así sea —contestó otro hombre con una voz tan exageradamente inglesa como para parecer afectada.

El que había respondido entró en la habitación igual que si estuviera aventurándose en una guarida. Los demás le siguieron al momento —el hombre joven de sonora voz, el de los andrajos, y otros—, pero Rose sólo vio al individuo que estaba ante ella.

—No creía que se sintiera atraída —dijo aquel hombre. Su calva cabeza relucía a causa del sudor—. Lo cierto es que pensaba que tendríamos que ir a buscarla.

XXIX

Rose lo reconoció de inmediato. Lo había visto antes, en los almacenes Lewis de Liverpool, espiándola entre las estanterías. Captó triunfo en los ojos de aquel hombre, unos ojos menos amables que maliciosos.

—Lo lamento, no sabía que fuera tan tarde. —Rose mantuvo firme la voz—. Debo irme.

¿Acaso esperaba que mostrarse prosaica transformaría la situación en un mal entendido, en un exceso de celo misional? La única réplica del hombre calvo fue cerrar la puerta y apoyarse en ella, impidiendo el paso a Rose.

El pánico despertó en la boca de su estómago, pero ella respondió con firmeza.

—¿Me permite pasar, por favor?

Los acompañantes del hombre calvo respondieron por él. Se desplegaron a ambos lados del misterioso personaje y avanzaron hacia Rose. Entre ellos había una mujerona con un vestido de flores, cuya redondeada cara se apoyaba en numerosas papadas y temblaba conforme iba acercándose. Había un hombre cuya mejilla izquierda era de color púrpura, contraída por una quemadura o una marca de nacimiento. Otro hombre era muy delgado; sus hombros se movían espasmódica, repetitivamente, como si intentaran liberarse de una invisible carga. Además de los anteriores se encontraban allí el hombre andrajoso y el joven melnudo, que sonreía débil, misteriosamente. No tenían prisa. Al fin y al cabo, ella no podía huir.

Rose no cedió.

—Les aconsejo que se aparten de mi camino. Mi marido ya estará esperándome. Sabe que estoy aquí, y no aguardará mucho para venir a buscarme.

Una afectada sonrisa apareció en todas las caras. Su uniformidad era terrorífica.

—No lo creo —dijo el hombre calvo.

De pronto, de un modo instintivo, Rose recurrió al más joven de los presentes, le miró porque aparentaba ser más humano que los demás y seguramente tendría sentimientos personales.

—¿Qué quieren? No van a asustarme. —Notó un escalofrío que casi se reflejó en su voz—. ¿Qué quieren hacer?

El joven clavó la mirada en Rose. Su indiferencia era tan natural como su sonrisa anterior.

—Creo que lo sabe perfectamente —contestó el hombre calvo.

Pero ella no lo sabía, ni deseaba saberlo, temerosa de que el conocimiento la dejara expuesta al pánico. No iba a intimidarse. ¿Dónde estaba su fuerza interior? ¿Por qué aguardaba a que la atraparan como si fuera una tonta? ¡Dios mío, si aquel hombre no hubiera estado fuera de su alcance le habría hecho algo suficiente para derribarlo! Rose avanzó hacia él, dispuesta a clavar las uñas al primero que intentara detenerla, dispuesta a golpear con su bolso, que pesaba de un modo tranquilizador... y el libro cayó del bolso.

Todos bajaron la mirada, y volvieron a fijarla en Rose. Que se quedaran con el libro, era exactamente el tipo de absurda histeria que merecían. Pero algunos volvieron a sonreír afectadamente: el joven con cola de caballo, el andrajoso... Sólo la mujerona denotaba una vaga consternación. Difícilmente podía estar tan consternada como Rose.

Sí, Rose conocía los deseos de aquella gente. Sólo la seguridad de no poder ser atrapada con tanta facilidad le había impedido admitir la verdad. Había leído que una niña fue engañada para que entrara en la casa de un grupo de fanáticos dedicados a experimentos astrales, pero sus instintos no la habían advertido. La influencia de Peter Grace no había muerto, mas Rose no había tenido la premonición de encontrar ese influjo en aquella casa.

El pánico la sobrecogió. Los cinco extraños estrecharon el cerco, y ella retrocedió. El hombre joven apartó *Violación astral* de un puntapié. La escritora escuchó el ruido del libro al resbalar sobre las tablas del piso, y también oyó el sordo sonido de pisadas que hollaban una alfombra de polvo. Miedo y polvo resecaron su garganta. Los relucientes ojos se acercaban.

Y aquellos ojos habían visto el miedo de Rose.

—Perfectamente, ahora está en nuestro terreno —dijo el hombre de la mejilla color púrpura—. No en el suyo.

El acento de Lancashire de aquel hombre era tan pronunciado que recordaba a un cómico de *music-hall* o a un personaje de una vieja comedia inglesa. ¿Qué estaba pasando por la mente de alguien que hablaba así y sin embargo se comportaba de aquella manera?

Rose se volvió. Quizá podría romper los cristales y pedir socorro. Pero no había nadie en la zona asfaltada, y la niebla amortiguaba sus gritos, del mismo modo que apagaba el murmullo del tráfico. Si saltaba por la ventana, las baldosas del patio romperían sus huesos sin duda alguna.

—Ella sabe que es imposible escapar —observó el hombre joven.

—Perfecto —dijo el hombre calvo—. Perfecto. Quiero verla.

El semicírculo le abrió paso. A pesar de que no se había movido de la puerta, sus ojos eran tan penetrantes que parecían estar al alcance de la mano. ¡Ojalá fuera así! Rose le habría desgarrado la cara, le habría dejado paralizado... Pero estaba notando que aquella mirada penetraba en su ser, entumecía sus extremidades, frenaba la circulación de su sangre... Lo único que podía hacer era desviar los ojos e idear un plan antes de que su mente quedara inutilizada por el pánico.

Desviar los ojos era inútil. A cualquier parte que los dirigiera, otros ojos la aguardaban, resueltos a dejarla desvalida. Tal vez sólo había una mente controlándolos. La cabeza de la mujerona se retorció sin cesar sobre sus rollos de grasa, pero su mirada jamás se apartaba de Rose.

—Tenemos que hacerlo —dijo el hombre calvo.

Durante un instante, de un modo grotesco, Rose pensó que le pedían excusas.

Aquel hombre debía dirigirse a la mujerona, cuya cara se había endurecido y detenido sobre su hinchado cuello. Rose notó que el asalto se intensificaba.

Estaban mermándola. Sus personalidades se habían consumido en el fanatismo. Eran una sola personalidad, descomunal y abrumadora. Fe y odio absolutos relucían como metal en sus ojos. Mientras Rose se encogía en su interior, intentando sustraerse al sondeo de los demás, las paredes fueron volviéndose cada vez más distantes. La habitación era un desierto de polvo, sin vida, inmenso.

Suponiendo que la fuerza de Rose hubiera estado allí dentro, en sus entrañas, entonces se había perdido. Le habían contagiado de vértigo. No había nada a que su mente pudiera agarrarse. Había dejado de percibir la habitación como otra cosa que no fuera un hueco desecado, un vacío en el que estaba a punto de precipitarse. Estaba temblando. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que sus temblores la arrojaran al vacío?

El hombre calvo se acercó. Estaban preparados para ejecutar su plan. De pronto Rose no tuvo duda alguna de sus intenciones: emerger en el vacío y capturarla.

Imágenes tan rápidas como los sucesos de una pesadilla, aunque mucho más claras, se adueñaron de la mente de Rose. La mujer brotaría rápidamente de su cuerpo como grasa que se funde, grisácea y sofocante. El hombre joven sería una sustancia blanda e insidiosa, tan deforme como un gusano. El hombre andrajoso sería áspero como humo acre. Quizás el hombre delgado sería el más rápido para capturar a Rose, un espasmódico haz de grises varillas con manos y cabeza. La cabeza del hombre calvo parecía frágil, y se retorció. ¿Iba a quebrarse para permitirle fluir? No había duda de que la mejilla purpúrea del hombre de Lancashire se movía y estaba hinchada. Tal vez sólo era debido al retorcimiento de su lengua... aunque quizá lograra salir de la descolorida carne, pese a todo, en forma de un torrente de veneno.

Entre el empequeñecido tropel de los pensamientos de Rose, una idea pugnaba por hacerse escuchar. Mientras los demás se preparaban para abandonar sus cuerpos, con éstos al borde del trance, serían incapaces de atrapar a Rose físicamente. Si ella lograba actuar inmediatamente, pasar entre la brecha y dejar atrás al hombre calvo, tendría una oportunidad.

Quizá los otros habían previsto su artimaña, ya que Rose no podía moverse.

Sí, podía. Naturalmente que podía. Debía hacerlo. Tenía tiempo para recordar cómo controlar su cuerpo, había aprendido a fusionarse con él, eso era lo único que necesitaba recordar, aquel control instintivo. Sólo tenía que dejarse dominar por su intuición, creer que podía lograrlo, mover un simple músculo y el resto actuaría en consecuencia, antes de que las cosas grises emergieran, despreciando sus cuerpos como ropa inservible, y la atrajeran hacia su centro... Sólo necesitaba que un grito brotara en sus labios, un grito de indignación que le diera fuerza, simplemente que su boca succionara aire para sus pulmones, que su garganta anegada en saliva formara el sonido, un grito, por favor...

Pero al sonar el grito, no brotó de los labios de Rose.

Era la mujerona.

—¡No puedo! —gritó, meneando la cabeza. Su rostro se tambaleó.

La interrupción devolvió a Rose la conciencia de la habitación: grande y llena de polvo, eso era todo. La mujer se marchó dando tumbos antes de que el hombre calvo pudiera detenerla. Las tablas del piso retumbaron como una bolera.

El puño de Rose se cerró, y comprendió que podía moverse. Los ojos, que habían fluctuado momentáneamente, volvieron a contemplar a Rose, unidos en una sola y paralizadora mirada. Había cierto cambio en aquella mirada; era más violenta, más resuelta, si bien menos potente, más... Rose lo supo de repente: sus asaltantes tenían miedo.

¡Dios, así tenía que ser! Uno de ellos ya había huido, y naturalmente la llegada de Rose había constituido una sorpresa. Posiblemente habían planeado agobiarla con más personas de las que casualmente se encontraban allí en aquellos momentos. ¡Que la vencieran ahora! Su fuerza estaba recorriendo su cuerpo, aquella fuerza que ellos habían pensado atrapar con trucos, paralizando los pensamientos de Rose.

Todos la miraban con los ojos encendidos. Formaban un conjunto absurdo y abrumador: unas grotescas figuras aisladas en una habitación que nadie había limpiado desde hacía meses. Podía haberse tratado de niños excesivamente crecidos que intentaban mirarla sin pestañear, o polvorientos maniqués abandonados en una buhardilla, con ojos incapacitados para el movimiento. Parecían haberse encogido en cuanto Rose los miró, y ella no entendía por qué había podido tener tanto miedo. ¿Miedo de un tímido joven con cola de caballo, de un hombre con codos de aspecto grasiento, de un fracasado del *music-hall* que se esforzaba en hacer caso omiso de una de sus mejillas, de un hombre que sólo sabía encogerse de hombros, de un Yul Brynner en un papel de hombrecillo insignificante? ¡Venga, luchad!, se mofaba la mente de Rose. Un ataque de risa la dominaba.

De repente se cansó de aquella gente. Ni siquiera burla se merecían. Parecían estar ansiando tener valor suficiente para retroceder. Sí, eran iguales que maniqués, tenían unos ojos tan pobremente fabricados que no podían contener personalidad. Todos los rostros denotaban derrota, cansancio.

Regularon cuando Rose avanzó hacia ellos. Sólo el hombre calvo intentó cerrarle el paso.

—Apártese —dijo ella fríamente, y experimentó una oleada de odio. Ya le había pedido una vez que se apartara, y él no lo había hecho. Rose no iba a derrochar palabras en esta ocasión.

La bofetada pareció llenar toda la habitación. El hombre calvo retrocedió, tambaleante, con la mejilla casi del mismo color que la del hombre desfigurado. El picor que había en la palma de Rose era intensamente satisfactorio.

Bajó las escaleras. El polvo hormigueaba en su cara. Abrió la puerta delantera, desafiando a cualquiera que pudiera encontrarse allí. La niebla estaba aclarando; zonas herbosas brillaban igual que si fuera primavera. Rose se detuvo junto a la puerta inclinada y volvió la cabeza para mirar las ventanas mientras aspiraba el olor a

abandono de la casa. Varios rostros atisbaban tras las cortinas de planta superior, pero se echaron atrás bruscamente. Era su obligación. Rose les dio la espalda tranquilamente y se dirigió hacia la carretera.

XXX

Rose sonrió cuando estaba a punto de llegar al cine.

Naturalmente, ella sabía por qué no había tenido premoniciones: no había necesidad. Ella era más fuerte que los de Armamento Astral, era mucho más fuerte que la noche en que le habían hecho temblar para sacarla de su cuerpo y arrastrarla hacia el río y por debajo de la tierra.

Rose estaba convencida de que habían sido ellos. Tuvo la impresión de que la habían arrastrado bajo la tierra durante horas, sin duda para que no pudiera localizarlos. El hombre calvo debió percibir sus poderes antes que ella misma, por eso la había seguido en Liverpool. Bien, ahora sabían que Rose era más que superior a ellos.

Paseó entre las casas municipales. El crepúsculo y el regreso de la niebla hacían que el asfalto fuera indistinguible de las grietas que contenía, pero Rose ya no estaba perdida. ¿Habría sido el clima la causa que la había despojado de la conciencia de sus guardianes? Al menos no la habían abandonado después de la desconfianza que su pánico, su sensación de haber sido traicionada le había hecho sentir. Ahora se sentía vigilada, segura, lo bastante segura para no permitir que Bill sospechara que algo raro le había sucedido.

Estaba sonriente cuando vio a Bill. Su esposo se encontraba bajo la marquesina del cine, entre lunas crecientes de tres pisos de altura que parecían cubiertas de balcones y ásperos salientes: lunas crecientes ahogadas en la niebla y cubiertas de coral artificial. La luz del vestíbulo humeaba en torno de Bill, que asomaba la cabeza por la capucha azul de su cazadora, con un dedo sosteniendo y alzando sus gafas, como si así pudiera apartar la niebla de sus ojos.

Al verla, Bill sonrió abiertamente. Pensaba que la sonrisa de Rose era para él. La expresión de la escritora cambió antes de que ésta comprendiera que su semblante no revelaba la fuente de alegría.

—Llegas tarde —dijo Bill, y se apresuró a añadir—: pero no importa. Habría sido demasiado pronto, me equivoqué al leer el horario. ¿Qué has hecho?

—Oh, nada más que explorar.

—¿Sólo eso? —La observación no era totalmente casual. Bill parecía ansioso de dar la bienvenida a la tranquilidad.

—Sí, sólo eso. ¿Qué otra cosa esperabas?

—No sé. Pareces... no puedo explicarlo con palabras. Cambiada, pero con eso no acabo de expresarlo. —Estaba cada vez más inseguro de sí mismo, mientras Rose continuaba sonriéndole—. De todas formas, ya sabes —dijo en tono vacilante—, si hay algo que quieras contarme...

—Naturalmente que te lo contaría, pero no hay nada especial.

—De acuerdo.

En el mismo tiempo que empleaba para bajar y subir la cabeza una vez, un gesto

ceñudo apareció y se desvaneció. ¿Se hallaba ligeramente alejado de ella cuando abrió la puerta del vestíbulo, o acaso su reserva le hacía pensar que su marido debía sentirse así?

—Hay una carta para ti, de Diana —dijo Bill mientras subían la escalera de la mayor de las cuatro unidades en que se dividía el local.

—¡Ah, sí! —Rose había pospuesto la lectura hasta que Bill no le estorbara.

Un grupo de personas ocupaba lugares aislados del auditorio. Los números de las entradas de los Tierney les llevaron a un extremo de la fila. Las cortinas se agitaron soñolientamente en la vacía pantalla.

—Aquí la tienes —dijo Bill, sacando la carta del maletín.

¡Buen Dios! ¿Estaba abierto el sobre? No, una sombra casual creaba la impresión de que había un hueco bajo la tapa del sobre. Siguiendo las instrucciones, Diana había dirigido la carta solamente a Rose. La escritora abrió el bolso para ocultar la carta.

—¿No vas a leerla?

—Sí, dentro de un momento. ¿Has cogido un programa?

—No. Podemos cogerlo al salir.

—¿Te importaría mucho cogerlo ahora mismo?

—La película está a punto de empezar. —Al ver que Rose continuaba sonriéndole, Bill gruñó—: De acuerdo —y se levantó rápidamente.

Rose rasgó el sobre con tanta violencia que temió que Bill hubiera oído el ruido... pero la puerta doble estaba cerrándose a su espalda. Junto a la entrada, un rostro y el objetivo del proyector atisbaban por una ventanilla en miniatura. Rose leyó apresuradamente, forzando la vista en la penumbra, para acabar antes de que empezara la película.

Querida Rose:

Lamento no conocer a nadie en Inglaterra que pudiera ayudarte a desarrollar tus facultades. Ojalá te fuera posible conocer a mi ocultista. Él está muy interesado por lo que averiguamos en Múnich. Lo cierto es que cree que el interés actual en Hitler, todos esos libros y películas, puede ser un presagio.

Supongo que ya habrás leído Violación astral. ¿Qué te parece? ¿Sabías que Hitler odiaba la psiquiatría tanto como Peter Grace? La llamaba «medicina judía». Por cierto, tal vez sepas que Hitler siempre sospechó tener sangre judía, por lo que dispuso que le hicieran sangrías con sanguijuelas y luego se puso en manos de un cirujano, el doctor Morell. ¿Recuerdas lo que decía la carta que nos dieron en Múnich, que Hitler creía que su carne estaba envenenada? Sería muy raro escribir una cosa así si la carta fuera una falsificación, ¿no te parece?

De Jack puede decirse que ha perdido interés, pero creo francamente que

deberías escribir el artículo, puede ser importante. Te contaré más detalles que he sabido. Ya sabes que Hitler estaba obsesionado por conquistar el tiempo. Nunca llevaba reloj de pulsera y no permitía que nadie diera cuerda a su reloj de pared. Solía hablar mucho de resurrección, y creía en la existencia de un elixir de la juventud; quiso enviar una expedición a la India para encontrarlo. ¿Sabes que odiaba a la luna? Cuando tenía treinta y cinco años dijo a Hess: «Es una cosa muerta, terrible e inhumana... Tengo la impresión de que allí sigue viviendo parte del terror que la misma luna estableció en la tierra». Al parecer se refería a cierto tipo de fuerza oculta, y recuerda que Dietrich mencionó que Hitler había evocado algo que le producía pavor.

Además Hitler dijo: «Tengo que alcanzar la inmortalidad aunque Alemania entera perezca en el proceso». No dejo de pensar una cosa respecto a este hombre, que cuando era joven planeó lo que iba a hacer y luego consiguió prácticamente todo. Quizá consiguió más de lo que la gente piensa. La última cita da a entender que Hitler deseó la destrucción de Alemania en sus últimos días, ¿no crees? Y precisamente en sus últimos días, cuando decían que era un hombre senil, sus ojos seguían vivos. Fíjate, vivía cuando otros pensaban que debía estar muerto.

Una cosa terrible que he visto en un libro es un cuadro de un tal Franz von Stuck, el artista preferido de Hitler. Se titula Cacería salvaje y muestra al dios Wotan de caza, montando un caballo y acompañado de sabuesos. Una cabeza cuelga de su espada y criaturas semejantes a cadáveres corren y gritan a su alrededor. Pero su cara es exactamente igual que la de Hitler, incluso tiene el bigote y el pelo sobre la frente. Por eso me asusta un poco esta idea de nuevos presagios, ya que Cacería salvaje fue pintada en 1889, ¡el año del nacimiento de Hitler! Mi ocultista opina que si hubiera más gente comprometida en destruir todo lo que quede de Grace, entonces no tendríamos que preocuparnos por lo que pueda suceder por error si hay personas que empiezan a experimentar.

Jack y yo tenemos desacuerdos respecto a ciertas cosas, pero confío en que todo sea un simple proceso de ajuste. De todas formas nos veremos el 27 o 28 de octubre, aún no sé el día exacto. Te llamaré para que lo sepas. Jack tiene mucho trabajo en estos momentos. Me alegrará verte, y espero que también puedas ayudarme a desarrollar mis facultades, que estoy intentando exhibir otra vez. Me resulta muy agotador, como a la mayoría de la gente, aunque supongo que a ti no te ocurre.

Con cariño,

Diana.

Rose apretó la carta dentro de su bolso. ¡Qué confusión, incoherencia y conclusiones erróneas! Diana debía tener prisa cuando escribió. Al menos Rose se alegraba de que su amiga no tuviera nada que ver con Armamento Astral. Y aquel día, Rose se había convencido de que lo que quedaba de Grace apenas era digno de atención. Tal vez la carta tendría más sentido tras una segunda lectura... pero allí estaba Bill con el programa.

—¿Puedo leer la carta de Diana? —preguntó mientras Rose fingía leerla.

—Preferiría que no lo hicieras. Diana me pide que no la enseñe a nadie. Asuntos femeninos. —Rose se sintió frustrada, tanto por la mentira como por la necesidad de mostrarse tan vulgar.

Sabía lo que estaba pensando Bill: no hace mucho tiempo me habrías enseñado la carta de todas maneras. Era algo infantil, violento. Lo único que podía hacer era cogerlo de la mano para compensar el desprecio. Se alegró de que la oscuridad tapara la cara de su esposo.

Pasearon por Manchester después de la película. Niebla anaranjada se cernía bajo lámparas de sodio. Junto a la carretera, extensiones de tierra parecían ocupadas por edificios de niebla.

—Hoy he visto un libro mientras curioseaba —dijo Rose—. *Cinema Plus*. Trata de técnicas cinematográficas que no sobrevivieron, tres dimensiones, cinerama y cosas por el estilo. Me hizo recordar todas esas cosas que había olvidado.

—Sí, un gran libro. Lo vi en Liverpool hace poco.

Naturalmente Rose lo había visto en el mismo sitio. Quizá sería menos arriesgado guardar silencio. Sus pensamientos estaban anegados por la niebla, igual que la noche. La bruma iba delante de ella sobre las aceras, dejando una huella reluciente. Las pisadas de Rose sonaban como si pisaran almohadones.

En el restaurante indio, un camarero servil y resuelto al mismo tiempo insistió en que se quitaran la chaqueta. El restaurante tenía la tranquilidad de un templo, con la excepción de Muzak, que fluctuaba discretamente a espaldas del matrimonio. Los camareros les sirvieron con movimientos rituales, como en una presentación de ofrendas a los dioses. Rose disfrutó hasta cierto punto con aquellas atenciones, aunque intuía que para Bill eran excesivamente serviles.

—Jack y Diana vendrán el 27 o el 28 —dijo Rose después del primer plato, confiando en que la observación lograra que su marido se sintiera menos excluido de la carta.

—¿No podrían ser concretos? Bien, supongo que él estará ocupado. De todas formas, eso no te facilita las cosas. Ojalá no tuviera que dejarte sola para atenderlos.

—Oh, me encantará, no te preocupes. —Tendría más oportunidades de contar a Diana lo que fuera—. Sólo espero que la entrevista vaya bien, para poder recopilar *Redescubrimientos*.

—Sí. —Bill volvió a llenar los vasos con riesling—. Escucha, tenemos que dar forma a *Los significados del estrellato*. Sé que no tenemos un plazo fijo, pero de

todas formas nunca habíamos ido tan retrasados. Y dijimos que nos esforzaríamos en pensar un título mejor.

—Lo sé. —Por primera vez, escribir un libro había representado más tiempo que las vacaciones de verano—. Lo siento.

—¡Cristo, no es culpa de nadie! Hemos tenido un verano muy liado, eso es todo.

Durante el plato principal y al empezar otra botella de vino, Bill siguió hablando.

—Hoy hemos hecho una práctica de producción televisiva. El personal ha indicado a los estudiantes cómo debían proceder, y éstos han respondido con mucha timidez, como de costumbre. Jim Logan puso una cara como si la policía estuviera fotografiándolo, Maurice parecía Peter Sellers parodiando a un orador, las piernas de Hannah se agarrotan en cuando piensa que están filmándola, de manera que sale a escena igual que John Cleese...

Como de costumbre... ese era el problema. Rose había escuchado todo aquello otras veces, el año pasado y hacía dos años. Se esforzó por demostrar interés, aunque no muy convencida de engañar a Bill. Su sonrisa volvía a ser un disfraz.

—Escucha —dijo bruscamente Bill cuando la segunda botella estaba medio consumida—, si te estoy poniendo nerviosa o estás preocupada por algo, deberías decirlo, ¿comprendes? Creo que es más saludable aclarar estas cosas, ¿no te parece? —Lanzó una feroz mirada a un camarero que daba vueltas alrededor del matrimonio, atento, como una mariposa—. Mira, he intentado mostrarme menos monolítico. No sé si se nota.

—Francamente, Bill, no sé cómo podrías mejorar para mí —contestó ambigüamente Rose. ¿Estaba incitándola Bill a que le criticara, de tal forma que tuviera una excusa para tantearla, para sondear sus secretos?—. Mientras estés presente cuando te necesite...

—Creo que no debes preocuparte por eso. —Bill dejó el tenedor junto a un demolido montículo de arroz—. Estaba pensando... sólo pensando, no puedo ser más concreto. Estaba pensando que si esta entrevista acaba bien tal vez podríamos hablar con Jack respecto a la idea de Hollywood. Es posible que al ganar en experiencia me sienta más tranquilo para las entrevistas. ¿Aún sigues tan ansiosa por ir allí?

Bill estaba esforzándose mucho por comunicarse con ella, y sin embargo Rose se sentía trabada: había tantos temas que eludir, tantos secretos que ocultar a Bill. Rose cogió la mano de su esposo y la apretó.

—Ya veremos —dijo.

Después de apurar otro vaso de vino, y de vuelta a casa, Bill citó diálogos deficientes de películas. ¿Intentaba animar a Rose, o animarse él mismo?

—Sólo un milagro puede salvarla —citó Bill—. Haré todo cuanto pueda.

Su voz abrumó, irritó los nervios de Rose. Aunque respondió de un modo mecánico, pensó que ya había superado el humor hacía mucho tiempo.

Por lo menos la oscilación del tren era ruidosa, y fue la excusa para que Rose no hablara. Adormecidos viajeros abonados se balanceaban en el borde de sus asientos,

suspendidos en sus sueños. Rose contempló las distantes farolas de sodio, brasas en la ceniza de la niebla. Dispersas ventanas iluminadas hacían pensar en sellos, ilustrados o en blanco, medio consumidos en la ceniza.

En Liverpool, los autobuses avanzaban pesada y tímidamente a través de la niebla. Astas de luz sobresalían de los árboles de Fulwood Park. La sala de estar estaba helada; pronto tendrían que encender la chimenea. Quizá deberían pensar en la calefacción central.

Bill calentó leche mientras Rose sacaba chocolate de una lata. Permanecieron en la cocina, calentándose las manos alrededor de las abultadas tazas.

—¿Estás cansada? —dijo Bill, mirándola desde el otro lado de la mesa. Quería hacer el amor.

—Enciende la estufa de arriba —contestó Rose.

Al subir las escaleras, Rose escuchó el siseo de la estufa de gas, un ruido molesto, incesante y monótono. El calor de la llama aún no se había extendido mucho más allá de su encierro. Tal vez Bill la haría entrar en calor.

Pero su marido parecía distante. Rose se sintió como un espécimen anatómico cuando él la tendió en la cama. A pesar de la urgencia de las caricias, ella pensó que Bill estaba menos ansioso de hacer el amor que de poseerla. Rose le abrazó suavemente, le acarició para que se sosegara y reparara en ella.

Logró comunicar sus necesidades, hasta cierto punto. Los labios de Bill exploraron su cuerpo, con impaciencia. Rose notó su deseo de que ella respondiera, y por lo tanto procuró hacerlo. Cuando por fin notó el despertar de su sexualidad, la reacción le pareció que se producía fuera de ella, una convulsión incontrolada, un tic nervioso. ¿Cómo iba a responder completamente a Bill?

Estaba permitiendo que su mente interfiriera en su cuerpo, eso era todo. Necesitaba liberarse de sus dudas, confiar en su instinto. Quizá la sexualidad tuviera algo en común con sus facultades. Bill se inclinó sobre su cuerpo. La estufa de gas silbó como si hubiera visto a un villano. La situación resultaba ligeramente absurda: Bill había fruncido el ceño esperando a que capitulara ante él... pero estos pensamientos eran traicioneros. Ella sólo tenía que sentir, amar, liberarse... Rose cerró los ojos.

La sensación la inundó al instante. Pensó estar atravesada por luz. Inmediatamente notó que seguía el ritmo de Bill, flotando sobre las olas de luz y calor que irradiaban de su cuerpo. ¡Santo cielo! ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba por una experiencia igual? Era como cuando había volado sobre las nubes.

Los pensamientos de Rose se disolvieron, sus dudas desaparecieron en las olas. Sólo tenía que confiar en su intuición. Ella no era más que la agitación de las olas de luz y éxtasis. Las olas llegaron a sus labios, separándolos en una amplia sonrisa. Abrió los ojos.

Un estremecimiento convulsionó todo su cuerpo. Sus brazos empujaron, apartaron a Bill.

—¡Dios mío! ¿Quién...? —gritó Rose.

Se contuvo, porque sólo era Bill... pero ya era demasiado tarde. En cuanto pudo, su marido retrocedió. Antes de que Bill le diera la espalda, Rose tuvo tiempo de ver su cara un instante, una cara contraída a causa del desaire.

El éxtasis había cegado a Rose, su placer había sido tan intenso que durante un momento había olvidado a Bill. ¿Pero cómo podía esperar que Bill creyera esa explicación? Rose quedó inerte, mientras su marido se dirigía al cuarto de baño.

Finalmente, cuando oyó que salía, se acercó a él. Bill se apartó como si fueran extraños en el corredor de un hotel, y no quiso mirarla. Rose estaba demasiado deprimida para llorar. Al apagar la luz, Bill estaba a su lado igual que una piedra, tolerando el brazo con que ella le rodeó la cintura. Al cabo de un rato su esposo dejó de estar tenso, puesto que se había dormido.

XXXI

El tren se sumergió en la oscuridad. El andén, atestado igual que un bote salvavidas, se alejó. Varias luces brillaron, rápidas como imágenes consecutivas, en las paredes del estruendoso túnel. De repente las paredes fueron luz natural. El Mersey, una extensión de arrugada pizarra, corría paralelo al ferrocarril. Bajo un cielo que era un albo papel de seda, barcos y almacenes recibían la asistencia de descarnadas grúas. Con aquella luz difusa, todo tenía un aspecto lóbrego, introvertido, no completamente real.

Rose miró por la ventanilla. Al menos la contemplación le daba oportunidad de no pensar. Las vías se arracimaban bajo los puentes y luego se deshilachaban en los desvíos. Zonas herbosas se aferraban a los pétreos márgenes de la cortadura, que tenía el mismo color y prácticamente idéntica textura que el hollín. En Aintree, los márgenes desaparecieron para revelar una jungla de tuberías metálicas. Más allá de Old Roan, fértiles campos quedaban divididos por canales. Casas idénticas se aglomeraban en busca de compañía o seguridad. En las afueras de Maghull, las ovejas inclinaban la cabeza sobre el prado, sin apenas moverse. Bancales de piedra roja se alzaban sobre los andenes de Aughton Park. Encima de los bancales, como si anunciaran la proximidad de Ormskirk, varias gallinas cacareaban.

Mientras el tren reducía velocidad, Bill se levantó para bajar el maletín.

—Tienes cara de felicidad —dijo.

—Bueno, hacía tiempo que no pasábamos un fin de semana aquí.

¿Se puso serio Bill porque creía que ella prefería estar con sus padres en vez de quedarse sola con él? Debía asegurarse de que su marido no volvía a apartarse de ella. Su malentendido sexual le había demostrado hasta qué punto era vulnerable su matrimonio.

No, había sido más que un malentendido. Rose había llegado a la conclusión de que su momentáneo despiste era un síntoma de su creciente desilusión por Bill. Bien, ella no tenía derecho a sentirse desilusionada. Bill estaba haciendo todo lo que podía para evitar una posible separación.

Pese a que no se había referido al incidente desde aquella noche, el tacto y el desvelo que mostraba Bill eran una respuesta por sí mismos, y habían logrado que Rose se sintiera intensamente avergonzada. Cuando Bill le dijo que habían llamado sus padres para invitarlos a pasar con ellos el fin de semana, Rose sintió alegría. Tal vez una noche en Ormskirk contribuyera a que su matrimonio recuperase el equilibrio.

La carretera de Wigan era una muchedumbre de niños recién salidos de la escuela, un casi ininterrumpido desfile de tonos azules. Los niños atestaban las aceras, y Rose estaba al borde de la sordera. Pese al gentío, la escritora no se apartó de la acera opuesta a las tiendas, y se apresuró a pasar el bloque de casas. ¿Era posible que percibiera el olor de la carnicería en medio de los gases del tráfico

mientras pasaba frente a la tienda? ¿Era posible que el establecimiento despidiera un olor tan rancio y putrefacto?

Aflojó el paso en cuanto vio el hospital, que en otra época había sido un hospicio y que actualmente se asemejaba más a una aldea. ¿Estaría Wendy de servicio? Al subir por Tower Hill se preguntó cuántos centenares de veces habría bajado por la colina con sus padres o con su amiga de la infancia. Durante el invierno había sido un tobogán de hielo en cuyo pie aguardaba la carretera de Wigan. En otoño Rose había caminado entre hojas arrastradas por el viento que producían un ruido similar al del cereal que había desayunado. Siendo niña había subido y bajado la colina con el cochecito y la muñeca, y los destinos de los camiones que iban por la carretera de Wigan le habían resultado inimaginables, como otros mundos. Tenía cariño a esos recuerdos. No había perdido las sensaciones que solía experimentar en su infancia.

La madre de Rose puso cara de sorpresa cuando abrió la puerta.

—¡Oh, no os esperaba hasta dentro de una hora!

—No me digas que Bill te habló de las trece horas en vez de la una.

—Me temo que lo hice. Lo siento, Margaret. Los ricos estamos locos por estos métodos novedosos —bromeó Bill con cierta timidez.

—Bueno, es igual, ¿no? ¿Podemos pasar?

—Claro que podéis pasar, Rose. ¡Qué cosas dices! —Pero al echarse a un lado, las arrugas de la frente de la mujer se hicieron más profundas—. Tu padre acaba de volver de una subasta.

La mesa del comedor estaba cubierta de sellos, era un lote costoso. La lámpara del techo había descendido su cable, como una araña, para acompañar al padre de Rose.

—¡Ah, hola... eh... Bill! —dijo el hombre sin levantar los ojos—. Hola, Rose.

—¿Deseas que no te estorbemos? No queremos que tus sellos salgan por los aires. El padre de Rose miró a su esposa antes de responder.

—No, quedaos y hablad conmigo, Bill. Estos pueden aguardar hasta que los examine del modo apropiado, en la tienda. Sólo estaba echándoles una ojeada.

Algo poco creíble, pero el filatélico se puso a recoger los sellos.

—¿Estabas en la cocina? —preguntó Rose a su madre—. Iré contigo y hablaremos.

—No, Rose, no quiero interrupciones. Ya sabes lo que pasa con dos mujeres en la cocina.

Rose lo había experimentado cuando estaba realquilada, pero ella y su madre habían compartido la tarea felizmente.

—Creo que tu padre quiere jugar a algo —dijo Margaret, quizá advirtiéndole que Rose se sentía herida.

—Sí, ¿qué os parece una partida de croquet? —contestó el padre de Rose, casi con la suficiente rapidez para hacer creer que la idea era suya.

¿Acaso la madre de Rose estaba preparando sorpresas en la cocina? Su padre

entregó a Bill unos aros para que los hincara en la hierba.

—La única pega es que hemos perdido varias pelotas de croquet. Tendremos que usar... ¡oh, válgame Dios! ¿Cómo se llaman esas cosas? ¡Dios Todopoderoso! ¿Cómo se llama ese condenado juego? Petanca, eso es, petanca.

Tal vez ese era el motivo de que la madre de Rose estuviera inquieta: cada vez eran más las palabras que abandonaban a su marido. Y no sólo se trataba de su forma de hablar, porque también su modo de jugar era más irregular. En otros tiempos el hombre habría usado su conocimiento de la inclinación del terreno para ganar, pero ahora, pese a que Rose le dio oportunidades para que echara fuera su bola, su padre fallaba mucho.

El hombre pasó casi toda la partida hablando con ella.

—¿Recuerdas los días que pasábamos en Martin Mere? Han criado más aves exóticas desde que tú estuviste allí. ¿Recuerdas cuando te llevamos a Appley Bridge? Donde está la Casa de la Calavera, ¿te acuerdas? Dicen que la calavera regresa si alguien trata de desembarazarse de ella. Tú querías aguardar fuera todo el día para verlo...

¿Estaba asegurándose de no haber perdido aquellos recuerdos?

La comida fue sencilla pero deliciosa, como todo lo que cocinaba la madre de Rose. Un cuarteto de cuerda de Mozart sonó en segundo término. Fue una comida muy parecida a la primera que Bill y Rose hicieron en aquella casa. ¿Qué libros tenía en mente? ¿Qué opinaban de la situación mundial? ¿Se acordaba Rose de la vieja señora...? ¿Y de...? La charla fue tan brillante como la luz, y centelleó al unísono con los cubiertos. Estos y la porcelana resonaron igual que campanas.

Pero la luz acabó por resultar demasiado viva y los sonidos fueron haciéndose cada vez más agudos. La sorpresa de la madre de Rose no había sido la comida, después de todo. Lo imprevisto se ocultaba en la conversación, haciendo que todo pareciera inseguro. Rose no estaba segura de que fuera a gustarle la sorpresa cuando surgiera.

Ayudó a su madre a quitar la mesa.

—Oye, mamá —dijo en cuanto llegaron a la cocina—, no puedo soportarlo. Queréis decir algo. ¿De qué se trata?

—Oh, Rose. —Su madre se mordió el labio, esforzándose por no volverse—. De momento dejaremos los platos sin lavar y tu padre nos servirá una copa.

—No me apetece.

—Bueno, pero a mí sí. ¡Oh, no me pongas las cosas más difíciles, por favor!

La lámpara estaba apagada sobre la mesa del comedor. En aquel rincón de la habitación, el cuarteto de Mozart armonizaba las notas en la penumbra, de un modo preciso, pulcro, perfecto. Bill y el padre de Rose charlaban en el sofá, rodeados por una mortecina iluminación. Al ver la cara de la madre de Rose, ambos hombres guardaron silencio.

El silencio persistió mientras el padre de Rose llenaba las copas. Bill miró las

punteras de sus zapatos y dio tirones a los restos de su bigote. Debía haber advertido la inminencia de una discusión familiar.

La madre de Rose dejó la copa cuidadosamente, sin haberla probado. Quizá aguardaba el momento preciso para beber. Miró resueltamente a Rose.

—Rose, hay algo que no he podido comentar desde que tú eras una niña. Ahora quiero hacerte algunas preguntas.

—Bueno, adelante.

—No hables así, o no podré hacerlo.

Rose estaba convencida de no haber hablado con brusquedad, pero vio que su madre meneaba la cabeza y cerraba fuertemente los ojos con su acostumbrado nerviosismo.

—Estoy seguro de que te acordarás, Rose —dijo finalmente su padre—. Fue la noche que fuiste a ver aquella espantosa película con Wendy, aquella película de rock-and-roll.

—Pero no fue a verla, George. Ese es el problema.

—¿No fue a verla? No, exacto, no fuiste, Rose. Pero fue la noche en que Wendy se suponía que iba a acompañarte, a eso me refería.

La confusión estaba frustrando a Rose.

—¿Estáis hablando de *Rock Around the Clock*? ¿Uno de mis errores infantiles? La vi con Wendy.

—No, no fue así, Rose. —De pronto, la madre de Rose estuvo a punto de llorar—. Estás recordando otra película que viste con ella, otro día. Sabes perfectamente de qué noche estamos hablando.

—Sí, claro que lo sé. Y recuerdo haber visto esa película. —No se acordaba de los detalles. Películas así eran indistinguibles—. La vi con Wendy, en el Pavilion.

Su madre se había echado hacia atrás y tenía los ojos cerrados, como si Rose la hubiera herido. Su padre estaba muy serio.

—Rose, ¿por qué insistes en comportarte así? ¿Tendré que decirte yo dónde estuviste?

Rose se encogió de hombros, desesperada.

—Sé dónde estuve.

—Entonces sabrás que no viste la película. Estuviste jugando a sesiones espiritistas. Wendy te llevó a casa de Richard... ¿cuál era su condenado apellido? No importa. Vivía en la carretera de Wigan, cerca de la estación de autobuses. Había reunido a un grupo de gente que debía haberse comportado mejor. Todos eran mayores que tú.

—Estás hablando de otra noche —dijo Rose—. De todas formas, la sesión espiritista me debió parecer irremediabilmente desilusionadora, porque ni siquiera recuerdo...

—¡Oh, no digas eso, Rose! Sabes perfectamente que la recuerdas. —Las manos de su madre estaban cerradas en su regazo, estrujando su falda—. Aquellos

indecentes te dejaron sola y encerrada. No habrás olvidado eso, ¿eh? Wendy lo sintió mucho después... aquella zorra dijo que no había querido hacerlo. Nunca la perdoné. ¿Sabes una cosa? Lo último que dijo antes de que os marcharais aquella noche fue que prometía cuidarte. Y Richard... era igualmente malo... Entrar a escondidas en una casa donde alguien había muerto... ¡Cuánto me hubiera gustado echarle el guante! Te libraste de todos ellos, eso fue lo único bueno del asunto. Gracias a Dios, no pasó mucho tiempo antes de que fueras a la escuela primaria e hicieras nuevas amistades.

—Mamá, ¿por qué te enfadas? —Rose intentó coger la mano de su madre, pero estaba inamoviblemente unida a la falda—. No sé quién te contó todo esto. ¿Desde cuándo ha estado preocupándote? Créeme, no sucedió.

—¡Oh, de acuerdo! No sucedió. —Su madre parecía agotada, desesperada. De pronto hizo un último esfuerzo—. Rose, no fueron los otros los que te encontraron. ¿Lo has olvidado? Fueron los padres de Richard. Ellos no podían mentir, ¿no te parece? Sólo Dios sabe cuánto tiempo estuviste sola allí dentro. Cuando saliste no quisiste hablar con nadie, y no te culpo, hija mía. Sé cómo debiste sentirte... ¿Piensas que yo no lo sentí también? Te dejamos salir con aquella mentirosa cuando no debíamos haber confiado en ella. No me extraña que nos culparas. Te enviamos a pasar una temporada con Wilfred y Vi, y eso pareció animarte. Pero... ¡oh, si tan sólo me hubieras dicho una palabra, aunque hubiera sido que me culpabas por no haberme preocupado de ti!

Se puso a llorar. Rose fue incapaz de sentir lástima, pues la conversación no tenía sentido. Los nombres de sus tíos habían logrado que se notara protegida, pero el resto era confusión.

—Esto no es necesario, francamente —fue lo único que dijo—. Estás trastornándote por nada.

—¡Oh, muy bien! No es nada. —Su madre contuvo las lágrimas, hundiendo los nudillos en las comisuras de los párpados.

—Margaret, ¿no hay otra posibilidad? —Bill se inclinó hacia adelante como si quisiera excluir a Rose de su campo de visión—. Tal vez la experiencia fue tan traumática que ella no la recuerda.

—¡Oh, no! No voy a creerlo. Nada va mal en su cabeza.

El padre de Rose se levantó. ¿Quería exhibir su estatura para que ella se sintiera pequeña, una niña de nuevo? No tenía que tomarse la molestia de intentarlo. No, el disco de Mozart había terminado, eso era todo. Un débil y monótono *clic-clic-clic...* brotaba de la penumbra, el sonido de un insecto atrapado.

—En realidad, Margaret —dijo el padre de Rose mientras levantaba la aguja del surco central—, he pensado muchas veces lo que Bill acaba de sugerir. No lo mencioné porque sabía cómo ibas a reaccionar. Pero, francamente, Margaret, todo el mundo pierde algunos recuerdos. Dios sabe que yo estoy perdiendo la memoria, pero eso no significa que yo esté grave. Mira, creo que si Rose fuera al médico este asunto

se arreglaría sin ningún problema.

—Escucha, no me he ido de la habitación, ¿sabes? Sigo aquí —dijo Rose en tono de enojo—. ¿Qué asunto? ¿A qué te refieres exactamente? No hay nada que necesite arreglo por lo que a mí respecta.

De pronto Bill y el padre de Rose empezaron a comportarse como si les dominara la torpeza. Ambos eran incapaces de mirarla o de mirarse mutuamente. Lo único que contemplaban eran sus piernas, repentinamente inquietas y pesadas.

—Sí, hay algo que arreglar —afirmó su madre, mirando coléricamente a los dos hombres por haberla obligado a ser la que hablara—. Tanto si te gusta como si no. Te estás comportando con Bill exactamente igual que como te comportabas con nosotros... desde lo que te ocurrió en Nueva York.

Cuando Rose comprendió finalmente lo que estaba diciendo su madre, comprendió también por qué la situación le había parecido falsa. Clavó los ojos en Bill hasta que éste se vio forzado a mirarla.

—Sabías de antemano lo que iba a pasar —dijo Rose acusadoramente.

—No irás a culpar de todo a Bill.

Rose fijó la vista en su madre, que estaba recobrándose. Su padre, turbado, contemplaba la penumbra circundante.

—Lo planeasteis entre vosotros —dijo Rose—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis hablando de mí a mi espalda?

—¡Oh Rose! —exclamó su madre—. No hables como si hubiéramos estado conspirando contra ti.

Pero eso era exactamente lo que habían estado haciendo. Un nervio crispó los labios de Rose; si hablaba, se arriesgaba a un desatino. La habitación fue haciéndose distante igual que una vieja película, con perspectivas aplastadas y una superficie que emitía chispas, amenazas de migraña.

La madre de Rose supuso que aquel silencio significaba terquedad.

—Escúchame, Rose. Bill tenía que hablar con alguien de este asunto. ¿Con qué otras personas iba a hacerlo?

Debían haber planeado por teléfono el modo de vencer a Rose. Una parodia de sorpresa de cumpleaños.

—Si alguien pronuncia otra palabra sobre esto —logró decir Rose—, me iré.

—¡Oh Rose, no seas infantil! Sólo lo hacemos porque nos preocupamos por ti. Hemos de llegar al fondo por tu bien y por el de Bill.

—Eso es todo —respondió fríamente Rose—. Ya os había advertido.

Sus nervios estaban cada vez más tensos, la ataban a sí misma. Antes de que alguien pudiera detenerla, corrió hacia el recibidor, cogió la chaqueta y salió a la calle cerrando la puerta de un codazo.

Se apresuró a llegar a la estación. Ella era un contraído punto de odio, tan intenso que se consumía a sí mismo. Lo que más odioso le resultaba, quizá, era que Bill y sus padres le hubieran hecho sentirse así, entregándola a emociones que había mantenido

bajo control desde su infancia.

Al pasar junto a cálidas y brillantes habitaciones perfectamente aisladas, Rose se forzó a salir de las profundidades de su mente. No necesitaba a Bill o a sus padres; otros cuidaban de ella. Pero no debía depender tanto de lo invisible, era innecesario porque disponía de su propia fuerza. No tenía que volver a confiar en nadie, y no creía en la posibilidad de hacerlo.

Delante, en la estación de autobuses, el motor de un vehículo vibraba con regularidad. Cinco minutos más y Rose se hallaría en la estación ferroviaria. Esperaba que hubiera un tren a punto de partir, aunque no le importaba tener que esperar y exponerse a que sus familiares la encontraran en el andén. Nada que le dijeran la haría volver a la casa.

La vibración no era el ruido de un motor, porque no había un solo autobús visible.

Rose contempló la calle desierta. Un banco vacío aguardaba junto a la estación de autobuses. Las luces de los semáforos ascendían, compelidas a moverse de prisa, únicamente para volver a bajar. La luz roja teñía de sangre la estatua de Disraeli. Las últimas casas de la carretera de Wigan tenían el color del barro, y embebían la luz de las farolas. Uno de los ventanales de una planta baja estaba iluminado. De allí surgía la vibración.

Vibración no era exactamente el término adecuado. El sonido era grave y regular: *chop, chop, chop...* No debía demorarse, no debía perder tiempo esforzándose por recordar dónde había oído antes aquel ruido. Debía apresurarse a dejarlo atrás, antes de que tuviera demasiado miedo para hacerlo, puesto que el sonido surgía de la tienda donde oscuridad y olor a sangre habían intentado atraparla.

De repente se tranquilizó, aunque siguió caminando deprisa. Naturalmente se trataba de una carnicería; eso explicaba el sonido. Rose vio al carnicero, un vigoroso hombre de tez sonrosada con un delantal a rayas. Estaba cortando carne sobre una tabla de madera que resplandecía como el tubo fluorescente del techo: *chop, chop, chop...* Eso explicaba el olor a sangre que se extendía en el ambiente. Lo lógico era contener la respiración al pasar delante de la tienda... pero súbitamente se sintió mareada, en peligro de tropezar, pues había visto que la carnicería se hallaba al lado de la vivienda que había ocupado Richard.

Algo había sucedido allí. Una sesión espiritista, después de todo. No pudo ser la noche en que había ido al cine con Wendy. Ella recordaba aquella noche, los débiles esfuerzos de su padre para disuadirla, con *La flauta mágica* como fondo. Tuvo que ser otra noche. Rose creía estar a punto de recordar, pero no debía hacer tal cosa. Su cabeza era un tenue caparazón que contenía una erupción de pánico. *¡Por favor, quiero estar lejos antes de que esto me supere, por favor!*

Echó a correr. El brazo del vigoroso carnicero subía y bajaba, subía y bajaba... igual que el brazo de un títere de feria. La cuchilla tajaba, tajaba, tajaba... El resplandeciente delantal estaba teñido de rojo. El olor a sangre fue intensificándose en las ventanas nasales de Rose, embotando todos sus sentidos, abrumándola como

una compacta negrura. En esa negrura había algo que se retorció, que aumentaba de tamaño.

Intentó mirar hacia adelante, a los semáforos, que iniciaban otra vez el cambio de luz. Casi estaba allí, sólo veinte pasos más, quizá treinta, casi estaba allí... pero algo tiró de su cabeza y le hizo volverse, y se encontró contemplando la oscura ventana superior. ¿Estaban las cortinas a punto de separarse? Si parte de una cara miraba entre ellas, ¿sería reconocible como tal? Rose se tambaleó, puesto que al parecer había olvidado cómo mover las piernas... y un instante después echó a correr alocadamente, cruzó la calle y pasó ante un automóvil del que surgió un griterío. Los gritos persiguieron a Rose, pero no miró atrás hasta que llegó a la estación. Suciedera lo que sucediera, jamás volvería a Ormskirk.

XXXII

—No iré a Londres —dijo Bill.

Había dejado el café demasiado cerca de la máquina de escribir de Rose. Después Bill se quedó como la taza: impasible y entremetido. Rose apartó la taza.

—Gracias —murmuró. Y sin levantar los ojos de la máquina añadió—: Es indudable que tienes que ir.

—No, creo que será mejor que me quede contigo.

—Bueno, yo no pienso igual. ¿Qué es esto, Bill, una especie de chantaje emotivo?

—Nada de eso. ¿No puedo sentir deseo de cuidar de mi esposa?

—Puedo cuidar de mí misma perfectamente.

La preocupación de Bill le resultaba opresivamente paternal. Ella podía mirar por la ventana mientras las teclas sonaban bajo sus dedos. Podía contemplar la luz del atardecer que abandonaba lentamente el jardín y dejaba un sedimento de sombras. Podía distinguir la mancha que la hoguera había dejado en la pared, una grasienta y oscura silueta que alzaba sus desiguales brazos mientras su cabeza humeaba y se derrumbaba. Nada de eso le afectaba.

—Tienes que ir y entrevistar a ese hombre —dijo—. No querrás estropear nuestro libro... —Sonó el timbre de la máquina de escribir, igual que al final de un asalto.

—Bien, ¿no podrías...?

—Sabes que no puedo acompañarte. Sabes que me esperan conferencias importantes. Y, además, debo estar aquí para atender a nuestros huéspedes. Tengo mucho de que hablar con Diana. —Después de una inteligente pausa, añadió—: Y con Jack.

Bill le dio la espalda. No podía responder sin exponerse a una pelea total. Pero se volvió al cabo de unos instantes.

—De acuerdo, sólo estaré fuera hoy, para la entrevista. Cogeré el último tren para volver.

—Sabes perfectamente que debes ver las películas de ese hombre. Debes irte pronto y pasar allí la noche. —Bill se disponía a contradecirla, pero ella no le dejó—. Mira, Bill, no me molestes. Estoy esforzándome por acabar este capítulo. Si de verdad te importa mi estado de ánimo, déjame en paz.

Los pasos de Bill mientras bajaba la escalera reflejaron incertidumbre, insatisfacción. Su marido había conseguido hacer tambalear ideas que ella tenía controladas. Antes de poder continuar mecanografiando el borrador definitivo, debía aclarar su mente.

Bill había hecho lo mismo en la estación de Ormskirk. Cuando ella acababa de lograr cierta paz, basada en su alivio por haber dejado atrás la tienda de la carretera de Wigan, su esposo se presentó en el andén.

—Vuelve conmigo, Rose —le había dicho—. Has trastornado mucho a tus padres. Vuelve, por favor, no he cogido el maletín.

Bill había pensado influenciarla con esa excusa. Ella se había alejado, porque su marido le había parecido un actor aficionado en el vacío escenario del andén: torpe, inepto, desconcertante... La banalidad de la escena había puesto furiosa a Rose. Bill pretendía mantenerla alejada de sus pensamientos. Cuando él insistió en acompañarla a casa, Rose decidió dedicarse a mirar por la ventanilla, para intentar fijar sus ideas.

Debían haber celebrado la sesión espiritista en la habitación que había encima de la carnicería. Por eso la ventana era tan amenazadora. ¿Fue allí donde adquirió Rose sus facultades, que después habían permanecido dormidas durante tantos años? La sesión espiritista pudo ser un detonante. Eso era todo lo que ella necesitaba saber. Era lo bastante fuerte para no recordar lo sucedido en aquella habitación, y nunca regresaría. Tal vez se tratara del mismo recuerdo que Colin había estado a punto de revivir. ¡No era extraño que sus facultades hubieran estado mentalmente unidas al pánico en un principio!

Rose sonrió disimuladamente, con los ojos cerrados, y asintió en silencio. Ya estaba tranquila. Sus dedos experimentaron el ansia de correr sobre el teclado. Pero antes de que pudieran hacerlo, Rose oyó movimiento a su espalda, en la habitación. Bill había vuelto, de un modo bastante tímido.

—Escucha, Ro, hay algo que tenía que haberte dicho antes. —Sus manos se apoyaron en los hombros de Rose, pero él, avergonzado, estaba mirando los árboles, donde la penumbra regresaba a sus nidos—. Ahora comprendo por qué te trastornó tanto aquella sesión espiritista en casa de los Hay. Lo siento, debería haber considerado tus sentimientos con más seriedad.

¿Pensaba que así arreglaba las cosas? No era ese detalle por el que debía excusarse.

—Muy bien, Bill —dijo Rose con indiferencia—. Gracias.

Notó que las manos de su marido se hundían y luego se apartaban de ella. Tal vez fuera cierto que él no se daba cuenta de lo mucho que su conducta había herido a Rose, o quizá se había convencido a sí mismo de que, dado que había pretendido actuar en provecho de Rose, eso era lo único que importaba.

—Todo va bien, Bill —comentó Rose, intentando mostrarse generosa—. Es la pura verdad. No necesitas preocuparte por mí. En realidad, creo que a ambos nos beneficiará un par de días separados. Tendremos oportunidad de meditar.

Bill le miró recelosamente. Ya debía estar convencido de que ella deseaba quitarle de en medio para quedarse a solas con Diana. En esos momentos todo lo que hacía o decía Bill irritaba los nervios de Rose.

—Oh, vete, Bill —dijo Rose en tono de fatiga—. Vete, por favor.

Bill supuso que ella deseaba que se marchara de inmediato, cosa que, aparte otro significado, era cierta. Se alejó pesadamente escaleras abajo, cada paso una frase de una perorata. Con un suspiro que reunía alivio y resignación, Rose miró por la ventana, observó la pacífica luz prácticamente sin fuente, y vio la grisácea figura de un enano desnudo perfilada en el interior del invernadero. No parecía tener cara o

manos, sólo una masa de carne de color manteca.

Se había apartado del escritorio, que tembló peligrosamente, casi haciendo caer la máquina de escribir, antes de ver con claridad la figura: una mancha en el vidrio del invernadero, hecha visible únicamente por un ángulo especial de la luz. Sin embargo su presencia era insoportable. Rose se apresuró a salir al jardín.

La figura era más que una mancha. Parecía moho, crecido en el punto donde una forma enana se había apretado contra los cristales. Debía haberse formado moho desde la limpieza del invernadero. ¿No podía haberse formado simplemente en las zonas donde las hojas se habían pegado al vidrio? Pero su forma era demasiado definida para admitir una explicación tan sencilla. Rose vertió desinfectante en un cubo de agua hirviendo. Mientras buscaba un cepillo, Bill asomó la cabeza en la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

—Limpiar ventanas. —Y preguntó impulsivamente—: ¿No lo ves?

Bill miró hacia el invernadero.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a verlo?

—¿Qué dirías que es?

—Moho, supongo. ¿Por qué demonios me haces estas preguntas?

—No importa. Sólo quería saberlo. —No se le ocurrió otra explicación—. No, quiero hacerlo yo —dijo al ver que Bill se ofrecía para limpiar los cristales.

La sustancia grisácea tenía el tacto de la gelatina, y chirrió cuando Rose la frotó. El crepúsculo ya se había congregado opresivamente en el interior del invernadero. Con furia, Rose eliminó el último vestigio de los cristales, y salió de prisa del lugar, con el cubo en la mano. Grandes fragmentos flotaban en la superficie del agua, igual que espuma. Cuando vació el cubo en el desagüe del camino, los relucientes fragmentos se agarraron a las barras de la reja.

Al volver a la casa, sintió momentáneamente la tentación de explicar a Bill que tenía razón, que no debía dejarla sola allí. Habría sido un gesto infantil, habría sido traicionarse imperdonablemente. Debía tener el valor de confiar en su propia fuerza. Pero se preguntó una y otra vez, hasta que logró controlar sus pensamientos, cuándo habrían salido las marcas de las vidrieras del invernadero.

XXXIII

Rose se alegró de salir de su despacho, aunque el pasillo estaba en penumbra y las figuras de Henry Moore que había en la pared carecían de cara. La clase de la mañana había sido desilusionadora, puesto que los estudiantes, después de leer los principales análisis de *Psicosis*, no habían encontrado nada nuevo que decir. Dentro de veinticuatro horas, cuando les mostrara *Hour of the Wolf* de Bergman, serían más vivaces.

El viento acechaba entre los bloques de cemento. Varios arbolillos atados a estacas luchaban con sus collares. En la parte trasera de Abercromby Square, el temblor de la hiedra daba la impresión de que la pared se estremecía. Quizás el viento arrastrara la tensión de Rose, suponiendo que ese fuera su mal. Durante toda la mañana había sentido pesadez e irritación en su cabeza. Tal vez la reunión con su madre aliviara aquella tensión.

Bill había salido hacia Londres por la mañana. La noche anterior, tras la llamada telefónica de su madre, Rose sospechó al principio que la mujer pretendía vigilarla en ausencia de Bill. Pero su madre se había mostrado tan ofendida como deseosa de disculparse, y Rose no creyó que estuviera ocultando algún ardid.

—Espero que sigamos viéndonos de vez en cuando para comer —había dicho la madre de Rose—. Además, querrás que te devuelva el maletín que os dejasteis aquí.

El viento empujó a Rose cuesta abajo. Nubes similares a trozos de papel corrían en el cielo, con los bordes flameando. La puntiaguda y enorme corona de la catedral católica parecía flotar en el aire. En las paradas de autobús, muchos niños aguardaban, acompañados por encapuchadas figuras con rostros de papel de periódico arrugado. Junto a Chaucer's Tavern, dos niños pedían «un penique para el chico» en favor de un osito de trapo tan grande como ellos.

Rose avanzó entre la muchedumbre que iba a comer, en dirección al Watson Prickard's. El restaurante se hallaba en el sótano de una tienda. Frondas de corbatas pendían de los mostradores. Vacíos uniformes escolares formaban una hilera de múltiples reflejos. En una sala custodiada por cerditos y monos de juguete, figuras vestidas con batas blancas blandían navajas de afeitar sobre hombres sentados en sillones.

Al bajar las escaleras, junto a una confusión de maletas vírgenes, Rose vio que su madre ocupaba una mesa cerca de la entrada. Estaba hablando con tres hombres. ¿Quiénes eran, y qué hacían allí?

—Me alegra que hayas venido, Rose. —Su sonrisa reflejaba cierto alivio—. Estaba hablando de tus libros con estos caballeros.

Sólo eran hombres de negocios, con idénticos trajes oscuros: dos de edad madura y un tercero más joven, que no cesaba de sonrojarse y manifestar su acuerdo con todo lo que se decía. Tal vez uno de los mayores era su padre.

—¡Oh, sí, naturalmente que lo haré! —dijo apresuradamente el más joven cuando

la madre de Rose le rogó que les guardara la mesa.

Las dos mujeres se pusieron en la cola. Pendientes del techo, varias lámparas se cernían a poca altura sobre mesas circulares. Diminutas pirámides azules de minutas anunciaban «Auténtico Smörgasbord escandinavo estilo *gourmet*». En la barra, una langosta artificial vigilaba los platos de pescado; un trozo de arenque había huido de su cuenco. Una madre estaba dando prisa a su hijo.

—No, no lo toques. No, esas cosas no te gustan. No, eso no, te pondrás enfermo.

Ojos de huevo duro atisbaban entre trozos de pastel.

—¿Lo has pasado bien esta mañana? —preguntó la madre de Rose.

—No del todo mal, supongo. Mis alumnos sabían bastante sobre *Psicosis* pero no tenían ideas originales. Con excepción de uno, que sugirió que la mosca en la mano de Anthony Perkins era un símbolo de su podredumbre interna. ¡Dios mío, fíjate que conversación elijo para comer!

Pero su madre se alegró de que charlara tan abiertamente.

—A veces debe ser difícil para ellos. Nunca logré comprender cómo se puede dedicar tanto tiempo al estudio... Hablo de ti.

—A veces me costaba mucho. No te lo decía porque no quería preocuparte.

—Podía haberme preocupado, es cierto. Yo era bastante tonta para esas cosas. Supongo que subestimé tu capacidad para salir adelante. Bueno, ya no soy así. Es mejor tarde que nunca, ¿no te parece? Mira, Bill nos explicó que su cabeza se comportaba de un modo extraño cuando se acercaban los exámenes.

—Oh.

—Sí, nos dijo que solía padecer fallos de memoria. Una vez perdió toda una mañana antes de un examen, y hasta ahora no ha recordado lo que estuvo haciendo. Nos lo explicó después de que tú te fueras —añadió rápidamente, como si el detalle eliminara cualquier sospecha de conspiración.

Rose pensó con amargura que su madre aceptaba la idea de fallos mentales únicamente tras conocer que los sufrió Bill, el impasible y sensible Bill, además de la nerviosa e insegura Rose.

—No sabes cuánto me ayudó, Rose, a aceptarlo. Mira, desde que me enteré de que aquella zorra te había encerrado en una habitación, temí que tu mente estuviera dañada. ¿No recuerdas cómo te restregabas la piel, como si jamás estuvieras limpia? Tuve tanto miedo que hasta pensarlo me resultaba insoportable. Preferí pensar que me odiabas.

—Escucha, mamá, cambiemos de tema, si no te importa. —Su madre iba delante, para volver a la mesa, y Rose estaba perdida si se veía envuelta en una discusión familiar ante unos extraños.

—Por favor, dame esta oportunidad, Rose. Deja que me desahogue.

Los hombres que había al otro lado de la mesa no podían oírlas.

—Sí, tiene razón, por supuesto —se apresuró a decir el más joven, y los otros bromearon ruidosamente, quizá para diferir sus pensamientos sobre la tarde que les

aguardaba.

Detrás de Rose, varias secretarias chismorreaban en voz baja; sólo se escuchaban los sonidos sibilantes.

—Estuve en vela toda la noche después de que te fueras como una fiera, quería meditar con sensatez —dijo su madre.

Si Rose se negaba a escuchar, sus nervios se irritarían aún más.

—Bien, acaba de explicarte.

—Sólo quería decirte que Bill me demostró que no tenía que preocuparme como lo hice. Fue por mi culpa, lo único que logré fue empeorar las cosas para mí y para ti, supongo. Rose, sinceramente, ¿es verdad que no recuerdas lo que sucedió aquella noche, cuando saliste con Wendy?

Un tren subterráneo pasó igual que un pequeño terremoto.

—Sí —dijo Rose, hastiada—. Sinceramente, no lo recuerdo.

Su madre le cogió la mano por debajo de la mesa. La mujer era incapaz de hablar momentáneamente, y apretaba la mano de Rose para ayudarse a contener las lágrimas. Turbada, e inquieta hasta cierto punto, Rose desvió la mirada, hacia una mujer que avanzaba resueltamente hacia ella. De repente, la mujer dio la espalda a Rose, y luego se volvió otra vez, aunque sin mirarla directamente. Por fin Rose reparó en la etiqueta del precio que colgaba del sobrio traje oscuro que la mujer exhibía.

—No puedes imaginarte cuánto mejor me siento —estaba murmurando su madre—. Cuando Bill telefoneó y le expliqué algunas cosas de aquella noche, no estaba segura de haber obrado bien. Y cuando vinisteis a vernos, me dio mucho miedo hablar del incidente. No sabía cómo ibas a reaccionar. —Su murmullo era un temblor que amenazaba transformarse en un repentino grito—. ¿Podrás perdonarme, ya que he sido sincera contigo?

Rose notaba dolor en la mano que le apretaban, pero parte de los sentimientos de su madre le habían afectado. La mujer se había esforzado en aceptar los cambios de Rose, pese a que ya tenía la carga de un esposo cada vez más irritable y con una memoria que se desintegraba. Por muy fastidioso que a Rose le pareciera, su madre había actuado movida por el amor.

—Sí, mamá —dijo suavemente—. No te preocupes. No hay nada que perdonar, de veras.

Su madre le soltó la mano después de un apretón final. Rose notó algo extraño, como si la barrera que se había derrumbado entre las dos hubiera cambiado por completo su perspectiva. Se sentía muy cerca de su madre, pero era algo más que eso. Al pasar otro tren, el suelo vibró. Sí, ahí estaba la clave: algo se había movido, o estaba a punto de hacerlo. Se encontraba mareada, a punto de estallar. Su madre sonreía de alivio, con los ojos cerrados, finalmente sosegada...

Los sonidos del restaurante se alejaron de Rose, y se encontró mirando desde arriba la cara de su madre. Pero su posición no había variado. Era la de su madre, que

estaba tendida, con los ojos cerrados y el rostro tranquilo: demasiado tranquilo. Alrededor de Rose, todos vestían de negro. El silencio, tanto como el luto, hacía que la gente tuviera un mortecino aspecto.

El tenedor de Rose cayó en el plato. El sonido interrumpió su trance. Nadie vestía de negro; los hombres de negocios, en cuyas cabezas asomaban algunas canas, llevaban trajes grises; las secretarias, rebosantes de color, estaban perfumadas como un jardín artificial; había mujeres con caras maquilladas y cabellos aparentemente suplantados por pulcras gorras de piel, todas sentadas y vigilando sus medio consumidos platos.

—Oh, qué tonta soy, Rose —se reprendió su madre—. Estoy impidiéndote comer. Apenas has probado nada.

Mucho peor que el vislumbre de Rose era el hecho de que no tenía idea alguna de cuándo iba a suceder. Se obligó a comer, para convencer a su madre de que no le pasaba nada. Sus movimientos fueron intolerablemente pesados. Su brazo arrastró el tenedor hasta la boca, sus mandíbulas masticaron de un modo mecánico, pero masticaron. Los amontonados granos de arroz eran infinitos. Habían estado en la nevera, y comerlos era igual que masticar hielo. La cabeza de Rose se hallaba tan vacía como una cueva, en la que resonaban los sonidos de la masticación. Tuvo que mantener el tenedor bien apartado del plato, para que no la delatara si empezaba a temblar.

Estaba solitaria con su visión. No podía explicarla a su madre, pues ésta pensaría que la mente de Rose había resultado afectada después de todo, o bien, lo que era peor, la creería. No podía hablar con su padre, que se mostraría perplejo, trastornado e impotente, suponiendo que existiera alguna posibilidad de que creyera a Rose. No podía hacer nada. Jamás sus facultades le habían hecho sentirse tan sola.

Tuvo que volver a acompañar a su madre a la barra, puesto que sus padres nunca se conformaban con una ración. El arroz aderezado relucía en cuencos. No, no parecían nidos de huevos. No, los granos no se revolvían sin descanso, todo era producto de sus nervios... aunque tuvo que contenerse para no salir corriendo.

Varias mujeres con etiquetas de precio daban vueltas igual que figurillas de cajas de música, describiendo lentas piruetas. Rose las observó, por cuanto le daban un pretexto para no comer. El humo de los cigarros puros se deslizaba en la mesa de los comerciantes. Retumbó un tren, y Rose no tuvo duda de que el suelo temblaba. Todos los detalles —el conjunto de platos, la compleja y difusa banda sonora de las conversaciones— parecían irreales, una apariencia que amenazaba con dar paso a otro vislumbre.

—¿No puedes comer más, Rose? Me haces pensar que yo no debería estar comiendo.

—Continúa, mamá. —Rose ocultó su apretada mano bajo la mesa—. Hoy no tengo mucha hambre.

—Oh, espero no haberte trastornado —murmuró la madre de Rose. Mientras ésta

agudizaba su oído, los sonidos del restaurante se alejaron—. No decirlo habría sido irresistible. Ahora nos comprendemos mejor, ¿verdad? Mira, nunca quise creer que me culpabas. Pero tú parecías muy cambiada después de aquella noche, tanto que apenas te reconocía. Y de todas formas no podías sentirte traicionada, ya que no recordabas nada. ¡Oh, me alegro tanto de que todo haya terminado, Rose!

Rose apenas prestaba atención. De hecho se sentía traicionada, en lo más hondo de su ser, aunque sólo fuera porque su madre seguía insistiendo en el tema. No era simplemente un recuerdo. Sus sentimientos le estaban haciendo perder el tiempo a su madre y no sabía cuánto tiempo quedaba. Indudablemente no tenía que pensar en eso. ¿No existiría otra interpretación de su vislumbre? Deseaba aferrarse a ella misma y no soltarse jamás, antes de que su madre desapareciera. Pero su madre le sonreía. Estaba cerrando los ojos.

Rose extendió los brazos para detenerla, mas lo hizo demasiado tarde. Estaban rodeadas de figuras enlutadas. Bill parecía desconcertado, el padre de Rose atontado, con los ojos vacíos de lágrimas, de todo. La inmóvil cara de su madre acechaba en el silencio. ¿Estaban a punto de fundirse el presente y el futuro?

—Intenta comer un poco más —dijo su madre—. Vas a conseguir que me preocupe.

Tal vez sería la preocupación la causa de su muerte. Rose se obligó a comer más, casi sin darse cuenta de qué comía. Si era preciso, iría al lavabo de señoras y se esforzaría en vomitar. Estaba introduciendo comida en un agujero de una máscara rígidamente alegre. Bajo las conversaciones circundantes, un ominoso estruendo avanzaba.

—Yo pagaré —dijo su madre ante la caja—. No, quiero pagar yo.

En cierta forma, sus palabras eran insoportablemente finales, una última amenaza. Al otro lado de las escaleras, un hombre se echó hacia atrás, dejando al descubierto su garganta. Un barbero se agachó ante él con fina navaja de afeitar.

Mientras subían los peldaños, Rose cogió la mano de su madre.

—Mamá, por favor, cuídate. —Eran las palabras menos adecuadas que había pronunciado en toda su vida.

—Oh, nada va a pasarme. Tú sí que has de cuidarte, eso es lo que importa. Te noto muy tensa. —Se detuvo en la entrada de la tienda, apretando la mano de Rose—. Debo darme prisa. Telefonéame pronto, o ven a vernos. Quiero que nos veamos más a menudo.

Rose contempló a su madre mientras era engullida por la muchedumbre. Su cabeza se agitó entre las demás durante unos instantes, luego desapareció. Los puños de Rose parecían pesas en sus costados. ¡Oh, Dios, tenía que ver más a su madre, verla siempre que pudiera! Pero ¿hasta cuándo?

XXXIV

En Aigburth Road el viento se esforzaba en gobernar a los compradores, aunque no logró lanzar a Rose bajo un coche. Capas y más capas de oscuras nubes se congregaban como sedimentos en el horizonte. Con el cielo como fondo, los árboles centelleaban, masas de alambre deshilachadas y oxidadas. Los pájaros eran vestigios de luz en lo alto, en peligro de apagarse. Encima de la puerta de una iglesia, la Virgen y el Niño estaban encarcelados en una tela metálica, que resonaba como si ambos trataran de escapar.

La ropa de Rose la arrastró hacia Fulwood Park. El viento hacía que el tejido fuera tan fuerte como ella. Las hojas eran derviches que danzaban en el camino. Sobre los pilares de los portales vibraba el pelaje verde que cubría las caras de pétreos leones. Al divisar el buzón de correos, cuyo nido de hierba se retorció, un coche desconocido estaba saliendo del camino de entrada de la casa de Rose.

¡Oh, Dios! ¿Qué había pasado? Rose intentó correr, pero el viento era igual que agua. Antes de llegar al buzón, el coche ya estaba lejos de la casa.

Rose avanzó penosamente hacia la calzada, para agitar los brazos y lograr que el vehículo se detuviera. Pero al fin y al cabo no se trataba de personas que buscaban a Rose. Eran el editor periodístico, el hombre que había estado en la fiesta de los Hay, el magistrado, que llevaba un suéter, y uno de los jóvenes que, al parecer, habían viajado por todo el mundo.

Al entrar en la casa, la vivienda resonaba a vacío. El ruido del viento ocupaba todos los rincones, el sonido de soledad, de insubstancialidad. Los muebles reposaban. El chino de porcelana extendía la mano hacia su compañero, un rincón oscuro. La presencia de los guardianes de Rose parecía tan debilitada como la del chinito.

El viento insistía en golpear el buzón. Rose reprimió el impulso de asegurarse de que no había correspondencia, pero no pudo vencer la sensación de que alguien deseaba ponerse en contacto con ella. ¿Tal vez Diana? Mas Rose iba a verla al día siguiente o dentro de dos días. No debía telefonar a su madre, aún no. Si cedía al apremio con tanta prontitud, jamás se libraría de él.

Se sentó en la solitaria sala de estar. Finalmente el viento perdió fuerza, la luz empezó a oscilar. La casa, silenciosa, tenebrosa y vacía, era igual que la mente de Rose.

Se hallaba en la cocina, contemplando inexpresivamente las primeras fluctuaciones de las burbujas en la cafetera, cuando sonó el teléfono. Su sobresalto fue tan grande que transcurrieron algunos instantes antes de que lograra correr hacia el pasillo. El timbre le pareció que sonaba con demasiada rapidez para ella. Escasísimos pasos por cada timbrazo.

Al coger el aparato, escuchó unos apremiantes pitidos. Si no echaban más monedas, la conexión se cortaría. Finalmente cayó una moneda.

—Soy yo, estoy en el National Film Theater —dijo él. Sólo era Bill. Después de todo, no debía haber corrido.

—Me han invitado a ver una película de nuestro amigo —dijo su esposo—. Supongo que será una ayuda para la entrevista. El National 2 está ofreciendo un ciclo de dibujos animados de Europa del Este. Seguramente oirás a la gente entrando en tropel. Todo el mundo está adecuadamente serio. Dos horas de hombres acosados por la letra K, armas que se convierten en flores... ya sabes cómo son estas cosas. El próximo mes habrá un ciclo de películas nazis.

El puño de Rose se apretó al teléfono. Le pareció que el plástico estaba a punto de partirse. Su madre al borde de la muerte, ella no podía hacer nada, y tenía que escuchar a su marido, malgastar el tiempo en películas. Y no podía decirle nada.

—¡Oh! ¿No puedes callarte un momento? —contestó abruptamente.

—¿Qué ocurre? —dijo Bill tras una pausa en la que Rose oyó el parloteo de los entusiasmados cinéfilos—. ¿Quieres que vuelva a casa?

No ocurría nada que pudiera explicar a su esposo.

—Eres la última persona que deseo ver en estos momentos, Bill.

—¡Vaya, hombre! —Bill parecía menos enfadado que herido—. Me haces creer que no debía haber telefoneado.

Algo raro sucedía. Rose notaba que su voz era incontrolable. Poca importancia tenía lo que dijera... Nada importaba, puesto que ella se veía impotente para salvar a su madre. Sin embargo poseía un curioso sentido de fuerza: era libre de decir a Bill lo que se le antojase.

—¡Por el amor de Dios, no finjas que estás preocupado por mí, Bill! Estás preocupado por ti mismo.

—Lo que dices es abominable.

—¿Por qué? ¿Porque es verdad? —Bill se comportaba de un modo insufriblemente falso con ella. Ella se encargaría de hacerle perder su pomposidad—. Sabes perfectamente que has telefoneado únicamente para tranquilizarte.

—¿Cómo diablos llegas a esa conclusión?

Antes de que Rose pudiera replicar, los pitidos iniciaron su clamor. Tuvo la momentánea sensación de que se le ofrecía una última oportunidad, una oportunidad que ella no deseaba. El enfado de Bill le hacía parecer extremadamente banal, despreciable. Rose se sentía poseída por su voz, ávida de continuar el ataque.

Oyó la caída de la moneda. Bill había pagado más verdades y, ¡Dios!, ella se las vendería.

—¿Cómo diablos llegas a esa conclusión? —repitió Bill como si fuera la segunda toma de una escena.

—El único motivo de que hayas telefoneado tan pronto es convencerte de que estoy perfectamente, para poder olvidarme el resto de la noche. No creo que te des cuenta de lo increíblemente egoísta que eres.

—¿Egoísta? ¿Tú me llamas egoísta? ¡Jesucristo...!

—No grites, Bill —dijo Rose, sonriendo disimuladamente. Ahí estaba Bill, obligado a despojarse de su disfraz—. La gente puede oírte.

—¿Pueden oírme? Bueno, mierda para ellos. No intentes imponerme tus correctas maneras de Ormskirk. No quieres oír hablar de mis sentimientos, ¿me equivoco? Estás demasiado ocupada con los tuyos. Por eso tuve que recurrir a tus padres. Así se demuestra mi egoísmo, ¿no te parece?

Bill había farfullado un poco. Rose supuso que debía haber bebido en exceso.

—Y tanto que sí, Bill. ¿Tengo que explicarte por qué pensaste que debías recurrir a mis padres? Porque yo había amenazado tu masculinidad. ¡El único motivo de que te preocupes por mí es el miedo a que yo rompa tu rutina!

—¿Y quién pensaste que era yo aquella noche —contestó Bill, intentando gritar más que ella—, cuando creíste que yo era otra persona?

—No me creerías si te lo dijera. No comprendo que eso te preocupe tanto. Lo único que necesitas es alguna mujer que me sustituya.

Antes de que pudiera darse cuenta, Rose estaba riendo irrefrenablemente. Había imaginado el aspecto que Bill tendría ante el gentío del National Film Theater, un hombre pomposo, con el cabello revuelto, desgreñado, que despotricaba por teléfono sin preocuparle de que le oyeran. En medio de sus risas, que Rose apenas reconocía como suyas, oyó decir a Bill:

—Hola. —Seguramente estaba saludando distraídamente a alguien.

Bill siguió hablando en tono avergonzado, amigable, esforzándose en fingir que no había gritado. De repente Rose se cansó de él.

—No sé con quién hablas —dijo—. ¿Pero por qué no los aburres a ellos en vez de a mí? Siempre habrá alguien que escuche tus quejas sobre mí.

Nada más colgar violentamente el teléfono, Rose sintió rabia. Era indudable que Bill iba camino de emborracharse con la primera persona que encontrara. Era indudable que bebería hasta sentirse bien, hasta que la pelea matrimonial fuera un simple altercado, una interrupción en la comunicación, una explosión de insultos en los que Rose no creía realmente. Nada haría cambiar a su marido, nada le haría ser menos impasible y seguro de sí. Rose podía haberse ahorrado el esfuerzo de salvarle en las escaleras, en Aschheim, en vista de la impresión que el incidente había producido en él...

De pronto la habitación se iluminó, quedó bruscamente enfocada. Rose había pasado por alto un detalle. ¿Se habría desesperado por un motivo francamente insignificante? ¿Se atrevería a despreciar por completo la discusión? Pero creía haber descubierto la verdad, y tenía que confiar en sus sensaciones. Debía irse. La casa era demasiado pequeña para dar cabida a su repentino optimismo.

Deslumbrantes jirones nubosos, muy escasos, flotaban en el cénit, tan ociosos como sueños. El cielo estaba transformándose en un vidrio de color intensamente luminoso. Gracias a una transformación imposible de percibir, el subido color azul del cénit se ensombrecía hasta llegar al matiz gredoso del horizonte. Los colores de la

campiña se comprimían, preparándose para brillar en el crepúsculo.

Rose permaneció inmóvil, reflexionando, hasta que llegó la oscuridad. No había error alguno en su intuición. Había salvado a Bill, cosa que significaba la posibilidad de hacer fracasar sus premoniciones... pero no podía deducirse que ella debía intervenir.

El azar podía salvar a su madre, y así sería. De lo contrario, ¿por qué la premonición ya había perdido intensidad?

La brisa avanzaba lentamente desde el río. Sobre las farolas de Fulwood Park, lívidas y desnudas ramas se agitaban. Bajo ellas, las hojas caídas sonaban, moviéndose como escarabajos a lo largo del escenario de la luz. Rose debía comunicarse con Bill en cuanto pudiera. Aunque estaba consternada por las cosas que le había dicho, no podía sentir otra cosa que no fuera esperanza: seguramente su marido comprendería que ella había sido otra persona.

Todo iría bien a partir de entonces.

—Sé que estáis ahí —dijo en voz baja, para resarcir las dudas que había experimentado hacia sus guardianes—. Sé que cuidaréis de mí.

La brisa avanzó hacia ella desde la oscuridad. Las ventanas nasales de Rose se contrajeron. A continuación se retiró rápidamente hacia la casa. Temblorosa, cerró la puerta con llave y echó el pestillo. Muy cerca, en la negrura, algo estaba pudriéndose.

CUARTA PARTE

EL ESCONDITE

XXXV

Rose salió corriendo del Centro de Estudios de la Comunicación. El sótano era una colmena de monitores de televisión que zumbaban y fluctuaban. El mundo parecía transformado por el atardecer. Los edificios de cemento brillaban tétricamente, absortos en su colorido. En los montículos herbosos, cada brizna de hierba relucía por separado, barnizada de luz. La hiedra de las zonas traseras de Abercromby Square era una congelada cascada de llamas anaranjadas. El cielo era cristal helado, un insondable azul oscuro que iba matizándose imperceptiblemente de verde claro. Rose quería estar en casa, para ordenar sus pensamientos.

La mayor parte de sus alumnos habían admirado la película de Bergman. Algunos habían argumentado que era demasiado seria, que las buenas películas de terror tenían un desarrollo subversivo, ocultando sus temas reales bajo una superficie convencional. Rose pensaba que se trataba de una simplificación exagerada y representativa de un empalagoso uso del lenguaje, pero no había dominado por completo la discusión. La película le había afectado impropriadamente.

Y sin embargo todo se reducía a que Bergman usaba una escena de *La flauta mágica* de Mozart. La sensación de un recuerdo que pugnaba por emerger —niñez, Ormskirk, sus padres, *La flauta mágica* sonando, la noche a su alrededor— había hecho que la sala de proyección pareciera la celda subterránea que en realidad era. Rose había oído la tierra que se apretaba contra las paredes. Naturalmente se trataba de una de las óperas favoritas de su padre, y no le extrañó que le hiciera pensar en sus padres.

La noche anterior, nada más encerrarse en su casa, había llamado a su madre. Charlaron inconsecuentemente durante unos minutos, reprimiendo la preocupación mutua hasta un punto soportable. A pesar de que todo parecía ir bien, Rose soñó que su madre corría un vago peligro. Quizá los sueños fueron simples productos del nerviosismo, pero había despertado varias veces en la indiferente oscuridad. Ayer, ¿no habría demostrado excesiva ansiedad en creer que su madre se hallaba a salvo?

No había podido localizar a Bill en el National Film Theater, ni en su hotel, ni cuando se había levantado a últimas horas de la mañana. Quizá él se negaba a hablar con ella, cosa por la que difícilmente podía culparle. Era grotesco que hubiera esperado una reconciliación instantánea. Su insomnio le había dado muchísimo tiempo para recordar todo lo que había dicho a su esposo. Aunque hubiera estado enloquecida, ¿cómo había sido capaz de decir tales cosas? Era como si otra persona las hubiera pronunciado.

Para irritar aún más sus nervios, alguien la había llamado por teléfono mientras iba a la universidad. «Un escritor», le dijeron. Bill era el único escritor que conocía. Tal vez había sido Jack. Tendría que esperar a llegar a casa para llamarlo, no podía llamar a Nueva York desde la universidad.

¿O acaso Jack la habría llamado desde Londres? Rose paseó impacientemente

alrededor de la parada de autobuses, junto a la iglesia de San Lucas. Varias palomas recorrían el mellado borde del lugar donde debía estar el devastado techo. Por entre las elevadas ventanas de arco, Rose distinguió el cielo cada vez más oscuro que servía de marco al brillo de una estrella. El astro le hizo pensar en un punto de fuga vislumbrado en los inimaginables abismos del espacio.

En Fulwood Park, el crepúsculo se asentaba en las villas. Los setos vivos se agitaban como enjambres sombreados. La casa de los Tierney parecía más pequeña por culpa del nerviosismo de Rose. Al menos el ambiente sólo olía a sal.

La casa estaba más fría que el camino. Las habitaciones parecían cajas de piedra. Los movimientos de Rose eran los de un intruso, irreales; así se sentía ella. El interruptor despertó suavemente a la sala de estar, y los majestuosos muebles victorianos parecieron erguirse con la iluminación. Todo era exacto como una fotografía, e igualmente distante de Rose.

No obtuvo comunicación con Jack. La casa amplificó el zumbido del disco de marcar. Rose se sirvió un whisky, para que le ayudara a tranquilizarse, y después hizo una nueva tentativa. Esta vez se aseguró de la corrección del número que iba a marcar, pero no hubo más respuesta que el sonido del teléfono.

Tampoco pudo localizar a Bill. ¿Seguía castigándola su marido? Seguramente ya debía haber comprendido que ella le había hablado en un momento de terrible nerviosismo. ¿Cómo, si no, podía haberse mostrado tan cruel con él? Bill tendría que telefonar para averiguar qué había ocurrido. Su marido se estaba comportando de un modo más cruel que ella.

Rose no deseaba cavilar. Las cosas acabarían arreglándose. El whisky iba dulcificando la casa, y volvió a llenar su vaso. Sin duda Jack sólo había deseado confirmar su llegada al día siguiente. Rose golpeó el aparador con su vaso vacío.

—Encenderemos fuego —dijo.

La carbonera estaba junto a una esquina de la casa. Rose no se había dado cuenta de que el crepúsculo se había oscurecido con mucha rapidez. Abrió del todo la puerta de la cocina, para extender el abanico de luz. Los roces de la pala levantaron ásperos ecos en el jardín, haciendo que Rose reparara en los altos y oscuros muros, en el acechante invernadero que parecía aplastado por la oscuridad.

El carbón no tardó en llamear. Las sillas danzaron con sus sombras. Rose dejó que la habitación se entretuviera con la luz del hogar, un umbroso paso adelante y otro atrás, mientras se preparaba la cena. Corrió las cortinas, ya que verse revoloteando fuera, en la oscuridad, imitando sus movimientos, le producía cierto desasosiego.

No iba a molestarse en preparar algo complicado, sólo una tortilla, porque se sentía relajada, casi a punto de dormir. Cenó junto al hogar y contempló la transformación del fuego. Misterios flameantes representados en grutas incandescentes.

—¡Vaya, hace siglos que no escucho un disco!

Cualquiera menos Shostakovich, que le resultaba intolerablemente depresivo. En cuanto lavó el plato, puso la *Misa* de Janacek, cuyos ritmos desiguales, primitivos, casi paganos quedaban caprichosamente interrumpidos por episodios de ternura o anhelo. El hogar ofrecía un espectáculo luminoso.

Había empezado a dormitar cuando la aguda elevación del sonido brotó lentamente en los auriculares. El coro estaba cantando *Kyrie Eleison*, Señor ten piedad de nosotros, y los violines emitían idéntica e inalterable respuesta. No había piedad, sólo el sonido de un vacío infinito e indiferente.

Tras levantar la aguja, el sonido continuó merodeando en la casa. Naturalmente se trataba de un eco en la mente de Rose, y ella sabía cómo apagarlo. Encendió la luz, para interrumpir los furtivos movimientos de la puerta iluminada por el hogar. No importaba Bill, que podía hallarse en cualquier parte. Sabía a quién deseaba oír.

Un lejano teléfono empezó a sonar. Rose imaginó cables tendidos por la sombría campiña, estremeciéndose con el viento nocturno. De repente cesó el sonido del timbre, y se escuchó un murmullo sin voz.

—¿Sí, quién es? —dijo el padre de Rose.

—Hola, papá, soy yo.

Después de una clara pausa, el hombre respondió:

—¿Eres Rose?

—Sí, soy yo. —¿Quién más podía ser?

—Ah, hola. —No habían hablado desde aquella noche en Ormskirk, y su padre parecía conservar la turbación—. Bien, ¿qué podemos hacer por vosotros?

Puesto que él se expresaba así, sólo había una pregunta.

—¿Cómo está mamá?

—Oh, la cosa es bastante satisfactoria, en general. No es para quejarse. ¿Y vosotros?

Jamás le había oído hablar de su madre en una forma tan rara.

—Yo estoy bien, gracias —dijo Rose, preguntándose cómo podía replantear la pregunta.

—¿Y el resto?

—Mi marido está perfectamente. —La conversación se había descentrado. La voz de Rose era casi inaudible en la casa vacía. Se produjo otro silencio.

—¿Qué has dicho?

—Te decía que Bill también está perfectamente.

—Bill... tú marido.

¡Por Dios! ¿Qué le ocurría?

—Sí, claro. ¿Qué otro Bill iba a ser?

—Perdona, creía que me hablabas de cuentas^[2]. —Su tono no era de excusa, más bien de irritación, de recelo—. Aún no has contestado mí pregunta.

Rose empezaba a asustarse.

—No sé a qué pregunta te refieres.

—Acerca de tu situación. ¿Cuál es tu situación? —Parecía hallarse al borde del enfado, temeroso de que Rose estuviera manipulándole. Rose especuló alocadamente. ¿De qué hablaba su padre, de la ausencia de Bill, o de su huida de Ormskirk? Pero su padre añadió irritadamente—: Tu situación financiera.

Pese a la encendida chimenea, la habitación había cobrado una brusca frialdad.

—No me lo habías preguntado —dijo Rose, desesperada—. Pero nos va muy bien. —Tenía que agotar el tema antes de seguir interesándose por su madre.

—No lo entiendo. ¿De qué otra cosa hablábamos? —Su padre estaba resentido—. ¿Qué me has preguntado al principio?

—Te he preguntado por mamá.

—Tu madre... ¡Ah, comprendo! Creía que hablábamos de dinero.

De ahí venía el desasosiego de su padre: estaba quedándose sordo además de perder la memoria. Ni siquiera había reconocido la voz de Rose al principio. Ella deseó compartir una carcajada con su padre, pero él parecía muy frustrado.

—Bueno, ¿cómo está mamá? —preguntó, incapaz de soportar el silencio.

—Bien, perfectamente bien. No querías hablar con ella, ¿eh? Acaba de entrar en el cuarto de baño.

—No, no la molestes. Puesto que está perfectamente. Dale un beso.

—Lo haré. ¿Alguna cosa más? Estaba viendo un programa.

—Bueno, papá, adiós. —Rose aferró el teléfono como si fuera la mano de su padre—. Dile que puede llamarme más tarde si quiere.

El clic sonó antes de que hubiera terminado de hablar.

Después de colgar el aparato la casa entera le pareció un teléfono desconectado, o le habría parecido así de no haber dominado su imaginación. ¿Debía tranquilizarse con un baño? Al meterse en la bañera, su madre resbalaba, arrastrando con ella un aparato de radio, o una estufa eléctrica. Absurdo, su madre no sería tan descuidada.

Rose subió la escalera. Tras pasar junto al cuarto de baño vio una hoja a medio mecanografiar que pendía en la máquina de escribir. Tenía que trabajar. Mecanografió algunas hojas, con la cabeza de la lámpara móvil próxima a la suya. Pero un heraldo de la jaqueca, una araña formada por brillantes fragmentos de vidrio, se arrastraba en las teclas. La cara de Rose atisbaba inquietamente en la ventana, una máscara suspendida y reluciente que no tenía pelo ni orejas.

Ridículo. Debía bañarse, puesto que el alcohol no era suficientemente sosegador. El agua llenó la bañera con un apagado bramido. Rose fue unos instantes a la planta baja temiendo que el ruido sofocara otros sonidos... aunque era imposible que le impidiera oír el teléfono y, ¿qué otros sonidos podía haber?

Se metió en la bañera y contempló la oscilación de sus extremidades lamidas por el agua. El vapor de agua fue cubriendo la ventana, como si las translúcidas protuberancias del esmerilado vidrio estuvieran multiplicándose. Rose se bañó tranquilamente, deseosa de no provocar excesivos ruidos. Al salir, el rostro que reflejaban las baldosas de la pared parecía deforme, ahogado en negrura, casi

irreconocible. Pero se sentía mucho más tranquila, sabía que su sonrisa era de paz sin necesidad de comprobarlo en el espejo...

Algo se movía dentro de la casa.

Rose se puso el albornoz y ató fuertemente el cordón; luego se obligó a abrir la puerta. El rellano estaba iluminado y desierto. La pintura brillaba como hielo en las puertas cerradas, y daba a éstas un aspecto de traicionera delgadez. El sonido había surgido cerca. Debía haberse producido en la habitación para huéspedes. Un tenue e incierto deslizamiento.

Tras abrir la puerta y buscar a tientas el interruptor de la luz, Rose vio que todo estaba igual. La cama, que había dispuesto para Jack y Diana la noche anterior, estaba tan lisa como nieve no hollada. Se agachó rápidamente, pero no había nada en la alfombra, debajo de la cama. Quizá el ruido había brotado de la casa de los Hay, o tal vez estaba relacionado con la bombilla, que no brillaba excesivamente. Debía acordarse de cambiarla al día siguiente.

Rose examinó de modo superficial las otras habitaciones y después bajó a la planta. ¿Habría sudado parte del alcohol? Se sirvió un nuevo whisky para ponerse a tono con los hermanos Marx, pero la bebida no le bastó. El rápido parloteo de los actores exasperaba sus nervios y los trucos eran sosas travesuras de monos enjaulados en el televisor.

No estaba siendo sincera consigo misma. Habría prorrumpido en risas si se hubiera atrevido, pero su alegría habría sonado demasiado en la casa vacía. Imaginaba sus carcajadas resonando en las habitaciones, imaginaba que atraían a un auditorio que se congregaba fuera de la sala de estar y aguardaba en silencio a que ella abriera la puerta...

Apagó el televisor. El ruido también podía atraer la atención. El silencio que se produjo no era natural y Rose creyó estar atrapada en una campana de cristal. Sin embargo no se atrevía a hablar, porque temía que sus guardianes la hubieran dejado sola, o que otra persona respondiera.

¡Maldito Bill! ¿Por qué no telefoneaba? Finalmente, aunque ello significaba estar de pie junto a la puerta del recibidor, Rose telefoneó al Bloomsbury Center Hotel.

—No —dijo la voz latina y poco grata de un hombre—, su llave está aquí.

Estaría mucho mejor si procuraba dormir. Abrió con violencia la puerta del recibidor, y no vio nada a que enfrentarse.

Tenía que comprobar que puertas y ventanas estaban cerradas. Deambuló por las habitaciones, odiándose y odiando su paranoia, recelosa al tener que estar de espaldas para examinar las ventanas, escrutando los reflejos de lo que había alrededor de ella con la misma obsesión con que revisaba los pestillos. Detrás de ella, en el dormitorio de los huéspedes, la luz menguaba, estaba segura. El reflejo de la lámpara le hizo pensar en una gran araña suspendida de un hilo.

Al descubrir que estaba empezando a repetir su inspección, Rose decidió que debía tranquilizarse. Debía estar exhausta, o amenazada por una jaqueca, puesto que

los límites de su visión aparecían grisáceos e indistintos, igual que los bordes de una película mal conservada. Se sirvió un último y abundante whisky, tomó asiento y contempló el fuego, aunque no por mucho tiempo, ya que todas las formas eran irregulares e inestables. Las llamas pugnaban por saltar y liberarse de abatidas figuras. Después de beber el whisky de un trago, Rose dispuso adecuadamente la pantalla de la chimenea y subió la escalera.

El whisky dio resultado, después de todo. Atrajo a Rose hacia el sueño casi al instante. Se acostó en el centro de la cama, con la cabeza apoyada en el valle que formaban las almohadas. El vacío que había a ambos lados de ella era un lujo más que una señal de aislamiento. Sus temores se alejaron flotando como una capa de impurezas en el agua. Se zambulló en un estanque de sueño.

Yacía en una cama, en una hilera de camas. El ambiente rebosaba de lloros. Alguien le traía un bulto, algo envuelto en ropa. Todos los ocupantes de las camas tenían un envoltorio así. El bulto se agitaba débilmente. Cuando la enfermera apartó la ropa, lo que había dentro se puso a llorar, y Rose vio que era un bebé.

Despertó bruscamente. A ambos lados de ella, la cama parecía estar muy fría. ¿Por qué, en nombre de Dios, había soñado eso? No importaba, no importaba, era absurdo recordar... pero dormir estaba fuera de su alcance, y nada la acompañaba en la oscuridad, excepto sus recuerdos.

Se había sentido aturdida. Todo le había parecido falto de vida, porque ella no podía producir vida.

—Lo siento —le había dicho el médico—. Ojalá pudiera darle esperanzas, pero creo que eso sería cruel. En cualquier caso, usted es demasiado inteligente para que la engañen.

El médico pretendía calmarla, pero su voz tenía tanta delicadeza como las baldosas del hospital.

—Lo siento. Lo siento mucho —había repetido una y otra vez, ¿o lo había imaginado la mente de Rose?

Lo peor del caso fue que ella perdió todo deseo por Bill. Se convirtió en una mujer frígida. Cuando volvieron a hacer el amor, Rose experimentó repulsión ante un acto tan inútil, tan estúpido, al participar en un acto reflejo tan absurdo. Su cuerpo no servía, estaba vacío. Tal vez sólo transcurrieron algunas semanas antes de que se persuadiera a volver a la normalidad, pero a Rose le parecieron eternas. Todo le había resultado tan triste como una meditación a las cuatro de la madrugada.

Ya debía ser esa hora. Miró coléricamente su reloj digital. Los dos puntos rojos de la esfera agotaban los segundos con su pulsación. Sí, tenía razón, y debía intentar dormir. El estado de vela es terrible a esa hora.

Seguramente lograría conciliar el sueño. Ciertos recuerdos agradables le ayudarían a quedarse dormida. ¿Por qué era incapaz de recordar, o tan sólo de pensar? ¿Por qué percibía todos los sonidos de la casa?

No había forma de eludir algo que, en su interior, ya sabía. Estaba atenta al sonido

que había percibido en su sueño.

Al principio nada parecía anormal: el chirrido de roedor del buzón mientras una brisa aislada intentaba introducirse secretamente, la caída de una solitaria gota de agua que debía haber estado formándose en silencio durante varios minutos en el orificio del grifo, el incesante aleteo de un pájaro sobre el cielo rojo...

Después los brazos de Rose fueron cobrando rigidez, sus uñas se hundieron en sus muslos. Se quedó absolutamente inmóvil, deseando estar equivocada. Estaba casi tan rabiosa como asustada. ¿Por qué no la dejaban en paz? Pero era inútil.

Un bebé lloraba en la planta baja.

De mala gana, salió de la cama. El sonido no podía provenir de su casa. ¿Tal vez de la casa de los vecinos?

Era posible, si los Hay habían invitado a alguien que tuviera un bebé. Pero cuando Rose salió sigilosamente al rellano y asió la baranda, fría y rígida como metal, no le quedó una sola duda de que el sonido ascendía por la escalera.

Bajó los peldaños penosamente. Cada asimiento de la baranda equivalía a un paso. Quizá si iba muy despacio desaparecerían los lloros... pero éstos continuaron y continuaron, al otro lado de la puerta de la sala de estar. El llanto llenaba la casa.

Al llegar a la puerta, fue incapaz de tocarla. Se sentía mal, mareada. Su desaliento era como un nudo en el estómago. No se atrevía a hablar en voz alta para tranquilizarse. Sabía que debía enfrentarse a lo que hubiera allí, fuera lo que fuera, pero sus dedos avanzaron milímetro a milímetro, igual que si hubieran sufrido una quemadura. Tuvo que empujar la puerta con el puño, y después golpear el interruptor de la luz, porque su mano se negaba a abrirse.

Aunque el llanto estaba muy próximo, la habitación se hallaba aparentemente vacía. Rose rozó los nudillos contra el marco de la puerta. Los muebles aparecían ante ella vacuamente impasibles. Muchos libros, objetos que no parecían tener nada que ver con ella, se apiñaban en las estanterías. Las cortinas pendían tan inmóviles como las paredes.

Pero había movimiento en el límite de su visión. Tuvo que apretarse la mandíbula con los nudillos para volver la cabeza, hacia el hogar. Clavó los ojos en la pantalla de la chimenea, consternada. Al otro lado de la malla, algo se movía débilmente.

Quedó paralizada un instante, y después un tipo distinto de terror le impulsó a avanzar, sollozante. Manipuló alocadamente las sujeciones de la pantalla. En ese momento cesó el llanto detrás de la malla. El único sonido lo produjo la pantalla cuando Rose la tiró sobre el hogar.

En la chimenea no había nada aparte de ceniza y carbones semiconsumidos. Sólo una repentina corriente de aire hacía que la grisácea masa pareciera agitarse débilmente, como si intentara alzarse. Nada pugnaba por arrastrarse para salir de la ceniza. Rose estaba contemplando los restos del fuego, un minúsculo agujero en las brasas que se abrió mientras ella observaba, dos cavidades teñidas irregularmente de rosa por un último resplandor que fluctuó tenuemente.

Rose se volvió, tambaleante. Todo su cuerpo estaba incapacitado por el horror, contraído igual que una araña muerta. Su mente estaba retraída, era incapaz de pensar. ¿No podía huir a la casa de los vecinos? Pero tendría que aguardar en la oscuridad unos instantes antes de que alguien le respondiera... y, además, aunque su preocupación resultara grotesca en aquellas circunstancias, no quería asustar a Gladys en plena noche. Demasiado oscuro, no hay que despertar a Gladys, repetía su mente de un modo anodino.

Logró abrir un poco la mano, lo bastante para coger el teléfono. Sus dedos vacilaron en el disco, arañaron los números. Aquel susurro... ¿era la inquietud de la electricidad, o surgía del hogar?

Finalmente un clic indicó que algo había encajado adecuadamente; un distante timbre despertó. Rose aguardó un minuto, por lo menos, antes que una hostil voz latina, probablemente la misma, respondiera. El tono carecía de importancia, lo único que Rose deseaba era comunicarse con Bill.

—El señor Bill Tierney —dijo—. Habitación doscientos diecisiete.

Se produjo una prolongada pausa sólo rota por murmullos. En el hogar, algo se movía o estaba derrumbándose. Rose tuvo que aferrarse al receptor con ambas manos para obligarse a no huir. La voz regresó por fin.

—No, no está en la habitación. Su llave está aquí.

—¿Pero debe estar! —¿Había empezado a sollozar? No lo sabía—. ¿Ha intentado llamarle?

—No —repuso la voz, sin ninguna variación—, no está en la habitación. Su llave está aquí.

—Por favor, telefonee inmediatamente a su habitación y asegúrese. —Escuchó el plástico del aparato, que crujía en sus manos, y débiles movimientos en la chimenea—. Por favor, haga lo que le he dicho. Es muy urgente.

Cada instante de espera le hacía estar menos segura sobre qué iba a lograr hablando con Bill.

La segunda pausa, aunque rota por un sombrío movimiento en el hogar, le pareció muy breve.

—No contestan. Mire, ya se lo he dicho, él no está...

Tal vez aquel hombre sólo había fingido que llamaba a la habitación de Bill, pero ella no podía remediarlo. Dejó que el teléfono encajara bruscamente en su horquilla. Sin duda Bill había ido a casa de alguien, de alguna persona que habría encontrado en el National. Para castigarla más, su marido no se lo había comunicado.

Se obligó a avanzar, para poner en su sitio la pantalla de la chimenea. Sus entorpecidas manos temblaron, notó la piel cubierta de reptante ceniza, sus ojos le parecieron heridas. Apartó la mirada en cuanto colocó la pantalla. Un nervio le hizo torcer los labios, como si estuviera burlándose de sí misma. ¿Qué utilidad podía tener la pantalla?

Se encontraba excesivamente exhausta por el miedo y la desilusión para subir

corriendo las escaleras. No percibía su fuerza interna, y apenas su cuerpo. Si había algo más aguardándola, no podía hacer nada. En el dormitorio, puso una silla bajo el pomo de la puerta: otra absurda defensa.

Se acostó, para esperar el amanecer. En cuanto hubiera luz fuera podría hacer planes, pero mientras tanto tenía que vigilar a la oscuridad. La luz de la habitación era escasa, depresiva. La abrumaba como niebla, incorpórea pero provocadora de escalofríos. La luz paralizaba el tiempo. Sólo se había consumido otro minuto cuando la inflamada vibración del reloj llegó a las seis.

Se durmió sin enterarse, y despertó sintiendo frío y dolor de cabeza. Su boca estaba reseca. Aunque la luz de la habitación seguía siendo escasa y depresiva, se trataba de la luz del sol. ¡Buen Dios, eran casi las nueve de la mañana! Inmediatamente recordó lo que deseaba hacer, pero... ¿iba a tener tiempo?

XXXVI

El silenciado mundo se abalanzaba a su alrededor. Rose se encontró rodeada por un apagado rugido similar al de un viento incesante combinado con sonidos de agujas de hacer calceta. Los árboles flotaban al pasar, en su mayor parte desnudos. Algunas hojas, papel viejo, se llenaban de luz y después perdían brillantez. Las siemprevivas se alzaban igual que sobresaltos. Las calles eran correas transportadoras de una fábrica de juguetes; algunas muñecas se ocupaban en fruslerías en los jardines. Rose se sintió segura.

—Buenos días, señoras y caballeros —dijo una voz embutida entre electricidad estática y respiración—. Les habla el conductor. Tren de las diez cero cuatro a Euston (Londres), con llegada prevista a las doce cuarenta y cuatro...

Nada más dejar el recado de que no iría a trabajar, Rose había experimentado una oleada de alivio. Como mínimo estaba segura de lo que hacía.

Sabría qué decir a Bill en cuanto lo viera. Seguramente él la perdonaría al ver cómo se encontraba. Y si tenía que esperarlo en el hotel, allí estaría a salvo. Además, necesitaba tiempo para comunicarse con Jack y Diana en Heathrow, para asegurarse de que los tres irían a casa por la noche, mientras Bill terminaba su trabajo. Todo estaba de su lado.

El tren aceleró entre explosiones de colorido, de sol y de plateadas ramas, bajo la lenta florescencia del cielo, gris, blanco y, con menos frecuencia, azul, sobre repentinas y pasmosas pendientes y fluctuaciones de herbosos peraltos. Un tortuoso río tallado a partir de un espejo forzó la mirada de Rose hacia el horizonte, y vio un desfile de paisajes pictóricos de Constable y un campo que exhibía vacas en diversas posturas. Rose experimentó una sensación de acunamiento, de somnolencia.

Una verja anunció la estación de Crewe, indistinta y polvorienta. A Rose le recordó las horas de espera en los vacíos y sombríos andenes desamparados, entre Brighton y Liverpool, los vientos nocturnos que vagaban por la estación y hacían resonar los carteles, el zumbido de insecto de las carretillas que arrastraban sus fragmentos bajo luces teñidas de amarillo por la niebla, el agobiante silencio de la población cercana... Muchas veces había pensado que iba a la deriva en la noche, a bordo de una oscura balsa.

El tren partió cuando Rose volvía del vagón restaurante. En los vagones de primera clase, hombres de negocios hablaban cautelosamente o se ocupaban de los documentos de sus maletines. Cerca de Rose, varios hombres jugaban al póker en una mesa que la cerveza había convertido en un campo de juego. Una capa de nubes seguía el paso del tren; el horizonte extendía una franja de iluminación indirecta en la que se bosquejaba una cenefa de nubes color limón. Rose destapó la taza de plástico que contenía café y contempló la procesión de paisajes.

Un aguacero golpeó sin cesar las ventanillas. Infinidad de gotas se extendieron tenazmente hacia atrás, sobre el vidrio, formando líneas ligeramente irregulares. El

aguacero concluyó y el paisaje fue cobrando brillo. Las sombras regaban la campiña, perdían rápidamente su agua en la tierra, brotaban en otros puntos. Sí, así había sido en los Lagos.

Durante su luna de miel en Cumberland, ella y Bill hicieron el amor en una colina. El viento, muy puritano, pasó entre ellos para separarlos y convirtió sus besos en una parodia; la lluvia los empapó como una cura de *boy scout*. Eligieron otro día con más cuidado y recordaron llevar una manta. Vieron los brezos bañarse en la brisa, contemplaron luz y sombra jugando como gatos enormes en las extensas laderas. Rose estuvo estornudando el resto de la luna de miel, pero aquella tarde había valido la pena, su tarde a solas con Bill, dominando el mundo.

Muchos recuerdos iban debilitándose. Ella y Bill debían compartirlos, revivirlos. Y lo harían pronto, ella lo sabía. Por más inmundo que hubiera sido su arrebató, era imposible que acabara con su matrimonio. Había infinidad de recuerdos que compartir... siempre y cuando pudiera recordarlos.

Eran recuerdos frágiles, naturalmente. Estaba desenterrándolos con excesiva rudeza, ese era el problema. Sólo tenía que calmarse, dejarlos fluir. Nada se cernía sobre ellos aparte de las nubes y su sensación de culpabilidad. No era extraño que le parecieran distantes y débiles.

Los andenes de Nuneaton pasaron como una exhalación, igual que cohetes. Aún quedaba más de una hora para llegar a Londres. Se cruzaron con otro tren cargado con una calle entera de coches aparcados. De pronto, Rose recordó Nueva York. En cierto sentido ella y Bill habían empezado a separarse allí, cuando él se mostró tan sorprendentemente hostil con Diana y el Tarot. Había sido el presagio de sus desavenencias. Rose intentó recordar las cartas de Bill... pero no tenían importancia. La lectura de su marido había demostrado ser correcta, y la de Diana falsa.

¿Realmente había sido correcta la lectura que habían hecho a Bill? No en Nueva York, eso era indudable. De todos modos, Rose pensó en la segunda interpretación, la que Diana había inventado para calmar a Bill. Pero Diana había dicho la verdad la primera vez; influencias ocultas, alguien próximo a Bill que estaba relacionado con el ocultismo, conflictos en el futuro...

Y luego muerte. Muerte en un ambiente extraño, lejos del hogar.

No tenía que significar la muerte de una persona, Diana lo había dicho. Habían sucedido tantas cosas desde la lectura que seguramente las predicciones ya habían ocurrido, aunque Rose fuera incapaz de recordar dónde habían ocurrido. Preocuparse sólo serviría para que el viaje fuera interminable. Debía pensar en otra cosa.

Las chimeneas de las fábricas, vasos de cemento puestos al revés, parecían estar succionando las nubes en lugar de expeler humo. Un tramo de noche se cerró sobre el tren, con un gemido, y transcurrieron unos instantes antes de que el ferrocarril saliera del túnel. La oscuridad tendió a Rose la trampa de sus pensamientos: aparte de Bill, sólo pudo pensar en el llanto en el hogar de su casa. El túnel dio paso a brillantes campos y resplandecientes árboles, pero ella estaba encarcelada por sus

pensamientos. ¿Por qué se aferraba a sus recuerdos de Cumberland como si fueran un amuleto?

Sus recuerdos estaban exhaustos, igual que ella. Eso era todo. ¿Pero y si su arrebató había colmado la paciencia de Bill, y, en consecuencia, había dejado de preocuparse? Bill había bebido cuando habló con ella. ¿Qué habría hecho después, adónde habría ido? Menos de una hora para llegar a Londres... ¡Dios, casi una hora! Rose deseó poder adelantarse al tren, pero estaba abrumada por su cuerpo, encerrada en una mente que le parecía acolchonada y poco ágil.

Quizá otro café le ayudara a despertar. El pasillo fluctuó, inclinando los bordes de los asientos hacia ella. Una botella vacía rodaba bajo unas butacas, eludiendo a posibles aprehensores. Unos niños estaban echados junto a sus padres. Grises madejas de humo serpenteaban en su ascenso hacia el techo. Rose buscó a tientas su asiento, sosteniendo la tapada taza con una mano casi escaldada. ¿Adónde habría ido Bill la noche anterior? ¿Qué le había impedido telefonar?

Bebió el café caliente, esperando que esto la distrajera. Un soplo de aire fresco procedente de los frenos le recordó la orilla del mar, aunque esa sensación no resultaba especialmente tranquilizadora. Si alguien la vigilaba, su presencia era muy vaga.

El tren perdió velocidad. Por eso olía el aire de los frenos. El ferrocarril se detuvo cerca de un grupo de hombres vestidos con chalecos que arrancaban vías. Al cabo de cinco minutos los pasajeros empezaron a murmurar sus quejas, débiles como una llovizna. Rose asió el borde de la mesa; una uña se hundió en una masa de chicle y se apartó. Si el tren no se movía pronto, acabaría con las uñas rotas.

Diez minutos. Once. Rose creyó que su mente hervía. El cohibido murmullo de los pasajeros la frustraba tanto como cualquier otra cosa: no hagas una escena, no puedes hacer nada, olvida el problema y tal vez desaparezca. Sus uñas se clavaron en sus palmas. Por lo menos el dolor era tangible.

Finalmente un tren avanzó poco a poco por la vía contigua. El tren de Rose permaneció parado unos instantes más, al parecer para asegurarse de que la vía estaba despejada. Por fin, partió con una timidez intolerable. El paisaje fue girando lentamente, igual que un disco a punto de pararse.

En cuanto el tren aceleró, de la rejilla del altavoz surgió un sonido, unos labios metálicos que se abrían pero que no anunciaban nada. La flecha de Euston pasó velozmente y Rose se apresuró a situarse en el vagón de cabeza, evitando que cayeran las botellas de la mesa de los jugadores, regateando a los hombres de negocios que plegaban cuidadosamente sus documentos igual que una doncella pliega las sábanas, y estuvo a punto de caer en una emboscada de niños. Nadie debía llegar a los teléfonos de Euston antes que ella.

Aun no se había detenido el tren cuando Rose echó a correr por la pendiente que llevaba a la valla de los billetes. La voz de una gigante anunció mensajes para diversos pasajeros de Liverpool. Al otro lado de la valla, en un espacio con baldosas

blancas que recordaba a un enorme pasillo hospitalario, la gente miraba a los recién llegados. Rose se abrió paso a empujones, hacia los teléfonos. Todos estaban ocupados. Delante de Rose, en una cabina pegada a la pared, un hombre de negocios discutía pacientemente y golpeaba el suelo de un modo regular, sin nerviosismo, con la punta de su paraguas. Otros recién llegados se apiñaron en torno de Rose, declarando su derecho a usar el primer teléfono disponible. ¿No estaría perdiendo el tiempo allí cuando podría encontrarse ya de camino al hotel?

El hombre de negocios salió, haciendo girar su paraguas. Rose se abalanzó hacia el teléfono, casi empujando al hombre que salía, y marcó frenéticamente el número mientras buscaba monedas en su bolso. El timbre empezó a sonar y siguió sonando, con la calma de un péndulo.

—Bloomsbury Center Hotel —dijo una voz femenina.

Rose introdujo la moneda para silenciar los pitidos.

—Bloomsbury Center...

—Sí —dijo Rose, desesperada por librarse de la mujer, por oír a Bill—. El señor Tierney, la doscientos diecisiete, por favor.

—Doscientos diecisiete. Dos uno siete. —Tal vez la mujer fue incapaz de imaginar más variaciones, porque se produjo un prolongado silencio—. Sí, creo que su llave no está aquí. Habrá venido antes.

¡Oh, gracias a Dios!

—¿Hará el favor de llamar a su habitación? —rogó Rose, reprimiendo su irritación.

El silencio posterior significaba, presumiblemente, que la mujer estaba atendiendo el ruego. El griterío de Euston amenazaba con inundar la cabina. Rose apoyó el codo en los lomos de una pila de listines, hasta que éstos oscilaron de un modo alarmante, cediendo bajo el peso del brazo. ¿Alguien estaba cogiendo el teléfono en la habitación de Bill? No, era el inicio de los pitidos, de los chillidos que pedían limosna. Rose introdujo otra moneda. Un precio insignificante para pagar su tranquilidad.

Finalmente regresó la mujer. Su voz reflejó disgusto.

—Tendría que estar en su habitación —dijo igual que una niñera que no encuentra al niño—. Pero no contesta.

XXXVII

Rose atravesó Euston corriendo. Una multitud intentó impedirle el paso, como si fuera una ladrona. Las maletas acechaban, perros dispuestos a lanzarse a los pies de Rose. La voz de la gigante resonaba en lo alto y era una caricatura de indiferente eficiencia, una voz pasmosamente insulsa.

Los viajeros abonados bajaban en tropel las escaleras dispuestos a hacer cola para tomar taxis. ¿No sería más rápido ir en metro? Los pies de Rose resbalaron en el suelo mientras agitaba el brazo desesperadamente. Dio media vuelta y corrió hacia la estación de metro.

La escalera mecánica se deslizaba perezosamente, crujiendo. Mientras Rose bajaba, vio que algunos peldaños no ocupaban exactamente el lugar que debían ocupar. En sus oídos resonó todo lo que había dicho por teléfono a Bill. ¿Cómo era posible que su voz hubiera sido tan fría y cruel?

Las taquillas se encontraban sitiadas. Rose buscó monedas en su bolso y se abrió paso entre el gentío, hacia las máquinas. Una de éstas tomó en consideración sus monedas durante algunos instantes antes de emitir un billete amarillo. El aparato le arrebató el billete y contrajo sus codos para dejarla pasar. Echó a correr inmediatamente. Piccadilly Line, Piccadilly Line...

La escalera mecánica parecía estar atascada por culpa de la gente, pero Rose descendió con tanta brusquedad que todos se apartaron a la derecha. La movediza baranda de goma se pegó a su húmeda mano. Más allá de un pasillo, dos chicas se introdujeron en un tren que parecía estar a punto de cerrar las puertas.

Rose se lanzó hacia el vagón, hacia el último compartimento. Perfectamente, ya había subido. Por favor, que no dejen subir a nadie más, pueden coger el siguiente...

Todas las puertas se cerraron menos una. Las demás se abrieron. Después se cerró la primera, pero el resto hizo que oscilara y volviera a abrirse: un círculo vicioso de contagiosos bostezos. Rose se movió en el borde de su asiento. ¿No podía meterse en un compartimento que se hallara más cerca de la salida en su destino?

Las puertas se cerraron y el andén empezó a deslizarse, a alejarse. La iluminada boca del túnel fue oscureciéndose mientras menguaba su tamaño y acabó por desaparecer como una cerilla consumida. ¿Por qué esa visión era tan turbadora? Rose experimentó una sensación febril, de bochorno. El esfínter de negrura, y la apagada iluminación del tren, eran casi insoportablemente sofocadores.

El tren se demoró en King's Cross, abriendo y cerrando las puertas de un modo reiterado. Un rostro oculto asomaba a través de otro en un cartel rasgado. Los talones de Rose intentaron espolear al tren, pero ello sólo le sirvió para que un estudiante pakistaní le dirigiera una mirada de conmiseración. Que se extrañara, él no sabía cuánto estaba sufriendo ella. Sin embargo, la mirada del estudiante inundó a Rose con una oleada de vergüenza.

Nada más abrirse las puertas en Russell Square, Rose saltó al andén y echó a

correr. En el andén opuesto vio fugazmente el letrero DIRECCIÓN OESTE que, según Bill, parecía el título de una película de Randolph Scott. No era preciso aferrarse a ese recuerdo como si fuera algo precioso. Seguramente no era preciso.

Un ascensor descendía igual que una persona obesa, crujiendo mientras desempeñaba su labor. Rose no podía afrontar las escaleras de emergencia, un total de ciento setenta y cinco escalones. Se introdujo en el ascensor con el resto del lento gentío. De repente, cuando ya estaba tan cerca, su deseo de llegar disminuyó.

Fuera, la luz solar, tenía algo de irreal. Un camión con una escalera articulada de color amarillo agitaba a un hombre frente a una farola. Un automóvil con una hélice pasó junto a Rose... no, con la pata de un sillón de oficina sobresaliendo del portaequipajes. Una anciana cruzaba tambaleante un paso cebra; con los gestos que hacía a los coches para que aguardaran, tenía el aspecto de estar nadando. Todo tenía brillo, pero no significado. Rose deseó estar contemplándolo en compañía de Bill.

Se apresuró al llegar a la calle próxima al Bloomsbury Center, que parecía un bloque de pisos con una marquesina. Ninguna ventana de las muchas que había significaba nada para Rose. El vestíbulo se hallaba atestado de rostros y más rostros: hombres cuyos abrigos les envolvían como capas, una familia árabe sentada en sillones rojos, africanos con sus cicatrices rituales... Nadie que ella conociera. Bill no estaba allí. Pugnó por acercarse al mostrador de recepción, aunque ello le costó otra oleada de picores.

—¿Han respondido de la doscientas diecisiete? —preguntó.

La chica frunció el ceño de un modo encantador. Naturalmente, era una más entre muchas chicas.

—¿Nos pidió que llamáramos a esa habitación? ¿Debo probar ahora?

—Sí, por favor.

Pero en cuanto la chica extendió el brazo hacia la centralita, Rose se creyó incapaz de soportar la espera. Corrió hacia el ascensor, que estaba abriéndose.

Una familia alemana entró detrás de ella, y ayudaron a mantener la puerta abierta mientras entraba otra familia. El ascensor quedó lleno, pero otras personas se apresuraron a entrar, gritando, «¡Un momento!». Rose se encontró apretujada en un rincón. Cerró los ojos, porque las paredes eran tan rojas y estaban tan deterioradas como un tomate sin piel.

El ascensor ascendió finalmente. Dos niños se pusieron a jugar con los botones.

—No hagáis eso, por favor —les dijo su madre sin mucha energía.

El ascensor se abrió en el primer piso para mostrar el aspecto del Happy Casserole Restaurant. Rose se sintió tan desnuda como las paredes, y con picazón.

—No hagáis eso —volvió a decir la madre cuando el ascensor se detuvo en la segunda planta.

—Yo bajo aquí —dijo Rose, pero nadie la escuchó. Las puertas estaban cerrándose al otro lado del gentío—. ¡Yo bajo aquí!

Forcejeó para avanzar. Los niños no habían detenido las puertas. Se abrió paso

con los hombros y, tras apartar de un empujón a un niño, se introdujo por la menguante abertura. Un coro de sofocadas exclamaciones brotó del ascensor.

Varios niños remoloneaban cerca de una máquina de refrescos. Una chiquilla daba patadas a un cepillo automático para calzado, como si se tratara de un perro poco dispuesto a jugar. La niña estaba a punto de llorar. Diversas flechas señalaban las habitaciones: 201-226, 227-263. El niño más cercano se echó hacia atrás cuando Rose pasó corriendo a su lado, hacia la izquierda.

El corredor era asfixiante. Incluso la oscilación de las puertas contrafuego era incapaz de crear una corriente de aire. El dibujo de la alfombra temblaba y variaba de forma y los ojos de Rose quedaron atrapados por lazos de alambre cada vez más estrechos: 213-215. Las puertas eran una ostentación de identidad. A excepción del número, la puerta de la habitación 217 carecía de rasgos que la distinguieran del resto. Era un reto a imaginar su secreto.

El puño de Rose era un bastón dolorosamente tachonado de clavos. Los golpes que dio despellejaron sus nudillos. El ruido flotó en el sofocante corredor y pareció caer en una habitación vacía.

Después de una pausa, Rose escuchó pasos, unos pasos ligeros, rápidos, furtivos. No pertenecían a Bill. ¿Surgían de la habitación contigua? No, indudablemente eran de una doncella. No eran de un intruso que avanzaba sigilosamente tras haber terminado su tarea. No eran de un hombre calvo.

De repente, alguien descorrió el pestillo. La puerta fue retrocediendo, la luz fue deslizándose sobre ella igual que aceite, y Rose creyó estar en peligro de perder el conocimiento. Pero la puerta se abrió finalmente, y Rose se encontró cara a cara con Bill.

No perdió el conocimiento, pero estuvo a punto de desmayarse de alivio. Su tensión la había afianzado, le había proporcionado una vitalidad similar a la de una sonámbula, una vitalidad que apenas podía imaginar o sentir. Cuando avanzó para abrazar a Bill le faltó muy poco para caerse.

Momentáneamente fue incapaz de hablar. Lo único que pudo hacer fue seguir agarrada a su marido. Aunque Bill se mostraba sorprendido y ansioso, su aspecto no reflejaba odio. Ninguna otra cosa tenía importancia. Después de cerrar la puerta con el pie, Bill retrocedió en el pasillo y pasó junto al cuarto de baño. El portazo parecía haberle preocupado.

Continuaron abrazados, actuando como un confuso caballo de pantomima. En el dormitorio, la maleta que Rose había preparado para su esposo yacía abierta al pie de la desarreglada cama, rodeada de ropa esparcida. Bill siempre era muy desordenado en los hoteles.

Rose siguió abrazada a Bill junto a la deshecha cama, que recibía el silencioso reproche de su pulcra compañera.

—Oh, Bill, no sabes qué contenta estoy de verte.

—¿Ah, sí? ¡Vaya, qué bien!

Alguien se movió en la habitación contigua.

—¿Has estado de viaje toda la mañana? —le preguntó Bill al oído—. ¿Te gustaría tomar una copa? Estaba a punto de bajar.

—¡Oh, sí, me encantaría! Pero lo primero que debo hacer es bañarme.

—¿Debes hacerlo? Bien, entonces...

Los furtivos movimientos no surgían del dormitorio contiguo. Había alguien en el cuarto de baño.

Rose notó picores de aprensión durante un instante. ¿Había alguien escondido allí, alguien que había amenazado a Bill si le delataba? ¡Qué absurdo!

—¿Quién está en el cuarto de baño?

—Ya conoces a esa chica. —Se apartó de Rose para coger su chaqueta—. Es Hilary, la que fue mi mejor alumna. Nos encontramos en el National.

Sí, Hilary solía ir a Londres para ver películas. Así lo había manifestado en la fiesta de los Hay. Aunque la chica significaba un alivio, Rose no pudo menos que lamentar la intrusión. Ella y Bill necesitaban hablar con libertad. Llamó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por favor.

El pestillo produjo un chasquido al ser descorrido. Hilary vestía el albornoz de Bill. Su largo cabello rubio se enredaba en la rugosa tela. Tenía las mejillas enrojecidas y había brillo en sus ojos. Su aspecto era muy juvenil.

—Estoy en casa de unos amigos —dijo—. No tienen cuarto de baño, o está inutilizado. Su marido me dijo que podía subir para bañarme.

Sube y usa mi bañera, pensó Rose, con una secreta sonrisa que le habría gustado compartir con Bill.

—Bueno, comprendo perfectamente cómo te sientes —le dijo a Hilary—. ¿Has terminado de bañarte?

—Sí, adelante. ¿No le importa que me vista mientras está aquí?

—No, claro que no.

Rose limpió una parte del espejo, cubierto de vapor, para comprobar hasta qué punto se reflejaba su agotamiento. Su aspecto no era tan malo, un simple baño y un toque de maquillaje podrían mejorarlo. Los golpecitos arrastraron gotas de agua del lavabo. Tendría que explicar a Hilary que deseaban estar solos. Se restregó vigorosamente la cara y buscó a tientas una toalla. No importaba que fuera una especial, todas estaban plegadas pulcramente en el toallero, era obvio que no habían sido usadas...

Al levantar la cabeza, mientras ansiaba que todo fuera un pensamiento precipitado, Rose vio que Hilary estaba mirándola en el espejo. La muchacha apartó la mirada instantáneamente. Sí, ella había dicho que estaba allí para bañarse... pero si bien había gotas de agua en el lavabo, la bañera estaba seca.

Rose extendió la mano y tocó todas las toallas. Después se acercó a Hilary,

inmóvil junto a la cortina de la ducha, Hilary dudó entre salir corriendo o quedarse quieta cuando Rose levantó hacia ella una mano y tocó el largo cabello de una forma tímida, casi en una parodia de caricia. Igual que las toallas, aquel cabello estaba absolutamente seco.

XXXVIII

Si Rose sentía otra cosa aparte de estupor, esa cosa era la persistente esperanza de equivocarse. Pero su esperanza se desvaneció para siempre cuando miró a Bill. Este, al ver la expresión de Rose, pareció hundirse en sí mismo, pareció volverse liso como el agua para tratar de ocultar sus interioridades. Sólo sus ojos chispearon a causa del desánimo. Dio unos pasos al frente, con las manos vagamente extendidas, pero la mirada de Rose hizo que sus brazos descendieran. Era un colegial caído en falta que aprendía a resignarse. Mientras Rose lo contemplaba, ambos incapaces de moverse, empezó la jaqueca.

Algo similar a una brillante lágrima apareció en el ojo izquierdo de Bill. Inmediatamente la lágrima chispeó y se extendió, como si el vidrio de las gafas se hubiera roto. Dentro de los crecientes confines de la inestable luz, el rostro del escritor fue perdiendo perspectiva y quedó desenfocado, se convirtió en un objeto sin sentido.

Rose no había sufrido una migraña en todo el año; la que sufría iba a ser peor, quizás, por aquel descanso. Experimentó la tentación de desplomarse en la cama, para abrumar a Bill y a Hilary con su presencia... pero no iba a dejarles pensar que la habían trastornado, ¡eso no, por Dios! Aparte de una persistente incredulidad defensiva lo único que sentía era rabia, y fundamentalmente rabia de que ellos le hubieran causado jaqueca. Dio media vuelta, casi ciega, y salió de la habitación.

El límite de su visión estaba formado por largos segmentos vibratorios que peleaban unos con otros conforme iban creciendo. El corredor quedaba desenfocado y sólo parecía tener dos dimensiones. Rose apenas pudo encontrar el botón en la pared que separaba ambos ascensores.

Había entrado a tientas en el ascensor y estaba buscando el botón de la planta baja cuando Bill metió los brazos para detener las puertas.

—Ro, lo siento. Vamos a hablar a algún sitio. No tomes una decisión hasta saber todo lo ocurrido. Seré sincero contigo, te lo prometo.

No deseaba que él fuera sincero, ya estaba harta de verdades. Cerró los ojos, porque las paredes del ascensor parecían rezumar color carmesí.

—Vete —dijo inexpresivamente.

—No hagas eso, Ro. No me excluyas, ahora no. ¡Dios Todopoderoso! ¿Por qué crees que ha sucedido esto?

Bill se acercó a ella, un torpe y repulsivo torturador en la apretada y tosca caja. Las puertas permanecieron a un lado como obsequiosas camareras, ofreciendo sonidos del restaurante.

—¿Quieres irte, por favor? —dijo Rose.

Cuando las puertas se cerraron, Bill seguía con ella.

—Ro, en cierta ocasión hablamos de situaciones como esta. ¿Lo recuerdas? Estuvimos de acuerdo en que acostarse con alguien distinto al cónyuge podía ser una

especie de válvula de seguridad.

Las sienes de Rose latían siguiendo el ritmo de los vibrantes fragmentos de vidrio.

—No oigo. No puedo oírte.

—¡Oh, Cristo, no le des más importancia de la que tiene! Fue como masturbarse, sólo que más deprimente. Antes de acabar ya estaba deseando no haberlo hecho. —Golpeó la pared del ascensor en un gesto de frustración—. Es absurdo actuar así. Por el amor de Dios, mírame como mínimo.

—Si sales del ascensor conmigo, gritaré. —Levantó los temblorosos puños, tanto para contener a Bill como para demostrarle que hablaba en serio—. Gritaré hasta que te vayas.

El alboroto del vestíbulo rodeó a Rose, denso como cola. La alfombra parecía estar tejida con neón. La muchedumbre estaba formada por figuras de cartón. ¿Había un sillón libre cerca de la puerta? La cabeza de Rose zumbó como un anuncio defectuoso. ¡Que Dios ayudara a Bill si se acercaba a ella!

Se recostó en el sillón, con los ojos cerrados. Corrientes de aire procedentes de la puerta batallaban con el calor del vestíbulo e hicieron que Rose creyera estar a merced de la fiebre. Bajo sus párpados, un vacío gris se hallaba rodeado de fluctuaciones. Estoy perfectamente, diría a cualquiera que intentara ayudarle. Sólo necesito descansar. No se preocupe por mí. No necesito ayuda. Lárguese y déjeme en paz.

La persona que estaba sentada junto a Rose fue llamada para ocupar un taxi. Rose se quedó sola con la monótona e incomprensible mole de sonido, sofocante como felpa. Un penetrante y doloroso zumbido enlazaba sus sienes. La fluctuación se debilitó, dando paso a la fase más desagradable, en la que abrir los ojos era odioso.

Otra persona tomó asiento junto a ella. Al cabo de un momento oyó un susurro.

—Señora Tierney.

Rose abrió los ojos para despedir a Hilary con su mirada. El vestíbulo era un simple plano atestado de inquietos bultos que se mezclaban, unos bultos que sólo gracias a su intelecto sabía que eran personas. El rostro de Hilary era una masa sombría, sonrosada, en la que se movían unos húmedos objetos. Rose cerró fuertemente los ojos. Ni siquiera tenía fuerzas para ordenar a la chica que se fuera.

—¿Puedo hablar con usted, señora Tierney? —La voz de Hilary estaba llena de arrepentimiento y, lo que era peor, preocupación—. No quiero complicar las cosas, pero no puedo irme sin decir algo. Su marido estaba tan preocupado cuando lo encontré que tuve que preguntarle qué le ocurría. Y cuando me lo explicó, creí que debía animarlo. Sólo animarlo... es decir, estoy segura de que nada más habría ocurrido si yo misma no me hubiera sentido sola. ¿Quiere que le diga una cosa? Estoy convencida de que él pensaba en usted, no en mí. No quiero que crea que esto ha sucedido otras veces. Señora Tierney... sé que para usted soy la última persona que podría darle un consejo, la última persona que usted desearía escuchar, pero le

diré una cosa. Cuando tenga oportunidad de reflexionar, cuando todo se haya calmado un poco, permita que Bill le explique sus sentimientos, los sentimientos que debía explicarme a mí.

Era menos esfuerzo dejar que Hilary siguiera diciendo bobadas que ordenarle que se fuera. Rose se retrajo en aquella tonalidad grisácea sin perspectivas. Al cabo de un rato, tal vez pensando que Rose se había quedado dormida, la chica se marchó.

Finalmente Rose logró ver, hasta cierto punto. Sus ojos no parecían tener coordinación, aunque tampoco era como ver doble. Miró su reloj de pulsera, cuyos segundos vibraban tanto como su cabeza. Llegaría muy tarde a Heathrow.

—Bastardo —murmuró, dejando pasmada a una dama entrada en años.

¿Podría alcanzar a Jack y Diana en Euston? Salió a la calle dando tumbos y paró un taxi. El trayecto le hizo sentir como si sus entrañas oscilaran de un lado a otro. Cuando la escalera mecánica la dejó en la ensordecedora sala de espera de blancas baldosas, el primer tren que Jack y Diana podían haber tomado acababa de salir.

Por lo menos había una farmacia. Ingirió tres aspirinas sin agua y maldijo a Bill por el gusto que quedó en la boca. Cualquier pensamiento de su marido le producía una oleada de odio tan intensa que sentía miedo. Hasta entonces se había creído incapaz de odiar tanto a una persona.

Faltaba casi una hora para el próximo tren. Era insoportable esperar en aquella bóveda fría y blanca, entre el absurdo bullir del gentío, bajo un cielo que parecía mugre sobre cristales de ventanas. Todo irritaba los nervios de Rose: el ruido de los indicadores al exponer las incidencias de los trenes, aquella voz colosal, eficaz e ineludible, el letrero de una tienda que decía, MUJER SOLITARIA... ¿Qué nombre era aquel, por Dios? Tal vez un titular de periódico que alguien había aprovechado. Otra visión fugaz: LA MALQUERIDA. ¿Un libro en un quiosco, el cartel de una película, un primer síntoma de colapso nervioso? ¡Dios, ella no sufriría un colapso nervioso! Bill no lo merecía. Se acostumbraría a estar sola, a partir de ahora. Mientras se dirigía al bar, sus labios empezaron a temblar, estirados por el incansable nervio.

Pagó una cerveza y se fue con la bebida a una mesa similar a un tocón rojo oscuro. Rose parecía estar actuando de un modo impersonal. La emoción o la jaqueca habían desordenado sus percepciones. Afortunadamente tenía la cerveza y su odio para hacerle compañía.

Varios hombres estaban de pie junto a la barra como formando una hilera ante los urinarios. Una máquina tragaperras devolvió algunas monedas. Rose intentó apartarse de sus alrededores y de repente lo logró, quizá excesivamente: los límites de su visión se apagaron, igual que los sonidos de la barra. Durante un instante perdió toda noción de lugar. ¿Sería a consecuencia del agotamiento, o se trataba de un efecto secundario de la migraña?

Diversos rostros se agitaban al pasar al otro lado de la vidriera, igual que un montón de globos. Algunos miraron a Rose. Finalmente anunciaron un tren. A pesar de que era poco probable que Jack y Diana hubieran subido sin que ella se enterara,

Rose escudriñó el tren en toda su largura antes de asegurarse un asiento cerca de la entrada de viajeros. Seguramente Jack y Diana tomarían aquel tren... ¿o tal vez intentarían telefonar a Rose y explicar sus planes?

Una mujer embarazada con un bebé en los brazos se acomodó en el asiento próximo a Rose. Cuando el tren partió, Rose no había visto una sola cara conocida. Tras la interminable espera en Euston, debía disponerse a sufrir casi tres horas dentro del tren.

El cielo había cobrado brillo, pero se veía manchado a través de la sucia ventanilla. Rose sabía que el cielo era una resplandeciente cubierta sobre la infinita negrura. Fueron sucediéndose los apagados paisajes. Los árboles más lejanos se asemejaban a puntadas de costura que pugnaban por liberarse del cielo.

El crepúsculo empezó a espesarse como espuma. El mundo parecía anegado, era un interminable desfile de tenues luces, de formas que podían estar formadas de humo. Fuegos artificiales prematuros se alzaron en el cielo. Las chispas se aferraron a los ojos de Rose.

Ella no cesaba de ver la deshecha cama del hotel, la desarreglada maleta. Ella había hecho el equipaje para Bill. Era él quien le hacía tener estos triviales pensamientos domésticos, el que la arrastraba hacia su nivel. Lo maldijo. Sus gritos resonaron en su mente.

La ventanilla crujió como una cáscara, liberando un flujo de agua sobre el brazo de Rose. Antes de que pudiera echarse atrás, notó frío y humedad en el brazo, pero ni se había producido crujido alguno ni había agua. Sólo se trataba del reflejo de las luces con el paso del tren. El cansancio estaba impulsándola furtivamente hacia los sueños. Se esforzó en mantenerse despierta, porque no deseaba despertar en el tren y recordar los hechos recién ocurridos.

Debería haberlo sospechado. De entre todos sus alumnos, Hilary era la que Bill mencionaba siempre. Su marido admiraba constantemente a aquella chica. ¿Habría estado hablando con ella cuando Rose le llamó antes de ir a Manchester? «Probablemente nos veremos ahí». ¿Había usado el arrebato de Rose como pretexto para traicionarla? Pero Bill, en cambio, podía haberle dicho cualquier cosa, y ella no le habría traicionado, nunca. Por lo menos ya sabía el significado de la lectura de Tarot que hizo Diana a Bill. Si la predicción acababa de cumplirse, tal vez la realización de la lectura de Rose estuviera aún pendiente. Las palabras parecían estar atrapadas en el ruido de las ruedas: enajenación mental, entierro, oscuridad, terror...

Despertó. Un bebé lloraba junto a ella. Apenas logró contenerse en su impulso para golpear ciegamente. Después se dio cuenta de que no se hallaba en su casa. Notó vacío y pesadez en su cuerpo; un largo túnel taponó sus oídos. De repente no pudo seguir soportando el agobio. Tenía que manifestar sus emociones, como fuera. En cuanto cambió el iluminado letrero de «ocupado», Rose abandonó su asiento y pasó junto a la adormecida madre y el dormido bebé.

Se sentó en la tapa del retrete y trató de llorar, pero sus lágrimas fueron escasas y

deliberadas. Cada una de ellas le hizo odiar más a Bill por haberlas provocado. Llorar no significaba alivio. Abrió la puerta y salió fuera, tambaleante, torpe.

El tren sufrió una sacudida que lanzó a Rose contra el alzado periódico de un hombre. ¿Pensaría él que estaba borracha, que no tenía educación...? ¡No, por Dios! Bill aún no la había destruido, todavía tenía dignidad.

—Perdone —dijo.

—Es culpa del conductor —dijo el hombre.

Pasó junto a la adormecida madre, cuyo marido se ocupaba ahora de acunar al bebé. No, Bill no la había despojado de su fuerza. Nadie sabía cómo se sentía, y nadie lo sabría. Era algo que acabaría por olvidar. Con el tiempo agradecería haberse librado del entrometimiento de Bill. Sólo deseaba que ese momento llegara pronto, que la sensación que tenía de su futuro cesara de escabullirse...

El tren estaba deteniéndose. El doble rostro de Rose, multiplicado por dos hojas de vidrio, atisbaba en la noche. Los oscuros andenes iban acercándose, igual que los diversos guiones de plástico luminoso que decían CREWE. Rose cerró los ojos, para intentar olvidar dónde estaba. Crewe reflejaba desolación.

Cuando despertó, el tren estaba vaciándose. Notó el aislamiento del silencio. Los límites de su visión aparecían indistintos, grises; durante un instante creyó que estaba volviéndose ciega. Después logró ver, si bien con poca claridad, y reparó en que los pasajeros que salían iban acompañados de sonidos. ¿Por qué todos se bajaban en Crewe? Porque no estaban en Crewe, sino en Liverpool.

Bajó al andén, atontada, y experimentó un repentino escalofrío. Los porteadores se cernían sobre el tren igual que buitres, recogiendo periódicos abandonados. Bruscamente, Rose no tuvo ninguna duda de que Jack y Diana habían bajado antes, bien de su mismo tren o del anterior.

Corrió hacia Central Station. Las aceras estaban salpicadas de escarcha, como si fuera caspa; el hielo cubría las calles. Ya en Lime Street, Rose oyó el sonido discordante de las máquinas electrónicas. Un hombre se tambaleaba en un portal junto al Yate's Wine Bar. Los hinchas del fútbol deambulaban por todas partes, sitiando cines y bares.

Una mujer de aspecto aburrido, encerrada entre cristales, entregó a Rose el billete y el cambio en un soporte giratorio. Aquella mujer no parecía más distante que cualquier otra cosa. Nada se movía en los andenes subterráneos excepto los indicadores de destino y algunos estudiantes, que regresaban a las residencias de Aigburth. Rose no pudo refrenar su antipatía hacia aquellos jóvenes.

Caminó de un lado a otro incesantemente. Era probable que Jack y Diana estuvieran ya en Fulwood Park. ¡Oh, que el tren venga antes de que se vayan! El andén estaba cubierto de colillas, gusanos pisoteados. El tablero anunció el «tren semirápido a Ormskirk». Rose se habría echado a reír en otro momento. Los estudiantes rieron tontamente, una y otra vez.

Por fin llegó un tren, y partió casi en cuanto Rose lo abordó. La oscuridad engulló

el iluminado andén. Rose vislumbró un tren con las luces apagadas, oculto en un túnel lateral, y después todo fue negrura, una negrura en la que las chispas del tren no iluminaban nada. Vislumbró farolas de sodio a lo largo del Mersey, un vislumbre tan breve como un parpadeo entre dos cabezadas. No debía dormirse, se hallaba cerca de St. Michael. De hecho, el tren estaba deteniéndose.

Ascendió fatigosamente las empinadas escaleras. La estación olía a pintura, las puertas mostraban un color verde luminoso, mareante. Rose se apresuró, con una mano en la cara para evitar el olor. Estaría perfectamente en cuanto llegara a casa... en cuanto viera a Jack y a Diana.

Corrió por las calles, bajo blancos pezones fluorescentes que pendían en las pantallas de las farolas, junto a casas independientes incrustadas de toques de guijarros y pintura blanca. Los árboles aparecían paralizados por la luz. La iglesia de St. Michael tocó una campanada para indicar el primer cuarto. Un perro se puso a ladrar en señal de advertencia.

Enmarcada por las últimas farolas, la entrada del atajo que corría junto al Mersey estaba muy oscura. Rose se intranquilizó, pero no le dio importancia. Nada tenía importancia. ¿Cuánto más intranquila iba a estar si hacía uso de la carretera, casi el doble de la distancia, y no encontraba a Jack y a Diana?

No tenía idea de lo que iba a contarles de Bill. La verdad resultaría embarazosa para sus amigos, y angustiada para ella. Quizá acabara por perder el ánimo en ese momento, después de todo. La carretera le daría más tiempo para preparar su relato. Sí, y más tiempo para que sus amigos decidieran no esperar. Impaciente consigo misma, Rose se adentró en la oscura senda.

XXXIX

La senda estaba helada, dura como el cemento, aunque menos uniforme. Era un rastro de niebla apenas visible. Marañas de ramas oscilaban sobre Rose, confundiendo el cielo. Entre los árboles distinguió las elevadas espirales de alambre de púas que guardaban los depósitos subterráneos de petróleo de Esso. El alambre resonaba débil, incesantemente.

El camino descendía suavemente entre muros oscurecidos por la hiedra. Un susurro entre las hojas acompañaba a Rose: sólo la brisa, que se deslizaba en sus bolsillos para congelar sus manos. Entre la agitación de las hojas y la vibración del alambre, Rose oyó autobuses en la carretera. Se oían muy distantes. Odiaba a Bill por haberla obligado a caminar a ciegas, sola en la oscuridad.

Sin embargo, conocía el camino. El agotamiento y los restos de jaqueca eran responsables de su desasosiego. Las últimas hojas, marchitas, pendían como murciélagos de las ramitas. La hiedra, excesivamente crecida, hacía que los perfiles de los árboles parecieran a punto de desmoronarse. Los sonidos que había entre la hiedra habían avanzado.

Una roca similar a un tocón petrificado señalaba el punto en que el camino descendía más bruscamente. Los matorrales se estrecharon, erupciones de opresiva oscuridad. La senda se hizo más accidentada, dura y llena de salientes. Los arbustos se inclinaron y susurraron mientras Rose avanzaba con torpeza. Por lo menos podía ver las constelaciones de sodio que centelleaban en la orilla opuesta del Mersey. Eran una promesa de luz, aunque hacían que los árboles que las enmarcaban tuvieran un aspecto inestable, que la silueta de un árbol pareciera moverse.

Apretó el paso en la oscuridad. Pronto se hallaría en un espacio abierto, donde estaría menos intranquila. Las travesuras de la luz eran las únicas responsables de que la silueta del árbol pareciera agitarse, vigilante, igual que una araña alertada por su presa. Rose miró atrás para asegurarse, pero fue inútil: el tronco en el que había creído ver un bulto estaba liso. Debía haberse confundido de árbol. Todos eran iguales en la oscuridad.

Llegó a la parte menos iluminada de la senda. Sus pies se enredaron en varios surcos que casi la arrojaron sobre las zarzas. Despacio, no hay que correr, pronto habría pasado lo peor de la oscuridad. Ya distinguía el alargado edificio de cemento más allá del alambre de púas, con su enorme tubería extendiéndose hacia el Mersey. En cuanto pasara bajo la tubería estaría muy cerca de terreno despejado.

Casi había llegado a la tubería cuando oyó un prolongado y furtivo sonido en las profundidades de las zarzas. No surgía de las mismas zarzas, era un ruido amortiguado por metal. Un crujido, un arañazo. Rose vaciló, con sus manos retorciéndose en los bolsillos. Entonces distinguió el coche aparcado cerca de la senda. Claro, una pareja debía estar dedicada a besos y caricias, sin advertir la presencia de Rose o en silencio porque sabían que ella estaba allí...

Pero el coche estaba destrozado. Carecía de ventanillas, puertas y asientos. ¡Vaya, si hasta podía oír el ruido del vehículo cuando oscilaba! Nadie pensaría en usarlo como refugio.

Por lo tanto el sonido debía proceder de un animal. Un perro que erraba cerca de la basura, el tipo de acto que se espera de los perros. No debía perder el tiempo, no debía dar tiempo a que su imaginación se concentrara, o jamás podría continuar andando. Sobre su cabeza, los árboles emitían chirridos, el sonido del hielo cuando soporta un peso. Aquellos árboles parecían grietas del cielo. Tras maldecir a Bill por haberla dejado sola con sus temores, Rose pasó corriendo junto al automóvil, junto a la débil agitación de aquella mole.

Titubeó de nuevo al llegar a la tubería. Tendría que inclinarse mucho para pasar por debajo. Trepar era imposible. ¿Y si mientras estaba agachada, momentáneamente incapacitada, algo se abalanzaba sobre ella?

Arbustos, montículos de tierra y cemento la acechaban. Distantes autobuses dejaban oír sus murmullos, recordando a Rose que estaba muy lejos de alguien que pudiera ayudarla. Pero no estaba tan lejos de Jack y de Diana. Mientras vacilaba, ellos podían tomar la decisión de no aguardar.

—Oh, Dios mío —musitó, temerosa de que alguien le oyera.

Con un esfuerzo que hizo temblar sus puños, se agachó bajo la tubería.

Mientras veía invertido lo que había a su lado —el oscuro hueco cubierto de hierbas, la umbrosa celosía de los árboles— vio también algo pequeño, con larguiruchas patas, que surgía de las zarzas y se escurría en las ramas situadas encima de su cabeza.

Una convulsión le hizo erguirse bruscamente, hasta que la tubería pareció cogerla por el cogote y forzarla a bajar la cabeza, provocando dolor en su cabeza. Durante un instante creyó estar atrapada e indefensa pese a sus esfuerzos, a punto de desintegrarse en un arrebato de histeria. Después se encontró libre y aferrada a la tubería, contemplando alocadamente la oscuridad.

No había nada, sólo árboles que se agitaban con la suavidad de las antenas de un insecto sobre el fondo de un sombrío cielo. Seguramente había visto árboles, y su imaginación, confundida por la visión invertida, había hecho el resto. No había visto nada con claridad, la visión había sido muy breve, el movimiento demasiado rápido. Tenía que salir del agujero para convencerse de que allí no había nada. Simplemente moverse poco a poco en la oscuridad, con cuidado de que la senda y la maleza que había invadido el hueco no atraparan sus pies, en silencio para no llamar la atención... no, para que sus ruidos no la sobresaltaran y dispararan su imaginación...

Sólo había dado un par de pasos cuando oyó algo que corría aprisa a lo largo del techo de cemento, delante de ella.

Se apoyó en la tubería. Sus entrañas estaban deshaciéndose, atacadas por el ácido del pavor. Sus rígidas piernas amenazaban con partirse al menor movimiento. Mientras sus fríos ojos se clavaban en la oscuridad, una fina forma saltó del tejado

y se asió a un árbol. Inmediatamente, la forma empezó a saltar de árbol en árbol, cercando a Rose.

Iba a ver qué era dentro de un momento, y entonces prorrumpiría en gritos. Y en cuanto empezara ya no pararía. Sus impresiones fueron intensificándose: era como una mano que avanzaba con rapidez en los árboles, una mano nerviosa, ansiosa de llegar hasta Rose a través de los barrotes de una jaula... o quizá era más bien una araña, que se balanceaba entre los árboles, tejiendo una tela alrededor de Rose. Lo que acechaba sabía que Rose estaba atrapada, y por eso se tomaba su tiempo. Durante un instante Rose percibió que algo pendía sobre su cabeza, dispuesto a saltar sobre ella, para apresarla con todas las patas que tuviera.

Tal vez existiera otra explicación para la demora: el presunto agresor estaba disfrutando con el pánico de Rose. Súbitamente deseó no haber tenido ese pensamiento. Sí, la criatura que había en la oscuridad aguardaba a que Rose estuviera muerta de espanto antes de alimentarse... excepto que alimentarse, por más terrible que fuera, era más natural que lo que aquella criatura iba a hacerle.

Todo su cuerpo temblaba. Rose tenía la sensación de estar desintegrándose en incontables fragmentos, todos ellos estremeciéndose. Su mente estaba totalmente incapacitada. Le horrorizaba lo que sentía, cosa mucho peor que la desesperación. Parte de ella se alegraba de su impotencia, anhelaba ser apresada. Era como si Rose hubiera descubierto un pozo en su mente, un pozo repleto de corrupción.

Escuchó de nuevo el ruido de algo que se deslizaba sobre el cemento, algo que la había rodeado y se disponía a sorprenderla. Habría preferido cualquier otra cosa, habría preferido morir a ver ensanchado el pozo de su mente. Rose luchó con sus rígidas manos. Su cabeza estaba vacía, no tenía más que salvajes instintos. Tal vez podría desgarrarse la yugular con las uñas.

De pronto el alambre de púas empezó a resonar, a vibrar violentamente como si hubiera capturado una víctima. Y algo estaba debatiéndose allí. Rose casi podía verlo, una masa oscura y alargada que estaba arrancando las cortantes espirales, flagelando sus extremidades.

—¡Estás atrapado, bastardo! —chilló, y la poca cordura que conservaba su voz la dejó consternada.

Sollozando, Rose salió del agujero y siguió adentrándose en la noche.

Amplias pendientes de reluciente hierba se extendían alrededor de Rose. El Mersey tenía el sólido aspecto de una carretera mal iluminada; la orilla más alejada bullía de luces anaranjadas. La basura se había esparcido en torno a la escombrera y se aferraba, susurrante, a los ocasionales y pelados árboles, y se arrastraba y agitaba sobre la hierba. Los desechos hacían que el camino, que en sus mejores tramos sólo era un oscuro rastro entre la blanquecina hierba, fuera más difícil de seguir.

Rose echó a correr, esforzándose desesperadamente en concentrarse en la senda. Una blancuzca zona alzó el vuelo entre chillidos y se convirtió en gaviotas. El terreno se encontraba lleno de bultos, para hacer tropezar a Rose. En dos ocasiones estuvo a

punto de torcerse el tobillo. Dejó de oír la vibración del alambre, el único ruido era la incesante agitación de la basura... ¿Era eso lo único que se movía a su alrededor?

No dejó de mirar atrás mientras corría. Sus oídos estaban embotados por su respiración, por sus temblorosos jadeos. Las laderas brillaban tenuemente, mortecinamente pálidas a ambos lados de Rose. No había señales de persecución. Nada se movía aparte de la basura, que parecía desplazarse cojeando. Si el animal, o lo que fuera, lograba liberarse, estaría herido y por consiguiente su comportamiento sería más cruel. Rose siguió avanzando, sollozante, tambaleándose.

¿Se habría apartado del camino? Más allá del terreno de la Esso brillaban varias farolas, pasmosamente lejos... ¿Aún más lejos que antes? Rose advirtió que estaba corriendo hacia una zona de aspecto más oscuro que la hierba. ¿Era un tramo del camino?

Tras coger un ladrillo y lanzarlo, escuchó el ruido del hielo al resquebrajarse como vidrio delgado. El ladrillo produjo un chapoteo en la tierra. ¡Dios santo, estaba desviándose hacia la escombrera! Se encontró rodeada de montones de desechos. El ruido del hielo al romperse había sido muy fuerte. Quizá ese sonido había puesto al descubierto su situación.

Trepó penosamente por la pendiente y encontró el camino. Vio luces a ambos lados, junto al terreno cercado, junto al río. Pero se hallaban demasiado lejos para iluminar la ruta. Rose estaba obligada a seguir tambaleándose y dar tropezones entre los desechos de la oscura senda, acompañada por los chasquidos y crujidos del hielo bajo sus pies.

Aunque los declives parecían desiertos, Rose estaba convencida de que la perseguían. El alambre se hallaba ominosamente silencioso. Rose imaginó que su perseguidor avanzaba arrastrando el cuerpo, suponiendo que tuviera un cuerpo, con su enorme y deseosa mano, de un modo espantosamente resuelto. ¿Tendría su perseguidor la forma que Rose imaginaba, la forma que sus instintos le indicaban? Sería una forma peor, que la mente de Rose no quería admitir.

La senda describía un círculo. Rose se hallaba cerca de su casa, aunque no lo bastante, ni mucho menos. Tenía que seguir el camino, pese a que éste se había convertido en un estrecho surco que trababa sus pies; su sentido de dirección la había abandonado. Además, si echaba a andar por el campo, la costra de hielo podría ceder, sumergiendo a Rose en blandura. Casi había llegado al ferrocarril. Las farolas relucían, interrumpiendo la cenefa de iluminadas ventanas. Seguramente la luz estaba de su lado. En cuanto se acercara a la iluminación estaría segura.

Pero ni siquiera la luz le ayudó. La deslumbró, fue incapaz de ver el camino. No importaba, no se perdería si corría paralelamente a la iluminada calle. Ya distinguía las luces de Fulwood Park, medio tapadas por los arbustos. Había dejado atrás el primer puente del ferrocarril, cuya valla de tablas crujía y resonaba con el viento. Un puente más y se encontraría en su hogar.

Mientras corría, buscó la llave en el bolso, para dejarla preparada en el bolsillo,

sólo por si acaso... ¿por si acaso qué, en nombre de Dios? En ese momento se detuvo, jadeante. Se balanceó en el borde de un surco; un talón rompió el hielo y se hundió en la blanda tierra. La criatura no la había perseguido, iba a cortarle el paso. Rose sabía que su perseguidor estaba suspendido bajo el puente, delante de ella.

Antes de saber qué hacía, avanzó hacia el puente. Si se entregaba voluntariamente, tal vez el horror sería menos insoportable, o como mínimo terminaría más pronto. No podía ocultarse en ningún sitio. Deslumbrante luz llenaba sus ojos. Al menos no vería al animal cuando saltara sobre ella y la arrastrara hacia su cubil, bajo el puente.

De repente empezó a gritar, a chillar como un animal asfixiado y agonizante, y huyó hacia Fulwood Park. Huía de las profundidades de sí misma tanto como de la criatura que se ocultaba bajo el arco.

—Por favor, oh, por favor —dijo entre sollozos.

Que Jack y Diana estuvieran aguardándola para salvarla, por favor. Parecía haber perdido la capacidad de cuidar de sí misma.

Luz blanca se extendía a lo largo del seto. La espeluznante tierra se asemejaba a una jaula, con alargadas sombras como rejas. Rose estaba tambaleándose dentro de una jaula. Sin saber cómo, había logrado sacar la llave del bolso. El metal era una herida en su apretada mano. Distinguió el camino más allá de la brecha del seto: las colgantes luces blancas tenían un brillo violento y las paredes, igual que la hierba del suelo, tenían un aspecto apagado, irreal. No importaba, lo único importante era la luz. Salió de la jaula de sombras y entró en Fulwood Park.

Acababa de llegar a la iluminación cuando algo le tocó la nuca. Era algo blando, húmedo, atrozmente frío. Quizá se trataba de un dedo, aunque Rose pensó que tenía el tacto de barro congelado. ¿Estaba empujándola o acariciándola? Ciertamente aquel tacto pretendía insinuar lo que aguardaba a Rose.

No le quedaba aliento para gritar. Tenía que seguir dando tumbos a lo largo del camino iluminado, hacia su puerta. Su oscilante sombra reflejaba desequilibrio. Tal vez iba a perder el equilibrio, tal vez iba a caer en los brazos de su perseguidor. Si aparecía otra sombra junto a la suya, estaba perdida. Pero no había nada aparte de la reluciente senda y los vacíos pilares de los portales. Ni una sola señal de Jack y de Diana, ni una sola señal de su casa, de la casa de los Hay, sólo un simple edificio viejo en el lugar que deberían ocupar las dos viviendas.

Su mente estaba a punto de agrietarse, de permitir el vertido de todo lo que contenía, cuando comprobó que se había confundido en parte. Las casas gemelas se alzaban allí, simplemente absorbidas por la oscuridad. Rose echó a correr alocadamente, con la llave en la mano. La puerta delantera se abrió un poco, quedando obstruida desde dentro.

Rose arremetió contra la puerta, entre sollozos y gritos. El obstáculo se apartó enseguida. Sólo era un envoltorio apretado a la puerta. La escritora cayó en el recibidor y cerró bruscamente la entrada. Sus latidos hacían que su cuero se

estremeciera. A salvo, a salvo, a salvo, parecía cantar su pulso. Gracias a Dios, se hallaba a salvo.

XL

Seguir en el suelo fue lo único que pudo hacer durante un rato, con las palmas apoyadas en la pared. Su pulso daba al muro un tacto blando y vibrante. Aunque algo hubiera empezado a arañar la puerta, habría sido incapaz de moverse. La puerta oscilaba, pero se trataba de una aberración de la vista, que iba serenándose poco a poco.

Ya estaba a salvo. Sólo tenía que aguardar a Jack y Diana. Si habían desesperado de encontrarla y preferido ir a un hotel, se reuniría con ellos en cuanto le telefonaran. ¡Oh, que se dieran prisa en telefonar! Volteó el envoltorio con el pie, para ver qué era. Delante había algo escrito por Jack.

¿Por qué habían escrito poco antes de partir de Nueva York, si es que venían a visitarla? Al agacharse aturdidamente, la casa también dio vueltas. Abrió el envoltorio. En el interior había un ejemplar de bolsillo de *Pesadillas compartidas*, con una fotografía de los Tierney, muy sonrientes. Tanto el título como la fotografía eran chistes maliciosos. Rose arrojó el libro hacia las escaleras.

Aparte del libro, el envoltorio estaba vacío. Rose arrugó el papel en su puño como si ese gesto pudiera darle fuerzas. Entonces vio una nota que sobresalía del libro. Después de referirse a la obra, Jack decía que él y Diana llegaban aquel mismo día.

Ningún sonido habría podido expresar el alivio que experimentó Rose. Se levantó, con los ojos cerrados, meciéndose igual que un bebé acunado. Soportaría la espera, por más exasperante que fuera. No iba a sufrir daño alguno... suponiendo que la casa fuera un lugar seguro.

Una idea estúpida. La noche anterior había comprobado todos los pestillos y ventanas, y luego no había tocado nada aparte de la puerta principal. Sin embargo sentía el impulso de una nueva inspección. No significaba problema alguno en tanto que aseguraría su paz mental.

Se dirigió hacia la cocina. Tuvo que ir apoyándose en las paredes, temerosa de que sus piernas flaquearan. Los nervios parecían haberle fracturado las piernas. La luz fluorescente se agitaba, se agitaba... ¡Dios! ¿Estaba abierta la puerta trasera? No, era únicamente un efecto de la fluctuación.

Todas las ventanas de la planta baja se encontraban perfectamente cerradas, y no obstante la casa producía poca tranquilidad. No contenía recuerdos, la vivienda era tan impersonal como una sala de espera. Bill la había despojado de su hogar.

Al subir la escalera cogió el ejemplar, que tiró en la papelera del despacho. El primer borrador de *Los significados del estrellato* yacía en el escritorio. ¿Cómo iban a resolver este tipo de cosas? ¿Cómo iban a dividir los despojos de su saqueado matrimonio? El problema resultaba irritante y desalentador.

Sí, la ventana estaba cerrada. Igual que la ventana del cuarto de baño. No debía especular sobre lo que había fuera, sólo recordar que, fuera lo que fuera, no podría entrar. Fuera no había nada excepto silencio, quizás una respiración contenida,

aunque tal vez lo que había en el exterior no necesitaba respirar.

El reflejo de la cara de Rose se deslizó sobre las baldosas negras, una amorfa máscara de masilla. ¿Quién estaba mirándola en el espejo? ¡Buen Dios, sólo era su reflejo! Pero su rostro demostraba un vago nerviosismo. Salió corriendo del cuarto de baño, tras apagar la luz.

Agarrándose a la baranda como si se tratase de una muleta, Rose llegó a la habitación de los huéspedes. La ventana estaba cerrada, naturalmente. ¿Debía entrar para asegurarse? ¿Por qué tenía miedo a entrar, sólo porque creía haber oído movimiento allí la noche anterior? No había duda de que la luz era escasa, pero eso no era motivo para suponer que se apagaría mientras ella se encontraba en la habitación. ¿Prefería no quedarse tranquila con la ventana? Se obligó a entrar. La bombilla tenía una tonalidad grisácea, como si estuviera formándose una sustancia en la superficie o dentro. Debía ser polvo, y sin embargo se había amontonado.

La ventana se hallaba indudablemente cerrada. *¿No puedes dejar de comportarte como una imbécil, por favor?* Salió de la habitación, apagando la luz de un colérico manotazo. Estaba recobrando parte de su fuerza.

En el instante anterior a la oscuridad, Rose vislumbró la bombilla por el rabillo del ojo. Algo de mayor tamaño que una bombilla, y gris, parecía estar suspendido del cable. Quizá tenía rostro.

Cerró violentamente la puerta y se quedó inmóvil, temblorosa. No debía permitir que su imaginación la dominara. Necesitaba beber algo para acallar sus temores o para ahogar sus percepciones, no importaba qué bebida, hasta que llegaran Jack y Diana. ¡Por favor, que fuera pronto!

Entró corriendo en el dormitorio, sin concederse más tiempo para pensar. Sí, la ventana estaba cerrada, la cama doble permanecía encerrada en sus mantas, una parodia del matrimonio. A continuación bajó las escaleras, camino del whisky. ¿Debía encender el hogar? Pero la ceniza de la chimenea se agitaba débilmente con la corriente de aire. Cogió la botella y retrocedió.

No podía aguardar arriba, estaría demasiado lejos del teléfono. La cocina daba al invernadero. Finalmente se refugió en el comedor. Al menos era una habitación neutral: las cortinas oscurecían la visión del sombrío jardín, el invernadero. Se trataba prácticamente de la única habitación en la que podría soportar cualquier período de espera.

Aunque las rejas de la estufa de gas parecían fundidas, el calor se negaba a envolver a Rose. Los adornos victorianos bordados en los muebles del comedor se habían vuelto nauseabundamente sentimentales. Sin duda lo habían sido siempre. Sólo el matrimonio había impedido que Rose se diera cuenta. Quizás aquellos adornos compendiaban su matrimonio.

Echó más whisky en el vaso, hasta que estuvo casi lleno, y contempló el fondo, amplificado y fluctuante. Se sintió mareada. Bebió para liberarse de las oscilaciones.

Necesitaba dar descanso a sus ojos. Los límites de su visión volvían a ser vagos,

la grisácea tonalidad crecía y en cuanto dejaba que ocupara su atención olvidaba dónde estaba. Quizás el teléfono sonaría cuando hubiera descansado sus ojos... o tal vez, y sería mejor, mucho mejor, sonaría el timbre de la puerta.

Cerró los ojos. Las chispas flotaban como si su cabeza estuviera ardiendo; oscuros fragmentos se agitaban igual que humo. Aquella zona gris... ¿estaba retirándose o expandiéndose? Rose no lo sabía. Tenía que mantener cerrados los ojos mientras desaparecían los restos de migraña. Tenía que descansar, estaba muy cansada, despojada de todo aparte de un anhelo de sosiego. El whisky le ayudaría a dormir, sólo unos instantes, unos segundos no importaban. No se dio cuenta de que había dormido hasta que Bill apareció ante ella.

Extendió los brazos instintivamente. Gracias a Dios, estaba a salvo. Después recordó. ¡Por Dios, que Bill no se atreviera a acercarse! Como se atreviera a tocarla... Abrió sus pegajosos ojos. Estaba sola en la habitación.

Un momento antes no estaba sola. Alguien o algo había estado muy cerca, al otro lado de la ventana, tal vez dentro de la casa. ¿Habría algo aguardando a que abriera las cortinas, sabiendo que ella debía hacerlo? ¿Qué era lo que tenía tanta ansiedad de que ella abriera la puerta que daba al recibidor?

Un temor todavía peor la liberó del pánico: que cuando el teléfono sonara no se atreviera a salir de la habitación. Abrió la puerta de par en par. El recibidor estaba vacío. De repente se puso a recorrer frenéticamente la casa, encendiendo todas las luces.

El tubo fluorescente fluctuaba igual que una jaqueca. Algo oscuro se movía en el invernadero, pero sólo se trataba del reflejo de la luz. Iluminó al máximo la sala de estar. Las bombillas concentraron su luz sobre el teléfono, tan silencioso como un pájaro disecado.

Salió del despacho en cuanto encendió la luz. Ver una vez el invernadero ya era suficiente. Tampoco tenía ganas de contemplar su cara hundida en las baldosas del cuarto de baño. Tiró del cordón de la luz y se apresuró a llegar a la habitación de los huéspedes. Se inclinó rápidamente junto a la entrada y tocó el interruptor con los nudillos.

La habitación pareció alzarse de un salto, igual que una ilustración plegable en un libro infantil. Rose no tuvo tiempo para ver nada, no obstante, ya que la bombilla se fundió inmediatamente. Mientras la oscuridad inundaba el dormitorio de nuevo, escuchó el ruido de algo que caía en la alfombra.

Si la criatura de los árboles hubiera saltado sobre Rose, habría producido un ruido muy similar. ¿No estaría renqueando, avanzando hacia Rose? Nada había asomado cuando cerró violentamente la puerta y permaneció asida al pomo.

Aún estaba sosteniendo la puerta, y preguntándose desesperadamente si iba a ser capaz de soltarla, cuando sonó el teléfono.

¿Podía soltar el pomo? No notaba otra cosa aparte de la perilla, que se había hecho enorme, tan abrumadora como los pensamientos de Rose. Era una carga que

Rose no se atrevía a soltar. Había olvidado cómo mover sus dedos. Aunque el teléfono seguía sonando pacientemente, esa paciencia no era, ni mucho menos, inagotable.

Al separarse penosamente, la puerta resonó. No debía mirar atrás. Ya en las escaleras, Rose no tuvo duda alguna de que el teléfono enmudecería antes de que lo levantara. Al correr hacia la sala de estar tropezó con el borde de la puerta... pero su brazo, a pesar del golpe, se alzó y cogió el teléfono.

El alivio y la falta de aliento le impidieron hablar al principio. La puerta de arriba estaba en silencio, como el resto de la casa, si se exceptuaba lo que parecía el débil correteo de un ratón.

—Rose Tierney —dijo finalmente.

—Hola, Rose.

Era Jack. Su voz había sonado como si estuviera en la habitación contigua. ¡Oh, gracias a Dios! Rose logró contestar como si estuviera perfectamente.

—¿Habéis venido antes y os habéis ido? Lo siento.

—Bueno, no, no hay problema. Yo...

No había problemas. El ruido de correteo era lluvia.

—¿No estáis en Liverpool? —preguntó nerviosamente.

—No. —Jack hablaba con cierto tono de resentimiento—. Por eso te he llamado.

No importaba, ella podía quedar con sus amigos en el centro de la ciudad, esperarles allí.

—¿Cuándo llegaréis, lo sabes?

—Bueno, esa es la cuestión, Rose. Supongo que no iremos. Diana está enferma.

El teléfono empezó a vibrar fuertemente en el oído de Rose, su mano temblaba.

—¿Pero desde dónde llamas?

—Nueva York. No nos hemos movido.

Rose no supo qué decir. Su mente estaba cercada en sí misma.

—Así que no vais a venir —se oyó decir finalmente, desesperada o suplicante.

—Me temo que no, Rose. Lo siento. Hoy ya había intentado llamarte varias veces.

La mente de Rose estaba confundida, en desorden. El sonido de la lluvia se había mezclado con los ruidos del teléfono, un solo siseo que circundaba a Rose. Era incapaz de pensar de un modo coherente, tenía que seguir aferrada al teléfono, ansiosa de tener alguien con quien hablar.

—¿Me llamaste ayer a la universidad? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No, no sé el número. Tal vez fue Diana. No, ella tampoco lo sabe.

Jack le había recordado la pregunta que debía formular.

—¿Qué le ocurre a Diana? —Quizá no fuera nada grave, quizá pudiera persuadirles a que vinieran...

—Supongo que ha sido un colapso nervioso.

—Oh, cuánto lo siento. —Una frase inadecuada, pero entre los temores de Rose

no quedaba espacio para comprensión o simpatía.

—Sí. —El resentimiento de Jack estaba aflorando—. Ha sido por culpa de esta porquería ocultista en que se había metido.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—¡Dios, no lo sé! No comprendo este lío. Ojalá no se hubiera metido nunca en esas cosas. Lo que Diana pretendía decir... bueno, tú lo habrías entendido mejor. — Al parecer, Jack pensaba que la culpa era de Rose—. Intentó comunicarse contigo.

Antes de que Rose pudiera replicar, Jack siguió hablando, muy enojado.

—Tendrías que haberla visto. Salió para encontrarse con ese pelmazo, el tipo que la animó a meterse en estos líos. No me preguntes qué le dijo o que sucedió después. Nunca has estado en el Bellevue, ¿verdad? Bueno, Diana tiene el aspecto de algunos enfermos de ese hospital. Lo único que sé es que intentó llamarte, y como le fue imposible, intentó comunicarse contigo de otro modo. Ya me dirás que significa eso, si es que lo sabes. Este lío ocultista ha acabado con ella, eso es lo único que veo claro.

Quizá la forma en que Diana había intentado comunicarse con Rose le había sido nociva. Si era así, Rose tenía cierta culpa. Pero no debía sucumbir a la culpabilidad, no debía consentir que Jack la avergonzara y le impidiera hacer preguntas.

—Jack, ¿te dijo Diana qué deseaba explicarme?

—Ya te lo he dicho, líos ocultistas. ¿Qué quieres saber? ¿Es por ese jodido artículo que Diana te ayudaba a escribir? ¡Jesús, ojalá no se le hubiera ocurrido nunca!

—No, Jack. Deseo saberlo simplemente porque ella quería decírmelo. —Rose no estaba segura de que el raciocinio diera resultado, ni de que ella fuera capaz de mantenerse razonable—. Además, tal vez te ayudaría a comprender lo que ocurre en la mente de Diana.

—Sí, bueno, no opino igual. Incluso el amigo de Diana, que trabaja en el Bellevue, tiene problemas por culpa de eso. Supongo que debería dejar que él entienda lo que ocurre. —No obstante, Jack parecía más calmado, convencido de la preocupación de Rose por Diana—. Lo que ella dijo era un lío. No entendí nada. Un montón de misticismo en torno a «la gracia» y una chica que vivía en algún sitio cercano a tu casa, un sitio con un nombre extraño... ¿cuál era?... ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Ormskirk.

Rose tuvo la misma sensación que si Jack le hubiera apretado el estómago.

—¿Cómo se llamaba la chica?

—Grace.

Sí, le habían apretado el estómago, y el apretón era cada vez más fuerte, estaba haciéndole perder el control. No lograría conservar la calma, sus preguntas irían cobrando ansiedad y harían que Jack se extrañara.

—¿Recuerdas las palabras exactas? —Consiguió limitar su ansiedad a la forma en que aferraba el teléfono.

—Ya te he dicho que era un lío. Las cosas que Diana estaba investigando acabaron por abrumarla de algún modo. —Durante un instante pareció que Jack se negaría a seguir hablando—. No dejaba de hablar de Hitler, de que Hitler no triunfaría sin «gracia». Luego encontró un material al estilo de *El exorcista*, sobre un tipo que era capaz de posesionarse de los cuerpos de otras personas sin que ninguna de ellas lo advirtiera. Quizás este hombre se llamaba Grace también, no lo sé. Diana dijo que los seguidores de este individuo le tenían miedo porque podía entrar en sus cuerpos y ellos no se enteraban. Luego dijo que había que detener a Grace, que quizá tú podrías ir a Ormskirk e intentarlo. Supongo que parte de esta historia fue lo que investigó Diana, y que el resto es una pura falsedad. Usó la palabra «gracia» y el apellido Grace de tantas formas distintas que no pude comprenderla.

No había duda de que Diana se había referido siempre al apellido Grace. Rose miró lo que tenía delante, la fría y vacía habitación.

—Escucha, tengo que colgar —dijo bruscamente Jack—. Quizá Diana me necesite, aunque no creo que me reconozca en este mismo momento. Lamento que estéis decepcionados. Es posible que os podamos visitar en otra ocasión. —Su voz, áspera al principio, adquirió un débil tono de simpatía—. Permíteme decirte una cosa, Rose. Olvida ese artículo. No te metas en esta mierda ocultista. No te hará ningún bien.

XLI

Rose dejó que el teléfono cayera en su horquilla y se apoyó en el marco de la puerta. Su mente y su cuerpo estaban paralizados. Una rociada de lluvia hacía temblar las ventanas a su alrededor. Parecía que la casa se resquebrajaba. Rose temía usar su mente. Desconocía cuán penoso podía resultarle.

Por fin, de un modo cauteloso, se puso a pensar. La llamada de Jack la había dejado sola... aunque quizá le había ayudado en el momento preciso. Tal vez lo sucedido a Diana era un aviso de lo que podía ocurrirle.

El mensaje de Diana estaba demasiado mutilado para ser comprensible. La referencia a Ormskirk debía ser una coincidencia, ya que Diana no sabía que Rose había vivido allí. Seguramente Diana había descubierto otra referencia a Grace, una referencia menos evasiva que *Violación astral*. Nada de aquello tenía importancia. No tenía nada que ver con Rose.

Sin duda parte del mensaje era producto del estado mental de Diana. Eso era lo importante: Diana estaba desequilibrada. Su creencia en que nadie sufría más de lo que era capaz de resistir había sido falsa en ese caso. Mas entonces, ¿por qué tenía que ser cierta en el de Rose?

No había motivos para pensar así, ninguna razón para creer que su mente seguía conservándose intacta.

Era como si una puerta fuera abriéndose poco a poco en su mente. No veía qué había detrás de la puerta, pero ya no podía cerrarla. Era absurdo eludir la verdad: desde la agresión en Nueva York, se había comportado como una loca.

De repente sus recuerdos se entrelazaron. La forma en que había escrito a Diana, hablando de sus experiencias como si estuviera describiendo las de una tercera persona... ¿no era un síntoma de esquizofrenia? Recientemente había creído que sus actos los ejecutaba también otra persona. ¿Y su paranoia? Nada salvo una enfermedad mental podía haberla hecho tan insensible a su alejamiento de todo el mundo, cerrándose tanto en sí misma que corría el peligro de no volver a salir.

Era incapaz de soportarlo. Sus pensamientos la intimidaban hasta el punto de negar todos los rasgos de su persona que antes eran lógicos y característicos. Su personalidad era frágil, incorpórea, casi no existía. Tal vez soportaría mejor sus pensamientos si bebía un poco, aunque... también eso era un síntoma: se estaba convirtiendo en una mujer alcoholizada.

Se había separado del marco de la puerta, pero no podía ir a ningún sitio. Se quedó inmóvil, sin ningún apoyo. Nadie podía ayudarla.

¿Era así?

No podía recurrir a los vecinos. En primer lugar, no había oído que Colin o Gladys volvieran a casa. Sería insoportable buscar consuelo y no encontrar a nadie. Además, Colin sólo podía ayudarla sondeando el recuerdo que la había aterrorizado. No podía afrontar otra vez ese terror. De hecho, se arrepentía de haberlo recordado.

El recuerdo era un pozo oscuro, algo que acechaba en alguna parte de su mente, un pozo cuyo borde debía evitar a toda costa.

Pero había una alternativa a Colin. Estaba Freda, que trabajaba en una comuna psiquiátrica del sur. La comuna no forzaba a la gente a aceptar el tratamiento. Freda sostenía que la comuna prestaba ayuda a los que la solicitaban —no los llamaban «pacientes»—, a los que querían encontrar el camino de vuelta a la realidad.

Sin embargo la perspectiva era desalentadora. La comuna parecía un interesante experimento que estimulaba la discusión, pero Rose jamás había esperado tener que visitarla en su propio beneficio. No era extraño que Bill se acostara con otra. Su marido no soportaba vivir con ella, con una mujer que ni siquiera sabía que estaba enloqueciendo. La locura debía ser la causa de su crueldad con Bill.

Quizá bastara con explicar todo a Freda. Al menos tendría un motivo concreto para abandonar su incómodo hogar. Ya no podía hablar con tío Wilfred y tía Vi. Hacerlo constituiría otro síntoma de desequilibrio.

¿No estaba mostrándose falsa consigo misma? ¿Acaso parte de sus experiencias, como mínimo, no habían sido reales? Quizá, pero la mayoría parecían aberraciones mentales; ella era incapaz de distinguirlas de las experiencias reales, en todo caso. Todos sus recuerdos tenían algo de irreales. Pensó en el grupo que había encontrado en Hulme. ¿Cuánto tardaría en acabar como ellos?

Tal vez su temor a Colin ocultaba el miedo a admitir su estado mental. El amigo médico de Diana la había asustado: ese debió ser el primer paso. Pensar en Colin le hacía imaginar el oscuro pozo que aguardaba en su mente. Debía recurrir a Freda.

Se sobresaltó, porque acababa de descubrir otro engaño distinto. Había tenido la visión de su madre muerta porque pensaba que sus padres y Bill la traicionaban, porque estaba deseando ver muerta a su madre. Después de todo, su madre no corría peligro alguno.

La puerta de su mente se abrió de par en par, liberando un flujo de luz. Estaba convencida de hallarse en la senda que la devolvería a la cordura. Lo único que ansiaba era encontrar las señas de Freda.

En el comedor, el bolso de Rose yacía ebriamente en el suelo, vigilado por los restos de whisky del vaso. Buscó la agenda. Sí, gracias a Dios, allí estaban las señas de Freda, en Devon. ¿Habría algún tren por la noche? Si no era así, podía alojarse en la ciudad, en un hotel.

Se dirigía hacia las escaleras para preparar la maleta cuando sonó el teléfono.

Rose titubeó de un modo irritante. Era igual que si alguien la hubiera interrumpido mientras redactaba un inspirado párrafo. Si se trataba de Jack, no iba a ser ninguna ayuda, ni mucho menos.

Desconocer quién llamaba sería aún peor. Corrió hacia el teléfono y lo descolgó.

—¿Eres tú, Bill? —preguntó.

Prácticamente había sido una súplica, cosa que enfureció a Rose. No hubo réplica aparte de la estática, como si el aguacero del exterior estuviera filtrándose en el

teléfono. Rose se mantuvo a la escucha durante unos instantes, antes de colgar bruscamente el teléfono.

La llamada la había confundido. Su objetivo, maravillosamente simple y directo, quedó interrumpido, embarullado con pensamientos del mensaje de Diana, del recuerdo que Colin casi había revivido. Debía hacer caso omiso de todo, excepto de la urgencia de salir de la casa. Tras subir al piso superior, Rose se apresuró a pasar junto a la cerrada puerta de la habitación de invitados.

La cama doble del dormitorio no tenía brillo, estaba inerte, era una pizarra borrada. Eso no importaba. Rose estaba avergonzada de su súplica ante el teléfono. Pero mientras bajaba una maleta del altillo del armario, Rose fue intensamente consciente de la cama y de todo lo que había en la habitación, objetos tan vívidos como el destello de un flash. Fue como si su mente se aferrara a lo que la rodeaba para apartarse del oscuro pozo de cierto recuerdo.

Cogió un vestido para ponerlo en la maleta y tuvo la sensación de que se trataba de un vacío pellejo y de que bailaba con él. Todo era demasiado extraño. Los jerseys ocuparon su lugar en la maleta, con los rotos brazos plegados sobre el pecho. Los zapatos se abrazaron en una hueca parodia de posición sexual. La lluvia daba golpecitos a las ventanas, escurriéndose sobre ellas. Naturalmente sólo era la lluvia.

De pronto dejó de escuchar la lluvia. Fue una interrupción momentánea, el destello de una ilusión. Tenía que ser algo trivial, un instante de pérdida de atención, pero Rose se puso nerviosa. Tal vez se trataba de otro síntoma, puesto que durante ese instante el límite de su visión se oscureció, la tonalidad grisácea creció.

Debía concentrarse. El cuarto de baño, sí, el cuarto de baño. Tenía que recoger los artículos de aseo antes de que se olvidara. El vidrio esmerilado se encontraba repleto de gotas de lluvia. La ventana parecía estar fundiéndose, cediendo. Rose apretujó el maquillaje, el cepillo de dientes, el desodorante y la pasta dentífrica en el neceser. Alrededor, en las baldosas, vagos rostros se debatían en la negrura. Rose cerró la cremallera del neceser y se encontró cara a cara, en el espejo.

Miró su rostro, consternada. Una cara intensamente presente, un óvalo casi perfecto salpicado de pecas como un aderezo de imperfecciones; el marco del cabello, negro y largo; los labios pequeños, en peligro de contraerse irrefrenablemente, y los ojos azules, muy grandes y resplandecientes. Aquel rostro era tan irreal como una máscara, y Rose no se reconoció en sus ojos. Le resultó imposible entender que aquella cara era la suya.

Su enajenamiento empeoraba. Se apresuró para seguir haciendo la maleta, y pasó junto a la cerrada habitación de los huéspedes. No debía titubear ante nada. Tenía que hacer caso omiso de su dormitorio, cuya intensidad era prácticamente sólida. Tenía que luchar con aquel ambiente. Nada de pensar, sólo actuar, salir de allí...

¿Qué estaba haciendo? Se hallaba entre la maleta y el armario. ¿Había sacado de la maleta la ropa que llevaba en las manos? ¿Se había distraído y no había colgado aquellos vestidos? El grisáceo silencio había estado a punto de vencerla; durante un

segundo la había despojado de consciencia. Debía ser el peor síntoma posible.

Estaba haciendo la maleta, haciendo la maleta. La frase resonó, insulsa e irritante, en su cabeza. No importaba, le ayudaría a concentrarse en lo que hacía, a no hacer caso de ninguna otra cosa. Cogió ropa a puñados y la apretó en la maleta, hasta llenarla por completo. La falta de orden carecía de importancia, lo importante era la rapidez. Tendría que coger un taxi, para llegar cuanto antes a la estación... ¡pronto, que fuera pronto! En cuanto estuviera en el tren se sentiría más segura. Por lo menos el conductor no confundiría el destino del tren.

La maleta estaba llena. ¿Olvidaba algo? Si era así, no había remedio; no podía perder tiempo, se exponía a que aquel grisáceo silencio la dominara. No había ningún problema, seguía escuchando la lluvia que se escurría en las ventanas. Tenía que concentrarse en aquel sonido mientras cerraba la maleta.

La maleta estaba cerrada, el asa se hallaba firme en la mano de Rose. Seguramente el peso acapararía su atención. Sólo tenía que llevar abajo la maleta y después sería imposible pasar por alto la embestida de la lluvia, su mente no podría flotar. Sopesó la maleta, con agradecimiento. Aquel peso era satisfactorio, era un arma contra la traición de su mente. Había precisado sosiego, algo a que agarrarse, y...

—Demasiado tarde —dijo una voz.

Fue una voz sin tono, blanda como una ciénaga, una voz sin ningún tipo de vida. Aunque Rose no la había oído nunca, aquella voz había brotado de su boca.

XLII

La maleta cayó de la mano de Rose. Tuvo que hacer ruido, tuvo que golpear el suelo, pero Rose no percibió nada aparte de lo que había en su cabeza. Su cerebro era un huevo incubado en cuyo interior se agitaba un gusano, o algo peor.

Igual que un aparato de radio que sigue hablando aunque no haya nadie que lo escuche, los pensamientos de Rose continuaban balbuciendo racionalizaciones. Se esforzó en aferrarse a los pensamientos como si de esperanzas se tratara. Le había sido imposible reconocer su propio reflejo. ¿Por qué no podía ocurrirle lo mismo con su voz? Sólo era alienación, rechazaba su voz porque reflejaba sus temores. Aquel estado era curable, quizá no soportaría la espera antes de ver a Freda, quizá debía pedir ayuda a los vecinos...

No recordaba por qué evitaba pensar en Colin. El recuerdo que el psiquiatra había estado a punto de liberar aguardaba en su mente. Al parecer sólo era preciso pensar en eso para perder el equilibrio y caer en el pozo. Rose creyó ser una niña aterrorizada, sola en la oscuridad.

—¡Tío Wilfred!, ¿dónde estás? ¡Tía Vi, por favor...! —gritó, casi sin darse cuenta de lo que decía.

Hubo respuesta. Rose notó que la presencia que la vigilaba cobraba claridad. Sólo una presencia. No se trataba de ninguno de sus tíos, pero ella conocía perfectamente a aquella criatura. Era vieja, solapada y extremadamente cruel, y había engañado a Rose sin ningún esfuerzo. Era la criatura despertada en la oscuridad por la sesión espiritista de los Hay.

La mente de Rose cedió. El oscuro pozo se abrió, y ella cayó, impotente, cada vez más consumida. Su conciencia se contrajo hasta ser tan pequeña como la de una niña aterrorizada. Tenía diez años, y se hallaba sola en la oscuridad.

No estaba sola. Los demás habían huido, asustados por los roces débiles e insidiosos que surgían de las paredes. Aquel ser les había hablado durante la sesión. Se encontraba en todas las partes de la habitación, quizá en todos los rincones de la sombría casa.

Pero su forma física, fuera cual fuera, ya no estaba atrapada en las paredes. La sesión espiritista la había liberado. Rose la había palpado entre las mugrientas sábanas de la cama, una extremidad delgada y flácida. Tal vez aquel toque había despertado por completo a la criatura, porque ésta había salido de la cama.

Cuando Rose llegó a la puerta ya era demasiado tarde. Las voces que había al otro lado desconocían lo que estaba sucediéndole. Creían que estaba simplemente encerrada en la habitación, sin ningún peligro aparte del pánico. Acabarían por sacarla de allí, pero no estaban preocupados de un modo especial. Rose era más joven que ellos, al fin y al cabo, menos merecedora de consideración. La niña intentó gritar, explicarles que la habían encerrado con alguien, pero sus jadeos sólo le sirvieron para aspirar olor a polvo y algo más viejo, mucho menos limpio.

Las voces se retiraron, se hundieron en la oscuridad de la casa. Rose se hallaba absolutamente sola, aparte de lo que se había levantado de la cama. Arañó la puerta, pero ésta ni siquiera cedió cuando la niña metió un dedo en el agujero, donde tenía que estar el pomo.

Una figura oscura y deforme se arrastró por la habitación, se escurrió sobre el miserable mobiliario. Era la descarriada luz de un automóvil, que debía estar dando la vuelta en la carretera, porque la claridad alcanzó la puerta, delante de Rose. La sombra de la niña, menuda y fluctuante, dio un brinco. Era la única sombra.

¿Un hecho tranquilizador, o más pavoroso? Antes de que lo supiera, algo frío y fofo, un cuerpo que no parecía totalmente formado, se apretó a la niña.

Habría chillado de haber podido hacerlo. Quizá no le habría servido de nada, pero al menos el chillido le habría convencido de que seguía siendo ella misma... ya que el ser que se había apretado a ella estaba penetrando en su cuerpo.

No pudo moverse, no pudo gritar, sólo retorcerse internamente mientras notaba el parásito dentro de su cuerpo, fluyendo hacia su cerebro, donde se amadrigó, igual que un gusano en una manzana. Y quedó oculto allí, iniciando al instante la tarea de borrar los recuerdos de Rose. La mente de la niña no tardó en cobrar una calma anormal, la paz de la superficie del agua después de que algo terrible se ha zambullido en ella. Era imposible ver las profundidades.

Pero aquellas profundidades habían dejado de ser invisibles, y explicaban demasiadas cosas. Rose supo entonces por qué fue incapaz de hablar cuando los adultos la sacaron de la habitación: el parásito continuaba el proceso de ocultarse en ella. No era extraño que hubiera olvidado el incidente, no era extraño que su madre hubiera creído que Rose había cambiado de la noche a la mañana. No era extraño que la niña hubiera experimentado el impulso de restregarse de un modo obsesivo: aunque ella no era consciente de lo que había en su interior, parte de su mente lo sabía.

Por más espantosos que fueran aquellos recuerdos, eran sólo recuerdos, pero el parásito había estado allí desde entonces. Y allí seguía.

Rose se tambaleó por el dormitorio, hincando las manos en su cabeza como si las uñas pudieran penetrar y extraer el parásito. Tal vez debía golpearse la cabeza contra la pared. Su cabeza era tan delgada como la cáscara de un huevo, estaba carcomida. Rose notaba el parásito en su interior, algo pesado, blando e hinchado. Se enfureció. Había unas tijeras en el cuarto de baño... no, en la maleta. Quizá podría operarse, extirpar el cáncer.

No, no podía hacer nada de eso, porque su cuerpo ya no le pertenecía. Su cuerpo era un maniquí que se tambaleaba junto a la cama y temblaba irrefrenablemente. En cualquier momento caería desplomado sobre el lecho y quedaría allí, tembloroso.

Rose sabía lo que sucedería a continuación: los temblores le harían salir de su cuerpo. Y entonces quizá no podría regresar. ¿Qué seres le tendrían a su merced, en ese caso?

Se debatió internamente. Sus esfuerzos fueron penosamente débiles... y de pronto comprendió el porqué de su impotencia. Carecía de fuerza para oponerse a la criatura que había en su cerebro porque esa fuerza jamás había sido suya. Las nuevas facultades que había estado desarrollando tampoco le pertenecían: eran patrimonio del parásito, síntomas del crecimiento de éste.

Rose se esforzó en mover los pies. Si lograba llegar a la escalera podría tirarse abajo, destruir su cuerpo. ¿No había sido esa la solución, desde hacía décadas? Pero sus piernas, y el resto de su cuerpo, sólo servían para temblar. Sus pensamientos estaban fragmentados. No percibía nada aparte de su temblor epiléptico.

Estaba perdida. El gris se cerraba sobre su visión, presionaba sus ojos como si estuvieran llenos de niebla. Los sonidos del aguacero se debilitaron. No podía aferrarse a la sensación de su cuerpo, porque no tenía cuerpo. ¿Estaba chillando internamente, implorando a los poderes impersonales que en otras ocasiones habían intervenido en favor de ella, en el avión durante el regreso de Múnich? Esa no era la forma de invocarlos, no había duda, ya que no se produjo respuesta alguna. Aparte de los movimientos de algo abultado que tenía en la cabeza, Rose se encontraba extremadamente sola, a merced del silencio gris.

De pronto se dio cuenta de que aquel gris no significaba ausencia. Era un lugar, excesivamente próximo a lo que rodeaba a Rose y por lo menos tan real: un nuevo estado de existencia. El lugar donde iban a retenerla. ¡No, por favor, no! Pero la única oposición de que fue capaz consistió en un chillido débil y apagado. La sensación que tenía de su cuerpo ya estaba muy distante, no podía recuperarla. Nada de lo que había creído real era digno de confianza. Los sonidos de la lluvia habían desaparecido. No percibía su cuerpo. Ya no estaba en la habitación. El gris la cercó.

No era más que un intenso punto de desesperación. Era incapaz de moverse o pensar, estaba forzada a observar. El gris asfixiaba cualquier sensación de sí misma. Podría haber pensado que estaba sorda, ciega, completamente carente de sentidos de no haber sido porque percibía el gris. Era igual que estar enterrada en manteca de cerdo.

Sus sentidos empezaron a recuperarse lentamente, para atormentarla. El medio en que estaba encerrada, fuera cual fuera, cambió lentamente. Las formas fueron haciéndose visibles, aunque Rose apenas las percibía de un modo normal. Parecían una cruel parodia de sosiego, puesto que se trataba de objetos vulgares, constituidos por sustancia gris: una cama vacía, una mesa, un tocador con un espejo que se asemejaba a una lisa superficie líquida llena de impurezas, las paredes de una habitación. Ninguno de estos objetos tenía suficiente solidez o estabilidad.

De repente, Rose reconoció el lugar de la parodia. Se trataba de la habitación de Ormskirk. Faltaban algunos detalles, las paredes eran lisas, no había puertas ni ventanas. Rose era incapaz de luchar, física o mentalmente. Tenía que limitarse a flotar, atrapada en el gris, y a esperar que se formara una figura en la vacía cama y se levantara con sus delgadas y flácidas extremidades.

Pero las paredes se movieron. El mobiliario se fundió hasta ser indistinguible del gris. Rose se encontró en una cripta octogonal cuyas paredes estaban repletas de símbolos mágicos. Aunque desconocía su significado, los símbolos eran pavorosamente siniestros.

También recordaba este lugar, a pesar de que no era un recuerdo. Se trataba del subterráneo donde los novicios eran iniciados en la Orden del Golden Dawn. Rose tenía que admitir la identidad de la criatura muerta que se había refugiado en su cuerpo. El conocimiento carcomió lo poco que quedaba de su sensación de identidad. El parásito era Peter Grace.

Y Grace se había podrido después de su muerte en aquel lugar gris e inestable, hasta que Rose le proporcionó un refugio. Aquel lugar había cobrado forma gracias a los recuerdos y frustrados deseos de Grace. Era como si Rose estuviera atrapada en la mente de aquel hombre. La huida era imposible.

El ambiente cambió de nuevo. Apareció una habitación alargada, oscura y de alto techo. Hileras de objetos la llenaban: ¿ataúdes? No, eran bancos, bancos de iglesia. Delante de Rose estaba el púlpito, el altar, una ventana con vagas formas engastadas. Grace debía haber pronunciado sermones ahí, hasta el día en que fue sustituido. Ahí se había iniciado su odio.

Rose percibió el odio. La iglesia era una parodia minuciosa y depravada. Los bancos y el púlpito eran hongos grises, cubiertos de relucientes abolladuras. Las columnas tenían un aspecto abultado, sifilítico. La cruz del altar se inclinaba impotentemente. Entre la burla de un vitral, figuras enormes hacían cabriolas y muecas; los deslucidos halos estaban desintegrándose. Todas las figuras estaban dedicadas a defecar y masturbarse.

Rose se hallaba atrapada en la abominable iglesia, incapaz incluso de anular sus percepciones. Estar allí podía ser una buena señal. Debía ser el recuerdo favorito de Grace, porque si bien los contornos no eran estables, la evocación iba cobrando más y más realidad. Rose estaba a solas con el recuerdo, tanto más cuanto que se trataba de una imagen tan sólida como ella misma, o quizás más sólida.

No, no estaba sola. Había algo en el púlpito, algo que pugnaba por levantarse con agitados movimientos. Finalmente apareció una cabeza que se inclinó sobre la barandilla. No tenía rostro, sólo una masa grisácea.

La criatura debía haber subido al púlpito para localizar a Rose, porque a continuación se deslizó escaleras abajo y avanzó trabajosamente hacia ella. La situación era peor que en el invernadero. Era un ser enano y rudimentario, y parecía no tener inteligencia. Quizá Grace lo había creado partiendo del gris, para tener compañía.

La criatura tardó mucho tiempo en llegar hasta Rose sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro como si estuviera olfateando. Tal vez para expresar su satisfacción, la superficie de la blanda cabeza se agitó igual que un gusano. Después empezó a manosear a Rose con las desiguales masas situadas en los extremos de sus deformes

brazos.

De manera que Rose tenía un cuerpo, o al menos la sensación de tenerlo. Pensó que también estaba formada de substancia gris. Y lo que era peor, una parte de ella disfrutaba con las atenciones del espectro. Debía ser la parte contaminada por Grace.

La rudimentaria criatura se alejó renqueante al cabo de un rato. No pretendía dejar en paz a Rose, sino tan sólo dejar paso a su compañero. Rose reparó en una forma acucillada en el altar. Era un bebé, casi tan grande como un hombre.

El bebé bajó del altar y avanzó hacia Rose igual que un pato. Su piel, o la superficie gris que parecía piel, estaba arrugada y ablandada. Pese a su aspecto de infante, era un viejo. Su grasa se agitaba dentro de la piel. ¿Se trataba del bebé supuestamente asesinado por Grace?

Al ver los ojos de aquel rostro, senil y sin embargo infantil, Rose supo que no estaba equivocada. Aunque reflejaban la mirada de un infante, los ojos eran los de un hombre viejo y solapado. Había sido un bebé y había crecido allí, en la iglesia de pesadilla.

El bebé caminó pesada y pausadamente hasta llegar a Rose y se apretó a ella que se sintió espantosamente asqueada. Las facciones de la criatura estaban hundidas en la piel, en peligro de desprenderse como si fueran tripas. Los labios eran una abultada ranura en un amasijo.

Cuando el bebé se alejó finalmente, Rose supo que aún quedaba otro horror. Un horror con tormentos más refinados, porque agarró por detrás a Rose. ¿Eran dedos gigantes los bultos que recorrían su espalda, o numerosas patas de araña? Durante un instante parecían fríos y gruesos gusanos, e inmediatamente eran delgadas uñas. Rose sabía que la criatura estaba deleitándose con su terror y su repugnancia, con la paralización que la había dejado sin voz. Quizás ella estaba pagando los esfuerzos de aquel ser con el alambre de púas.

De repente comprendió las intenciones de su agresor. Sería mucho peor que una violación. El terror de Rose se concentró, haciéndose insufriblemente intenso.

Súbitamente, y sin que Rose pudiera ver la forma de la criatura, ésta la soltó. Su terror había satisfecho al espectro, al menos de momento. Al fin y al cabo, aquel ser disponía del resto de la vida de Rose para jugar con ella, y eso sería una eternidad, una eternidad consumida en la fungoidea y corrupta iglesia.

Pero estaba produciéndose otro cambio. Había aparecido un resplandor en el altar. ¿Sería una señal de la presencia impersonal que había salvado a Rose en un apuro mucho menos terrible? No, porque la luz estaba muerta; tal vez había revoloteado sobre una ciénaga. El gris contribuyó a que coagulara. Se transformó en un rostro. Sólo un rostro podía manifestarse en aquel altar: el de Peter Grace.

La cara era fina y alargada, delicada como un esqueleto. En otro tiempo debía haber sido idéntica a la del clérigo perfecto, pero en aquel momento tenía la impasibilidad de una máscara. El cabello y las cejas brillaban como nieve, pero la brillantez de la carne era chocante, sucia. La cara era enorme, mayor que el altar, y

los ojos... Rose no pudo encogerse más.

Los ojos de la gigantesca máscara le estaban diciendo que no podía hacer nada, que había sido el títere de Grace desde la sesión espiritista en Ormskirk. Grace se había tomado tiempo, ya que había disfrutado usando el cuerpo de Rose. Había adquirido ese placer al habitar el cuerpo de la niña aterrorizada por sus seguidores. Era una perversión terrible.

Y ahora Grace estaba a punto de ver satisfechos sus sueños, los sueños que habían vegetado con él desde su muerte. Quizá Rose fuera incapaz de soportar la verdad completa, puesto que sólo tuvo vislumbres de ella. Todos los vivos iban a ser juguetes de Grace. Odiaba a los vivos, puesto que el mundo de éstos le había sido negado durante mucho tiempo. Él y sólo él merecía vivir. Él haría renacer el mundo de un modo particular. Quizá, después de todo, se le unirían los muertos que pensaban como él; ellos también merecían vengarse. Tal vez conservarían el mundo, como mínimo durante cierto tiempo, como un juguete.

La confianza de Grace en Rose demostraba la magnitud de su impotencia. No podía hacer nada para obstaculizar a su amo, ese era el único hecho en que podía confiar. Él la devolvería al mundo durante cierto tiempo, para que sufriera al saber que volvería a aquella iglesia siempre que Grace lo deseara, y para siempre. Ella sería la primera que sufriría del mismo modo que Grace se había visto obligado a sufrir.

El gris desapareció bruscamente como niebla arrastrada por el viento. Rose se hallaba dentro de algo caliente, hinchado, flácido, pegajoso. Al principio creyó que parte de ella estaba dentro y el resto fuera, pero luego aquel ambiente la atrapó. Era una masa voluminosa, repulsiva, asfixiante... Sí, era su cuerpo.

Estaba echada en la cama. Escuchó la lluvia, un nítido sonido que no llegaba hasta ella. Había vomitado. Se quedó quieta, porque moverse no serviría de nada. Tal vez, si permanecía absolutamente inmóvil, dejara de existir, o como mínimo perdiera el conocimiento. No debía recordar, no debía hacer previsiones, era mejor no pensar... Eso constituía un alivio, o por lo menos todo el alivio que a partir de entonces sería capaz de experimentar.

Oyó que Bill recorría la planta baja. Ni siquiera eso era un motivo para moverse. Su esposo había llegado demasiado tarde, pero no podía odiarle por ello. En realidad, Rose no experimentaba sentimiento alguno. ¿Qué hacía Bill? ¿Estaba buscándola, o ya había subido al piso superior?

Le quedaba una última, debilísima emoción: el temor a estar sola. Bill no podía ayudarle de ningún modo, pero su presencia le produciría sosiego. Era lo único que le era posible esperar. ¿Y si él ya había tratado de despertarla y se había ido, suponiendo que ella no quería hacerle caso? ¿Y si Bill estaba a punto de marcharse?

Intentó gritar, pero no logró articular sonidos. Se esforzó en levantarse de la cama. Su cuerpo era un torpe maniquí que ella intentaba mover; la relación existente entre ella y el maniquí era realmente tenue. Sin saber cómo, logró hacer rodar el maniquí hasta el borde, y las piernas quedaron colgando de la cama. La vaga

sensación que experimentó después debía provenir de sus pies al apoyarse en la alfombra.

Tenía que levantarse. Incluso después de hacerlo, agarrada a la cabecera de la cama, creyó que sus piernas eran zancos de goma sobre los que perdía el equilibrio una y otra vez. Se acercó a la puerta, tambaleante, más bien guardando el equilibrio que caminando.

Sus tumbos la llevaron al rellano. Rose supuso que la mano que asía la baranda, para evitar que cayera de cabeza, era su mano. La torpeza de Rose era ensordecedora, e hizo que Bill alzara la mirada al pie de las escaleras.

Pero no era Bill. Era un hombre calvo, y blandía un cuchillo de trinchar.

XLIII

Rose no sintió temor. Probablemente ya no le quedaba. Aquel hombre era una amenaza trivial, meramente humana. Como ser humano, sin importar su identidad, hizo que Rose creyera estar menos sola. Desconocía los propósitos del desconocido, y tampoco le importaban.

Se miraron, con la escalera separándoles. La cabeza del extraño era un reluciente yelmo de piel. Rose creyó distinguir gotas de sudor que se formaban en la calva. Las cejas brillaban, quizá porque contenían gotas de lluvia, quizá por el sudor. Si aquella frígida mirada pretendía dominar a Rose, tal vez iba a conseguirlo, por cuanto ella había dejado de dominar su mente.

Cuando Rose bajó el primer escalón, ni lo hizo por voluntad propia ni por obediencia: había perdido el equilibrio. Su esponjosa mano resbaló en la baranda y logró asirse. Todos sus movimientos aumentaban la repugnancia que sentía hacia su cuerpo. Su carne temblaba y se agitaba dentro del fino pellejo. Percibía sus encajonadas vísceras, húmedas y despellejadas.

Al ver que Rose avanzaba, el hombre calvo levantó el cuchillo. El destello no fue ni más ni menos metálico que los ojos del individuo. Quizás aquel hombre había llegado en buena hora, al fin y al cabo. Parecía dispuesto a ejecutar el acto que Rose tal vez fuera incapaz de llevar a cabo.

Sólo tenía que bajar la escalera. Y así lo hizo, blandamente aferrada a la baranda. Se habría tirado, pero no era seguro que la caída la matara. Mantuvo los ojos fijos en el hombre calvo, invitándole a que fuera rápido.

Junto al extraño, un trozo de la alfombra ofrecía un aspecto húmedo y tembloroso. La iglesia gris debía estar filtrándose en la casa. No, sólo era lluvia, que penetraba por el vidrio próximo a la cerradura que el intruso había roto. De un modo absurdo, Rose lamentó aquel acto de vandalismo. Bajó con más rapidez. No debía caer en la tentación de asirse a la vida.

El intruso retrocedió hacia la puerta. ¡No, no debía irse! Si ese hombre hubiera sabido quién era ella, si hubiera tenido conocimiento de que ella albergaba y sufría a Grace, habría matado a Rose al instante, aunque sólo fuera para liberarla de su pena. Quizás ella pudiera explicárselo... pero sus labios estaban tan contraídos que era incapaz de hablar.

¿Era por culpa de la emoción, o acaso Grace le estaba impidiendo hablar? Rose no sabía si era la única ocupante de su cuerpo. Al fin y al cabo, jamás lo había sabido. Pero no importaba, lo único importante era que el hombre del cuchillo la liberara.

Avanzó vacilante hacia él, esforzándose en mostrar un aspecto de súplica. Pero no podía reflejar nada con su cara; no le pertenecía. Tal vez fuera una ventaja, porque el intruso podía interpretar mal la súplica. Rose extendió las manos de un modo espasmódico y confió en que su aspecto fuera amenazador. El intruso tendría que defenderse.

Cuanto más se acercaba al individuo, tanto más absurdo parecía el comportamiento de éste. Era obvio que jamás había usado un cuchillo como arma: lo blandía ante Rose y sin embargo lo sostenía como si quisiera ocultar su presencia. Estaba desesperado por vencer a Rose sin tener que usar el arma, por someterla con la mirada. Su frente era una masa de gotas que resbalaban y producían un tic en su ojo izquierdo.

Mientras seguía tambaleándose hacia el hombre calvo, Rose tuvo una sensación de irrealidad. Le fue imposible creer que estuviera avanzando hacia el filo del cuchillo, y tal vez ello le ayudó a proseguir su avance. Aquel hombre absurdo que no dejaba de parpadear tenía en alto el cuchillo como si fuera un estorbo del que deseaba desembarazarse. Pero tenía que actuar. No le quedaba más espacio para retroceder.

Y el hombre calvo actuó de improviso. El cuchillo descendió. La violencia del movimiento sobresaltó a Rose, pese a esperarlo, y le hizo perder el equilibrio. Se apartó torpemente, trató de agarrarse a la pared. Notó que el filo del cuchillo penetraba en su ropa y rozaba su cuerpo.

Retrocedió, con la boca abierta. La muerte era algo deseable, pero no morir a cuchilladas. En ese momento le vino a la mente un detalle infinitamente peor. ¿Y si la muerte la atrapaba para siempre en la tétrica iglesia?

El pensamiento fue tardío. Ya había enfurecido al intruso. Una fanática resolución agrandó sus ojos. Arremetió contra Rose. Esta apenas logró hacerse a un lado, y comprendió que no podría maniobrar. Él tenía mucho más control sobre sus movimientos que Rose sobre los suyos.

Se tambaleó hacia la escalera. No podía luchar cuerpo a cuerpo con el hombre calvo: buena parte de su fuerza no le pertenecía, y la inhibición de esa fuerza la había privado de fe en la suya propia. Puntiagudos fragmentos de vidrio yacían cerca de la puerta de la casa, pero Rose nunca lograría cogerlos. Obstaculizada por su cuerpo, se arrastró escaleras arriba.

El intruso murmuró detrás de Rose. Oyó la avidez de aquel hombre por acabar con ella. Al mirar hacia atrás, aturdida, el cuchillo se abatió sobre sus piernas. Tras recibir el impacto, tan violento que Rose estuvo a punto de caer encima del hombre calvo, la escritora sólo precisó un instante para darse cuenta de que la hoja se había hundido profundamente en la alfombra de la escalera.

Él tiró de la empuñadura con ambas manos. *¡Por favor, que se rompa la hoja!* Rose se levantó al llegar al rellano, después de ir apoyando y desplazando las manos a lo largo de los soportes de la barandilla. ¿A dónde podía ir? ¡Si hubiera habido teléfono en el piso superior!

Oyó el ruido de la hoja del cuchillo al salir de la madera. Vio el destello del arma mientras el hombre calvo subía los escalones a grandes zancadas. *¡Dios mío! ¿En qué habitación hay posibles armas?* Podía dejarle atontado con la máquina de escribir, pero el hombre se hallaba entre ella y el despacho. ¿Chillar desde una ventana? La habitación para invitados era la más cercana, daba al camino... Rose asió el pomo de

la puerta antes de recordar la bombilla fundida y los extraños sonidos. Prefería enfrentarse al cuchillo que entrar allí.

Entró en su dormitorio dando un traspies, casi cayéndose. *¡Rápido, rápido! ¡Usa la fuerza que te queda para mover la cama, para bloquear la puerta!* Pero apenas pudo agarrar la cama. Antes de que el pie se hubiera movido un solo milímetro, el hombre calvo entró en la habitación abriendo la puerta con el hombro.

Al ver las intenciones de Rose, el intruso sonrió. O al menos se abrió una grieta en su rostro para dejar al descubierto el brillo de sus dientes. Durante un instante grotesco, Rose tuvo la impresión de que el hombre pretendía ayudarla. Todavía con el cuchillo en la mano, el extraño arrastró la cama hacia la puerta, dejando atrapada a Rose.

La escritora corrió hacia las cortinas y las separó bruscamente. La tela se enredó en su cuerpo igual que sábanas durante una noche de fiebre. Tras liberarse, Rose abrió las rejillas de ventilación de la parte alta del marco.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó.

La abertura era reducida, y daba paso al clamor de la lluvia. Rose no tenía ninguna posibilidad de que alguien la oyera.

El hombre calvo también lo sabía, y se acercó tranquilamente, aguardando a que Rose quedara acorralada en un rincón. Los dos sabían que la punta del cuchillo bastaba para hacer retroceder. *Si tan sólo dispusiera de un arma...* Tal vez tenía una. Rose se agachó y logró quitarse un zapato.

El esfuerzo la lanzó hacia la ventana. Notó que el vidrio se combaba bajo su peso, amenazando con tirarla a la oscuridad. Se apartó del cristal, con el corazón encogido. De repente supo lo que debía hacer.

Golpeó el cristal con el tacón del zapato. El vidrio vibró, una vez, dos veces. Un material que le había parecido tan frágil mientras había estado apoyada en él, ofrecía ahora una resistencia increíble. Golpeó de nuevo el vidrio con toda la fuerza que logró reunir, que era muy escasa. El cristal se resquebrajó; algunos fragmentos saltaron por los aires y dejaron un boquete apenas mayor que el zapato de Rose.

Pidió ayuda a gritos mientras continuaba golpeando los bordes del agujero. En el exterior no había otra cosa aparte del seto, que se agitaba bajo la farola. No, había un automóvil en el camino de acceso, teñido de negro por la noche. Cualquier persona que hubiera oído los chillidos y el ruido del cristal al romperse, estaría en aquel momento quejándose de otra fiesta bulliciosa. Nadie ayudaría a Rose, aunque alguien lograra escucharla pese a la lluvia.

Pero el hombre calvo no opinaba así, ya que utilizó el cuchillo para alejar a Rose de la ventana, hacia el rincón más apartado de la puerta. Cuando la punta del arma avanzó hacia Rose, ésta notó un dolor agudo en el pecho. ¿Acaso aquel hombre era indiferente a su pánico, o estaba satisfecho de producirlo? El rostro del intruso era tan inexpresivo como calva su cabeza.

Mientras el cuchillo la empujaba hacia el tocador, Rose cogió diversos objetos —

frascos de perfume vacíos, un viejo cepillo para el cabello...— y los lanzó contra el hombre. Este los fue rechazando mediante golpes, divertido por la debilidad de la defensa de Rose.

Ella lanzó un peine, que alcanzó al intruso debajo de un ojo y lo enfureció visiblemente. El juego había terminado. Era el momento de acabar con ella. Rose continuó pidiendo ayuda a gritos, pero la lluvia era más ruidosa. Al dar el último paso y levantar el cuchillo, el hombre calvo actuó con el silencio de un sueño.

Había tanto ruido que ninguno de los dos oyó el movimiento de la cama. En cualquier caso no podían dejar de mirarse, por más que la puerta se abriera.

—Será mejor que me entregue eso —dijo Colin—, y ahora mismo.

Fue igual que despertar. Todo parecía estar lejos de Rose, todo sucedía en un plano distinto y difícilmente comprensible. Vio que el rostro del hombre calvo adquiría un aspecto de solapado malhumor, como un niño despojado del insecto que estaba torturando. El intruso lanzó el cuchillo hacia Colin. El arma rebotó en el hombro del psiquiatra y arrancó un chillido de temor, o de rabia, a Gladys, que se hallaba detrás de su hijo.

Colin avanzó hacia Rose, mirándola solícitamente, y lanzó una mirada, recelosa si bien dominante, al hombre calvo. Este se volvió hacia Rose, de nuevo pendiente de ella.

—¡Déjela en paz! —gritó Gladys, y corrió hacia el atacante, dispuesta a clavarle las uñas.

Colin, sorprendido, se volvió para mirar a su madre. El otro hombre pasó entre ellos y se abalanzó hacia las escaleras. Antes de que llegara, Gladys se echó encima de él y le agarró. Rose vio que el hombre calvo perdía el equilibrio en el rellano y caía como un enorme juguete: bump, bump, bump... Y a continuación cayó la misma Rose, porque no había nada que la sostuviera.

XLIV

Mientras Colin cogía a Rose para ponerla sobre la cama, Gladys entró muy agitada en la habitación.

—No sé si está muerto —dijo nerviosamente.

—No lo creo. Ya lo veremos. —Se agachó para examinar a Rose, mirándola con fijeza. Sus manos y su sereno y bronceado rostro pretendían infundir calma. Su estancia en Inglaterra había deslucido su color, observó Rose—. Ahora estará tranquila. Nos hemos ocupado de él. Gladys le hará compañía mientras yo llamo a la policía.

Rose estaba conteniendo el deseo de explicar que no podía estar tranquila, ni mucho menos. Colin la miró a los ojos.

—¿Qué ocurre, Rose? ¿Qué desea decir?

No estaba segura. No podía hablarle del parásito, que tal vez seguía dentro de ella. Era imposible que Colin hiciera algo aparte de sondear su mente, y eso empeoraría las cosas. No quería que el psiquiatra se marchara, no quería quedarse sola. Era incapaz de hablar: su boca se contraía de un modo incontrolable.

—Lléveme a casa —logró decir finalmente.

—Pero si ya está en casa, Rose.

—No, a mi casa. —Al menos la voz era suya. Un hecho alentador—. A Ormskirk.

—Si eso es lo que quiere, la llevaremos allí. Pero deme tiempo para ocuparme de ese tipo y asegurarme de que viene la policía. ¿Sabe quién es?

La cabeza de Rose se inclinó hacia un lado, luego al lado contrario. Quería responder que no. Cuando sus mejillas tocaron la almohada pensó en gelatina puesta en contacto con hielo. Logró asir la muñeca de Colin, un abultado guante de piel.

—No puedo hablar con la policía —balbució.

—No se preocupe. Yo me ocuparé de ellos.

Rose le oyó murmurar en la planta baja. Sonó el teléfono una vez colgado. Colin salió de la casa y dejó la puerta abierta, detalle que Rose dedujo porque el siseo de la lluvia era más fuerte. El hombre calvo debía estar sin conocimiento, aunque Gladys no dejaba de mirar nerviosamente hacia la puerta del dormitorio. ¡Gladys, nada menos que Gladys cuidando de Rose! La ironía era irritante.

Colin entró corriendo en la habitación.

—No, ése sólo está fuera de combate —dijo a Gladys. A continuación se dirigió a Rose—. Llegarán enseguida. Ahora quiero que se tome todas estas píldoras.

Levantó suavemente la cabeza de Rose y le hizo beber un poco de agua de un vaso. Rose tomó las pastillas: una, dos, tres. El efecto fue el de un torrente de indiferencia. Por lo menos lograron que la impotencia de Rose fuera más soportable.

Su cuerpo era una bañera, coagulada y elástica, en la que flotaba ella.

Un automóvil que aparcó cerca de la casa produjo el mismo ruido que si la grava fuera un arenoso pantano. Sonó el timbre de la puerta. Colin bajó a la planta y Rose

escuchó una prolongada e incomprensible discusión. El psiquiatra debía estar convenciendo a la policía para que la dejaran en paz. A ella no le importaba si subían o no, mientras a los agentes no les molestara que siguiera echada y muda.

Oyó las puertas del automóvil al cerrarse. El sonido de las ruedas se alejó. ¿Cómo era posible que la grava produjera chapoteos? Quizás el gris estaba sometiéndola. Colin se presentó de nuevo.

—Bien, un problema menos. ¿Nos vamos?

Le ayudaron a llegar hasta el coche. Ella era una desinteresada observadora transportada por su cuerpo. La empapante lluvia pareció no tocarla. Vestía una coraza de indiferencia.

Colin se puso al volante. Gladys tomó asiento en la parte trasera, junto a Rose. Las gotas de lluvia levantaron el vuelo como fragmentos de vidrio, cuando los faros tantearon la carretera. El asfalto hervía, era tan inestable como cualquier otra cosa.

Mientras el Fiat entraba en la carretera, Rose miró hacia atrás. Su casa se alzaba entre la lluvia. Al otro lado de la ventana rota del dormitorio, la cortina oscilaba, una parodia de despedida. Gladys extendió una tímida mano y apretó el brazo de Rose.

El tranquilizador gesto no significó nada para la escritora. Su mente estaba acolchonada, a salvo, en un rincón de la caja que era su cabeza. Recibía impresiones, ninguna más importante que el resto. El coche despedía un tenue olor a gasolina. Gotas de lluvia brincaban delante del automóvil, hacia Aigburth Road. Los canales de los tejados de las villas chorreaban y salpicaban desenfrenadamente. Colin era un busto apuntalado ante el volante. Gladys se fundía con su espacioso bolso. El tic del limpiaparabrisas era constante, monótono. Rose habría gritado de haber estado menos drogada.

Al llegar al cruce de Aigburth Road, una furgoneta hizo destellar sus faros y les cedió el paso. Colin entró en Sefton Park, hacia Queens Drive. El parque era una masa de vacilantes movimientos. Hojas, césped y piedra bullían o se fundían. Todo siseaba de un modo agudo. El arco de un puente ferroviario sobre Queens Drive recordaba una gruta submarina. Al mirar hacia atrás, Rose vio una veloz furgoneta que parecía un pez saliendo de una caverna.

Queens Drive se alargaba varios kilómetros. Colin condujo sin prisas, temeroso de que aún quedaran tramos helados. El psiquiatra sólo habló una vez, para pedir a Gladys que abriera un poco la ventanilla. El olor a gasolina debía preocuparle; a Rose le producía un ligero mareo. Bajo las lámparas de sodio, los árboles exudaban un tinte anaranjado que los desagües usaban para hacer gárgaras, ya que eran incapaces de cerrar sus gargantas.

Bloques de viviendas fueron pasando junto al coche, refrenados por los semáforos. Era como una carrera en una máquina electrónica, donde las luces hacen que el coche vuelva al punto de partida de la simulada ruta. El automóvil giró, hacia Walton Hospital. ¿Acaso Colin quería llevar allí a Rose? No, iba más despacio porque un hombre con una lesión en el pie estaba cruzando la calle. Rose era

incurable. Después del hospital se hallaba la prisión de Walton. Quizá deberían encerrarla allí.

El automóvil aceleró, atravesó varias calles llenas de bares y tiendas —atestados establecimientos de comidas para llevar, una pastelería llamada Le Petit Gourmet... — y llegó a la primera zona de campiña. El hipódromo de Aintree pasó junto al vehículo; parecía muerto sin el Grand National. La oscuridad ocupaba el hipódromo e interrumpía la hilera de farolas, haciendo que una furgoneta que iba detrás tuviera un color intermitentemente negro.

Maghull, un puñado de calles iluminadas de las que la oscuridad dio buena cuenta. Y a partir de entonces nada más que kilómetros de carretera de doble sentido. Las últimas gotas de lluvia pendían temblorosas de las farolas. Ocasionales hileras de casas parecían estar hechas de cartón sumergido en un lívido líquido. Tramos anaranjados moleestamente irregulares se extendían bajo las farolas y teñían la furgoneta que seguía al coche de Colin.

Cerca de Ormskirk, la valla central desapareció y la carretera se hizo más sombría. La ruta estaba salpicada de animales y pájaros que se habían mostrado demasiado lentos ante el tráfico. La circundante oscuridad se derramaba entre las infrecuentes farolas, igual que tierra entre un frágil muro subterráneo. Los faros azotaban fútilmente la negrura, los del automóvil y los de la furgoneta. Pero esta última se desvió hacia Altcar, dejando que los faros de Colin se enfrentaran a la oscuridad como pudieran. En cierta ocasión, Rose había oído a una liebre en Altcar, una liebre que chillaba como un gatito mientras era atacada por dos perros en la Waterloo Cup, la competición anual de liebre. Rose padeció insomnio durante varios días.

No debía pensar en esas cosas. Iba hacia su hogar. ¿Qué importancia tenía aquello? Tuvo que existir una época en la que ella estaba intacta, sola. ¿Pero cómo podía regresar a esa época? No importaba su destino. Su sentido de la perspectiva falló durante un instante y parte de la oscuridad pareció alzarse sobre Rose, o sobre el mundo, apoyada en delgados zancos.

Ormskirk titilaba en la parte inferior. El coche descendió por Holborn Hill y la estación de bomberos apareció brillante como un faro. Rose experimentó una repentina ansiedad. Distinguió vagamente la torre y el contiguo campanario de la iglesia parroquial, la vista que siempre había tenido cuando pasaba por allí con el tándem. Volvía a su casa.

El centro de la población se hallaba casi desierto, aparte de los grupos de automóviles aparcados junto a los bares. Algunos soportes de los puestos del mercado habían quedado sobresaliendo de las calles como si fueran tubos de ventilación. Junto a la estación de autobuses, hileras de pasajeros ocupaban los asientos de un sombrío vehículo de largo recorrido. Los pasajeros tenían un aspecto inerte y sucio, muñecos atrapados en el interior de un destrozado juguete. Rose se alegró de que su viaje estuviera a punto de concluir.

Pero el coche se detuvo nada más pasar los semáforos, en el comienzo de la carretera de Wigan. Un camión estaba maniobrando ante varios vehículos que emitían gases. Con la detención, el olor a gasolina se hizo más fuerte. Gladys se puso a buscar algo en su bolso, tal vez a causa de la demora. Rose se sintió mareada y nerviosa, pero no por los motivos anteriores. El automóvil se había detenido a la vista de la carnicería, cuya ventana superior estaba iluminada y con las cortinas corridas.

De improviso, la nostalgia que Rose había experimentado se transformó en sobresalto. ¿Estaba ansiosa por volver a la casa de sus padres, o por volver a la carnicería? Se enfrentó a su ansiedad, la reprimió, se esforzó en olvidarla, en oscurecerla. Tuvo la sensación de estar huyendo entre los confines de su mente, al borde del pánico. Pero no podría huir durante mucho tiempo, porque los medicamentos la adormecían. Intentó pensar únicamente en la casa de sus padres. Algo amenazaba su mente, pues la gasolina no olía tan sólo a gasolina.

El camión se alejó estruendosamente. El primer coche arrancó. El segundo le siguió, y también el tercero. La ruta estaba despejada. ¿A qué esperaba Colin?

—Aún no hemos llegado —le dijo Rose. El nerviosismo confirió agudeza a su voz.

—Sí, me temo que hemos llegado. —Colin se volvió mientras las manos de Gladys salían del bolso—. Por fin está en el hogar.

Y a continuación el psiquiatra sostuvo a Rose mientras Gladys apretaba el trapo empapado de éter contra la nariz y la boca de Rose, y el éter había dejado de oler a gasolina.

XLV

Al principio, en cuanto recuperó el conocimiento, Rose no supo dónde se encontraba.

Aparte de la silla que ocupaba, la habitación carecía de mobiliario. Un viejo papel, similar a la corteza de un árbol muerto, cubría irregularmente las paredes. Las tablas del piso parecían recién fregadas, pero en realidad estaban deslustradas por el tiempo y la falta de uso; el polvo se había depositado en las grietas igual que mugre en las uñas. Una lámpara con una mugrienta pantalla adornada con borlas se cernía sobre la cabeza de Rose. Más allá de las cortinas de la ventana, la iluminación fluctuaba sombríamente. No era un buen lugar para despertar en soledad... pero Rose, mientras recobraba cierto control sobre los aturdidos movimientos de su cabeza, vio que se hallaba rodeada de gente.

La presencia de los demás era agradable. Conocía a la mayor parte de aquellas personas, y ninguna la intimidaba. Todos la miraban como si su única preocupación fuera el bienestar de Rose. Allí estaba Colin, completamente tranquilo, y Gladys, resuelta a mostrarse valiente. Allí estaba el magistrado de la fiesta, el editor periodístico, el empresario cinematográfico Frank Sherratt, los jóvenes exploradores y otras personas que Rose había visto en Ormskirk: un vigoroso hombre de sonrosadas mejillas, un joven cuyo cabello daba a su cabeza la impresión de estar derramando burbujas de herrumbre. Todos iban sobriamente vestidos; por respeto, pensó vagamente Rose. Algunos, entre ellos el magistrado, lucían banderitas del Reino Unido en sus solapas.

Rose anhelaba que alguien se acercara y le ayudara. Era incapaz de levantarse y corría el peligro de caer de la silla. Su rostro estaba relajado, incapacitado para expresar sus pensamientos o pronunciar una sola palabra. ¿Por qué todo el mundo estaba de pie, apoyado en las paredes? ¿Qué esperaban? Únicamente al reconocer al hombre de las mejillas sonrosadas supo Rose dónde se encontraba.

De repente recordó el sonido de la cuchilla, aquel sonido que en cierta ocasión pareció resonar por toda la población. De pronto la abrumó el hedor de la sangre, y la corrupta criatura avanzó ansiosamente... pero Rose ya no podía seguir fingiendo que la criatura se ocultaba en la tienda. Aquel ser estaba brotando del interior de ella misma. Sabía por instinto, aunque tal vez el instinto no fuera suyo, que el olor a sangre y la avidez eran simples sugerencias del sueño de Grace.

Rose estaba más allá del terror. Además, su aturdimiento le preocupaba. Quizá le habían suministrado más medicamentos, o tal vez fuera por culpa del éter. ¿Era su mareo el causante de que el suelo bajo la silla pareciera una costra a punto de abrirse, a punto de dejar brotar la corrupción? A Rose le habría complacido seguir sentada, sin tocar el suelo, absolutamente inmóvil hasta dejar de existir.

Pero era imposible, tenía que saber quién la hostigaba. Volvió la cabeza, a pesar de que la habitación empezó a dar vueltas como si estuviera bebida.

—No, todo va bien —oyó murmurar a Colin.

Había más personas conocidas, aunque le costó unos instantes recordarlas: una menuda mujer cuyo rasgo más notable era el esparadrapo que remendaba sus gafas, un corpulento joven que babeaba. La mujer aferraba la mano del muchacho como si deseara obligarle a ofrecer la mejor impresión posible.

Cuando Rose lo miró, la mujer buscó algo en el bolsillo y sacó un objeto que puso torpemente sobre su cara. Era una máscara negra.

—Eso no te hace falta ahora —dijo Colin.

Rose debía haberlo previsto. No el hecho de que aquellas personas hubieran estado acosándola, no la realidad de que algunas le habían hecho salir de su cuerpo aquella noche. No, nada de eso: lo que tenía que haber previsto es que todo sería una traición para ella, que nada era digno de confianza. Su cabeza se bamboleó hacia el lado opuesto, y Rose reconoció otro rostro. Reaccionar no estaba al alcance de sus posibilidades. Allí estaba aquel individuo, entre dos jóvenes altos y severos, magullado pero consciente: el hombre calvo.

La fuente del odio de aquel hombre no era Rose. Cuando las miradas de ambos se encontraron, el hombre dio un paso adelante. Los dos jóvenes lo agarraron al momento, pero no antes de que el círculo de observadores se pusiera tenso. Gladys se abalanzó hacia Rose.

—¡No toque a esta mujer! —gritó.

Con la precipitación, el bolso de Gladys se abrió. Se oyó el ruido de algo que se rompía, y fragmentos de porcelana se esparcieron. Mientras recogía el bolso y los fragmentos, Gladys pareció estar al borde de la histeria. Miró a Rose, esperanzada, pero la escritora ya había visto que uno de los fragmentos era una minúscula y perfecta mano que pertenecía a la figurilla del chinito.

Las emociones habían llegado al límite. Rose decidió abstraerse, apartarse a un lugar donde nada pudiera afectarla, ni siquiera los profusos retorcimientos que había en su cabeza. Que todos obraran como les apeteciera. Era como si estuvieran representando una obra y se esforzaran vanamente en impresionarla.

—Manténgase lejos de ella —estaba diciendo Gladys al hombre calvo. No se atreva a estropear las cosas. No hemos sufrido tanto para no conseguir nada.

—Yo no me molestaría por él, Gladys. Ya no puede perjudicarnos. —Colin parecía complacerse en su tranquilidad—. Dudo que alguna vez haya podido hacerlo. Sus seguidores deben estar tan locos como él. Lo único que lamento es que no se encuentren aquí para comprobar que los esfuerzos de su líder no han servido para nada. ¿Cómo se autodenominan sus lectores? —preguntó cínicamente al hombre calvo—. ¿Alcohólicos Anónimos? No, no... Armamento Astral.

Tras una ligera sonrisa, Colin se volvió hacia Rose.

—Naturalmente, usted no sabe quién es este hombre. Un detalle sorprendente. Permítame presentarle a Hugh Willis, autor de la popular obra *Violación astral*.

Múnich. El hombre calvo junto a la cascada. Había sufrido una infección siendo

niña, dijo aquel hombre, Willis. No era extraño que Grace hubiera borrado el incidente en su conciencia. Ahora podía recordarlo porque ni Willis ni nadie iba a evitar lo que tenía que ocurrir.

Pero Willis seguía intentándolo. Estaba mirándola fijamente.

—Intenté salvarla hasta que fue demasiado tarde. Yo sabía que era inútil tratar de discutir con esta gente. —Willis desvió la mirada, horrorizado, como si hubiera comprendido de repente que estaba hablando a un cadáver—. ¡Ninguno de ustedes tiene la menor idea de lo que tratan de liberar!

—Mantenga quieta su lengua de víbora —dijo Gladys, siseando—. Colin ha pasado la mitad de su vida trabajando para esto, y la única ambición de usted, miserable gusano, es evitar que lo logre. Usted se asusta de todo lo que no entiende. No puede soportar a nadie que sea mejor que usted. Usted y los suyos constituyen el defecto del mundo.

—Estás sobrestimándole —intervino Colin—. Sólo es un escritor fracasado, al fin y al cabo. Armaba tal jaleo que siempre sabíamos dónde estaba y qué hacía.

Rose observaba. Era una representación teatral protagonizada por locos, una parodia del conflicto entre el bien y el mal. Los Hay y sus seguidores parecían más razonables, y por lo tanto no había duda de que eran más peligrosos.

—No me silenciarán, Colin. Ya es hora de que ciertas personas sepan lo que has hecho. Lo que yo sufrí después de perder a mis padres no fue nada comparado con tus sufrimientos para hallar la verdad. Y sólo estaba yo para atenderte, no tu padre. ¡En buena hora me libré de tu padre! En cambio, usted —añadió desdeñosamente Gladys—, usted tuvo que rodearse de protectores, y lo único que sabe hacer es destruir. Haz que se calle, Colin. No puedo soportarlo.

—¡Vaya! ¿Y permitirle así que crea que puede doblegarnos? Estoy personalmente fascinado por saber qué planeaba hacer con ese cuchillo de trinchar.

—Destruir el mal en su origen. —El fanatismo empañaba los ojos de Willis—. No tendría que haberme preocupado de matarla ahora, ya debía estar destruida, carcomida.

Rose manifestó su acuerdo muda, indiferentemente, pero Colin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Usted no tiene la menor idea sobre la identidad de esta mujer. Fue elegida para ser el recipiente de Grace. Desde entonces ha sido algo más que humana.

—¡Todos vosotros acabaréis poseídos, no sólo ella! —exclamó Willis, con la mirada fija—. Ella representaba la posibilidad de crecer, su personalidad era un disfraz para Grace. Ha utilizado a esta mujer con la misma crueldad que demostrará con vosotros.

—¡No hable así de ella! —Gladys estaba exhibiendo una furia maternal—. Ella era más que eso. Nunca he sabido quién era en realidad o si conocía nuestra forma de pensar. Me daba miedo, no me avergüenza admitirlo, pero me he preocupado por esa mujer.

—Él transfiguraba desde dentro a Rose —dijo Colin—. Él le daba la fuerza para contenerle. Ella se desarrolló mucho más que la simple niña que era. Usted no comprendió nada, Willis, porque carece de visión.

Rose estaba hastiada. Su carne y sus entrañas no encontraban paz. Tal vez los demás estaban igualmente hastiados, porque Frank Sherratt dijo:

—¿Cuánto tiempo vais a perder en discusiones?

—El tiempo de Grace no es como el nuestro. Él aclarará cuándo está listo. —Colin miró respetuosamente a Rose—. No hay que ser impaciente —dijo con más brusquedad a los otros—. Ya tendríamos que haber aprendido esa regla.

Antes de que alguien pudiera interrumpirle, Colin siguió hablando. Willis parecía haber roto su calma.

—Es posible que usted no sepa cuál fue mi visión. ¿Sabe por qué sentí el impulso de investigar? Porque me creí responsable hasta cierto punto del estado del mundo. Toda la psiquiatría es responsable. Explota al débil y degrada al fuerte, hace aceptable la debilidad y la negligencia, incluso pone de moda esos defectos. No me extraña que Hitler definiera la psiquiatría como la ciencia judía.

—En ese caso, ¿por qué usted sigue fingiendo que es psiquiatra? —preguntó Willis—. Sólo es una excusa. Tiene que tratar a algunas de estas personas por culpa de los efectos de lo que hace. Se contradice continuamente.

—La psiquiatría tiene cierta utilidad. —Colin no se preocupó en mirar a los demás. Al parecer, Willis no había convencido a nadie—. Pero está impidiéndome que le explique mi misión. Es muy sencilla. El mundo civilizado se ablanda porque no hay continuidad en la fuerza. No hay generación que no sea más débil que su predecesora. La única solución es conservar eternamente la fuerza. En determinado momento comprendí que la respuesta residía en el ocultismo. En todo el mundo había señales de un renacimiento ocultista. Muchos de los que estamos aquí comprendimos independientemente que se trataba de señales de un orden nuevo, en el que era preciso ejercer el ocultismo. Fui yo el que descubrió la respuesta. Tal vez usted aprecie la ironía, pero en realidad esa ironía demuestra que estamos en el buen camino. Encontré la respuesta nada más leer su libro.

Willis parecía traicionado. Su reluciente frente se contrajo como si estuviera bajo los efectos del dolor.

—¿Saben sus seguidores cómo obtenía usted sus visiones? ¿Saben por qué abandonó Sudáfrica con tanta precipitación? —Willis esperaba que le hicieran callar antes de poder añadir—: Colin tuvo sus visiones mediante el uso de drogas.

—Naturalmente —replicó Colin—. Tenía que encontrar un medio para liberar mi mente. Alguien tenía que ver más lejos.

Por primera vez, el círculo reflejó intranquilidad, en especial Sherratt y el magistrado. La imperturbabilidad de Colin los había preocupado. Parte de los presentes miró nerviosamente la ventana ante el sonido de pasos en la calle.

—Está presentando a Colin como un drogadicto, como un vago —comentó

ardorosamente Gladys—. Se arriesgó en provecho de otras personas. Si alguien le hubiera visto como yo lo vi, no tendría duda alguna.

Tras un cobarde silencio, el magistrado se decidió a intervenir.

—La visión es lo importante, no la forma que permitió obtenerla.

—Pero eso sólo fue el principio. —Willis había visto su oportunidad—. ¿No saben que Colin sigue envuelto en el asunto de las drogas? ¿Qué creen que vende a casi todos sus supuestos pacientes? ¿Cómo piensan que logró comprar una casa en Fulwood Park?

—¡Basta! ¿Por qué tenemos que escucharle? ¿Es que nadie va a obligarle a callar? —Gladys recorrió la habitación con una colérica mirada, tal vez buscando un arma. Los pasos de la calle cesaron y después prosiguieron en sentido opuesto.

—No vale la pena que te enfades, Gladys. Él sabe que no nos está engañando con sus mentiras. —La descolorida cabeza de Colin se movió de un lado a otro en un preciso gesto de tristeza—. Nuestra casa fue subvencionada por otras personas que comparten nuestras creencias. Es una pena que no estén presentes esta noche otros extranjeros amigos nuestros.

Colin hizo una pausa y contempló cínicamente a Willis.

—Mirad su cara, está aterrorizado —continuó—. De sus argumentos se deduce esto: sabe que se halla en presencia de alguien muy superior a él. Ni siquiera usted puede negarlo, Willis. La supervivencia de Grace demuestra su grandeza.

—¡Dios bendito, usted creería en cualquier cosa antes que admitir que está equivocado! —Las manos de Willis se entrelazaron como si cada una quisiera estrangular la muñeca opuesta—. Grace está usándole. Grace está completamente loco. Ni siquiera es humano. Lo único que desea es destruir.

Rose sabía que eso era cierto, del mismo modo que lo sabía el parásito, que empezó a retorcerse impacientemente en su cabeza. Quizá Grace pensaba dar buena cuenta de Willis, pero en realidad no era preciso que lo hiciera: el círculo se cerraba en torno al escritor, todos estaban hartos de él. De repente se quedaron quietos, atentos a un sonido. Los pasos habían cesado junto a la casa.

Colin corrió hacia la ventana y apartó ligeramente el borde de la cortina. Sus hombros se movieron brusca, impacientemente.

—Es el marido, Bill —murmuró—. Ha visto nuestro coche.

Al principio Rose no comprendió las palabras del psiquiatra. Gladys, al contrario, lanzó un grito.

—¡Oh, no, dejamos el bolso de Rose en el asiento!

Bill. Era Bill. De repente Rose comprendió por qué no lo había reconocido en la cama: una conciencia distinta a la suya se había interpuesto entre ellos. De un modo instintivo, sin pensar, Rose pronunció el nombre de su esposo. Su voz brotó con sorprendente fuerza, quizá por haber estado enmudecida tanto tiempo.

Varias personas —el magistrado, Sherratt, Gladys— corrieron hacia ella, pero Rose ya había sido silenciada desde dentro. Los hombres con aspecto de policías

agarraron a Willis; uno de ellos mantuvo cerrada la boca del prisionero con tal fuerza que parecía estar a punto de romperle la mandíbula. En medio del silencio, la aldaba golpeó la puerta.

—Ha oído a Rose —dijo Colin, muy irritado.

Después de varios golpes en la puerta, los pasos retrocedieron y Bill gritó:

—¿Rose?

La voz no significó nada para ella. A duras penas conservaba una tenue sensación de sí misma.

Los pasos se acercaron, dieron la impresión de introducirse debajo de la casa y se convirtieron en el andar recatado y genuino de una solterona. Los ecos de las pétreas paredes habían transformado las pisadas.

—Va hacia la puerta trasera —dijo Colin—. ¿Podrá entrar?

—Si lo hace, no va a gustarle —contestó el carnicero—. Voy a darle la bienvenida.

El carnicero bajó corriendo las escaleras entre un coro de crujidos. Hubo crujidos por todas partes, más apagados y prolongados, y a continuación se oyó un ruido metálico. El último sonido había surgido de la puerta del patio, que Bill había logrado abrir de alguna forma. A Rose le resultó difícil concentrarse, seguir la acción. Los pasos que recorrían sigilosamente el piso bajo de la casa, en dirección a la puerta trasera... ¡Ah! Eran los pasos del carnicero. El sonido de la puerta trasera al abrirse, y un expectante silencio... ¿Una pelea? Rose había olvidado quiénes eran los contrincantes.

Un golpe sordo. Silencio durante un instante, el ruido de algo pesado al caer. Rose conocía el primer sonido. Si lograra recordar... Un olor a sangre cada vez más intenso. Claro, había sido el ruido de una cuchilla de carnicero. La boca de Rose se abrió.

—Empezaremos ahora —dijo la voz sin vida de la escritora.

XLVI

El último acto estaba a punto de empezar. El auditorio se apartó respetuosamente del pobre escenario de la habitación. El cuerpo de Rose se levantó torpemente de la silla; su cabeza fue irguiéndose a tirones, sin dejar de fluctuar. Los movimientos de aquel cuerpo no tenían nada que ver con Rose, aunque ésta percibió en la lejanía el esfuerzo de todas sus articulaciones para disponerse de un modo adecuado, con la obediencia y torpeza de un títere. La escritora creyó estar confinada entre ojos.

No obstante, Rose no era el centro de atención. El círculo de personas prestaba oído a los ruidos de la planta baja, a la puerta trasera que se abría, a los pasos en el patio. Las pisadas eran lentas e irregulares, como si el hombre llevara una carga.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Gladys.

—¿Tú qué crees? —contestó Colin, muy impaciente.

Rose no sabía a qué se refería el psiquiatra, pero su voz parecía saberlo. Aquella voz era un roce inmaterial en su boca.

—Bien—dijo la voz con cierto solapado malhumor—, ¿pensáis pasar toda la noche atentos a los actos de ese hombre?

Colin reflejó sorpresa, vulnerabilidad.

—Estábamos esperando a que volviera.

—Ya sois bastantes sin él. —La voz expresó una secreta diversión.

—Cerrad la puerta.

Alguien cumplió la orden, pero la puerta no acabó de aislar la habitación del resto del mundo. En la carretera, una mujer llamó a su perro. Un autobús salió de la estación. Un avión retumbó en el horizonte igual que una bola de madera. Todo ello carecía de sentido para Rose, cuyo único conocimiento consistía en que los ojos que la observaban eran excesivamente numerosos. El auditorio estaba congregándose en la habitación.

Rose aún no podía ver a los espectadores, pero percibía su avidez. Un ansia similar a fiebre, pero mucho más opresiva. Estaban ansiosos de que la experiencia nocturna fuera un éxito, aunque pareciera imposible que acabara en fracaso. ¿Era eso lo que les había seducido, o habían sido atraídos por la sangre de la planta baja, igual que moscas? Rose percibió su olor. Habían muerto hacía mucho tiempo.

Ni Colin ni sus seguidores demostraban haber reparado en la intrusión. Sólo los ojos de Willis iban de un lado a otro; su calva ofrecía un aspecto grasiento y flexible. El psiquiatra se esforzaba en aparentar respeto y dignidad mientras miraba a Rose, pero no había duda de que aquella voz suave, totalmente carente de vida le había afectado mucho.

—¿Podemos ayudarle en algo? —dijo Colin.

—¡Vaya! Creo que tú ya has hecho bastante. —La voz poseía la cautelosa inexpresividad de un paranoico—. En varias ocasiones has atraído la atención sobre mi persona. Bien, al menos me has proporcionado un recipiente. Quiero verlo.

De repente, la mujercilla avanzó tímidamente, lanzando fugaces miradas a los ojos de Rose. Llevaba de la mano a su hijo, el retrasado mental, que parecía aturdido. El cuerpo de Rose sufrió violentos espasmos, agitó las manos en un gesto de extraño enfado senil. Su cuerpo debía estar entorpecido por las drogas, pero la voz que surgía de su boca reflejaba un maligno control.

—Apartad eso de mi vista.

Rose oyó que los observadores se ponían nerviosos, aunque la madre sólo reparó en el desaire. La mujer tenía la misma cara que si acabaran de negarle una última oportunidad.

—Pero el chico es fuerte, y su mente es débil —protestó, casi a punto de llorar—. Pensábamos que a usted le sería fácil...

—¿Esperabais que me metiera dentro de un idiota? —Una nota de cruel humor se insinuó en la voz—. Bien, mi opinión sobre el conjunto de la humanidad no ha sido nunca excesivamente buena. Seré generoso esta noche y supondré que tú tienes tan poco cerebro como ese imbécil.

La madre comprendió la amenaza de Grace, y se atemorizó tanto como sus compañeros. Incluso Colin desvió la mirada con la esperanza de no ser elegido. Todos estaban tan preocupados que no repararon en las vagas, pálidas formas que se agitaban en los sombríos rincones de la habitación. En cuanto a Rose, su única posibilidad era seguir recostada en la silla, igual que un muñeco de ventrílocuo.

—Traedme al escritor, que no estará sobre aviso.

Una oleada de intenso alivio recorrió el círculo. Los dos hombres que tal vez eran policías sonrieron abiertamente al arrastrar a Willis hacia Rose. Quizá Willis se resistiera, pese a la futilidad de tal reacción... Pero el escritor languideció en cuanto los ojos de Rose se clavaron en los suyos. Incluso su mirada de espanto desapareció bruscamente. Sólo su frente mantuvo la actividad, sudando copiosamente.

—Ahora apagad la luz y rodeadnos —dijo suave, ansiosamente la voz.

Cuando alguien apagó la luz, no todas las cosas se hicieron menos visibles. Rose distinguió con más claridad, en la penumbra, las formas que había detrás del círculo. Eran pálidas manchas que sobresalían de las paredes igual que hongos. Ya no estaban confinadas en los rincones, sino que llenaban las zonas más oscuras de la habitación.

Una luz se arrastró sobre las cortinas, que dieron la impresión de moverse. Una esperanza jocosa, puesto que ni nada ni nadie iba a intervenir. Rose interpretó lo mismo en el rostro de Willis: una aterrorizada resignación. Y podía ver al hombre calvo pese a que el parásito estaba contemplándole a través de sus ojos. Perfilado en el umbral, y paralizado por la mirada de Rose, Willis era tan irreal como un cuadro... aunque nadie habría deseado pintar el aspecto de su semblante.

Alrededor de Rose, todos guardaban un absoluto silencio. Colin y Gladys sonreían tenue, nerviosamente, en un gesto que denotaba un extravagante orgullo paternal por Rose. Esta se sentía asfixiada, y no sólo a causa de la tétrica habitación. La fascinación del círculo la rodeaba. Los ojos de los presentes la inmovilizaban,

igual que los ojos de las manchas que había en las paredes.

La parálisis de Rose era una insinuación de su inminente destino en la lúgubre iglesia. Aunque nadie se movía, ella experimentaba la sensación de que el círculo iba estrechándose a su alrededor, igual que un lazo corredizo. Debía ser a causa de la fuerza de aquellas voluntades, de la voluntad de los presentes y de la voluntad de los bultos de las paredes, que urgían a Grace a triunfar en su provecho.

Algo se movió, algo distinto al sudor que goteaba inadvertidamente de los ojos de Willis. Rose lo percibió, era algo que estaba formándose en su interior, preparándose para emerger. Su boca se abrió como si fuera a vomitar. Pero el vómito salió por sus ojos y los hinchó venenosamente. Durante un instante quedó cegada, atrapada detrás de cataratas.

Después, como si el veneno hubiera inflado su cuerpo, Rose tuvo la sensación de deshincharse. Cayó de la silla igual que ropa desechada. El suelo tenía un tacto fino, estaba socavado por la podredumbre. Rose creyó estar desangrada, incapacitada para moverse. Si vio a Willis fue únicamente porque se hallaba delante de ella.

El rostro del hombre calvo se retorció y arrugó en un gesto de indecible horror. Sus manos se agitaron espasmódicamente junto a sus muslos. Rose sabía que aquellas manos querían llegar a la cabeza para clavar las uñas en el intruso. Pero no podía aparentar excesiva comprensión, porque era un gran alivio haberse librado de Grace.

Los ojos de Willis sufrieron una transformación, como si alguien vertiera veneno en ellos. Su aspecto anterior era el de un demente, pero al menos un demente humano, a veces penosamente humano. Ahora sus ojos eran los de un cadáver, unos ojos que, no obstante, se movían lenta, esplendorosa, alegremente. El brillo sin vida de aquellos ojos se intensificó, hasta dar la impresión de que iban a surgir llamas.

Colin se acercó cautelosamente. Evidentemente no sabía si debía o no debía extender la mano para saludar. Varias personas rompieron el círculo, aunque dudando de acercarse. Ninguno de ellos parecía ver las caras a medio formar que había en las sombras, las caras que brotaban pálidamente en las paredes. Al parecer, ya que ella las distinguía, Rose aún era capaz de vislumbres psíquicos, aunque esta capacidad no significara nada bueno para ella.

Estaba observando el tímido acercamiento de Colin y sus seguidores, mientras los ojos sin vida sobresalían gozosamente en la calva cabeza (Rose observaba porque no podía hacer otra cosa), cuando la puerta se abrió bruscamente y entró un hombre con una cuchilla de carnicero.

El recién llegado vestía una cazadora azul cuya capucha se agitaba huecamente en su espalda. Iba despeinado y su rostro estaba sofocado. Su mejilla izquierda estaba oscurecida por una magulladura. Una varilla de sus gafas pendía en el aire, rota, como si fuera la pata de un animal. Parecía consternado y furioso, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo pero resuelto a que su incredulidad no fuera un estorbo. Su vestimenta le daba un aire de monje vengativo. Era Bill.

Vio a Rose desplomada a los pies del hombre calvo. Sus ojos se llenaron de rabia.

Avanzó decididamente, con la cuchilla levantada, mas un asomo de repugnancia amenazaba paralizarle. Dio vuelta a la cuchilla y atacó con el borde sin filo, con toda su fuerza.

El golpe produjo un ruido extremadamente claro. Quizá había roto la cabeza del hombre calvo. Sin embargo, Willis no cayó, y los ojos sin vida se resistieron a cerrarse. Bill parecía angustiado por su acción, aunque insolentemente deseoso de repetirla si era preciso. Bill estaba claramente decidido a pasar por alto sus escrúpulos hasta haber salvado a Rose.

De pronto, con una emoción tan intensa que hasta ese momento le habría parecido imposible, Rose comprendió que amaba a Bill. Pese a su aventura londinense, él no la había abandonado. Su marido no había cambiado tanto como para no poder redimirse, después de todo. Ninguna otra persona habría acudido a salvar a Rose. Él le había devuelto en parte la sensación de sí misma.

Willis, o el ser que había en su interior, se desplomó por fin. Los ojos sin vida se apagaron, quedaron simplemente en blanco. Pero sólo era el primer adversario de Bill, el primero aunque fuera el peor. ¿Cómo se arreglaría Bill para vencer a Colin y a los otros? ¿Podrían intervenir los observadores de las oscuras paredes? Rose no podía ayudarle, ni siquiera podía moverse. ¿Qué posibilidades tenía de que Bill la sacara de allí?

Ninguna, al parecer... o al menos ninguna posibilidad de salir de allí con esperanza. La cuchilla de carnicero cayó de la mano de Bill y golpeó vibrantemente el suelo. Los ojos sin vida seguían en la habitación. Tenían un brillo espeluznante a causa del triunfo. A Rose le costó unos instantes darse cuenta de que aquellos ojos se hallaban en la cara de Bill.

XLVII

¡Tiene que ser un error, una broma de la oscuridad! Era imposible que las emociones de Rose hubieran renacido para nada. Pero Bill exhibía la sonrisa de un cadáver, una sonrisa que podía haber brotado en el marchitamiento de la piel, que no guardaba relación alguna con la vida. Una sonrisa indicativa de que Grace dominaba completamente aquel cuerpo.

Rose no podía hacer nada. Su cuerpo tenía la flojedad de un trapo, su boca se convulsionaba como la de un pez en plena asfixia. Si lograba chillar, literal o mentalmente, jamás se contendría. ¿Pero qué iba a lograr con ello? Si cedía a sus emociones, acabaría destruida. Aunque eso podía ser agradable... Pero sus emociones se habían retraído, incapaces de soportar nuevas heridas. Su única posibilidad era continuar allí y esperar que todo acabara.

—Por fin —dijo suavemente la boca de Bill.

Tal vez estaba dando la bienvenida a un fin predestinado. Bill empezó a caminar lentamente alrededor del círculo, examinando todas las caras. Ya no caminaba como Bill, sino como alguien más alto, jactándose de su estatura. Su espalda tenía la rigidez de un muerto.

Afortunadamente, Bill no prestó atención a Rose. Esta suplicó no ver en qué se había convertido la cara de su esposo; un solo atisbo había sido suficiente. Algunas personas del círculo lograron no estremecerse cuando Bill se les acercó, y dos consiguieron resistir su mirada, pero todos estaban aterrorizados. Resultaba particularmente terrible que todos reaccionaran así ante Bill.

Pero no era Bill. Era la esencia de la corrupta casa. La habitación había dado a luz finalmente. Débiles luces se apagaron más allá de las cortinas, grandes sombras tentaban el techo, vagos bultos se agitaban con impaciencia en las paredes, y el centro de atención general era Bill.

—De modo que deseáis conocer mis secretos. Primero debo estar seguro de vosotros.

Su voz se había hecho cruel. Era una voz vengativa, paranoicamente virtuosa.

—Tendréis que demostrar vuestra fidelidad —dijo.

No era Bill, aunque su cazadora crujiera y aunque la varilla de sus gafas pendiera junto a su oreja. Era como si alguien hubiera robado su cadáver y estuviera usándolo como un títere, haciéndolo caminar majestuosamente, imitando a Grace. Bill jamás se habría comportado así. Él no dominaba su cuerpo. Él era...

Tal vez ese fuera el peor horror. La mente de Rose se acobardó, hizo un esfuerzo para no pensar. Si ese horror era real, Rose no podía hacer nada... La idea que en un principio parecía penosamente tranquilizadora se había vuelto traicionera. Puesto que Grace había ocupado el cuerpo de Bill, ¿dónde estaba su esposo? ¿En la iglesia fungoide, quizá?

Bill no podría sobrevivir, enloquecería. Un desenlace posiblemente

misericordioso... aunque Bill tendría que sufrir durante mucho tiempo antes de que su mente flaqueara. Rose recordó que el gris la había inmovilizado. A Bill podía paralizarle con tanta fuerza que tal vez ni siquiera se trastornaría, sólo sufriría.

El alarido de horror de Rose seguía formándose. Si no lograba darle voz, estallaría en su mente y no cesaría hasta haberla socarrado. Y en ese caso ella no podría hacer otra cosa más que desplomarse internamente hasta el siguiente grito inútil. Nadie la oiría, nadie acudiría en su ayuda. Estaba sola.

¿Sola?

Sí, Rose creía estar sola, dejando aparte aquel cuerpo, el de Bill, que caminaba majestuosamente; dejando aparte el inquieto círculo y los pálidos y atentos bultos de las paredes. Pero aquellas hinchazones, por más consternadoras que fueran, tenían un significado distinto para Rose. Puesto que seguía percibiéndolas, conservaba parte de sus facultades. ¿Podría usarlas para convocar a la presencia que la había salvado en cierta ocasión anterior?

Logró mover un poco los ojos, pese a que estaban bastante hinchados, y miró torpemente a la criatura que era Bill. Este se hallaba escrutando el rostro de Gladys. La mujer intentó liberar sus manos, que se retorcían ante ella como perros apaleados; su cara temblaba, incapaz de conservar expresión alguna. Bill pareció divertirse con aquellas payasadas, y quizá pensaba perder un poco más de tiempo. Cautelosamente, aterrorizada por la idea de que él percibiera sus intenciones, Rose envió una súplica a la oscuridad.

Bill no se volvió. Quizá estaba demasiado preocupado con su nueva vida, o tal vez pensaba que no valía la pena prestar atención al grito de Rose. Sí, debía saber que estaba a salvo. La súplica de Rose recorrió la noche, se adentró en el espacio, entre las estrellas, y sólo encontró una noche mayor, un infinito vacío sin calor y sin vida. Lo que Rose había vislumbrado anteriormente ya no se encontraba allí. Estaba fuera de su alcance. La súplica fue perdiendo fuerza en la oscuridad y se apagó.

Él continuó exhibiendo el cuerpo de Bill alrededor del círculo, y llegó a Colin, que le miró sin pestañear. El rostro de Colin reflejaba calma... ¿o estaba inexpresivo únicamente porque reprimía su miedo? Durante un instante Rose casi deseó que el psiquiatra venciera con la mirada al ser que tenía ante él. Al menos Colin era humano. Pero la mirada de Colin no tardó en titubear y desviarse.

Rose bajó los ojos, desesperada. ¿Cuánto tiempo iba a seguir tumbada, a la espera de su destino? Si hubiera podido moverse se habría arrastrado hasta la escalera, se habría tirado por ella. ¿O sería ese el principio de sus tormentos, en vez del final? Al menos podría estar con Bill. No debía pensar en su marido, era imposible ayudarlo. Los ojos de Rose erraron libremente en sus cuencas, en busca de reposo, y llegaron hasta el rincón más oscuro de la habitación.

Si Rose hubiera sido capaz de estremecerse, le habría sido imposible contenerse. Estaba atrapada en su desplomada carne. Desvió la mirada violentamente, prefería mirar a cualquier parte que no fuera aquel rincón. Dos ojos, dos óvalos de brillante

espuma, sobresalían de un vago bulto de la pared. Al verlos, Rose comprendió también los pensamientos de aquellos ojos.

Un momento más y habría sido incapaz de apartar la mirada. Pero conservó la impresión de aquellos ojos, que habían tirado de ella igual que garfios, y sus pensamientos; hombres lisiados colgados por los pies en un lugar muerto que parecía la luna; un joven, con aspecto de escultura viviente que apuntaba un lanzallamas hacia una sala de hospital repleta de madres y niños, la mayoría negros... Se trataba de sueños alegres, alimentados más allá del tiempo. Rose no tenía necesidad de divisar el rostro que estaba formándose en el rincón, en el vago bulto.

Si existía una fuerza capaz de evitar el renacimiento de aquellos seres, ¿por qué esa fuerza permitía la supervivencia de tales anhelos? No, nada podía oponerse a las fuerzas congregadas en la habitación. Rose lo sabía perfectamente después del fracaso de su petición de ayuda.

Eso no era cierto. Existían fuerzas benefactoras, puesto que ella misma las había experimentado. El recuerdo de haber sido rescatada no era lo único que demostraba su tesis. La voz de Grace lo había admitido igualmente, ya que había acusado a Colin de haber estado a punto de atraer la atención sobre su persona. ¿Había alguna posibilidad de atraer esa atención?

La mirada del rincón intentaba concentrarse en Rose, forzarla a mirar, quizá para que el espectro se alimentara con su terror. La escritora lanzó otra súplica a la noche. Tal vez el pánico le había proporcionado fuerza, porque su grito llegó más lejos antes de extinguirse. Pero sólo le sirvió para ser más consciente de la eterna negrura que la rodeaba. Rose retrocedió, regresó a sus percepciones de la tétrica habitación.

Bill se alzaba ante ella. Los ojos sin vida la miraban.

¿Acaso había percibido la llamada de Rose? No había recelo en los ojos de Bill, ni siquiera enojo; sólo un desprecio próximo a la repugnancia.

—He tenido que depender de ti tanto tiempo —dijo Bill, en voz tan baja que apenas se oyó—. Fue la más baja de sus traiciones, obligarme a valerme de algo como tú.

Retrocedió igual que si estuviera pisando basura. Rose tuvo la sensación de que ya no era nada. La particular mirada de Bill la había destruido. Un gesto de burla apareció en aquel rostro, aunque los labios no se movieron de un modo absolutamente natural, sino más bien como corrupción agitándose.

—Póstrate ante mí —dijo Grace.

Rose no podía obedecer, ni aunque hubiera deseado hacerlo. Si se atrevía a desafiarle era a causa del estado en que la había dejado. Rose supuso que ello sería una especie de triunfo. Permaneció inerte, tratando de no ver los movimientos de gusano de los labios de Bill.

Percibió el creciente odio y frustración de Grace. Los componentes del círculo también debían haber intuido las emociones del ex clérigo, puesto que reaccionaron empujando e incluso pateando el cuerpo de Rose. ¿Estaban utilizándola como chivo

expiatorio para demostrar su fidelidad a Grace, o temían que la desobediencia de Rose les impidiera conocer los secretos de aquel ser? Ello apenas importaba, porque Rose no podía moverse.

De improviso, Bill se agachó y cogió la cuchilla de carnicero. Luego se irguió ante Rose, con el arma en alto. El círculo se inmovilizó, en señal de respeto ante un acto ritual. Únicamente el joven atrasado mental demostró su nerviosismo con murmullos, preocupado por Rose.

¿Pretendía Bill matarla, o torturarla hasta obligarla a obedecer? El olor a sangre era agobiante. Rose notó que Grace la odiaba más que a cualquier otra cosa. Al ver que la cuchilla se alzaba, Rose no pudo hacer más que encogerse mentalmente.

La cuchilla titubeó.

—No —musitó Grace, deleitado, casi como si hablara consigo mismo.

Se apartó de Rose, sin dejar de mirarla para asegurarse de que la mujer estaba atenta a sus actos, y cogió por el codo al murmurante joven. Aunque éste protestó y se resistió débilmente, Bill le obligó a retroceder. Luego asió una de las muñecas del joven y la forzó a apoyar la mano en la pared.

La madre dio un paso adelante. Colin sujetó a la mujer.

—No pasa nada —dijo en un susurro el psiquiatra.

¿Creía que Bill no haría nada, o no le importaba lo que hiciera? Pero Colin logró calmar o intimidar a la madre, ya que ésta indicó por señas a su hijo que no se moviera. Tal vez comprendía que el resto de los presentes estaba impaciente porque terminara el entreacto. Bill levantó la cuchilla.

—¿No quieres humillarte?

Grace debía creer que Rose, pese a que se negara a obedecer para salvarse, haría el esfuerzo para salvar a otra persona. Pero ella sólo tenía fuerzas para un último intento; emitir una desesperada súplica a la oscuridad.

Grace debió percibir el grito, porque en su rostro apareció una solapada sonrisa. La cuchilla tembló en el punto más alto del arco que describía. Los ojos de Bill chispearon, brillaron en gesto de desafío de triunfo. Rose no podía hacer nada. La cuchilla descendió.

Rose escuchó el ruido de la hoja al golpear la pared, y un objeto de pequeño tamaño cayó al suelo. La madre prorrumpió en gritos. Los dos policías tuvieron que sujetarla y obligarla a callar. El joven gimió audible, entrecortadamente mientras contemplaba el muñón de su dedo.

A pesar de que el muchacho se debatía, Bill continuó apretando la mutilada mano contra la pared y dedicó una sonrisa a Rose.

—¿Quieres que siga? —dijo.

¿Por qué no pierdo el conocimiento? Si lograba desmayarse, Grace comprendería que no iba a ganar nada torturando al joven... pero era difícil que refrenara su maldad, porque su maldad era inconmensurable. Los bultos de las paredes asentían alegremente, como si intentaran soltarse del muro. Detrás de aquellos bultos no había

nada aparte del vacío. Las súplicas de Rose no habían conseguido nada, no porque aquella presencia infinita e impersonal desconociera la situación —probablemente nada escapaba a su atención—, sino porque se mostraba indiferente. No valía la pena perder el tiempo con las triviales fuerzas que se congregaban en la habitación.

De repente, la mente de Rose intentó retraerse. Algo se aproximaba, atraído por sus súplicas o por el mal que llenaba la casa.

Las súplicas de Rose habían despejado excesivamente su conciencia. Percibió la inmensa negrura, interrumpida por estrellas, por ocasionales defectos. La luz de las estrellas parecía estar atrapada en el borde, incapaz de tocar la negrura. Una parte de aquella oscuridad estaba moviéndose.

¿Se trataba de algo compuesto de oscuridad? Tal vez, porque los filamentos con que tentaba el espacio entre las estrellas eran igualmente infinitos. Quizás aquella oscuridad se deslizaría por los filamentos en cuanto éstos atraparan a su presa, o tal vez no tuviera ninguna necesidad de obrar así. Rose iba a percibir los pensamientos de aquella oscura inmensidad de un modo instantáneo, en cuanto los filamentos llegaran a ella, y en ese momento enloquecería.

Bill dio muestras de haber percibido la novedad, ya que sus ojos sin vida se agitaron inquietamente. ¿Era un gesto de bienvenida, o de intranquilidad? Colin y el resto de los presentes lanzaron nerviosas miradas a su alrededor, miradas vagas pero cautelosas. Todos estaban alerta, excepto el atrasado mental y su madre, que seguían forcejeando para liberarse. Rose se debatió en su interior con una furia que hasta entonces pensaba haber perdido. Su cuerpo era una carga inmóvil y asfixiante que la mantenía atrapada en la habitación. Suponiendo que recordara el método para salir de su cuerpo, ¿tendría tiempo de ponerlo en práctica?

Lo cierto fue que nadie había hecho nada cuando la presencia entró en la habitación.

El vacío del espacio exterior devoró la casa. Todo lo que había en su interior, personas y objetos, quedó instantáneamente convertido en partículas infinitesimales, prácticamente inmateriales, pues tal era su aspecto para la presencia. Se trataba de una identidad enorme, fría y despiadada para la que ni el tiempo ni el espacio constituían barreras. Apenas guardaba parecido con la vida.

El ánimo de Rose quedó paralizado, reprimido por la extraña visión. Habría preferido que la odiaran. La presencia contemplaba a todos los presentes con una indiferente pesadumbre, como si todos fueran defectos tan triviales que apenas se distinguían. La presencia no exceptuaba a nadie. Se extendió resueltamente, y Rose fue incapaz de retroceder.

Los rostros que habían estado formándose en las paredes empezaron a desaparecer y sólo entonces comprendió Rose que se hallaba ante la presencia que ella misma había invocado.

Pero aquella negrura no había acudido en respuesta a sus súplicas. Tal vez había llegado para reprimir al sombrío ser que Rose había percibido. En la anterior ocasión,

cuando la había salvado, aquella presencia había tenido un aspecto menos terrible a causa de su lejanía. Encerrada en la habitación, Rose comprendió que era imposible vislumbrar a la presencia o tener una idea de sus motivaciones. Era una entidad profundamente extraña.

Pero los rostros continuaron sumergiéndose en las paredes, y Bill estaba refunfuñando o riendo disimuladamente en un gesto de encubierta bravuconería. No había duda de que era incapaz de moverse, pero su piel parecía estar retorciéndose. ¿Iba a estallar a causa de la lucha que estaba produciéndose en su interior?

Algo vago salió apretadamente entre los labios de Bill, como si fuera la cabeza de una crisálida, pero sólo se trataba de su lengua. Su rostro se amarató, tal vez a causa de la tensión que inflamaba su piel. Sus ojos fueron cobrando una espantosa lividez. La presencia de Grace estaba fluctuando en ellos, pero no había rastro de Bill.

De repente, Bill se desplomó, igual que si alguien acabara de retirar el andamiaje de sus músculos. Y en ese mismo instante desapareció la presencia. Rose se hallaba demasiado aturdida para pensar, pero deseó de un modo instintivo haber comprendido aquella extraña intervención. Los rostros de las paredes se habían esfumado, pero ella no pudo menos que ansiar que se hubieran alejado suficientemente o que la presencia los hubiera destruido.

La presencia se había ido. La habitación y todas las personas que la ocupaban eran irreales, frágiles y contraídos caparazones. Colin y los demás permanecían inmóviles, sorprendidos y conmocionados; era imposible saber qué habían percibido. Al cabo de unos instantes empezaron a reaccionar cautelosamente, como víctimas de un accidente, examinando el estado de sus brazos y piernas. Un terror común los sobrecogió bruscamente. Se abalanzaron hacia la puerta, pese a los esfuerzos de Colin para restablecer el orden, y corrieron escaleras abajo.

La madre se acercó al retrasado mental, que seguía gimiendo lastimosamente y que había envuelto su mutilada mano en los pliegues de su abrigo. La mujer parecía avergonzarse de mirarle. Ejecutando una grotesca parodia de pulcritud, la madre cogió del suelo un pequeño objeto y empujó a su hijo hacia la puerta.

—Vamos —dijo, en un tono que parecía acusador.

Colin se ofreció a ayudarla, pero la mujer cogió la cuchilla y obligó a retroceder al psiquiatra. Tras una última mirada a la habitación, una mirada que combinaba frustración, espanto y resignación, Colin desapareció en la escalera.

Rose siguió desplomada. Su cuerpo y sus emociones estaban inertes. La representación había concluido. Bill y Willis yacían sobre las podridas tablas del piso. Quizás estaban muertos. Rose escuchó actividad en la planta baja, y en el patio, como si la gente estuviera apuntalando los extremos de la casa. Presurosos pasos recorrieron la vivienda y el pético pasadizo que le separaba de la casa contigua. Las puertas de diversos automóviles fueron cerrándose bruscamente en interminable sucesión, igual que ecos atrapados. El público del teatro se iba. El estruendo de los coches se alejó con la rapidez que proporciona el pánico. La noche no tardó en ser

algo vacío y neutral, igual que la habitación y toda la casa.

Rose no supo cuánto tiempo transcurrió antes de que Bill se moviera. Horas, tal vez. Los labios de su esposo se agitaron de un modo que para ella era desconocido. Un apagado sonido surgió de la boca de Bill, una y otra vez, sin cesar. Quizás había perdido el dominio de sus párpados, porque tuvo muchas dificultades para abrirlos. Rose tuvo miedo de oír lo que decía su marido, miedo de ver sus ojos.

Los ojos de Bill estaban abiertos. Los murmullos continuaron, sin tono, invariables. ¿Había alguna consciencia en los inexpresivos ojos del escritor? Sí, había algo, aunque débil y confuso. Rose logró oír lo que estaba murmurando.

—Policía, policía, policía...

Era Bill, o lo que quedaba de él. Rose tendría que atenderle en cuanto pudiera. Alrededor de su marido, la habitación estaba vacía, era tan inocente como si nada hubiera ocurrido en ella. Pero en la mente de Rose surgían una y otra vez las imágenes de lo que Peter Grace había hecho con ella y el atrasado mental.

EPÍLOGO

No quedaba gran cosa de Fulwood Park cuando Rose miró por la ventana del dormitorio. A cincuenta metros a ambos lados de ella, el camino había desaparecido a causa de la niebla. El campo próximo al Mersey palidecía hasta convertirse en nada, igual que una fotografía velada por un destello de luz. Varias barcas marchaban río abajo, húmedos pájaros se posaban en los decrepitos árboles. Rose se sintió protegida y segura. La nueva ventana hacía que la casa fuera todavía más acogedora.

Se frotó los ojos para eliminar los restos de sueño y bajó con mucho cuidado las escaleras. El hogar daba un tinte anaranjado al cuarto de estar. En la cocina, el plato de carne y verduras que estaba preparando Bill hervía a fuego lento. En el jardín, a lo lejos, el invernadero parecía tallado en la niebla.

—¿Bill? —llamó Rose, pero no hubo respuesta.

Ya tendría que haber vuelto. Sólo había ido a las tiendas de Aigburth Vale. Rose preparó café y después se sentó y contempló las humeantes tazas. Finalmente cogió la llave del bolso y se dirigió a la entrada del camino para esperar a su esposo.

La niebla de finales de octubre se apartó de Rose, y los árboles y el borde del campo se hicieron claros, igual que una imagen televisiva que pasa de blanco y negro a color. El camino estaba desierto hasta donde alcanzaba la vista de Rose. El puente del ferrocarril parecía obstruido por el polvo, y esa impresión ni siquiera cambió cuando un tren pasó velozmente emitiendo un apagado pitido. La niebla hacía que todas las cosas fueran indistintas: el inquieto murmullo de la ciudad, los tristes sonidos de los barcos, las borrosas casas de Fulwood Park, los faros del coche del abogado que habitaba la vivienda de al lado, incluso el saludo que el mismo abogado dirigió a Rose mientras abría la puerta de su casa... Cuando la escritora se disponía a responder a su vecino, la niebla empezó a cubrir su casa.

Pero allí estaba Bill, surgiendo de entre la pantalla de niebla. Bill echó a correr en cuanto vio a su esposa.

—¿Qué ocurre? ¿Estás a punto?

—No. He salido a esperarte.

—Siento haber tardado tanto. He encontrado al doctor Thursaston en la farmacia y hemos estado hablando.

—¿Qué te ha dicho el doctor?

—Nada nuevo. Sigue pensando que es un milagro.

Era lógico que Thursaston pensara así, aunque Rose estaba convencida de que su esterilidad se había debido a la acechante presencia que durante tanto tiempo habitó su cuerpo. Una vez exorcizada, nada pudo impedir que fuera fértil. Difícilmente podía ofrecer esta explicación al doctor Thursaston, aunque fuera su ginecólogo.

—No deberías estar aquí, con este frío —dijo Bill—. No quiero que te resfríes, no en este momento.

Al llegar a la cocina, Bill siguió hablando en tono de suave reproche.

—Escucha, el café podía haberlo hecho yo. Creía que ibas a descansar. ¿Por qué no te echas un rato hasta que la cena esté lista? Y si necesitas algo, me llamas.

Estaban más unidos que nunca. Bill no podía ser más atento con ella. Su marido no quería perderla de vista ante la inminencia del parto, se presentaba en casa en cuanto no tenía clases, apenas la dejaba sola en los fines de semana. Rose podía estar agradecida al niño —y tal vez a la aventura de Bill con Hilary— por la paz que había reencontrado. Ella jamás mencionaba a Hilary; pasar por alto el incidente era un precio insignificante. Era extraordinaria la tranquilidad que Bill y el niño le habían hecho sentir, apenas un año después de aquella última noche en Ormskirk.

Rose se echó en el sofá, blando como una cama. En la gran bolsa de invulnerabilidad que era su vientre, el niño se movió, dio pataditas. Los libros iban multiplicándose en las estanterías: traducciones y ediciones norteamericanas cada vez más populares. Bill había logrado completar la introducción de *Redescubrimientos cinematográficos*, y éste era ya el mayor éxito del matrimonio. Podían dejar de escribir durante un tiempo, igual que Rose no había tenido necesidad de volver a trabajar. Podían confiar en que los libros se multiplicarían solos, un hecho excelente porque ahora tenían una cuna en el despacho y conejos en el papel de la pared. Todo estaba preparado.

Rose se relajó y notó que su cuerpo alimentaba la vida que contenía. No podía quejarse de nada. Un avión pasó estruendosamente sobre la niebla, el ruido de dos puertas de automóvil al cerrarse anunció que el abogado y su esposa iban a cenar fuera, y finalmente Bill llamó a Rose para cenar ellos también. Durante la cena, Rose vio la niebla, un luminoso muro de manteca al otro lado de la ventana de la cocina. Pero no se preocupó.

Luego se sentaron en el sofá, abrazados ante el hogar. La casa era suya otra vez, con los recuerdos de que estaba impregnada. Los terroríficos recuerdos de Rose habían sido expulsados como si jamás hubieran existido. El danzarín fuego del hogar mantenía a raya a las sombras. Bill le acarició el pelo, y Rose experimentó una ansiedad casi sexual de parir a su hijo.

Vieron televisión durante un rato. En un filme piloto, un exorcista de tres al cuarto imploraba una serie televisiva con él como protagonista.

—Quizá deberíamos pensar en escribir un libro sobre televisión —dijo Rose, sintiéndose lo bastante bien incluso como para pensar en escribir.

Bill no respondió. Como era lógico, el niño haría que Rose no tuviera tiempo para escribir durante algunos años. No obstante, a Rose le encantaba hacer planes para el futuro.

—Quiero pasar una temporada con mis padres en cuanto dé a luz.

Bill la miró.

—Me alegra que te encuentres capaz de volver a Ormskirk.

¿Significaba eso que Bill recordaba el incidente? Rose no se había atrevido a hacer preguntas durante los primeros meses, durante los meses en que, muy a

menudo, los ojos de Bill quedaban momentáneamente inexpresivos. Aquella falta de expresión desapareció afortunadamente en cuanto Rose quedó embarazada —su embarazo había contribuido a que ambos se recobraran— y ella se alegró mucho de poder olvidar los hechos. Pero ahora estaba tranquila y con ánimos para hablar de aquel asunto, cosa que aún le haría sentirse más segura.

—¿Qué recuerdas de aquella noche? —preguntó Rose.

—Bien, no mucho, esa es la verdad —dijo Bill, y para Rose no fue sorpresa alguna—. Sin duda llamé a tus padres al ver que no estabas aquí, pero ellos dijeron después, como ya recordarás, que su teléfono estaba averiado. Supongo que fui a Ormskirk a buscarte, pero debí creer que antes tenía que asegurarme de que no estabas en casa de los Hay. Como te he dicho, la verdad es que no me acuerdo, es imposible después de la porquería que me dio Colin.

Rose había manifestado a la policía que ella y Bill habían sido drogados, una explicación que aceptaron fácilmente en cuanto encontraron el escondite de LSD y otras drogas en la vivienda de Colin. Rose explicó que el psiquiatra la utilizaba para hacer experimentos con drogas con la excusa de que era un tratamiento para sus malestares nerviosos, y que él la drogó cuando le pidió explicaciones. Al presentarse Bill, Colin le engañó con una bebida que contenía droga y después llevó a los dos a Ormskirk, al parecer planeando abandonarles allí, muertos a causa de una sobredosis.

—Gracias a Dios que esa era la causa de tus problemas —dijo Bill en ese momento, mientras acariciaba la mejilla de Rose—. Drogas.

Rose reprimió una mueca de disgusto. Bill estaba usando la mentira que habían elaborado los dos para dar por concluido el caso, pero indudablemente era mejor que su marido creyera que esa era la verdad, ya que tal vez no sería capaz de soportar el recuerdo de lo que realmente sucedió. Sin duda Bill había experimentado la necesidad de olvidar para recobrar. Mas era extraño que se mencionara una mentira para tranquilizar a la propia Rose. En fin, no tenía importancia: el bebé estaba moviéndose. Al guiar la mano de Bill hacia el secreto movimiento, Rose vio en sus ojos un fulgor desconocido.

—Fue estupendo que aquel tipo calvo se presentara en un momento tan oportuno —dijo Bill al cabo de un rato.

Tenía razón, aunque no en el sentido a que se refería: Willis los había salvado. En el hospital Willis demostró que su aturdimiento le había devuelto la cordura, al menos durante unos minutos. Manifestó a la policía que estando en Ormskirk, dando un paseo, había visto una pelea dentro de un coche aparcado en la carretera de Wigan. Una persona que salió de la cercana carnicería dispuesta a intervenir fue obligada a retroceder con la misma cuchilla que llevaba en la mano. Entonces el hombre y la mujer que ocupaban el automóvil arrastraron a sus víctimas, Bill y Rose, hacia la casa. Las víctimas parecían hallarse bajo el efecto de drogas, explicó Willis, facilitando así la base de la mentira de Rose. Al entrar en la vivienda para intervenir, la mujer dejó sin conocimiento a Willis con la cuchilla.

Rose experimentó un momentáneo desasosiego: tener que mantener la mentira la estaba llevando desagradablemente cerca del recuerdo que esa mentira ocultaba. El bebé siguió dando pataditas, como si Rose estuviera intranquilizándole. Bill debió notar el nerviosismo de su esposa, porque la abrazó con más fuerza.

—No importa —dijo Bill—. Todos están muertos. Muertos e incinerados.

Colin y los demás debieron conducir sus coches imprudentemente a causa del pánico, porque nada más salir de Ormskirk se vieron envueltos en una colisión múltiple en un tramo de carretera mal iluminado. Los cadáveres quedaron irreconocibles. Willis también falleció en un incendio, algunos meses más tarde. Indudablemente Willis fue el hombre que estuvo vagando cerca de la casa de la carretera de Wigan poco antes de que la vivienda ardiera en llamas, aunque la policía determinó que se trataba del cadáver de un vagabundo. Todas las personas que podían inspirar temor a Rose habían fallecido, y la única causa de su nerviosismo actual era su cuerpo, que había empezado a actuar de un modo desconocido.

—Creo que las contracciones están comenzando —dijo Rose.

Bill la abrazó suavemente mientras los músculos ventrales de Rose se contraían y distendían. El bebé quedó inmóvil, como si estuviera aguardando.

—Me gustaría que el doctor Thursaston viniera, si es posible —dijo Rose en cuanto estuvo segura de que las contracciones habían cesado. El ginecólogo estaba particularmente interesado en el embarazo de Rose, y vivía bastante cerca de Fulwood Park.

—Túmbate en el sofá —contestó Bill—. Voy a llamarle.

A Bill le costó varios minutos localizar al médico, tiempo suficiente para que Rose se pusiera nerviosa pese a sus esfuerzos por mantener la calma.

—Bill Tierney —dijo finalmente Bill, y Rose se tranquilizó—. Parece que Rose está a punto. ¿Diez minutos? Estupendo.

Pasaron diez minutos, un cuarto de hora, y el doctor no aparecía. No debía haber tenido en cuenta la niebla. Bill examinó la impresionante capa de niebla a través de las cortinas. Rose respiró penosamente mientras su vientre volvía a contraerse. Ella sabía cómo comportarse, aún no necesitaba al ginecólogo, pero la presencia de un experto la habría tranquilizado.

—Tendría que llamar a mi madre para decirle que ha llegado el momento —comentó Rose.

—De acuerdo, quédate aquí mientras llamo a su casa.

Bill estaba más nervioso que ella, y contento de tener algo que hacer. Era el clásico padre que espera su primer hijo, pensó Rose. Bill marcó el número y después permaneció un minuto, o quizá más, aguardando respuesta.

—Deben haber salido. No contestan.

Una repetición de aquella noche, hacía un año, si se exceptuaba que Bill debió estar más nervioso en aquella ocasión. De repente, la similitud recordó a Rose lo que su marido había dicho minutos antes, y el recuerdo fue tan inesperado que ella habló

espontáneamente.

—Bill, nunca había pensado en eso... pero el caso es que recuerdas muchas cosas de aquella noche. Te acuerdas de toda la gente que estuvo allí, no solamente de Colin y de su madre.

Se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas, porque Bill se intranquilizó y pareció un colegial cogido con las manos en la masa, una reacción que Rose no había presenciado desde hacía un año. No había duda de que Bill la protegía al simular que apenas recordaba algunos detalles... pero también él debía haberse esforzado en olvidar. ¿Y si ella le había forzado a recordar cosas que casi había logrado dejar de lado? El sonido del timbre de la puerta fue un alivio para ambos cónyuges.

—Aquí está —dijo Bill.

Mientras su marido se disponía a abrir la puerta, Rose experimentó cierta sensación de culpabilidad. Bien pensado, tal vez iba a tardar horas en dar a luz, incluso podía tratarse de una falsa alarma. No obstante, tenía que admitir que estaba más tranquila con el ginecólogo en casa. La puerta se abrió. Una fría brisa empezó a penetrar en la casa. Un portazo. Los dos hombres atravesaron el recibidor, y el primero que entró en la sala de estar fue Colin.

El cuerpo de Rose sufrió una convulsión, como intentando destruir al bebé, o a la misma Rose, o incluso a lo que tenía ante sus ojos. Todo fue inútil, por supuesto. Colin continuó allí, más moreno y confiado en sí mismo que en cualquier ocasión anterior. Estaba sonriendo abiertamente, pero su sonrisa no iba dedicada a Rose.

Y lo que era peor, Bill había entrado en la habitación y se esforzaba en aparentar que no sabía nada.

—Lo siento —murmuró, pero en realidad se sentía aliviado al poder hablar con claridad después de tanto tiempo—. No murieron todos en el accidente.

El odio que había experimentado en la habitación de aquel hotel, en Londres, no era nada comparado con el aborrecimiento que sentía en ese momento. Colin advirtió la extraña mirada que Rose dirigía a su esposo, e intentó reconciliarlos. Era un amigo de la familia que se esforzaba en remedar un matrimonio.

—No culpe a su marido. Nadie se libra de Grace después de haber sufrido su influencia. —Hizo una pausa, y después añadió—: Y usted menos que nadie.

El niño se movió. Fue un movimiento lento, furtivo, que Rose no había experimentado hasta entonces, y de repente comprendió el significado de las palabras del psiquiatra. No podía horrorizarse, puesto que en cierto sentido nada había cambiado: la trampa había precisado un año para ejercer su efecto, eso era todo. Rose *había* notado movimientos en otras ocasiones, pero esos movimientos habían tenido lugar en su cabeza, no en su vientre.

Si le quedaba alguna duda, Colin acabó de despejarla. La mirada del psiquiatra era tan aguda como la de una serpiente: quería comprobar si Rose comprendía el significado de sus palabras. La escritora sabía perfectamente cuál era su única

alternativa, y Colin debió deducirlo de su mirada, porque se acercó para evitar que actuara. El psiquiatra abrió su maletín y extrajo una jeringuilla. Rose todavía tenía tiempo, no había otra línea de acción... pero en ese mismo instante una nueva contracción hizo estremecer su vientre, y quedó incapacitada para responder.

Aún disponía de una posibilidad. Debía quedarse inmóvil hasta que concluyera la contracción. Se esforzó en respirar sosegadamente y deseó que el espasmo terminara, que todo terminara, mientras Colin ponía la aguja en la punta de la jeringuilla. Afortunadamente Bill se mantenía apartado, demasiado avergonzado para sujetarla.

—No te resistas, Ro —dijo en tono tranquilizador—. Colin sólo desea evitarte problemas.

Tenía que conservar la calma para que la contracción no la agotara. Tenía que fingir calma para que los dos hombres creyeran que se sometía. Su respiración era temblorosa, pero logró disimularla mientras Colin introducía la aguja en la ampolla y llenaba la jeringuilla. Bill siguió a la espera, confiando en no tener que sujetar a su esposa. El escritor se acercó tímidamente al ver que Colin aproximaba la aguja a Rose.

El ambiente cobró un repentino aspecto irreal, opresivamente preciso: los relucientes ojos de Bill que pretendían infundir confianza, los ojos de Bill que habían dejado de mirarla, el finísimo destello de luz que surgió de la aguja, la destellante gota de líquido que pendía en la punta... Pero la oportunidad de Rose era más clara que antes, y la contracción había cesado. Cuando Colin se inclinó sobre su cuerpo, Rose dio un manotazo y la jeringuilla cayó al suelo.

—Es absurdo que haga esto —dijo el psiquiatra, irritado, y se agachó para recoger la jeringuilla, intacta gracias a la gruesa alfombra.

Bill se agachó también al mismo tiempo, y los dos hombres se estorbaron durante unos instantes... el tiempo preciso para que Rose se levantara y llegara a la puerta.

—No hagas las cosas más difíciles —se quejó Bill al ver la reacción de su esposa—. Después de dar a luz no volverás a verle jamás.

Rose no tenía la suficiente confianza en sí misma para replicar a Bill, y de todos modos no disponía de tiempo. Salió al recibidor, tambaleante, a pesar de que su vientre amenazaba con hacerle perder el equilibrio, porque la criatura que llevaba dentro se debatía. Cerró violentamente la puerta después de haber salido y se adentró en la bruma.

La niebla era más espesa que antes, formando una sombría cámara que cercó a Rose y se deslizó junto a ella mientras se concentraba en llegar al extremo del camino de acceso a la casa. Vagas y luminosas manchas blancuzcas señalaban la ubicación de las farolas. Rose dejó de ver la casa en cuanto llegó a los pilares de los portalones. El camino se reducía a un nebuloso tramo de veinte metros, era una franja de asfalto repleta de briznas de hierba y arbustos que penetraban en la bruma. Rose se agarró a un pilar durante unos instantes. Sus dedos rasparon la húmeda piedra y su cuerpo se estremeció cuando el frío traspasó su vestido.

Al oír que abrían la puerta de su casa, Rose reaccionó bruscamente y siguió el camino. Si lograba llegar a la casa iluminada más próxima, ¿qué ganaría con ello? Dirigirse hacia la carretera habría sido más absurdo todavía y, además, sus perseguidores la alcanzarían. No, ella sabía qué tenía que hacer algo concluyente. Escuchó pasos en el camino de grava de su casa e inmediatamente se dirigió hacia el jardín de los residentes con la máxima rapidez y discreción de que era capaz.

La iluminación quedó atrás. Rose vio la cadena con el tiempo justo para no tropezar con ella, los soportes se confundían con la niebla y los pocos eslabones que brillaban parecían flotar sin apoyo alguno. Rose no estuvo segura de que los hombres la seguían hasta después de atravesar el encharcado jardín y llegar a la cerca de cemento.

—¡Vuelve, Ro! —suplicó Bill, y Rose escuchó la vibración de la cadena—. ¡Es inútil!

Pasó rápidamente por el hueco abierto en el cemento y se deslizó por la herbosa pendiente. Bill no había llamado al ginecólogo, ni a sus padres. Pero no importaba, nadie podía ayudarla. Su odio hacia Bill había desaparecido, porque Grace, sin duda alguna, podía obrar a su antojo con él. Ninguna persona influenciada por Grace podía desafiarle. Nadie... excepto ella.

Cruzó las basuras y encontró el boquete en la tela metálica, por donde pasó a la senda que llevaba al prado. Al llegar arriba sólo había niebla, un espesamiento de la oscuridad que encerró aún más a Rose. Pero no se perdería, porque las bocinas de niebla sonaban delante.

Había empezado a recorrer el prado cuando sufrió otra contracción. Se sentó en la hierba, y su ropa se empapó instantáneamente. La contracción terminó, pero el bebé siguió moviéndose, luchando. Rose escuchó el discordante sonido de la tela metálica: los hombres habían llegado a la senda. Tal vez Bill había intuido el camino que ella iba a seguir, o quizá Grace estaba guiándoles hacia ella.

Siguió avanzando trabajosamente por el prado, a pesar de que la niebla era una venda en sus ojos, e inmediatamente se deslizó por la pendiente de la alameda. Un poste de hormigón sostenía un plato de luz blanca en lo alto de un claro que se abría en la niebla. Rose distinguió un solitario banco junto a un margen herboso que parecía una alfombra empapada y ennegrecida, un arco de paseo iluminado, un grueso borde de barandilla. Cerca de allí, una farola acababa de apagarse; Rose escuchó el crujido del metal al enfriarse. Aparte de esto no había otra cosa más que la pendiente que llevaba al río. El agua parecía espesa como aceite.

Al aventurarse en la alameda, Rose distinguió la luz roja de una boya en el río, una herida abierta en la bruma, que adquiría su color intermitentemente, cada dos segundos. Cruzó el paseo y se agarró a la barandilla, que tenía el tacto del hielo. Su empapada ropa se pegaba a su cuerpo y Rose experimentó irrefrenables escalofríos. Se aferró a la barra como si fuera un salvavidas, y miró atrás.

No logró escuchar a los hombres. Debían estar avanzando lentamente entre la

bruma, cada vez más cerca. Contempló los matorrales que había al otro lado del margen de hierba, que no tenía color alguno. ¿Iba a aguardar hasta que los arbustos se movieran? No, pero le aterrorizaba lo que pensaba hacer. Además, la niebla le recordaba a la grisácea iglesia.

Los ojos de Rose se abrieron desmesuradamente. Si Grace hubiera podido enviarla allí, ya lo habría hecho. Su forcejeo en el vientre de Rose se había hecho desesperado, y ello demostraba su extremada impotencia. El bebé la había atrapado. Y el bebé estaba atrapado dentro de Rose. La escritora sonrió amargamente, en señal de triunfo, y se volvió hacia la barandilla... Entonces acabó por comprender lo que planeaba hacer.

De pronto, sus manos se aferraron a la barra para evitar que Rose actuara. Su cuerpo quedó paralizado, era un peso muerto incapaz de encaramarse a la barandilla. ¿Cómo podía haber creído que sería capaz de hacerlo? Todo lo que veía, y todo lo que le quedaba de vida, la abrumaba, la paralizaba. Ninguna persona que estuviera en sus cabales haría lo que ella planeaba hacer. Era la definitiva admisión de desespero.

En ese momento el bebé se agitó en su vientre —quizás estaba llamando a los hombres— y Rose recordó el vislumbre de su sueño, la venganza contra los vivos, la eterna venganza del psicópata. Se irguió bruscamente, decidida a no concederse más tiempo para meditar.

La tarea fue mucho más difícil de lo que había previsto: la barandilla magulló su vientre, la malla que servía de protección para los niños desgarró sus muslos y arañó sus piernas. Sus brazos temblaron a causa del esfuerzo antes de que lograra pasar un pie sobre la barra. De un modo absurdo, Rose temió perder el equilibrio.

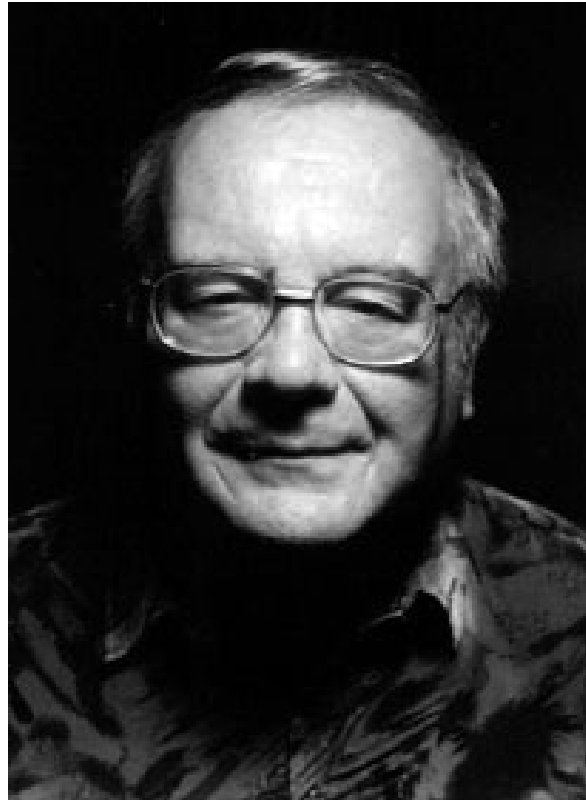
Acababa de alzar la pierna sobre la barandilla cuando Colin y Bill aparecieron al borde de la bruma.

—¡Vuelva! —gritó Colin, pero Rose no creyó que estuviera dirigiéndose a ella.

—¡Vuelve, Ro! —chilló Bill, y Rose percibió pesadumbre en aquella voz.

Quizá Bill se había liberado de la influencia de Grace. Ella le salvaría. Pasó la otra pierna sobre la barandilla y se soltó.

El declive rocoso la dejó sin respiración y produjo arañazos en sus piernas. El impacto con las heladas aguas fue tan fuerte que Rose habría gritado si hubiera podido hacerlo. La corriente la atrapó al instante, arrastrándoles, a ella y a Grace, hacia el mar, sin que nadie pudiera evitarlo. La oscuridad encerró a Rose, que recordó las sucias profundidades del agua. Pero pronto terminaría todo, y llegaría a su destino, fuera cual fuera. En cuanto al sufrimiento de Grace, que se debatía en su vientre cada vez con más desesperación, Rose pensó que no acabaría nunca.



RAMSEY CAMPBELL. Escritor y editor británico nacido en Merseyside, Liverpool, el 4 de enero de 1946. Es considerado uno de los mayores exponentes del género de terror del siglo xx. Sus primeras historias, aunque situadas en lugares hipotéticos de Gran Bretaña (a instancias de su editor) y no en Estados Unidos, eran claramente lovecraftianas, tendencia que fue abandonando en posteriores relatos y novelas. Dentro del terror ha publicado tanto novelas y cuentos «realistas» como otros en los que aparecen elementos fantásticos en la trama, todo ello con un estilo muy particular y cuidado que le ha hecho merecedor de buenas críticas. Campbell también ha destacado como editor de antologías de terror, y colabora con la BBC en programas de crítica de cine. La obra de Campbell, tanto corta como en formato largo, ha sido galardonada en múltiples ocasiones, siendo uno de los autores del género con más premios en su haber.

NOTAS

[1] Fiesta popular inglesa (5 noviembre) en recuerdo del fracaso de Guy Fawkes, que pretendió volar el edificio del parlamento coincidiendo con la presencia allí del rey Jacobo I. <<

[2] *Bill* en inglés significa cuenta (cantidad a pagar). (N. del t.) <<